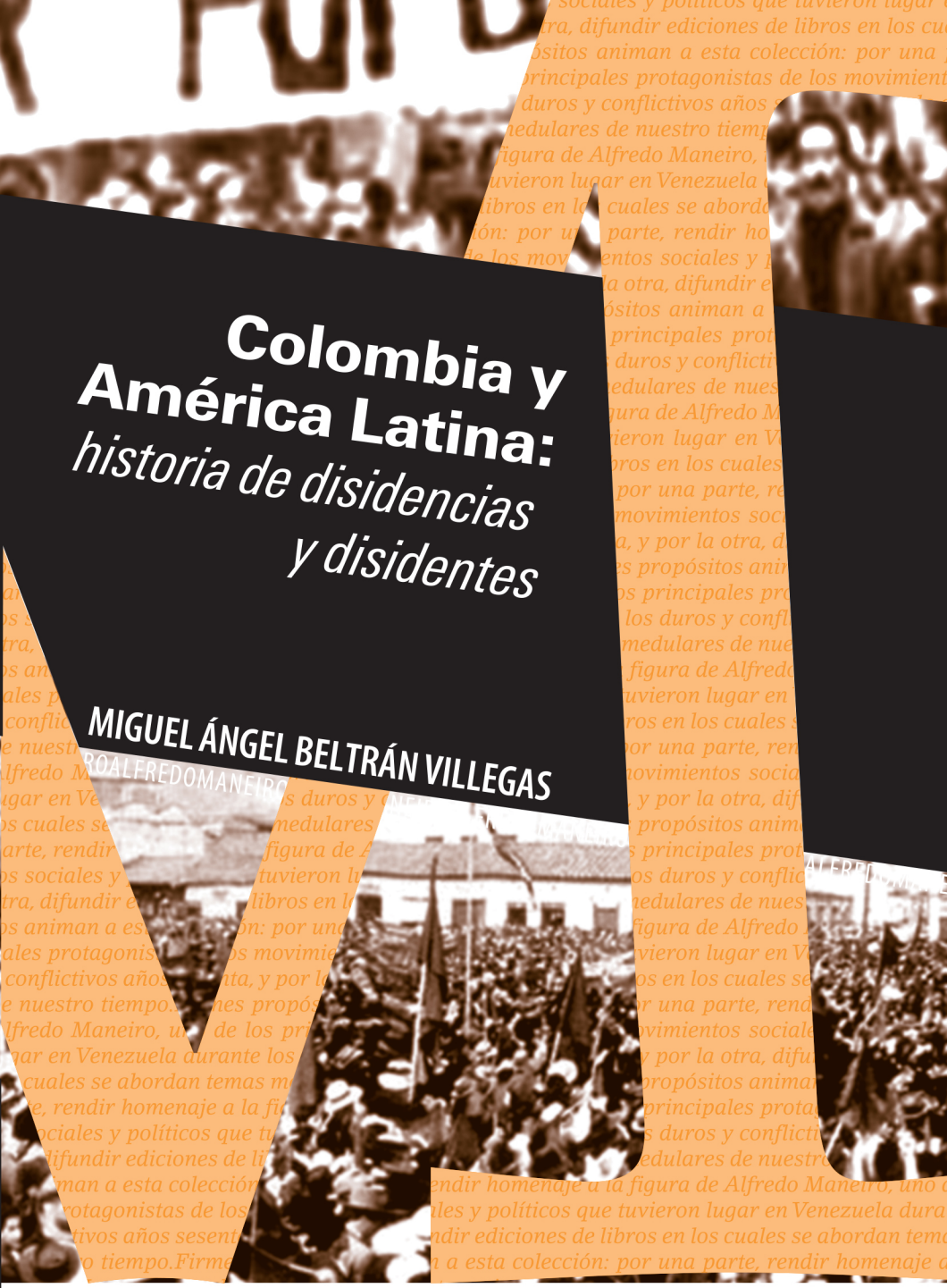
Colombia y América Latina:
historia de disidencias y disidentes

MIGUEL ÁNGEL BELTRÁN VILLEGAS



Fundación Editorial
el perro y la rana

Colombia y América Latina:
historia de disidencias y disidentes

Miguel Ángel Beltrán Villegas

colección
ALFREDO MANEIRO
Cuestiones geopolíticas

Fundación Editorial
el perro y la rana

© Miguel Ángel BeltránV illegas
© 3.a edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (Digital)
© 1.a edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2009
Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos
comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com
Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve
Redes sociales
Facebook: Editorialelperroylarana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección
Kevin Vargas / Dileny Jiménez
Edición
Héctor Carrasquero
Corrección
Vanessa Chapman / Erika Palomino Camargo / Gema Medina
Diagramación
Raylú Rangel

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017000226
ISBN 978-980-14-3671-3

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 - 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR

La colección *Alfredo Maneiro. Política y sociedad* publica obras necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales, políticos y económicos que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela tiene un papel activo y determinante en la escena global contemporánea, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, surgidos del análisis y la comprensión de nuestra realidad. Firmes propósitos animan esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta y ochenta del siglo pasado; y por la otra, publicar libros que permitan difundir temas e ideas medulares de nuestro tiempo. Está conformada por cuatro series: *Pensamiento social, Cuestiones geopolíticas, Identidades y Comunicación y sociedad*.

Pensamiento social es un espacio para el debate teórico en torno al ideario económico, político y social que ha perfilado el devenir histórico latinoamericano y caribeño. Igualmente, sirve para problematizar y profundizar el espíritu emancipador de nuestro continente.

Cuestiones geopolíticas sirve de foro para la creación de una nueva cartografía contrahegemónica del poder mundial, a través de la exploración en los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales de las relaciones Norte-Sur y Sur-Sur, sus estrategias e implicaciones para la humanidad.

Identidades indaga en la diversa gama de culturas ancestrales y populares latinoamericanas, en la búsqueda de los aspectos que nos definen como pueblos.

Comunicación y sociedad aborda los diferentes temas de la comunicación, a partir de sus dimensiones políticas y sociales, en relación con los problemas del mundo contemporáneo.

A Iblin.

A Jairo Sánchez,
protagonista anónimo de estas historias.

Presentación

Esta edición reúne 17 trabajos del sociólogo Miguel Ángel Beltrán Villegas, profesor e investigador bogotano, doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, maestro en Ciencias Sociales por la Flacso-México, y profesor de la Universidad Nacional de Colombia, quien hace gala de su dedicación al estudio de la historia con una postura crítica y siempre con un rigor académico que no está reñido con la sensibilidad y el respeto por el devenir de nuestros pueblos.

Estos ensayos, actualizados y revisados por el autor para la presente edición, cuentan con el respaldo de una fructífera y brillante trayectoria académica, consagrada de tiempo completo a la docencia y a la investigación, principalmente en las áreas de teoría de la historia y de la sociología contemporáneas, sin descuidar nunca el esfuerzo por abordar y analizar en profundidad las raíces de la actual situación social, económica, política y cultural de su patria, Colombia, y también de nuestra patria grande latinoamericana.

En una nueva etapa de su carrera académica (véase la nota biográfica), invitado por el Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, el profesor Beltrán Villegas estaba por finalizar una estancia posdoctoral de un año en dicha universidad, cuando en junio de 2009, por medio de engaños y luego por la fuerza física, fue detenido y obligado a abordar una aeronave del gobierno

mexicano para ser entregado a las autoridades colombianas como un "narco-terrorista". Su detención en Colombia estuvo rodeada de un montaje mediático que incluyó su fotografía, custodiado por militares armados al estilo de los comandantes guerrilleros apresados, y la acusación por parte del propio presidente Álvaro Uribe de ser "uno de los máximos dirigentes de las FARC en el exterior" y hasta su propio "alias", como parte del *show*.

La gravedad de las acusaciones que pesan sobre Beltrán Villegas, actualmente procesado por la Fiscalía colombiana bajo los cargos por concierto para delinquir con fines terroristas y concierto para delinquir con fines de financiación del terrorismo, no solo es preocupante por el ensañamiento y las violaciones a los derechos de un ciudadano apreciado y respetado por quienes lo conocen, sino que deja clara la política de criminalización del pensamiento y de persecución de aquellos que se atrevan a disentir de las políticas del gobierno colombiano, o a replantear la mirada hacia la guerra social y militar que padece ese país desde hace décadas, la violencia crónica que sesga y deforma los procesos políticos, o la compleja historia de los distintos actores del actual escenario colombiano.

Atreverse a sostener un punto de vista crítico e independiente dentro del mundo académico colombiano y latinoamericano, apoyar la discusión y el debate de las razones para la disidencia, aspirar a cambiar radicalmente nuestras injustas sociedades capitalistas, son, en resumen, las acusaciones que le han valido el encierro al profesor Beltrán Villegas. Pero no hay cárcel capaz de aprisionar las ideas, de detener el vuelo del pensamiento y el anhelo de justicia. Sabemos también que el trabajo académico y social de Miguel Ángel, su desarrollo reflexivo, su profundización en el análisis, la agudización de su mirada investigadora y su vocación docente, se verán fortalecidos.

Ponemos en sus manos estos ensayos, los cuales contribuyen decisivamente a ampliar nuestro horizonte como lectores de historia, a mejorar la comprensión del conflicto en el país hermano, y también a entendernos, en toda nuestra América, como un pueblo que busca sus propios caminos de hermandad y superación de

las opresiones. Pero de manera especial esperamos que sirva esta edición como un espaldarazo a uno de nuestros más brillantes intelectuales, reconocido por lectores, alumnos y colegas alrededor del mundo, víctima del miedo de los poderosos ante el despertar de los pueblos.

¡Libertad para Miguel Ángel Beltrán!

Fundación Editorial El **perro** y la **rana**

Introducción

El presente volumen es una recopilación de ensayos realizados en los últimos años como parte de mi trabajo docente e investigativo. Algunos de ellos han sido publicados en revistas colombianas e internacionales, pero en su gran mayoría se trata de escritos inéditos que han circulado libremente como material de trabajo y consulta en mis cursos de Sociología Política de Colombia y Sociología Latinoamericana, impartidos en diferentes universidades del país así como en foros y congresos especializados.

Pese a la distancia temporal que separa la escritura de estos ensayos y los grados de profundidad en el tratamiento de los temas, el lector puede identificar un hilo conductor que articula estas reflexiones y que he condensado bajo el título *Colombia y América Latina: Historias de disidencias y disidentes*. En él se recogen las variadas experiencias de la oposición en el campo tanto de la práctica teórica como política, así como la historia de organizaciones y personajes que en su momento se levantaron valerosamente contra un sistema de ideas hegemónico, razón por la cual fueron perseguidos, estigmatizados o, como en el caso de la Unión Patriótica, prácticamente exterminados.

El trabajo de recolección, selección y revisión de estos ensayos forma parte de las actividades desarrolladas durante mi estancia posdoctoral en el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), gracias a

una comisión de estudios que me otorgó la Universidad Nacional de Colombia. Durante el posdoctorado tuve la posibilidad de avanzar en la compilación y actualización de los artículos que componen el libro, no obstante a lo cual el trabajo no pude concluirlo con la rigurosidad que hubiese deseado. A punto de terminar la revisión del borrador final, fui detenido arbitraria e ilegalmente en la ciudad de México, de donde fui expulsado en mayo de 2009 mediante prácticas que violaban los procedimientos y plazos normales para estos casos; posteriormente fui entregado a las autoridades colombianas, quienes presentando acusaciones falsas de supuestos correos encontrados en el computador del jefe guerrillero asesinado en Ecuador, Raúl Reyes, me acusan de ser "un peligroso terrorista internacional" y "un intelectual orgánico de las FARC", en virtud de lo cual me privan de la libertad.

El hostigamiento de que soy víctima por parte del gobierno de Álvaro Uribe, con la complicidad del gobierno mexicano de Felipe Calderón, busca generar miedo, pánico y escarmiento entre los académicos que mantenemos una postura crítica, y hace parte de su estrategia publicitaria para desviar la atención sobre los escándalos políticos que hoy sacuden su gobierno, entre otros: el fenómeno de la parapolítica (vínculos de políticos uribistas con organizaciones paramilitares); falsos positivos (mostrar resultados en lo político y militar con base en personas inocentes, los que constituyen verdaderos crímenes de Estado); el espionaje e interceptación de llamadas telefónicas a jueces, periodistas y políticos de la oposición; los negocios ilícitos de la familia presidencial; y la violación de los derechos humanos y laborales.

Estas circunstancias políticas por las que atravieso en este preciso momento, me han convencido aún más de la necesidad de dar a conocer este libro, pese a las limitaciones señaladas anteriormente. El texto lo he estructurado en cinco grandes apartados:

El primer apartado aborda temas directamente relacionados con el debate historiográfico contemporáneo, en particular con el lugar de la historia política hoy, al tiempo que intenta presentar un breve panorama de la historiografía colombiana en el siglo xx.

"Episodios de la lucha armada en Colombia y el continente", que se constituye como el segundo apartado, analiza algunas experiencias de la resistencia armada en América Latina, llamando la atención sobre algunos episodios de la lucha popular en el continente como la Revolución boliviana, la guatemalteca y el ciclo que se inicia con el triunfo de los revolucionarios cubanos el primero de enero de 1959; al mismo tiempo, estudia para el caso colombiano la insurrección armada de lo llanos orientales bajo los auspicios del Partido Liberal y el surgimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), considerada hoy una de las guerrillas más antiguas del continente.

En un tercer apartado del libro, denominado "Experiencias de oposición en Colombia", se examina el desarrollo de dos experiencias de oposición al bipartidismo colombiano: el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y la Unión Patriótica (UP), la primera de ellas surgida como una disidencia en el seno del Partido Liberal a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, y la segunda nacida a mediados del decenio de los ochenta como fruto de los acuerdos políticos firmados entre la guerrilla de las FARC y el gobierno del entonces presidente Belisario Betancourt.

Por su parte, en "Políticos e intelectuales", como se denomina el cuarto apartado, se describe la trayectoria político-intelectual de tres figuras de talla continental: Antonio Nariño, Antonio García Nosa y Alfonso López Michelsen, quienes en diferentes coyunturas nacionales e internacionales lograron combinar su quehacer intelectual con su actividad política disidente.

El libro finaliza con unas breves reflexiones en torno a algunas fechas conmemorativas que nos invitan a pensar el pasado en código del presente. En esta última parte, dedicada a la vigencia de los "centenarios, bicentenarios y sesquicentenarios", se incluyó el polémico artículo "Estudiantes, política y sociedad", cuya versión inicial fue escrita a propósito de los cincuenta años de la masacre de los estudiantes colombianos del 8 y 9 de junio de 1954. Hago referencia explícita a este artículo ya que cobra particular interés por ser –para la "justicia colombiana"– una prueba fehaciente de mis nexos con las FARC. De él se dice que constituye un llamado

a los estudiantes para que "hagan parte de la realidad bolivariana a través de la lucha"[1]. El lector tendrá la oportunidad de juzgar la veracidad de esta acusación.

Finalmente quisiera destacar que esta publicación expresa el apoyo y la fuerza de miles de manos que se han estrechado para clamar por mi libertad y denunciar el oprobio al que soy sometido hoy. A mis familiares, mis estudiantes, mis colegas, mis amigos, mis amigas de Colombia, del continente y del mundo entero, les manifiesto mi sincero agradecimiento por sus gestos de solidaridad y les ofrezco estas reflexiones como un modesto aporte al conocimiento de nuestra realidad, convencido de que el pensamiento crítico debe circular libremente y no puede dejarse aprisionar por aquellos bárbaros que pretenden revivir los tiempos de la inquisición, condenando a la hoguera a quienes expresamos opiniones diferentes.

No puedo terminar estas líneas sin antes expresar todo el amor a Nelsa, mi compañera, que en este momento oscuro crea y recrea con su presencia permanente el sentir de mi existir.

Miguel Ángel Beltrán Villegas
Cárcel Nacional Modelo
Pabellón de Alta Seguridad
Bogotá - Colombia

1 *El Tiempo*, Bogotá, 24 de mayo de 2009, págs. 2-4 (Periódico colombiano de circulación nacional).

I
Ensayos historiográficos

Tiempo, acción y estructura. Un debate desde la historia política

El problema de la relación entre acción y estructura ha sido una cuestión central en los desarrollos tanto de la teoría social clásica como de la contemporánea y su tratamiento ha sido abordado desde los más diversos ángulos, dando cuerpo tanto a tradiciones que podríamos denominar "accionalistas" —en cuanto priorizan el concepto de acción y pretenden explicar los fenómenos colectivos partiendo de las voluntades individuales— como a orientaciones "estructuralistas" que, contrariamente, privilegian el concepto de estructura y otorgan prioridad a fuerzas sociales que constriñen la acción humana y escapan al control del actor.

La historia no ha sido ajena a esta discusión. Cuando Marx en su célebre pasaje del *18 Brumario de Luis Bonaparte* expresa —en medio del fragor de los acontecimientos políticos que están sacudiendo a Francia, a finales de 1851 y comienzos del 52— que "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con las que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado"[2],no hace otra cosa que colocar sobre el tapete este complejo dilema teórico.

---

2 Marx-Engels: *Obras escogidas*, Tomo I. Moscú: Progreso, 1981, p. 408.

Mi interés en este ensayo es abordar este debate, desde los desarrollos contemporáneos de la historia política, la cual fue sometida, desde principios del siglo pasado, a un papel marginal dentro de los estudios históricos, al imputársele todos los defectos que las corrientes renovadoras de la historia pretendían superar. Esto es: en primer lugar, una historia subjetivista y heroicista, que atribuye a los individuos un papel determinante, centrando su atención en ciertos personajes de prestigio e ignorando los grandes colectivos sociales; en segundo lugar, una historia interesada por los acontecimientos e inscrita en la corta duración, incapaz de hacer percibir los movimientos profundos de la historia y, finalmente, una historia narrativa *y* anecdótica, más cercana al género literario que al conocimiento científico[3].

Para desarrollar esta presentación tomaré como punto de partida estas tres críticas fundamentales que se le han imputado a la historia política, tratando de demostrar que en la actualidad ya no es posible sostener tales afirmaciones y, si bien, en muchos aspectos se observa una persistencia en las viejas formas de hacer historia política, lo cierto es que en las tres últimas décadas ha tenido lugar una reorientación de carácter fundamental en el pensamiento y en la práctica historiográfica que nos autoriza a hablar de una "nueva historia política".

La historia política

Durante el reinado de las monarquías absolutistas la escritura de la historia corrió por cuenta de los personajes de las cortes reales, interesados en relatar las glorias y hazañas de los nobles. El poder, sus intrigas y las instituciones que lo encarnaban constituían los temas predilectos de este tipo de historia, cuyos protagonistas hacían parte de los grupos dominantes y mantenían fuertes

3 Cfr. René Remond (Comp.): *Por una historia política*. Río de Janeiro, UFRJ, 1996.

vínculos con el poder[4]. De esta manera, desde sus primeras manifestaciones, la historia política estuvo asociada a las realizaciones de las élites, indiferente al papel de los colectivos sociales y preocupada por destacar las acciones de minorías privilegiadas.

El Renacimiento con su culto al individuo no hizo sino afirmar esta tendencia, solo que ahora trataba de elaborar sus propios arquetipos:

> El sabio humanista, el artista creador, el hombre de Estado, el prelado y el cortesano comenzarán a erigirse como formas de vida dentro de las cuales aspira el biógrafo a encuadrar su personaje. Pero al mismo tiempo concurre a limitar el predominio de esa tendencia la vigorosa percepción del individuo como ámbito irreductible, cuya presencia señala la realidad, con sus ejemplos de innegable vigor, y la doctrina filosófica, con su aporte platónico[5].

La Revolución francesa trajo consigo el desmoronamiento de la autoridad tradicional, representada en las viejas monarquías, y el surgimiento de un nuevo poder legitimado en el sistema de libertades y derechos individuales. Los acontecimientos revolucionarios de 1789, con todo y sus altibajos, hicieron insostenible la visión de la historia como obra de grandes personalidades, nobles e ilustradas, que destacaban sobre una masa ignorante y sumisa. La Revolución francesa "elevó a una posición de poder a nuevos grupos sociales. Tuvo lugar, como siempre, por mediación de individuos, y brindando nuevas oportunidades de desarrollo individual"[6]. De esta

---

4 Las biografías de Luis IX, Luis XI, Guillermo el Mariscal, las vidas de los reyes nórdicos, escritas en Islandia en el siglo XII. A este respecto ver: Peter Burke, "La invención de la biografía en el individualismo renacentista", en *Estudios históricos,* No. 19. Río de Janeiro, 1997 (traducción libre del autor del portugués).

5 José Luis Romero: *Sobre la biografía y la historia*. Buenos Aires: Sudamericana, 1945.

6 Edward Carr: *¿Qué es la historia?* Barcelona-México: Planeta, Seix Barral, 1988, p. 45.

manera la historia política mantiene sus prerrogativas, pero ahora aparece en estrecho vínculo con los valores del mundo burgués decimonónico, definido no solo por su hegemonía económica sino también por su forma de pensar y de actuar. La historia adquiere un nuevo sentido que le confieren los inevitables triunfos de la ciencia y la razón ilustrada. Ahora la marcha de los acontecimientos históricos no resulta determinada exclusivamente por la actividad consciente de los hombres sino, más bien, por la existencia de ciertas leyes inexorables que los regulan y los conducen por los cauces del progreso de la humanidad.

En el mundo que inaugura la Revolución francesa, la historia política mantiene su posición preeminente, solo que su objeto de estudio se desplaza hacia la conformación de los Estados nacionales, su consolidación y sus luchas internas. Nadie expresa mejor esta tendencia que Leopoldo Ranke cuando, en su historia de *La monarquía española en los siglos XVI y XVII,* hace explícito su propósito de

> presentar ante los ojos del lector aquella pugna entre el supremo poder del Estado y los intereses peculiares de los diversos países que integran esta monarquía, analizando ante todo el carácter y las intenciones de los gobernantes, es decir, de los reyes y de sus consejeros, y en seguida la resistencia con que tropiezan en las principales provincias y el modo como triunfan de ella, en mayor o menor extensión[7].

Los historiadores de la política cumplen así un importante papel de "interiorización de la conciencia nacional", orientada a modelar las mentes de los hombres según su arquetipo ideal de sociedad imaginaria donde todo resulta "simple, uniforme, coherente, equitativo y racional en el más amplio sentido de esos términos"[8]. Esto no

7 Leopoldo Ranke: *La monarquía española de los siglos XVI y XVII*. México: Leyenda, 1946, p. 276.

8 Robert Nisbet: *La formación del pensamiento sociológico*. T.1. Buenos Aires: Amorrortu, 1990, p. 161.

significa que el papel de los hombres desaparezca, por el contrario, tienen destinado un importante lugar en la historia:

> Los grandes hombres —escribe Burckhardt— que perduran como ideales encierran un alto *valor* para el mundo, y en especial para sus naciones respectivas; dan a estas una emoción, un objeto de entusiasmo y las conmueven intelectualmente hasta en sus capas más bajas por el sentimiento vago de la grandeza; mantienen en alto una elevada pauta de las cosas y ayudan a los pueblos a remontarse sobre su humillación temporal[9].

No obstante, al avanzar las primeras décadas del siglo xx, la historia parece alejarse de una historia centrada en los Estados nacionales para aproximarse a una historia social de enfoque mucho más amplio, interesada por la actividad de otras capas de la población hasta entonces ignoradas. Este rumbo que adopta la investigación histórica, en la primera mitad del siglo pasado, aparece asociado a acontecimientos históricos de gran significación como el triunfo de la Revolución rusa, las dos conflagraciones mundiales y los posteriores procesos de descolonización en Asia y África. Se nutre, así mismo, con los nuevos desarrollos de las ciencias sociales[10].

Las críticas a la historia política provienen de dos vías: por un lado, de la historiografía marxista[11], que le recrimina el limitarse a

---

9 Jacob Burckhardt: *Reflexiones sobre la Historia Universal*. México: Fondo de Cultura Económica, 1961, p. 306.

10 Cabe anotar aquí los desarrollos de la geografía, la economía y la sociología, con autores como Vidal de la Blanche, Francois Simiand y Émile Durkheim.

11 Entendemos por historiografía marxista "una historiografía que pretende inspirarse en las obras de Marx y Engels, y que ubicada más bien dentro de los partidos políticos socialistas y los movimientos sociales sindicales y obreros de la época, ha producido ensayos y libros como los de Kart Kautsky, Franz Mehring, Heinrich Cunow, Max Adler, Otto Bauer o Rosa Luxemburgo, entre otros" (Cfr. Carlos Antonio Aguirre. *La Escuela de los Annales, ayer, hoy, mañana*. México: Contrahistorias, 2005, p. 52).

describir fenómenos superficiales, meramente superestructurales, en lugar de buscar su explicación en la base material. En su obra sobre *El papel del individuo en la historia,* el marxista ruso Jorge Plejánov señala la necesidad de reconocer que "la causa determinante y más general del movimiento histórico de la humanidad es el desarrollo de las fuerzas productivas, que son las que condicionan los cambios sucesivos en las relaciones sociales de los hombres", y agrega que

> al lado de esta causa general, obran causas particulares, es decir, la situación histórica en la cual tiene lugar el desarrollo de las fuerzas productivas de un pueblo dado y que, a su vez, y en última instancia, ha sido creada por el desarrollo de estas mismas fuerzas en otros pueblos, es decir, por la misma causa general[12].

Aquí el papel de los individuos queda reducido simplemente a interpretar las grandes necesidades sociales de su época:

> La personalidad histórica cumple su tarea de […] iniciador porque va *más lejos* que otro y desea *más fuertemente* que otros. Resuelve los problemas científicos planteados por el curso anterior del desarrollo intelectual de la sociedad; señala las nuevas necesidades sociales, creadas por el anterior desarrollo de las relaciones sociales; toma la iniciativa de satisfacer estas necesidades[13].

La segunda crítica a la historia política proviene de la llamada "Escuela de los Annales" que, con Lucien Febvre y Marc Bloch a la cabeza, rescata la visión de una historia, donde el hecho resulta ser no un átomo irreductible de la realidad, sino un objeto construido, del que importa conocer las reglas de producción. Concepción esta que parece inspirada en la obra de Emilio Durkheim:

---

12 Jorge Plejánov: *El papel del individuo en la historia*. México: Grijalbo, 1970, p. 80.

13 *Ibid*., p. 81.

> La sociedad —escribe este sociólogo francés en 1895— no es una simple suma de individuos, sino que el sistema formado por su asociación representa una realidad específica que tiene sus caracteres propios. Sin duda, no puede producirse nada colectivo si no existen las conciencias particulares; pero esta condición necesaria no es suficiente. Es preciso además que estas conciencias estén asociadas donde resulta la vida social y, en consecuencia, es esta combinación la que la explica[14].

Bajo estos presupuestos sociológicos, la Escuela de los Annales estimula un tipo de historia que, al estudiar los acontecimientos, intenta establecer un sistema de relaciones causales y de analogía, articuladas a grandes unidades que guardan en sí mismas su principio de cohesión y que encuentran su mejor expresión en la historia económica y social. Esto no significa que los hombres pierdan su lugar privilegiado en la historia: "el hombre, medida de la historia. Su única medida. Más aún: su razón de ser", solía decir Lucien Febvre en sus *Combates por la historia*. Por su parte, Bloch nos recordaba que "el objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho los hombres. Más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad"[15].

Mucho menos puede decirse que los fundadores de Annales hayan condenado la historia política en sí misma. Las investigaciones de Marc Bloch sobre *los reyes taumaturgos* y su estudio sobre *La sociedad feudal* constituyen una manera renovada de historia política[16]. Del mismo modo puede decirse que el libro de Martín

---

14 Emilio Durkheim: *Las reglas del método sociológico*. Barcelona: Orbis, 1985, p. 128.

15 Lucien Febvre: *Introducción a la historia.* México: Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 25.

16 Para Iggers lo político "desempeña un papel sustancial en el estudio de Bloch sobre la sociedad feudal —si bien distinto del que tenía en la medievística alemana, para la cual son de máximo relieve la

Lutero*: Un destino,* es "para los historiadores de lo político un paradigma metodológico"[17].

Pese al espíritu que anima a los fundadores de los Annales, cuyo aporte historiográfico da cabida tanto al papel de las estructuras como de los acontecimientos, sus desarrollos posteriores parecieran inclinarse por una historia de corte estructural. El mismo Braudel lo reconoce al final de su libro sobre el Mediterráneo:

> Cuando pienso en el hombre individual, siempre tiendo a imaginármelo prisionero de un destino sobre el que apenas puede ejercer algún influjo, encerrado en un paisaje que se extiende ante y detrás de él en esas perspectivas infinitas que hemos llamado de *larga duración*. En el análisis histórico, tal como yo lo veo —con razón o equivocadamente— se impone siempre el tiempo largo. Es un tiempo que aniquila una gran cantidad de acontecimientos, todos aquellos que no puede acomodar en su propia corriente, y que echa a un lado despiadadamente; limita, sin duda alguna, la libertad de los hombres e incluso el papel del azar. Yo soy *estructuralista* por temperamento. No me tienta el acontecimiento, y solo a medias la coyuntura a corto término, la cual no es, después de todo, más que una simple agrupación de acontecimientos del mismo signo[18].

Con su perspectiva historiográfica los Annales contribuyeron, sin lugar a dudas, al descrédito de la historia política, ahora asumida como sinónimo de la historia tradicional. Debe advertirse, sin embargo, que este proceso obedeció más a los desarrollos posteriores de la Escuela, a partir de su integración en 1946 a la

---

constitución y la administración—, a saber, como un complejo de modos de comportamiento y de relaciones humanas" (Cfr. Georg Iggers. *La ciencia histórica en el siglo xx*. Barcelona: Idea Universitaria, 1998).

17 César Augusto Ayala: "Historiografías del siglo xx y el retorno de la historia política" en *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* No. 28, Bogotá: Universidad Nacional de 2001.

18 Fernand Braudel: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987, tomo II, p. 794 (resaltado del autor).

École Pratique des Hautes Ëtudes, que a una valoración negativa de la historia política por parte de sus fundadores[19], incluso del mismo Braudel que en su libro *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, divide en tres partes su obra y la última de ellas la dedica a "los acontecimientos, la política y los hombres", de tal modo que

> la propuesta de esos Annales de Bloch y de Braudel no es la de abandonar el estudio de lo político, sino más bien, la de abandonar el estudio de lo político considerado como una realidad autosuficiente y autosubsistente en sí misma, reencuadrándolo siempre como una realidad que tiene que ser reexplicada en términos más vastos, enraizándola en sus contextos sociales, en sus contextos culturales más amplios[20].

Pese a que el papel de la acción y la conciencia humana en la historia continuó siendo tema de debate en las ciencias sociales, las décadas que acompañaron la Guerra Fría parecieron favorables a las visiones estructuralistas, hasta que estas fueron puestas de nuevo en cuestión en los años setenta por la llamada "crisis de los grandes paradigmas". Desde entonces se ha acentuado el rechazo a cualquier forma de objetivismo, entendido como la pretensión de establecer regularidades (estructuras, leyes, sistemas de relaciones) independientes de las conciencias y voluntades individuales. Ahora, después de un largo reinado dentro de su disciplina, la historia social entraba en sospecha por privilegiar aquello que la había hecho fuerte: los colectivos sociales y las estructuras económicas y sociales.

---

19 Cfr. Georg Iggers: O*p. cit.* Sobre la trayectoria intelectual de los Annales pueden consultarse también los interesantes estudios de Carlos Aguirre sobre la obra de Braudel: *Ensayos braudelianos. Itinerarios intelectuales y aportes historiográficos de Fernand Braudel*. México: Prohistoria, 2000.

20 Carlos Antonio Aguirre: "La historiografía mundial hoy: corrientes, debates y autores", en *Sociología 27.* Revista de la Facultad de Sociología de Unaula. Medellín, octubre 2004, p. 15.

En consecuencia, la mirada retorna a una historia orientada a las teorías de la acción y la recuperación de los elementos individuales y volitivos de la historia. Es aquí donde la historia política encuentra nuevos elementos para su recuperación; sin que esto signifique una vuelta a la historia de héroes y batallas, contra la que tanto combatió, no sin razón, la Escuela de los Annales, ni un consecuente abandono de cualquier tipo de concepción estructural.

En este sentido se abren tres caminos prometedores para la historia política:

Un primer camino que profundiza el recorrido iniciado por la historia social inglesa en los años sesenta, al rescatar para la historia elementos de la actividad humana caracterizados como "actitudes", "creencias" y "acciones populares"[21].

Para Edward Thompson, uno de los principales representantes de esta corriente, la historia es un proceso estructurado, sometido a determinaciones (límites y presiones), pero abierto y en últimas indeterminado, cambiante en sus formas y articulaciones: los hombres son determinados pero también determinantes, libremente actuantes en un campo de posibilidades definido sistémicamente sobre el fondo de la naturaleza humana. Thompson propone

> rescatar las ideas, propósitos, aspiraciones y actos de ciertos sujetos, restituyéndoles la validez que poseen en términos de su propia experiencia vivida, y realizar esta labor de rescate con el fin de construir o reconstruir una tradición común, de modo que

21 En su conocido trabajo sobre la *Miseria de la teoría*, el historiador inglés Edward Thompson argumenta, en su polémica con la visión estructuralista de Althusser, que la historia debía ser examinada y comprendida como un producto de la actividad humana, y no como producto de la simple lógica inherente a una estructura social. De este modo subrayaba la participación de la conciencia humana y de la acción en la historia, liberándola del determinismo económico que caracterizaba a un cierto tipo de historiografía marxista.

> aquellos elementos vitales y culturales sean integrados y actualizados en un nuevo universo significativo y moral[22].

Polemizando con las visiones sistémicas, la historia social inglesa llama la atención sobre la conciencia y la cultura como factores decisivos en la acción social, dándole un peso específico a la forma cómo los seres humanos viven su situación. La historia es considerada 'desde abajo', sin que se niegue el papel objetivo de las relaciones de producción. Estas son enmarcadas en el contexto de una cultura concreta que se comprende a partir de las experiencias de hombres y mujeres de carne y hueso. Al otorgar a la subjetividad un papel decisivo, esta concepción nos permite aproximarnos, de un modo crítico, a las visiones de la historia política.

Más allá de la justeza o no de las críticas[23] de quienes afirman que esta forma de hacer historia excluye del análisis las instituciones políticas y desestima la contribución de los partidos y la gestión gubernamental, no puede ignorarse que sus presupuestos aportan elementos para la construcción de un objeto más completo que integre los dos campos de especialización: la historia social y la historia política en la perspectiva de evidenciar las interrelaciones entre la ideología, el poder y la economía. Lo que equivaldría a incorporar cuestiones como:

> los acontecimientos significativos, las instituciones y los liderazgos políticos tanto individuales como colectivos, la narración, la perspectiva del largo plazo, y los factores inductores más globales de la diferenciada integración y actuación conjunta de los trabajadores y de los colectivos interclasistas respectivamente, para hacer frente a problemas no solo reivindicativos o

22 Edward Thompson: *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica, 1984.

23 Para los seguidores de Thompson el énfasis en los factores culturales y de conciencia no niega la naturaleza conflictiva de la sociedad. Este conflicto es de índole política; si bien no necesariamente asume el carácter de un enfrentamiento abierto, puede expresarse en resistencias que se dan encubiertas en la vida cotidiana.

> de alcance local, sino también de índole política o de proyección nacional[24].

En síntesis, podemos decir que la perspectiva de Thompson, y más en general de toda la historia marxista inglesa, la razón de esta preocupación por la historia de carne y hueso, de la cultura, es directamente política. De allí su interés por fenómenos como: Revolución Industrial, la Revolución francesa, la Revolución inglesa, las revueltas campesinas, las insurrecciones de los siervos, etc. Lo que lo lleva necesariamente a tomar en cuenta este elemento de la historia política y de la política en general.

Un segundo camino que ofrece posibilidades a la historia política son las investigaciones microhistóricas que reducen la escala de observación a un nivel microscópico, para descubrir factores no observados en el nivel macro, para alcanzar así

> una descripción más realista del comportamiento humano, recurriendo a un modelo de la conducta humana en el mundo basado en la acción y el conflicto y que reconoce su —relativa— libertad más allá, aunque no al margen, de las trabas de los sistemas prescriptivos y opresivamente normativos. Así, toda acción social se considera resultado de una transacción constante del individuo, de la manipulación, la elección y la decisión frente a la realidad normativa que, aunque sea omnipresente, permite, no obstante, muchas posibilidades de interpretación y libertades personales. La cuestión que se plantea es, por tanto, la de definir los límites —por más estrechos que puedan ser— de la libertad garantizada

24 Teresa Carnero Arbat: "La renovación de la historia política" en Antonio Morales Moya y Mariano de Esteban Vega (Ed.). *La historia contemporánea en España*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996, p. 177. En esta línea de trabajo la autora destaca el trabajo de E. Weber. La *Fin des Terroirs. La modernisation de la France Rurale 1870-1914,* que se ocupa del proceso de transformación de las estructuras socioeconómicas, de la vida política y de la cultura popular de la Francia rural durante los años de la Tercera República entre 1870 y 1914.

> al individuo por los intersticios y contradicciones existentes en los sistemas normativos que los rigen[25].

Los estudios microhistóricos no desdeñan las interrelaciones entre la historia regional o local y los grandes procesos del cambio económico, social y cultural, pero aportan una imagen más matizada de estos procesos: ¿Cómo se genera el cambio social en el nivel micro? Se trata con ello de profundizar la observación incluyendo —además de los grandes procesos— la historia que transcurre en un espacio reducido para captar las experiencias de individuos concretos o de pequeños grupos de personas.

Por otra parte, la atención se dirige no a las acciones de las personalidades relevantes, sino a las vivencias de personas concretas e individuales, de aquellas que, por carecer de poder, la historia política tradicional suele cubrir con un manto de sombras: "En algunos estudios biográficos se ha demostrado que en un individuo mediocre, carente en sí de relieve y por ello representativo, pueden escrutarse, como en un microcosmos, las características de todo un estrato social en un determinado período histórico"[26]. Se integran así todos los actores del juego político. La obra de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos,* corresponde muy bien a este tipo de indagación, en la que se narra la historia de un molinero anónimo (Menocchio) muerto en la hoguera por orden del Santo Oficio. El autor recurre a los expedientes de los procesos para analizar sus ideas, sentimientos, aspiraciones y fantasías, a sabiendas que Menocchio no es un campesino típico de su época, que incluso vive aislado de su aldea, pero justamente esa singularidad es la que motiva su análisis.

En este campo del análisis micro, el libro pionero de Norbert Elías sobre *La sociedad cortesana* aparece paradigmático[27]. En él,

---

25 Giovanni Levy: "Sobre microhistoria", en Peter Burke (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza, 1991, p. 121.

26 Carlo Guinzburg: *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnik, 1994, p. 18.

27 En sus páginas introductorias, Elías nos advierte que desde la perspectiva del objeto de estudio, de las relaciones históricas mismas, las cortes principescas y las sociedades cortesanas parecerían poseer

Elías nos propone considerar la corte como una formación social donde los sujetos sociales configuran una serie de relaciones y donde se engendran códigos y conductas particulares a partir de las dependencias recíprocas que unen a los individuos unos con otros. Así mismo, nos dice que la sociedad cortesana debe ser entendida como una forma particular de sociedad, organizada a partir de una corte[28]. Es precisamente en este punto donde Elías nos ofrece las pautas para un trabajo interdisciplinario desde la historia política y la sociología, a través del análisis de una situación histórica concreta (la corte francesa de Luis XIV) en clave sociológica, colocando a prueba datos empíricos, hipótesis y conceptos.

Y aquí desembocamos en una tercera línea de investigación, sobre la cual existen más interrogantes que respuestas. Se trata de la biografía histórica. Una vieja temática de la historia política que, tras la hegemonía del marxismo y la crítica a concepciones heroicistas, pareció quedar desterrada del campo de la historia. A una historia preocupada por los movimientos sociales, parecía no solo arbitrario interrogar una época a través de las acciones de un hombre, sino igualmente peligroso, dado que el historiador terminaba comprometido con los sentimientos de su héroe. Por eso la biografía terminó relegada a los afanes moralizantes de las Academias de Historia.

---

menor importancia que otras formaciones elitistas (vb. gr. los parlamentos y partidos políticos). Sin embargo, precisa que admitir como cierta esta evidencia sería ubicarnos en la escala valorativa político-social dominante en nuestro tiempo, y subordinar a ella la de la formación social que constituye el objeto del análisis, es decir, la corte. En este sentido, Elías llama la atención, a lo largo de su obra, sobre los peligros de transponer a las épocas por investigar las valoraciones políticas, religiosas e ideológicas de este tiempo, ignorando los vínculos y escalas axiológicas específicos de la sociedad que se va a estudiar (*Cfr.* Norbert Elías, *op. cit.*, p. 44).

28 Roger Chartier: "Formación social y economía psíquica: la sociedad cortesana en el proceso de civilización", en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa, 1992, p. 83.

No obstante, en los marcos de lo que hemos venimos argumentando hasta aquí, cae de su peso la importancia para la historia política de rehabilitar las investigaciones biográficas hoy. En efecto:

> Si antes se pretendía identificar las estructuras, las relaciones que independientemente de las percepciones e intenciones de los individuos orientan los mecanismos económicos, los historiadores actuales quisieran restaurar el papel de los individuos en la construcción de los lazos sociales[29].

En los círculos históricos es un movimiento internacional que puede percibirse en diferentes corrientes. En Francia, por ejemplo, Jacques Le Goff, quien desde los años ochenta había incursionado en este género, a través la vida de San Francisco de Asís, ha publicado recientemente una biografía sobre el rey francés, canonizado, *San Luis IX*, y que hoy se constituye en un importante esfuerzo por combinar el relato histórico con el análisis, la historia de una época con la vida de un hombre.

Tentativas similares encontramos en la historiografía inglesa con el libro de Christopher Hill sobre *Oliver Cromwell* (1988), el cual relaciona al personaje enfocado con el contexto de Inglaterra en el siglo XVII:

> Cualquier estudio sobre su persona —aclara el autor en sus páginas introductorias— no será apenas una biografía de un gran hombre, deberá incorporar los acontecimientos de la época en que él vivió y que se revelarán cruciales para el posterior desenvolvimiento de Inglaterra y de su imperio.

29 Roger Chartier: *El mundo como representación: estudios de Historia Cultural*, Barcelona: Gedisa, 1994, p.102.

América Latina no es ajena a esta tendencia, la voluminosa biografía de *Pancho Villa* realizada por F. Katz corrobora, sin duda, esta afirmación[30].

Está, sin embargo, por hacerse un balance sobre esta producción historiográfica, y el debate sobre ¿cómo pensar la articulación entre las trayectorias individuales y los contextos en los cuales se realizarán como una doble vía sin caer en el individualismo exacerbado (como las biografías tradicionales), ni en la determinación estructural (como en los análisis marxistas)? Es un debate historiográfico todavía abierto. No solo los grandes hombres merecen esta dignidad, sino también las personas "comunes", "subalternas" o "mudas". En este sentido, Ginzburg resalta la importancia de extender este concepto histórico de individuo a las clases más bajas, superando la idea de que los grupos populares están excluidos por definición de toda biografía. Los historiadores buscan rescatar facetas diferenciadas de los personajes enfocados y no solamente la vida pública de los hechos notables de los mismos: emergen así los sentimientos, el inconsciente, la cultura, la dimensión privada y de lo cotidiana.

La noción del tiempo

La noción del tiempo es una de las nociones más polémicas no solo de las ciencias naturales sino, también, de las ciencias sociales, y su carácter central ha sido puesto de presente por los recientes desarrollos en la teoría social, la cual se ha esforzado por incorporarlo como un concepto básico de las ciencias sociales[31].

---

30 Friedrich Katz: *Pancho Villa*. México: Era, 2000, 2 vols.

31 Cfr. Anthony Giddens: *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991; Niklas Luhmann: *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. México: Anthropos, Universidad Iberoamericana, Universidad Javeriana, 1998; Manuel Castells: *La era de la información. La sociedad red*. Madrid: Alianza, 1998.

Hoy resulta claro cómo las concepciones acerca del tiempo han variado a lo largo de la historia: La visión medieval del mundo hizo del tiempo una noción estática y precisa, expresión de una imagen del orden total y eterno. Solo algunos acontecimientos importantes (*vb. gr*. fenómenos naturales, eventos religiosos) se convertían en referentes temporales en torno a los cuales transcurría la vida cotidiana sin que existiera una medición precisa. Con el advenimiento de la sociedad moderna se abre paso una nueva concepción del tiempo lineal, irreversible y medible, en el que todo parece fluir a través del mismo.

Esta concepción moderna del tiempo está fundamentada en la idea newtoniana de un tiempo absoluto, en el que se sitúan todos los objetos y en el que se desenvuelven todos los acontecimientos, medidos por una especie de reloj universal; así mismo, está asociada a la noción de "tiempo nuevo" que se configura con el fenómeno de la Revolución francesa para dar cuenta de un cambio acelerado de la experiencia histórica y la intensificación de su elaboración por la conciencia.

La visión de "tiempos nuevos" nace vinculada a la ilusión de origen y ruptura, reformulando las concepciones acerca del pasado, presente y futuro. El registro histórico de estas experiencias inéditas permite redefinir la noción de un pasado como fundamentalmente diferente y delimitar épocas específicas en el devenir de la historia, confiriendo al pasado en su conjunto la condición de historia universal. Por su parte, el presente no aparece como lo nuevo, en sentido estricto, sino en la medida en que abre tiempos nuevos. De este modo el tiempo, como organizador de la naturaleza, permite establecer diferenciaciones temporales y secuenciales (pasado, presente y futuro), con variaciones en sus ritmos (corta, media y larga duración) y en sus niveles de complejidad (simple/complejo), ordenando así la memoria histórica.

En esta perspectiva, la historia política tradicional, que busca su materia prima en los grandes acontecimientos, aparece —como en su momento lo puso de presente Fernand Braudel— atrapada en un tiempo corto, que corresponde a la biografía, a los hechos, a

la vida cotidiana; y que encuentra su mejor definición en el uso de la cronología, donde la datación puede hacerse a partir de fechas precisas (un nacimiento, una batalla, un asesinato, un golpe de Estado). Así, la cronología, en tanto ciencia auxiliar

> remite los numerosos calendarios y medidas del tiempo que se han dado en el curso de la historia a un tiempo común: el de nuestro sistema planetario calculado físico-astronómicamente. Este tiempo único y natural es válido para todos los hombres de nuestro globo, teniendo en cuenta las estaciones del hemisferio opuesto y la diferencia variable del período del día[32].

El tiempo de la historia política aparece, entonces, como un tiempo corto, como una "agitación de superficie"; esto es, como una historia de lo efímero, del instante, de lo acontecimental en oposición al ritmo de las formas de la vida económica, social, institucional, cuya evolución aparece ligada a la larga duración.

Como se sabe, esta historia acontecimental fue objeto de crítica por parte de la Escuela de los Annales. Para los autores de esta corriente historiográfica, el dominio de la cronología conduce a yuxtaponer, sin explicar, los elementos no jerarquizados de un relato que transcurre en un tiempo sin densidad ni ritmo propios:

> A menudo —nos recuerda Braudel— la crónica, la historia tradicional, la historia-relato a la que tan aficionado era Ranke, no nos ofrece del pasado y del sudor de los hombres más que imágenes tan frágiles como estas. Fulgores, pero no claridad; hechos, pero sin humanidad[33].

Es necesario, entonces, cargar el acontecimiento de una serie de significaciones y relaciones y conferirle continuidad.

---

32 Reinhart Koselleck: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Buenos Aires: Paidós, 1993, p. 12.

33 Fernand Braudel: *Historia y ciencias sociales*, Madrid: Alianza, 1984, p. 28.

La ruptura con las formas del tiempo corto obró en provecho de la historia económica y social y en detrimento de la historia política, produciendo una renovación metodológica y desplazando los centros de interés hacia una historia seriada, a la cual —se pensaba— la historia política no podía acceder. Pese a estos significativos avances, tanto la historia acontecimental como la nueva historia parecían compartir un principio básico: la idea de un concepto absoluto y unitario de tiempo, el cual servía para ordenar y comparar los fenómenos históricos.

Hoy esta idea universal y direccional del tiempo ha sido puesta en cuestión por los recientes avances científicos en la física y la biología[34]: frente a una concepción temporal lineal, irreversible y medible del tiempo, se opone la experiencia de un tiempo contextual y relativo, que niega la existencia de una dimensión superior o privilegiada.

En las ciencias sociales este cambio en la percepción del tiempo ha sido posibilitado por dos hechos:

De un lado, por la crítica a las visiones eurocéntricas que hicieron del progreso la meta última de la humanidad, y de la historia, la realización del ideal civilizatorio del hombre moderno. El pensamiento postmoderno ha puesto de presente que no existe una historia única, sino "imágenes del pasado propuestas desde diversos puntos de vista" y que ya no se puede pensar en "un punto de vista comprehensivo capaz de unificar todos los demás"[35]

De otro lado, por la revolución informática y los flujos de interacción social que ella genera, de tal modo que

> no solo estamos siendo testigos de una relativización del tiempo según contextos sociales o, de forma alternativa, del regreso

34 Esto no significa que la idea newtoniana de un tiempo absoluto e idéntico a sí mismo no tenga validez para cierto tipo de fenómenos y que esté ligado a ciertas coordenadas histórico-sociales (*vb. gr.* el advenimiento de la sociedad industrial).

35 Gianni Vattimo: "Postmodernidad: ¿una sociedad transparente?", en Gianni Vattimo: *En torno a la postmodernidad*, Barcelona: Anthropos, 1990, p. 11.

> al carácter reversible del tiempo como si la realidad pudiera capturarse del todo en mitos cíclicos. La transformación es más profunda: es la mezcla del tiempo para crear un universo eterno, no autoexpansivo, sino autosostenido, no cíclico sino aleatorio, no recurrente sino incurrente: el tiempo atemporal, utilizando la tecnología para escapar de los contextos de su existencia y apropiarse selectivamente de cualquier valor que cada contexto pueda ofrecer al presente eterno[36].

Las consecuencias de esta revolución en el tiempo tienen grandes implicaciones para una renovación de la historia política:

En primer lugar, el acontecimiento, lejos de desaparecer del horizonte de los historiadores, adquiere nuevas significaciones por la vivencia de lo efímero, la inmediatez histórica y la validez de lo contemporáneo. El acontecimiento —como lo advirtió hace ya varios años el historiador francés, Pierre Nora— ha cambiado de sentido y de función:

> La historia contemporánea ha visto morir al acontecimiento 'natural' en donde idealmente se podía cambiar una información por un hecho de realidad: hemos entrado en el reino de la inflación del acontecer y necesitamos integrar esta inflación bien que mal en el tejido de nuestras existencias cotidianas[37].

Contrariamente a lo que afirmaba Braudel en su ensayo sobre la larga duración, las ciencias sociales ya no le tienen "horror al acontecimiento". Analizar el acontecimiento contemporáneo, su estructura, su mecanismo, lo que contiene de significación social, no sería ya desde ese momento interrogarse sobre una "espuma del tiempo histórico", sino tratar de acercarse al funcionamiento

36 Manuel Castells, *op. cit*., p. 467.

37 Pierre Nora: "La vuelta al acontecimiento", en Jacques Le Goff y Pierre Nora (Ed.). *Hacer la historia*, vol.1. Barcelona: Laia, 1985.

de una sociedad a través de las representaciones parciales y deformadas que ella misma produce[38].

En segundo lugar, se ha producido una alteración del tiempo histórico tradicional y de la relación pasado/presente/futuro. El tiempo, para la historia política, ya no puede ser más una simple suma cronológica de días y fechas, en su lugar han aparecido nuevos modos del relato histórico. La rápida velocidad de las comunicaciones repercute en las percepciones de un tiempo que se coloca más allá de la experiencia humana, en el que se conjugan las asincronías y los anacronismos, y donde lo pretérito se mezcla con lo presente generando nuevas tramas de lo no contemporáneo. De tal modo que el dato inmediato, cotidiano, al que la crítica de la historia positivista había desechado, cobra significación en un mundo social donde el instante adquiere universalidad y el pasado es recreado permanentemente por el presente.

La historia política se desenvuelve en una pluralidad de ritmos donde se combina lo instantáneo con lo extremadamente lento, una historia que se desarrolla simultáneamente en registros desiguales, que articula lo continuo y lo discontinuo, que combina lo instantáneo con lo extremadamente lento.

En tercer lugar, la renuncia a un proyecto de historia total ha permitido visualizar los funcionamientos sociales fuera de una partición rígidamente jerarquizada de las prácticas, de las temporalidades y de la primacía de uno de ellos; y así replantear el papel de la historia política como una historia volcada hacia la corta duración. Advertencia que, por demás, ya nos hacía Braudel en su mencionado ensayo sobre la "larga duración", al referirse a la historia de los acontecimientos como una "etiqueta que se suele confundir con la de historia política no sin cierta inexactitud: la historia política no es forzosamente episódica ni está condenada a serlo"[39].

38 *Ibid*.

39 Braudel, *op. cit*., p. 66.

En este punto, el contacto de la historia política con otras disciplinas, como la estadística y la antropología, resulta sumamente enriquecedor:

La estadística —junto con las facilidades que ofrece el uso del computador para el manejo de grandes volúmenes de información— aporta a la historia política modelos que le permiten avanzar en la demostración de correlaciones. De tal modo, si antes se le enrostraba a la historia política s*u imposibilidad para hacer una historia cuantitativa,* hoy, por el contrario, tiene a su disposición grandes masas documentales y de información susceptibles de ser cuantificadas (*vb. gr*. los resultados de los comicios electorales, los debates parlamentarios, la militancia de un partido), con las cuales pueden establecerse series y analizarse algunos comportamientos políticos[40].

La antropología, por su parte, podría estimular la comprensión de los fenómenos de la llamada "cultura política" (formaciones políticas e ideológicas, ritos, actitudes y comportamientos) inscritos en la larga duración[41].

Podemos concluir con Le Goff en que hoy se vislumbra el nacimiento de una historia política que opera en varios niveles:

> En el plazo breve hay una historia política tradicional que es narrativa, episódica, que está llena de movimiento, pero ya preocupada por preparar el terreno para un enfoque más profundo; mientras tanto, propone valoraciones cuantitativas, inicia análisis sociales, acumula pruebas para un futuro estudio

40 René Remond, *op. cit*.

41 Para el caso de los estudios medievales Le Goff señala que "La historia política medieval se transformó y se enriqueció por haber adoptado métodos tomados en préstamo de la antropología: los estudios sobre realeza arcaica o primitiva arrojaron nueva luz sobre la realeza medieval. De manera que la historia política medieval parecería abandonar la superficie de la historia episódica para adentrarse en los estratos diacrónicos profundos de las sociedades protohistóricas o parahistóricas" (Jacques Le Goff: "¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?", en Jacques Le Goff: *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. Barcelona: Gedisa, 1991, p. 172).

> de las actitudes mentales. En el plazo más largo [...] habrá una historia de las fases y tendencias de la historia política, momento en el que indudablemente, como lo espera Braudel, la historia social en el sentido amplio volverá a dominar; se tratará pues de una historia política de corte sociológico. Entre estos dos tipos de historia, como en la historia económica, habría una esfera común dedicada en particular a estudiar las relaciones entre las tendencias políticas seculares, por un lado, y los movimientos de plazo breve, los altibajos episódicos, por otro: sería una historia de crisis en la que las estructuras y su dinámica se revelarían en su desnudez por obra del tumulto de los acontecimientos[42].

El problema de la narración

Para finalizar esta reflexión debemos señalar que esta insistencia en la importancia de las acciones humanas y de la conciencia nos lleva a plantear el papel que cumple la narración histórica. No olvidemos que otra de las críticas fuertes formuladas contra la historia política tradicional era la de tratarse de una historia puramente anecdótica, cuyos contenidos estaban más cerca a la literatura que al conocimiento científico.

El debate postmoderno ha facilitado una reacción contra este punto de vista. Sin embargo, para algunos autores no se trata de un simple giro temático o metodológico sino de un nuevo cambio de paradigma, en el sentido que Kuhn le atribuye a este concepto y que implicaría someter a crítica todas las interpretaciones históricas precedentes[43] y admitir que ya no es posible una explicación científica coherente de las transformaciones del pasado, pues "toda concatenación de los hechos en favor de una visión global y

42 *Ibid*., p. 176.

43 Cfr. Miguel Ángel Cabrera: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Cátedra, 2001.

coherente es determinada por apreciaciones estéticas y morales, pero no científicas"[44].

Sin adoptar estas posturas extremas, la historia política puede tomar de aquí lecciones considerables:

Por un lado, un definitivo distanciamiento de las concepciones positivistas en favor de un reconocimiento de las complejidades del conocimiento histórico, y, entre ellas, el lugar del discurso como un medio para comprender dichas complejidades. Aquí, la historia de las ideas políticas cobraría vida nueva gracias a la dedicación al lenguaje político[45].

De otro lado, una renovación en los modelos de construcción de la narración. En este sentido ya se ha emprendido

> una búsqueda de nuevas formas de relato que sean apropiadas a las nuevas historias que los historiadores nos contarían. Entre estas nuevas formas se halla la micronarración, la narración hacia atrás y los relatos que se desplazan atrás y adelante entre mundos públicos y privados o presentan los mismos acontecimientos desde múltiples puntos de vista[46].

Todo ello, sin olvidar que la nueva historiografía narrativa se esfuerza, en contraste con la tradicional, por incorporar en los

44 Este es el punto de vista de autores como Hayden White en su libro *Metahistoria, la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Cf. Igger. *Op.cit*., p. 96.

45 Un ejemplo de ello es la historia de los conceptos políticos desarrollada en el contexto en Alemania por Reinhart Kosselleck y otros en el diccionario de seis tomos (*Conceptos históricos fundamentales*). Estos autores parten del supuesto de que para el origen de la moderna sociedad política han sido decisivas las ideas y los conceptos, pero que estas ideas forman parte de un discurso de un vocabulario normativo a través del cual se legitima el comportamiento político. En este punto encontramos también importantes antecedentes: Lucien Febvre, en su libro *El problema de la incredulidad en la época de Rabelais*, proporciona un camino de aproximación a los razonamientos de una época mediante el análisis de su lenguaje, el cual constituye su herramienta mental (*Ibid*., p.101).

46 Peter Burke: "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración", en Peter Burke (ed.), *op. cit*., p. 304.

aspectos subjetivos de la existencia humana, los sentimientos y los modos de comportamiento no solo de los personajes vinculados al poder sino de los que están fuera de él.

Del mismo modo, el retorno a la historia biográfica supone una aproximación a las técnicas narrativas, pues ella implica, necesariamente, un acercamiento acontecimental, como en Guillermo Mariscal de George Duby, que relata la vida de un caballero medieval, entre los siglos XII y XIII; empieza señalando los rituales fúnebres de Guillermo para luego relatar sus hazañas.

A modo de conclusión podemos afirmar que las críticas que se le hicieron, con justa razón, a una historia política tradicional, ya no son válidas para la historia política que se escribe hoy. La historia política tiene ante sí un amplio panorama: desde las clases sociales hasta las creencias religiosas, pasando por los grandes medios de comunicación o las relaciones internacionales.

Abarcando los grandes números, trabajando en la duración, apoderándose de los fenómenos más globales, procurando profundizar en la memoria colectiva o en el inconsciente, la raíces de las convicciones de los orígenes de los comportamientos, la historia política ha descrito una revolución completa.

Breve panorama de la historiografía colombiana en el siglo xx

En el último decenio del siglo xx el trabajo histórico en Colombia tomó un nuevo impulso: la reapertura de la carrera de Historia en la Universidad Nacional, la creación del programa de Doctorado en esta misma institución, la realización de importantes eventos nacionales e internacionales sobre la disciplina; la promoción de una nueva generación de investigadores formados en diversos centros de estudios del país y fuera de él, son prueba fehaciente de ello. No deja de sorprender, sin embargo, el desconocimiento que de la producción historiográfica colombiana se tiene en otros países de América Latina.

A esto último ha contribuido, sin lugar a dudas, el débil compromiso de nuestros historiadores con la labor colectiva de construcción del conocimiento histórico. Los vínculos de nuestros investigadores con historiadores extranjeros, en buena medida, han ido surgiendo al azar como resultado de iniciativas individuales antes que de una política coherente de intercambio aunque, como se señalará más adelante, en los últimos años se han hecho valiosos esfuerzos en vías a superar esta situación.

Tal como lo sugiere el título de este artículo, en las páginas siguientes se intentará presentar un cuadro panorámico de la historiografía colombiana del siglo xx, tarea por demás ambiciosa si se toma en consideración el amplio segmento de tiempo que se

pretende cubrir y el breve espacio que se dispone para hacer la presentación. Lo que prueba, una vez más, que el tiempo y el espacio serán siempre una eterna preocupación de los historiadores.

La tesis central que se pretende demostrar en este ensayo es que el trabajo histórico en Colombia ha estado estrechamente relacionado con coyunturas muy específicas de la vida nacional y en algunos casos internacional, lo que ha determinado en buena medida la naturaleza y el contenido de los estudios históricos en el país. Así por ejemplo, la "historiografía académica y romántica" ligada al quehacer de la Academia Colombiana de Historia está muy asociada a las preocupaciones de las élites dirigentes colombianas por restablecer la "unidad nacional", deteriorada por la cruenta guerra civil que sacudió el país a principios de siglo y la dolorosa huella que dejó la separación de Panamá en 1903. Otro tanto puede afirmarse del surgimiento y desarrollo de la llamada "Nueva Historia", en relación con los procesos de transformación social acaecidos a fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta.

Pero si bien en este largo recorrido puede establecerse una línea de avance que se extiende desde una historia de principios de siglo, preocupada por la biografía de los grandes próceres y la narración de los grandes hechos políticos, a una historia de fin de siglo centrada en los problemas de la cultura y las mentalidades, en modo alguno puede afirmarse que la aparición de una forma de hacer historia haya significado la desaparición de la otra. La polémica que se generó a finales de los años 80 (entre miembros de la Academia de Historia y representantes de la llamada "Nueva Historia") es un dato revelador de la coexistencia en los ámbitos intelectuales del país de estas corrientes historiográficas que subsisten en medio de acres rivalidades.

Con fines expositivos se hará referencia a seis grandes momentos de la historiografía colombiana del siglo xx: 1) La historiografía académica y romántica; 2) Los albores de la historia económica y social; 3) La reinterpretación liberal de la historia; 4) La historia

militante como historia épica del pueblo; 5) La llamada "Nueva Historia" y 6) Los estudios recientes.

Cabe advertir que aunque los límites entre una y otra tendencia no aparecen tan claramente demarcados, y en el interior de cada una de ellas tropezamos con producciones que parecería difícil ubicar en uno u otro campo, en términos generales se puede afirmar que estas categorías dan cuenta de las diferentes modalidades que sustentaron el quehacer histórico en el país durante la centuria pasada, algunas de las cuales subsisten como herencia del siglo que acaba de concluir.

La historiografía romántica y académica

El siglo XX colombiano se abre con dos hechos históricos de gran significación para el país: por un lado, la llamada "Guerra de los Mil Días" (1899-1902) —la más prolongada guerra civil de la historia nacional— entre liberales y conservadores (apoyados por las fuerzas del Estado). Dicha contienda, que culminó en noviembre de 1902, dejó hondas repercusiones tanto en el plano político como económico y sumió al país en un estancamiento económico generalizado.

Después de terminada la guerra, la situación de los partidos políticos tradicionales se hizo aún más conflictiva. De parte y parte, e incluso en las filas internas de cada agrupación, hubo inculpaciones en torno a los responsables del conflicto y su prolongación. En medio de estas disputas partidistas y cuando apenas se celebraba un año de la firma del "Tratado de Wisconsin" que puso fin a la guerra civil, se produjo un acontecimiento que habría de conmocionar al país: la desmembración de Panamá del territorio colombiano con la intervención de los Estados Unidos —que para entonces empezaba a proyectar su política imperialista sobre el continente latinoamericano—. El fantasma separatista recorrió el país y en algunas regiones como el Cauca (noroccidente del país) hubo expresiones de adhesión a Panamá, en tanto, se fortalecían las tendencias autonomistas en otros lugares del país.

Estos hechos redundaron en una pérdida de confianza del pueblo colombiano hacia sus instituciones, acompañada de un sentimiento de pesimismo y escepticismo frente a sus gobernantes. Para muchos colombianos quedó en claro la incapacidad del Estado para dar solución al conflicto armado interno y para frenar las inclinaciones separatistas de los panameños.

La situación obligó a las dos colectividades tradicionales a limar sus asperezas. Una de las preocupaciones centrales de las élites dirigentes fue entonces restablecer esa legitimidad perdida. El lenguaje de la "reconciliación", de la "paz" y de la "unidad nacional" adquirió especial importancia en las estrategias de reconstrucción económica del país. La paz y la unidad se constituyeron en condición *sine qua non* para el progreso nacional y, por supuesto, los planes de educación no fueron ajenos a esta preocupación. Es en este contexto ideológico que se asiste a la configuración de un tipo de "Historiografía Académica y Romántica" que tiene como eje la Academia Colombiana de Historia.

La Academia de Historia y Antigüedades, como se le conoció inicialmente, se creó en mayo de 1902 (recogiendo la propuesta de los doctores Eduardo Posada y Pedro María Ibáñez) y se inauguró en octubre del mismo año como Academia oficial y cuerpo consultivo del Gobierno. La creación de la Academia respondía a estos planes de reorganización y desarrollo de la instrucción pública, impulsados a partir del armisticio que puso término a la Guerra de los Mil Días.

Junto a esta institución se creó: la Oficina de Longitudes, la Sociedad de Ciencias Naturales y la Sociedad Geográfica de Colombia, y se estimuló el desarrollo de las Academias de Sociedades de Medicina, de Ingeniería y de Jurisprudencia ya existentes. El propósito de estas instituciones quedó claramente expresado en el discurso pronunciado por el entonces ministro de Instrucción Pública Antonio José Uribe, en el acto de entrega de las nuevas instalaciones de las Academias:

> Si todas estas entidades se consagran, como cuerpos docentes y de investigación científica, al desarrollo moral, intelectual y material del país; si como está seguro el gobierno, ellas presentan su concurso a la Administración para resolver acertadamente los múltiples y graves problemas a cuya solución se encuentra vinculado el progreso patrio, si la unión y la correspondencia de ellas con los centros análogos que funcionan en otras ciudades del país, contribuyen a estrecharse los vínculos de nacionalidad, y si la reunión frecuente de los hombres de ciencia que militan en opuestos campos vienen a este recinto, animados de un mismo espíritu patriótico para servir noblemente a Colombia, es parte a que se establezca la concordia entre los que, por su ilustración, están llamados a influir de modo decisivo en el porvenir de la república[47].

La producción historiográfica de la Academia es muy abundante, y se inicia con la edición de su órgano de divulgación, el *Boletín de Historia y Antigüedades* (1902), y la publicación de una serie de colecciones documentales, entre los que cabe destacar los *Documentos inéditos para la historia de Colombia,* y la correspondencia del general Francisco de Paula Santander.

Junto al *Boletín de Historia y Antigüedades,* el libro *Historia de Colombia* de Jesús M. Henao (1869-1944) y Gerardo Arrubla (1873-1946), adoptado en 1910 (año de conmemoración del primer centenario de la Independencia) como texto oficial para la enseñanza de Historia y que durante varias décadas nutriría la formación de los estudiantes en escuelas y colegios, se convertiría en una aportación emblemática de la Academia.

Sin embargo, la producción más significativa cristaliza en la publicación de la *Historia extensa de Colombia,* como culminación de un largo proyecto iniciado en 1929, y que cuenta con varias etapas: "la Academia hizo entrega de los 10 primeros volúmenes el 12 de octubre

47 *Boletín de Historia y Antigüedades*, núm. 22, junio de 1904, p. 579.

de 1965; la segunda serie apareció en 1967 y la tercera en 1971"[48]. La obra, aunque comparte ciertos rasgos historiográficos comunes, refleja diversas aproximaciones al objeto histórico, como en el caso de los trabajos elaborados por Juan Friede, quien critica el enfoque "heroico" de la historia y aboga por una "historia social".

Una de las temáticas privilegiadas por los representantes de esta corriente historiográfica son las biografías de los grandes hombres que forjaron nuestra nacionalidad. Luis Martínez Delgado, Miembro de la Academia de Historia, lo expresa con estas palabras:

> Los méritos y deméritos de cada uno de los hombres que influyeron en la vida nacional deben ser por él [historiador] manifestados lealmente, procurando expresar sin pasión las causas de los errores humanos y exaltando los méritos de cada cual con estricta ecuanimidad, entre el numeroso concurso de hechos que amenazan comprometer su recto criterio si se inclina a otro apasionamiento que no sea el de la verdad y la justicia[49].

Este centramiento en el héroe va acompañado de la exaltación de sus virtudes cristianas y ciudadanas. El siguiente boceto biográfico en torno al expresidente Mariano Ospina, aparecido en el *Boletín de la Academia,* da cuenta exacta de ello:

> [Ospina] consideraba como el primer deber del gobernante mostrarse *fiel guardián y ejecutor de la constitución y las leyes* que ha jurado cumplir: solicitar del poder legislativo la revisión y reforma de las disposiciones viciosas, deficientes e impracticables, no contribuir por su parte al descrédito de las instituciones y al consiguiente desprestigio de la autoridad, como lo han hecho no pocos hombres públicos de la América española [...] Su *actitud*

48 Bernardo Tovar Zambrano: "La historiografía colonial", en autores varios, *La historia al final del milenio,* tomo I, Bogotá: Universidad Nacional, 1994, p. 31.

49 Academia Colombiana de Historia, *Historia extensa de Colombia,* tomo VIII, Bogotá, Lerner, 1971, "Consideraciones preliminares".

> *modesta*, siempre en armonía con su reconocida *superioridad intelectual* [...] No se le oía palabra sentenciosa, no nombraba espontáneamente a su malquerientes e injustos agresores [...] *extraño por temperamento y por educación a los impulsos de la envidia, del rencor y de la vanagloria* [...] sin dificultad reconocía, por otra parte, las buenas prendas que adornaban a algunos de sus antagonistas y los actos generosos de que tuviese conocimiento [...] El egoísmo, en sus variadísimas formas y manifestaciones, era para él uno de los mayores crímenes de lesa religión y lesa patria[50].

El texto concluía señalando a este personaje como un ejemplo heroico para ser imitado por nuestras juventudes:

> Confiamos —dice— en que la porción más inteligente y digna de la nueva generación no tendrá a mal que, como modelo de hombre público concienzudo y eminente, le presentemos al insigne pensador y magistrado que, llevando en su limpio escudo el noble lema de orden y justicia se llamó Mariano Ospina.

Otra preocupación central de esta historia son los episodios "heroicos" (militares, políticos, religiosos o científicos) que confieren al relato histórico un carácter eminentemente narrativo y descriptivo. La exaltación de las fechas patrias, la sobrevaloración de algunos períodos históricos y la subvaloración de otros son rasgos que configuran este tipo de historia. Sin embargo, no debe ignorarse el rol positivo de esta forma de hacer historia en la recuperación de fuentes y archivos[51], y el planteamiento de temáticas que posteriormente serían estudiadas desde nuevos enfoques historiográficos.

Cabe señalar que junto a esta visión romántica de la historia que no escapa a sus pretensiones moralizantes, toma fuerza una

50 *Boletín de Historia y Antigüedades*. Órgano de la Academia de Historia. Año II, nros. 13 y 14 (resaltado del autor).

51 Entre sus objetivos, la Academia Colombiana de Historia se propuso la defensa y preservación del patrimonio histórico y artístico de la nación, así como la adecuada conservación de los archivos mayores y menores de la República.

concepción de la historia de naturaleza más claramente positivista, con un mayor rigor en el uso de las fuentes y que adopta como divisa fundamental "la imparcialidad" del historiador que inspirará, en buena medida, las investigaciones históricas recopiladas en la *Historia extensa de Colombia:*

> Hemos querido antes y ahora —escribe uno de los directores y coordinadores del proyecto— *situarnos en campos de absoluta imparcialidad* olvidándonos del más leve sentimiento de partido político y de simpatías personales o de familias. Convencidos estamos de que nos está vedado censurar, elogiar, olvidar nombres, recordar otros apartándonos de la severidad que prescribe la historia para ser escrita. Nuestras guías han sido la verdad comprobada, la honestidad y patriotismo[52].

Esta pretendida objetividad no pasó de ser más que una buena intención: los escritos de la Academia están llenos de una frecuente toma de partido frente a numerosos personajes de la historia colombiana. Así lo registran el cúmulo de artículos en torno a polémicas figuras de la historia nacional como Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Tomás C. de Mosquera y Rafael Núñez.

Una crítica de conjunto a esta historiografía "heroica" nos la presenta Juan Friede. Sus observaciones tienen gran interés por cuanto son planteadas en el seno mismo de la Academia Colombiana de Historia:

> [la historia heroica] —nos dice Friede— al exagerar el papel jugado por el individuo, tiende a convertir la historia en una sucesión de biografías; recarga la narración con detalles íntimos de la vida del 'héroe' —a veces puramente ima ginario— que no guardan relación directa con su rol histórico [...] careciendo de puntos objetivos de referencia, el historiador valora los hechos de su héroe

52 Luis Martínez Delgado: "Evolución Constitucional 1885-1910", Introducción en *Academia Colombiana de Historia*, *op. cit.*, tomo X [resaltado del autor].

> de manera individual, guiándose tan solo por sus apreciaciones personales (...) La deficiencia más notoria de la historia 'heroica' consiste, en "que su campo de estudio se limita a una capa minoritaria de la sociedad, relegando al olvido el sector mayoritario, es decir, el común del pueblo, que también tiene una historia digna de ser investigada y estudiada[53].

He transcrito esta larga cita porque considero que condensa las preocupaciones de un significativo núcleo de historiadores que iniciará, en los años treinta, una importante etapa de renovación de los estudios históricos en Colombia. Esta nueva orientación historiográfica es expresión en cierto modo de las transformaciones económicas y sociales que vive el país en estos años.

Pero antes de ocuparnos de esta nueva tendencia historiográfica conviene destacar la obra de dos historiadores, que si bien hacen parte de esta tradición historiográfica que hemos venido reseñando hasta aquí, destacan por su empeño divulgativo de la historia en un nivel muy próximo al género periodístico y a la literatura. Se trata de Joaquín Tamayo (1902-1941) y Germán Arciniegas (1900-1999). El primero de ellos es autor de algunos estudios biográficos, entre ellos los de Tomás C. de Mosquera, y Rafael Núñez; y el segundo, prolífico autor de variados temas históricos referidos a la conquista, colonia e Independencia.

Los albores de la historia económica y social

Desde principios de siglo, la necesidad generalizada de mano de obra en el país favorece la migración del campesinado a las ciudades y sitios donde se construyen carreteras y líneas de ferrocarril. De esta forma, amplios sectores campesinos cambian su condición de asalariados agrícolas, por la de trabajadores urbanos. Paralelo a este proceso de proletarización irrumpe en los años veinte, un gran movimiento de masas en busca de mejores condiciones

53 Juan Friede. *Ibid.*

sociales: salarios, servicios y educación. En el ámbito internacional la sombra de la Revolución de Octubre de 1917 se proyecta sobre el país, estimulando la publicación de numerosos periódicos obreros, y la difusión de literatura sobre el tema. En el plano organizativo se funda el Partido Socialista Revolucionario PSR (1919), uno de cuyos destacamentos dará origen al Partido Comunista (1930).

En la década del treinta Colombia entra de lleno en la onda modernizadora bajo los impulsos de la llamada "Revolución en Marcha" (1934-1938), liderada por el presidente liberal Alfonso López Pumarejo, quien adelanta en estos años un proyecto modernizante buscando adecuar las instituciones del Estado a las nuevas realidades sociales del país. Este plan de reformas significó una serie de transformaciones en el plano social, político y económico, que habrían de dejar una profunda huella en la vida nacional.

Pese a que estas reformas no siempre obraron en beneficio de los sectores populares, el gobierno de la "Revolución en Marcha" contó con su adhesión. En particular, la clase trabajadora encontró, bajo la administración de Alfonso López Pumarejo, un nuevo lenguaje para dar respuesta a los problemas laborales del país, favoreciendo la intervención estatal en la solución conciliada de los conflictos, consagrando el derecho a la huelga, salvo en los servicios públicos y estimulando la constitución de organizaciones gremiales y sindicales, que en el período anterior habían sido objeto de una cruda represión.

En el plano de la educación, "la Revolución en Marcha" supuso un cambio significativo en todos sus aspectos, eliminando las prerrogativas que tenía la Iglesia para el control de la educación y garantizando la libertad de conciencia y de cultos. En el contexto de esta reforma, la Universidad Nacional cobró cuerpo como espacio de debate ideológico, abierto a todas las corrientes del pensamiento. Igualmente, en otras universidades del país los estudiantes abrieron su horizonte teórico estudiando las nuevas tendencias del pensamiento social[54].

54 Entre los profesores que en estos años estuvieron vinculados a la universidad figura un grupo de intelectuales emigrados de la guerra civil española y de la persecución del fascismo y nazismo europeo, que

Un elemento importante de este proceso fue la difusión del marxismo, asociado inicialmente a estrechos círculos de estudio, pero que muy pronto cubrirá un radio mayor a través de la cátedra universitaria ejercida por jóvenes intelectuales de formación socialista como Antonio García, Gerardo Molina, Diego Montaña Cuéllar, Guillermo Hernández Rodríguez y Francisco Mujica.

La confluencia de estos factores crea un clima favorable para el surgimiento de los primeros estudios de carácter económico y social, que constituirán valiosos esfuerzos en la superación de la concepción heroicista y épica de nuestra historia, y en la incorporación a la investigación histórica de conjuntos sociales condenados al ostracismo por la historia tradicional (indígenas, negros, artesanos, clase obrera). La realidad del país estaba demostrando que ya no era posible ignorar estos grupos sociales.

En esta perspectiva de renovación histórica es que podemos identificar el surgimiento de los primeros estudios socioeconómicos de la historia económica que se inician en los años treinta, estrechamente relacionados con la conformación de los primeros núcleos de estudios marxistas, que tienen su origen en un ala radical del liberalismo y en el naciente Partido Comunista (1930), donde sobresalen figuras intelectuales y políticas que intentan reflexiones de conjunto sobre la historia nacional.

En esta perspectiva cabe destacar a Luis Eduardo Nieto Arteta, con su libro *Economía y cultura en la historia de Colombia* (1938-1942), que elabora una interpretación de la colonia y del siglo xix colombiano, en la que revalora el pensamiento progresista de hombres como Antonio Nariño, Castillo y Rada, Manuel Murillo Toro por sus críticas a la economía colonial; enfatiza el contenido revolucionario de las reformas de medio siglo; destaca el papel de productos como el tabaco, la quina y el añil, en la transformación de la estructura económica del país en el siglo xix; igualmente

a mediados de los años treinta llegaron a Colombia en busca de asilo y que muy pronto empezaron a jugar un papel importante en la vida cultural y académica del país, entre ellos cabe destacar al profesor José María Ots Capdequi, especialista en asuntos de derecho indiano.

presenta la visión de los partidos políticos como representantes de grupos de intereses económicos y clases sociales. Todo ello apoyado en una relectura de fuentes históricas, generalmente impresas y no necesariamente de archivo, como las relaciones de mando de los virreyes, los textos de las constituciones políticas, los escritos económicos y las memorias de los ministros de Hacienda.

La obra de Nieto Arteta constituye un hito importante en el desarrollo de la investigación histórica del país, al tratar de introducir un marco explicativo general del proceso histórico colombiano en el siglo xix, distanciándose de las concepciones positivas y de los trabajos elaborados por la Academia Colombiana de Historia. En este sentido, el libro de Nieto Arteta hace parte de una tendencia latinoamericana de reinterpretación de la historia política a partir de los elementos económicos, surgida en los años treinta con la temprana difusión del marxismo en el continente, y entre los que destacan: la *Historia económica* de Ugarte en el Perú (1936), de Emilio Chávez Orozco en México (1933), Caio Prado Junior en Brasil (1945) y Rodolfo Puigróss en Argentina (1940).

La investigación realizada por Arteta está inspirada en la perspectiva del método materialista, aunque en una versión todavía muy esquemática, donde los fenómenos políticos y culturales aparecen como simple reflejo de la base económica. Así, los partidos políticos surgidos en el siglo xix son presentados como expresión de determinados intereses económicos, simplificando las complejidades de los procesos culturales de la sociedad colombiana decimonónica.

Si bien la pretensión de Nieto Arteta es la de hacer una interpretación de la historia económica del país desde la conquista, el núcleo central de su obra está referido al siglo xix y en particular a las llamadas "Reformas de Medio Siglo", las cuales termina por identificar con la revolución burguesa occidental. Esta interpretación, sustentada en escritos y opiniones de políticos liberales del siglo xix (José María Samper, Salvador Camacho Roldán y Aníbal Galindo), protagonistas de este proceso, habría de ejercer una profunda influencia en los historiadores posteriores, contribuyendo a alimentar el mito de un partido liberal "progresista y

modernizante", que permeará una generación de historiadores no solo liberales sino formados también en el marxismo.

Posteriormente a la obra pionera de Nieto Arteta aparece el libro de Guillermo Hernández Rodríguez *De los chibchas a la Colonia y a la República. Del clan a la encomienda y al latifundio en Colombia* (1949), que, como lo sugiere el título, parte de los orígenes prehispánicos y coloniales, para llegar a la constitución de la República, tratando de establecer en esa línea histórica elementos de continuidad con las diferentes formas de explotación colonial. De esta manera el indio mitayo (trabajador de la mita) y el obrero (proletariado moderno) se constituyen en los extremos de una misma cadena, unidos por cuatro siglos de evolución histórica.

La investigación histórica de Hernández Rodríguez busca así

> contribuir a indicar los orígenes seculares de la situación colombiana contemporánea en la creencia de que un mejor conocimiento de las fuerzas modeladoras de nuestro pasado nos permitirá aprovechar su impulso histórico para renovar el presente trazando orientaciones precisas a los movimientos populares.

Esta perspectiva historiográfica "presentista" lleva al autor a detenerse en las bases materiales y la organización socioeconómica de las cultura chibcha, a la que señala como la sociedad "autóctona más importante de la región norte de América del Sur dentro de todas las que estaban vivas y en actividad en el momento de la conquista". La organización indígena aparece entonces como el sustrato genitivo sobre el cual se edificaron las instituciones coloniales como la encomienda, el resguardo, la mita y el concierto que a su vez desembocan en la constitución de la hacienda y el latifundio.

En el campo de la Historia Económica, pero apartándose de la perspectiva de análisis marxista, descolla el trabajo de Luis Ospina Vásquez, con su obra *Industria y Protección en Colombia* (1955). Su estudio, que cuenta con un abundante material factual, abarca un

recorrido de la historia económica del país desde la época colonial hasta las primeras décadas del siglo xx.

Como lo señala en su introducción, el libro de Ospina Vásquez busca dar una idea del desarrollo de la industria colombiana, estudiando la relación entre la evolución industrial y las políticas económicas y aportando un importante elemento metodológico para la comprensión de las ideas económicas vistas no como simple copia de las teorías en boga a nivel internacional, sino a través de su influencia en los dirigentes del país, su traducción y su adecuación a las particularidades nacionales. De esta forma, el ideario librecambista no aparece como un simple instrumento de transformación económica en manos del partido liberal, expresión política de una nueva y emergente burguesía sino, ante todo, como una actitud de las élites dirigentes (liberales y conservadoras), ante al fracaso de las políticas proteccionistas que antecedieron la adopción del librecambio. Este interés por el estudio de cómo las teorías en boga a nivel internacional influyeron en los dirigentes del país lo lleva a rastrear fuentes como artículos de periódico, polémicas políticas, mensajes presidenciales y diarios de viajeros.

Las interpretaciones de Ospina Vásquez acerca de la evolución de la economía y la política económica del país, se convertiría en punto de referencia obligada para los historiadores posteriores. En tanto que su análisis del espacio económico en el que distingue regiones y subregiones, con características propias, supondría como bien lo ha señalado Bernardo Tovar, un estímulo a los estudios de historia local y regional[55].

Junto a estos autores debe señalarse la obra de Ignacio Torres Giraldo, *los Inconformes: Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, escrito en los años cincuenta pero publicado casi veinte años después, en cinco volúmenes. La obra constituye un interesante esfuerzo de construcción de la historia nacional desde la perspectiva de "los de abajo", de tal modo que la resistencia de los indígenas, los esclavos negros, los artesanos y en particular las

55 Bernardo Tovar, *op. cit*.

luchas obreras, están presentes en las páginas de su libro. El relato histórico, pese a contar con un abundante material empírico de apoyo, no está suficientemente elaborado y su lectura en ocasiones se torna monótona.

En los años sesenta esta tradición historiográfica es continuada por Diego Montaña Cuéllar, miembro en ese entonces del Comité Central del Partido Comunista y destacado dirigente de los trabajadores petroleros. La obra de Montaña Cuéllar, *Colombia: país formal y país Real* (1963) hace parte de una colección de estudios sobre el análisis de las luchas populares en América Latina, que a principios de los años sesenta impulsa la editorial argentina Platina. El hilo conductor que articula el libro es la lucha de clases, y la presencia del imperialismo norteamericano en nuestro país. Al igual que Hernández Rodríguez, Montaña Cuéllar remite su investigación hasta el estudio de los antiguos pobladores del territorio colombiano (los chibchas), a quienes presenta como expresión de un tipo de relaciones sociales basadas en la propiedad comunitaria, que se ve violentada por el proceso de descubrimiento y conquista española, el cual da origen a un proceso de apropiación, por parte de los encomenderos y de la Iglesia, de las tierras pertenecientes a los indios. Después de un rápido paso por el siglo xix el grueso de su estudio se centra, sin embargo, en el siglo xx, donde se ocupa del desarrollo del capitalismo colombiano en el contexto imperialista, los proyectos reformistas liberales y la violencia política que sacudió al país desde mediados de siglo.

Aunque en estos autores referenciados encontramos variaciones en la calidad, orientación y consistencia de su trabajo histórico, a riesgo de esquematizar, podemos destacar como rasgos característicos de este núcleo de historiadores los siguientes[56]. Por una parte su compromiso con las luchas populares, que en algunos asume la

56 Aquí es necesario hacer la salvedad de autores como Ospina Vásquez. Su situación es muy particular siendo hijo de un expresidente (Pedro Nel Ospina) y nieto de otro (Mariano Ospina Rodríguez), importantes miembros de la élite económica del país. En el caso de Nieto Arteta, aunque la mayor parte de su vida estuvo vinculada al servicio diplomático, de joven participó en jornadas estudiantiles reivindicativas y a

forma de una activa militancia política. Ignacio Torres Giraldo, fue un destacado dirigente obrero del socialismo revolucionario en los años veinte, aunque después de su expulsión del Partido Comunista, hacia 1940, optó por marginarse de la actividad política; Guillermo Hernández Rodríguez, tuvo un primer desempeño como secretario general del Partido Comunista Colombiano (PCC), posteriormente estuvo presente en otras luchas políticas fuera de las filas del PC, siendo senador por el MRL, una corriente disidente del partido liberal (1962-1966). Diego Montaña Cuéllar, supo combinar hasta su muerte su actividad intelectual con su quehacer político.

Estos estrechos vínculos entre política e historia desembocan en una preocupación generalizada por conocer el pasado y nuestros orígenes como condición necesaria para entender las formas presentes y así medir el alcance de sus fuerzas creadoras.

Por otra parte, la obra de estos autores tiene un fuerte soporte metodológico en los presupuestos del Materialismo Histórico, en los que cobra particular importancia el estudio de la base económica, a partir de la cual se pretende explicar la "superestructura" política, jurídica e ideológica. Se trata todavía de un marxismo muy simplificado, lo que se explica en buena medida por el contacto que autores como Ignacio Torres Giraldo, Guillermo Hernández Rodríguez, Diego Montaña Cuéllar establecieron con el marxismo soviético durante sus visitas a la URSS. Esta circunstancia ha llevado a descalificar la producción historiográfica de estos autores como simple portadora de un "marxismo vulgar y mecanicista". Crítica que hecha a la distancia y fuera de su contexto histórico, resulta demasiado fácil y hasta cierto punto estéril.

Finalmente, y en contra de la crítica esbozada anteriormente, se detecta en estos autores, además de la influencia de la obra de Marx, una deuda intelectual con otros pensadores si bien no de manera explícita. En esta caracterización puede destacarse a Nieto Arteta,

principio de los años treinta se vinculó a un grupo de estudios marxista, independiente de los partidos políticos.

quien tuvo un contacto directo con el ambiente cultural alemán y cuyo trabajo encuentra inspiración en otros pensadores marxistas como Rosa Luxemburgo. Del mismo modo, Guillermo Hernández Rodríguez enriquece su obra incorporando categorías del pensamiento sociológico norteamericano de la primera mitad del siglo xx, particularmente de corrientes como el evolucionismo y el funcionalismo[57].

La reinterpretación liberal de la historia

Desde comienzos de siglo xx algunas corrientes dentro del partido liberal empezaron a hablar de la necesidad de adecuar las ideas y programas de esta colectividad a las nuevas realidades nacionales. El más claro exponente de esta necesidad de cambio fue el general Rafael Uribe Uribe, quien poco después de concluida la guerra civil de los Mil Días —de la cual había sido uno de sus protagonistas— en una conferencia dictada en el Teatro Municipal de Bogotá expuso su tesis acerca del "socialismo de Estado".

En su disertación, el caudillo liberal, empieza aclarando que sus simpatías son hacia un socialismo "no de abajo para arriba que niega la propiedad, ataca el capital, denigra la religión, procura subvertir el régimen legal y degenera, con lamentable frecuencia, en la propaganda por el hecho" sino hacia un tipo de "socialismo de arriba para abajo, por la amplitud de las funciones del Estado". Llama la atención también acerca de las diferencias de nuestra América con respecto a Europa y la necesidad de acoger "a beneficio de inventario" las teorías y prácticas que aparecen como moneda común en dicho continente:

> Todo hispanoamericano —afirma— ha sido víctima de las teorías de publicistas europeos como Smith, Say, Bastiat, Stuart

57 A este respecto señala Guillermo Hernández Rodríguez que: "Las escuelas sociológicas han sido demasiado excluyentes y no obstante cada una de ellas ofrece valiosísimos aportes que no sería posible desechar con un espíritu de secta [...]"

> Mill, Spencer, Leroy y Beaulieu y demás predicadores del libre cambio absoluto y de las célebres máximas del *laissez faire*, *laissez passer*, un mínimun de gobierno y un máximo de libertad.

Y advierte que mientras en el continente hemos seguido fielmente esas doctrinas, los europeos y norteamericanos han adoptado en la práctica todo lo contrario, para concluir que

> Solo el Estado, que es perpetuo, representa los intereses perpetuos de la sociedad, solo él puede hacer desembolsos reproductivos a través de los años, solo él puede con larga visión, imponer sacrificios a las generaciones actuales para preparar a las venideras una existencia mejor. En nuestra Colombia, solo el esfuerzo colectivo, bien dirigido y honradamente manejado puede sacarnos de la postración presente para convertirnos en lo que debemos ser: un pueblo rico, grande y glorioso, el primero en Hispanoamérica[58].

En las dos primeras décadas del siglo xx y hasta la Convención Liberal de Ibagué (1922), esta corriente favorable al intervencionismo estatal pugnará por abrirse paso dentro del partido, logrando incorporar muchas de sus tesis en el nuevo programa liberal de 1922.

Después del asesinato de Rafael Uribe Uribe (1914), el ingeniero Alejandro López se convierte en uno de los ideólogos más importantes del partido liberal. Sus reflexiones sobre la realidad nacional, y en particular sobre la cuestión agraria, los transportes y la educación plasmados en su libro *Problemas colombianos e idearium liberal* sustentarán las ideas modernizantes del Partido Liberal, que como ya se señaló, toman cuerpo bajo el gobierno de la llamada "Revolución en Marcha" (1934-1938).

Esta interpretación, que se relaciona con los postulados ideológicos que adopta el liberalismo en el siglo xx, concretamente con el

---

58 Rafael Uribe Uribe: "Socialismo de Estado", en *El pensamiento político de Rafael Uribe*, Antología, Colección Popular No. 155, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

intervencionismo estatal en la economía y en la sociedad, llevarán a una reinterpretación liberal de la historia colombiana. En esta línea se inscribe la obra histórica de Indalecio Liévano Aguirre y Alfonso López Michelsen quienes "a más de legitimar su capacidad como dirigentes políticos y dar fe de su conocimiento profundo del país, presentaron una peculiar interpretación de la evolución del país que contribuyó a sustentar toda una reorientación de la política colombiana"[59].

Los primeros escritos de Alfonso López reflejan un interés por dar cuerpo a esa nueva concepción del liberalismo, a la cual hemos aludido, basada en la idea de un Estado fuerte e intervencionista. Concepción que está presente en los cambios que, en ese momento, viene impulsando la "Revolución en Marcha", abanderada por su padre Alfonso López Pumarejo. En su *Introducción al estudio de la Constitución de Colombia (1943),* López hace una reinterpretación de la historia constitucional del país, tratando de rescatar los méritos que tuvo la legislación española, que califica de inspiración típicamente social, frente a las innovaciones liberales adoptadas durante el período de la Independencia. Para López, la adopción de la ideología liberal, lejos de significar un progreso para las naciones latinoamericanas, supuso un proceso de anarquía y de disolución de la nacionalidad. En el país este fenómeno tuvo como expresión las continuas guerras civiles decimonónicas, producto de la aplicación indiscriminada de la doctrina liberal inglesa y los principios fundamentales del Derecho Público Norteamericano, que no se correspondían con las auténticas tradiciones nacionales.

A lo largo de su obra López Michelsen elogia la tradición intervencionista del Estado español en asuntos como la protección indígena, y profundiza su crítica a la ideología liberal decimonónica, cuya adopción hizo posible, a su juicio, que el poder político que dirigía la

59 Jorge Orlando Melo: *Sobre historia y política, introducción*, Medellín: La Carreta, 1979, p.p. 19-60. Este ensayo fue publicado inicialmente en la *Revista de la Universidad Nacional,* No.2, Bogotá, 1969. p. 8.

vida económica del imperio español pasara "a identificarse con el poder económico de los intereses particulares"[60].

Un segundo aspecto que está presente en los estudios históricos de Alfonso López y que encontraremos desarrollado en la obra de Indalecio Liévano Aguirre, es la identificación a lo largo de nuestra historia del conflicto entre un grupo social minoritario gobernante —poseedor de un gran poder económico— que ignora los valores nacionales, y las mayorías populares relegadas a un segundo plano, que desconocen los valores espirituales con que se nutre la clase dirigente y que pugnan por encontrar un gobierno auténticamente representativo.

En su libro *Cuestiones colombianas,* publicado en 1955, que constituye una recopilación de artículos escritos durante su ejercicio de la cátedra en la Universidad Nacional, López, inspirado en autores como Max Weber y Tawney, coloca de manifiesto la contradicción existente entre la naturaleza protestante de las instituciones políticas colombianas y nuestra formación bajo los presupuestos de la religión católica, fenómeno generalizable a todos los países católicos y que, a juicio de López, permite explicar el débil arraigo de las instituciones democráticas en estas naciones. López considera que mientras los principios inspiradores de nuestras instituciones políticas tienen su fundamentación en la idea del "libre examen" y libre voluntad de los gobernados, como base de la autoridad, contrariamente, nuestra formación católica consagra el principio del fundamento divino de la autoridad verdadera, idea que en el campo político se manifiesta en la tendencia a sacralizar nuestras convicciones políticas, impidiendo la expresión de ideas contrarias.

Por su parte, la obra de Liévano Aguirre comparte con los escritos de Alfonso López Michelsen una defensa de los principios intervencionistas del Estado, que caracterizan el liberalismo del siglo xx. No por casualidad Liévano Aguirre vuelve sus ojos hacia la figura política de Rafael Núñez (1825-1894), donde cree

60 Alfonso López Michelsen: *El Estado fuerte. Una introducción al estudio de la Constitución de Colombia.* Bogotá: *Revista Colombiana*, 1966, p. 31.

encontrar las fuentes más inmediatas de esta concepción intervencionista. Frente al liberalismo, basado en la exaltación del individuo y la consagración de los derechos individuales —como el que adoptaron los radicales en la Constitución de Ríonegro de 1863— Liévano Aguirre opone el liberalismo social de Núñez, y rescata para la historia la figura de este político cartagenero, así, afirma en su *Biografía sobre Rafael Núñez (*1944):

> Intervención del Estado en la economía, tolerancia religiosa, centralización política y autonomía municipal, protección aduanera a las industrias nacionales, derechos individuales limitados por el interés social y moneda dirigida, premisas fundamentales del pensamiento político económico del injustamente llamado 'traidor al liberalismo', son hoy las doctrinas básicas del moderno liberalismo colombiano[61].

Pero la obra de Liévano Aguirre tiene un ingrediente más que resulta realmente interesante en este proceso de renovación de los estudios históricos en el país, y es su esfuerzo de reinterpretación de la historia nacional a través del constante enfrentamiento entre el pueblo y la oligarquía, y que logra plasmar en su libro más conocido: *Los grandes conflictos sociales, económicos de nuestra historia.*

La publicación de esta obra, aparecida por entregas quincenales en la revista *Semana* a finales de los años cincuenta y editada posteriormente por la *Nueva Prensa* en cuatro volúmenes, constituyó un verdadero hito en la historiografía nacional, al hacer una revaloración de los líderes políticos o sociales que asumieron en nuestro pasado histórico una actitud de defensa de los intereses del pueblo contra los grupos oligárquicos tradicionales del liberalismo y el conservatismo. Así, las figuras de José Antonio Galán, Antonio Nariño, José María Obando y Tomás C. de Mosquera son recuperadas por la vigorosa pluma de Liévano Aguirre.

---

61 Indalecio Liévano Agurirre, *Rafael Núñez*. Bogotá: Segundo Festival del Libro Colombiano, 1960.

La preocupación que inspira a los editores de esta obra es la de escribir y divulgar una historia nacional, más allá del relato anecdótico que la caracterizaba y recuperar para ella el protagonismo de las masas anónimas y de la "gleba irredenta" frente a una historia oficial que ha

> silenciado la lucha de las gentes por la tierra; las condiciones que determinaron su bajo nivel de vida, el sistemático desmantelamiento del Estado en el siglo XIX: el saqueo de los resguardos de los indios y de las tierras baldías para constituir el latifundio improductivo, la ruina del artesanado y de la pequeña industria en el siglo XIX; la periódica deformación de todas las reformas agrarias y particularmente de la que se intentó con la Desamortización de los Bienes de Manos Muertas, la conversión de los campesinos de propietarios que eran peones y arrendatarios de las grandes haciendas, y los secretos que se esconden en la configuración dada al crédito y al control de la moneda, o a la intervención del Estado en la Economía colombiana[62].

Con la obra de Liévano Aguirre el partido liberal recupera para la historia nacional la apelación al pueblo que caracterizó el discurso liberal del siglo XIX.

El aporte historiográfico de Liévano Aguirre se ve limitado por un desinterés por la secuencia cronológica y una ausencia de pie de páginas, vacío este que se hace extensivo a todo el conjunto de su obra y que no permite al lector valorar claramente las fuentes históricas que sustentan su relato histórico. Al mismo tiempo su libro no se sustrae de la carga anecdótica y descriptiva que caracteriza la historia tradicional, aunque debe reconocerse que lo hace con una una prosa amena.

El debate que generó La publicación de *Los grandes conflictos* superó el interés académico y se convirtió en una gran querella nacional: el 20 de julio de 1960 (fecha del sesquicentenario de la

62 Alberto Zalamea: *La nueva prensa 25 años después 1961-1986,* vol. 1, 1986, Procultura, Bogotá: 1986, p.19.

independencia colombiana) los partidarios de la "Nueva historia" —relata Alberto Zalamea, el entonces director de la revista *Semana*— nos reunimos en la plazoleta bogotana de La Calle 62 con carrera 8 para descubrir el busto del auténtico prócer de la independencia, José María Carbonel"[63]. Carbonel, junto con Antonio Nariño, era reivindicado en la obra de Liévano Aguirre como un verdadero líder popular del proceso de independencia.

En ese momento, tanto López Michelsen como Liévano Aguirre, participaban activamente en la creación de una importante disidencia partidista salida de las filas liberales: el Movimiento Revolucionario Liberal, MRL (1957), que a principio de los años sesenta se constituyó en uno de los movimientos políticos más representativos en la lucha contra la política del Frente Nacional[64] y que en este mismo período adelantó una política de solidaridad con la naciente Revolución cubana, incubando en su seno a una generación de jóvenes radicales, algunos de los cuales liderarían en los años siguientes experiencias políticas armadas.

Posteriormente, ya reintegrados a las filas del partido liberal y entregadas sus banderas de renovación, López Michelsen —para entonces alejado por completo de sus preocupaciones intelectuales iniciales— ocupa la presidencia en el lapso 1974-1978, mientras que Liévano Aguirre se desempeña como canciller.

Junto a esta reinterpretación liberal de la historia, toma fuerza una nueva forma de hacer historia que más que una corriente historiográfica como tal, constituye una manera de asumir los estudios históricos en el país y que compartirá con la llamada "Nueva

63 *Ibid.*, pp. 20-21.

64 Con el nombre de "Frente Nacional" se conoce el pacto bipartidista, firmado en 1957 entre liberales y conservadores, que si bien, implicó la recuperación de instituciones civiles tras cuatro años de dictadura militar (1953-1957), por otra parte consagró instituciones antidemocráticas como la alternación presidencial y la paridad burocrática. Estas instituciones establecían, por vía constitucional, la alternación en la presidencia de la República por cuatro períodos de gobierno y la distribución paritaria del poder político, entre liberales y conservadores.

Historia" una matriz histórica común: los profundos cambios acaecidos en la década de los sesenta.

La historia militante como historia épica del pueblo

Los años sesenta marcan una toma colectiva de conciencia en relación con los cambios operados en el escenario mundial a partir de la segunda postguerra. Estas transformaciones reflejadas en la emergencia de los Movimientos de Liberación Nacional y las consecuentes derrotas propinadas al colonialismo europeo, fueron interpretadas como un signo del desmoronamiento de un viejo orden fundado en la explotación y la injusticia y la apertura de un horizonte de esperanza para una amplia franja de pueblos que, hasta entonces, habían sido relegados a una condición subordinada a los intereses de las grandes potencias coloniales. Los jóvenes intelectuales y las mentalidades progresistas de toda América Latina, pensaban que el continente no podía ser ajeno a estos cambios. Esta convicción vino a reforzarse con el triunfo de la Revolución cubana en 1959.

Los sucesos revolucionarios en Cuba agregaron un ingrediente nuevo a estas reflexiones: en el imaginario de millones de latinoamericanos la liberación de nuestros pueblos dejó de ser una utopía para convertirse en una realidad objetiva. Cuba aparecía entonces en el escenario americano como la concreción en el plano de los hechos, de los anhelos de libertad e independencia.

Colombia no fue ajena a este proceso; los cambios en su estructura socioeconómica[65] fueron acompañados de un importante proceso de diferenciación social y de emergencia de sectores sociales

65 En los años sesenta la estructura demográfica del país sufre hondas transformaciones, que colocan de presente un importante proceso de urbanización. En el breve lapso de 20 años, la población rural prácticamente se reduce a la mitad: del 71% en 1951, pasa a representar el 36.4% de la población total en 1973, como puede inferirse de los censos realizados en esos años. En el mismo período los centros urbanos más importantes (Bogotá, Medellín y Cali), cuadriplican su población.

medios que en el contexto del pacto bipartidista del Frente Nacional[66] buscan nuevos espacios de expresión política al no sentirse interpretados ni por el bipartidismo, ni por la izquierda, representada en ese momento por el Partido Comunista.

El triunfo de la Revolución cubana, junto con la escisión del bloque chino-soviético favoreció en el país la emergencia de nuevas organizaciones que terminaron planteando —cuando no lo hicieron desde sus inicios— la vía armada como única fórmula revolucionaria: el Movimiento Obrero, Estudiantil y Campesino MOEC (1959), el Ejército de Liberación Nacional, ELN (1965) y el Ejército Popular de Liberación, EPL (1966) participan, en sus comienzos, de estas concepciones foquistas o de guerra popular prolongada que pretenden revivir las experiencias de liberación cubana o china en el país.

Junto a estas organizaciones emergen nuevas propuestas políticas que, trascendiendo el plano puramente armado o electoral, buscan una estrecha articulación con el movimiento obrero popular, aunque en su interior algunas corrientes mantienen fuertes simpatías hacia el movimiento guerrillero. Es el caso de las Juventudes del MRL, JMRL (1961), el Frente Unido de Acción Revolucionaria, FUAR (1962), el Partido de la Revolución Socialista PRS (1962) y el Frente Unido (1965) del sacerdote Camilo Torres.

La muerte en combate de este último, en calidad de miembro del Ejército de Liberación Nacional, el 15 de febrero de 1966, pocos meses después de que optara por ingresar a esta organización armada, sumado al sacrificio de otros tantos jóvenes, que asumieron esa modalidad de lucha, llevó a la exaltación del espíritu militante y de entrega sobre la capacidad crítica y de análisis. Así hizo carrera una historia militante, que situada al otro lado del río y pretendiendo confrontar al Estado, terminó por reproducir los mismos esquemas heroicos y apologéticos de la historia tradicional. El libro de Hugo Rodríguez Acosta, *Elementos críticos para*

66 Cfr. Supra.

una interpretación de la historia colombiana (1973), recoge muy bien ese sentimiento:

> Unilateral, parcializada y anticientífica ha sido gran parte de la versión que hemos recibido del pasado nacional. Este tipo de historia burguesa, predominante en el país, y que oculta en forma deliberada la naturaleza de nuestro proceso histórico, solo responde a los intereses de la oligarquía colombiana[...] Frente a esta realidad se hace imperioso por parte de la intelectualidad de izquierda colombiana, la formulación de nuevos esquemas de interpretación histórica, que consultando los intereses de las clases trabajadoras, presenten una visión científica de todo el proceso constitutivo de la sociedad colombiana. Este nuevo enfoque debe trabajar en función de la revolución socialista.

Los rasgos característicos de esta historia que llamaremos militante pueden ser sintetizados en los siguientes puntos:

1. La inversión de los esquemas tradicionales de la historia hasta entonces considerada como oficial. De aquí resulta una historia épica en sentido inverso, donde el villano de la historia oficial se transforma en héroe y este, a su vez, se convierte en villano. De este modo, si la historia tradicional se interesaba por las acciones de los grandes personajes (fuesen políticos, generales o presidentes), la historia militante se preocupa por rescatar la acción de los líderes representativos de la masa popular (indígenas, negros o mestizos). Los vencidos toman así el lugar de los vencedores.
2. Una acentuada tendencia a interpretar situaciones históricas del pasado a la luz de presente. No en el sentido de que este ayuda a comprender el pasado, sino en la perspectiva que expresara el historiador francés Jean Chesneaux, para quien "la reflexión histórica es regresiva [...] funciona normalmente a partir del presente, en sentido inverso del fluir del Tiempo y [...] es su razón de ser fundamental". En este sentido, las raíces de las movilizaciones obreras del presente eran buscadas en las protestas del artesanado del siglo

xix; mientras que las luchas antiimperialistas actuales eran equiparadas, sin más, con las luchas sostenidas contra el colonialismo español[67].

3. Una incorporación indiscriminada de categorías marxistas, tales como modo de producción, fuerzas productivas, o relaciones de producción al análisis de la realidad histórica del país que, aparte de ignorar las dificultades de aplicación de estas categorías en un contexto histórico muy diferente, termina por sustituir el trabajo de investigación histórica. En esta perspectiva pueden ubicarse ciertos estudios orientados a establecer el carácter feudal o capitalista de la colonia y del siglo xix; o las discusiones en torno a la determinación de la naturaleza democrático-burguesa de la guerra de independencia o la revolución de medio siglo[68].

Esta forma de hacer la historia está atravesada por los debates políticos del momento adelantados en el interior de la izquierda. Así, los grupos leninistas, maoístas o trotskistas se esfuerzan por plantear su particular interpretación de la historia colombiana, con miras a legitimar su estrategia política a favor de una revolución de liberación nacional o una revolución directamente socialista.

---

67 Un claro ejemplo de esta postura nos la presenta el historiador comunista Anteo Quimbaya quien en su estudio sobre la Revolución comunera (1781) señala que esta "ajena al verbalismo apático y engañoso de las actuales democracias burguesas, parece haber tenido, como auténtica creación del pueblo trabajador, ciertos rasgos del centralismo de la clase obrera de hoy, como que combinaba ágilmente la voluntad de las masas y la vigilancia centralizada de sus jefes" (Cfr. Anteo Quimbaya, "Primeras Grandes Jornadas de Nuestra Revolución Comunera" en *Interpretación marxista de la sociedad colombiana. Del siglo xvii al siglo xx*. Bogotá: Los Comuneros, sf.).

68 Estas polémicas en el país no fueron ajenas al gran debate europeo acerca de la transición del feudalismo al capitalismo, que involucró a reconocidos historiadores marxistas como Eric Hobsbwann, Paul Swezy, Cristopher Hill y Maurice Dobb entre otros. Para Colombia Cfr. Mario Arango Jaramillo: *EL proceso del capitalismo en Colombia*. Eduardo Peña Consuegra: *El origen de la burguesía en Colombia*. Centro de Estudios Anteo Quimbaya: *La formación del capitalismo en Colombia*. Versiones más elaboradas de este debate en Salomón Kalmanovitz: *El Régimen Agrario en el siglo xix*.

Análisis presente ya en autores anteriormente citados como Diego Montaña Cuéllar, quien en el momento de escribir su libro lo hace bajo el encargo del Comité Central del Partido Comunista (PCC). Para Montaña Cuéllar el fracaso de la vía capitalista de desarrollo en los marcos de la dominación imperialista descrita en su libro, justificaría la necesidad para Colombia de una revolución de liberación nacional preconizada entonces por el PCC. Otro tanto puede decirse de la tesis de José Fernando Ocampo, sostenidas en su Libro *Colombia siglo xx,* acerca del fracaso de la revolución democrática burguesa en el país.

Este tipo de interpretaciones llevó a visiones estructuralistas de la historia donde los individuos eran sustraídos del proceso histórico y aparecían como simples portadores de estructuras económicas o de clase, cuando no, instrumentos ciegos de la necesidad histórica[69]. Aún así en medio de estos debates político-académicos y su paulatino decantamiento, se fue abriendo paso una nueva forma de hacer la historia que con el tiempo habría de agruparse bajo la denominación de "Nueva Historia".

La llamada "Nueva Historia"

Además de los cambios que aludimos en párrafos anteriores, otros factores sirvieron de estímulo a los estudios históricos en el país, y abonaron el terreno para la insurgencia de la llamada "Nueva Historia": la apertura de carreras de Ciencias Sociales e Historia en las universidades del país; la formación en el exterior de nuevos historiadores, principalmente en países como Francia, Inglaterra y Estados Unidos[70] y las contribuciones metodológicas de estudiosos

69 En la raíz de estas interpretaciones está la preocupación por explicar las estructuras del atraso y del subdesarrollo colombiano y el peso de las variables internas o externas en la determinación del proceso histórico del país. Aquí, el desarrollo de la teoría de la dependencia tendrá un lugar importante en la orientación que toman estos debates.

70 Llamo la atención sobre historiadores como Germán Colmenares *(Infra*), quien habría de elaborar sugestivas investigaciones en el campo de la historia colonial. Colmenares realizó estudios de doctorado en Francia y

extranjeros que empiezan a ocuparse de diferentes aspectos de la historia nacional (James Parsons, Magnus Morner, John D. Martz, David Bushnell, Frank Safford, Daniel Pecaut, Malcolm Deas y Pierre Gilhodes, entre otros).

El término de "Nueva Historia" hace referencia al proceso de renovación historiográfica que se inicia en la década del sesenta y que engloba una diversidad de autores. Se trata de un movimiento muy heterogéneo, al margen de la Academia de Historia y que tiene como epicentro las universidades.

La "Nueva Historia" se caracteriza por un rigor y profundidad en el análisis, enriquecido por los aportes metodológicos de la Escuela de los Annales, la Nueva Historia Económica, la Teoría de la Dependencia y un renovado enfoque marxista. La investigación histórica se abre hacia otros campos como la economía, la sociología, la demografía, la antropología y la ciencia política. Apertura que se expresa en la incorporación de un cuerpo categorial de estas ciencias al análisis histórico, y en el uso de fuentes hasta el momento inexploradas[71].

El punto de partida de esta renovación historiográfica lo constituye el *Anuario colombiano de la historia social y de la cultura* dirigido por Jaime Jaramillo Uribe, donde aparecen publicados los primeros trabajos de este autor que llaman la atención sobre nuevas problemáticas en el área de la historia social, con ensayos sobre la esclavitud negra, y aspectos relativos a la población indígena y mestiza. También cabe destacar su libro publicado en 1956: *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, que aunque revela un afán más bien divulgativo en relación a temas (estado, sociedad, individuo) corrientes (escolástica, ilustración y positivismo) y autores

su tesis: *Economía minera y sociedad en la Nueva Granada (1550-1717)*, sustentada en 1972, contó con la dirección de Fernand Braudel. Podrían citarse otros ejemplos como los de Jaime Jaramillo Uribe y Álvaro Tirado Mejía que igualmente estudiaron en Francia; Jorge Orlando Melo, quien realizó estudios de postgrado en la Universidad de Oxford (Inglaterra).

71 En realidad la "Nueva Historia", como lo han reconocido algunos de sus impulsores (vb.gr. Jorge Orlando Melo) en realidad no era tan novedosa en relación con los desarrollos historiográficos internacionales, pero sí lo era en el contexto de los estudios históricos del país.

(Nariño, Samper, Núñez, Caro), no cabe duda que habría de convertirse en pionero en el estudio de las ideas en el país, un campo por cierto muy poco trabajado por la historiografía nacional.

Para 1976, bajo la dirección editorial del escritor Darío Jaramillo Agudelo, el Instituto Colombiano de Cultura Colcultura da a la luz el libro *La nueva historia de Colombia,* que recoge textos de historiadores como Germán Colmenares, Jaime Jaramillo Uribe, Margarita González, Hermes Tovar, Salomón Kalmanovitz, Álvaro Tirado Mejía, Miguel Urrutia y Jesús Antonio Bejarano. La denominación sirvió para identificar a un núcleo de historiadores profesionales muy heterogéneo que venía desarrollando sus investigaciones en marcos metodológicos novedosos, ubicados por fuera de una historia tradicional, acartonada, la mayor de las veces preocupada por los hechos políticos y anecdóticos y con una intención claramente moralizante.

La corriente de la Nueva Historia se formaliza como tal, con la publicación de las obras colectivas: *Colombia hoy* (1978) y el *Manual de historia de Colombia* (1979), publicado en tres tomos. En la presentación de la primera de ellas, escrita por su coordinador Mario Arrubla, hay ya una autoconciencia de ruptura:

> Los autores que colaboran en esta obra —dice— forman parte de una corriente que rompe como grupo con una tradición que dominó por mucho tiempo en Colombia y a la que solo se sustrajeron algunos autores aislados [...] en este tipo de estudios faltaba algo: el examen de las tensiones sociales y económicas que constituyen la substancia de las empresas políticas.

En esta empresa colectiva participaron, además de los citados anteriormente y contando con algunas omisiones: Juan Friede[72], Jorge Villegas, Javier Ocampo López, Jorge Palacios Preciado, Jorge

72 La obra de Juan Friede (1901-1990), para esas fechas, ya contaba con un largo recorrido desde la publicación de sus libros *Los indios del Alto Magdalena: vida luchas y exterminio* (1943) y *el Indio en lucha por la tierra* (1943), junto a otro centenar de artículos que permiten considerar a Friede como verdadero precursor de los estudios etnohistóricos en el país.

Orlando Melo (1942-), Fernando Díaz Díaz, Darío Mesa, Mario Arrubla (1939-) y junto a ellos destacados intelectuales conocedores de temas de arte, literatura, filosofía o arqueología, como: Eugenio Barney Cabrera, Juan Gustavo Cobo, Francisco Gil Tovar, Rafael Gutiérrez Girardot y Reichel-Dolmatoff.

En los años ochenta asistimos a otros esfuerzos colectivos como la *Historia de Colombia, nuestra historia* (1985), dirigida por Alberto Gómez y Jesús Antonio Rodríguez, profesores del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Distrital. La obra que empezó a publicarse en fascículos semanales por la editorial Oveja Negra, logró vincular a jóvenes investigadores, recién egresados de las escuelas de historia del país, con formaciones y experiencias muy heterogéneas, lo cual se refleja claramente en la obra, aunque inspirados en una actitud crítica frente a la historiografía oficial. El proyecto no pudo llegar a término por problemas editoriales y solo se publicaron 60 números de los 100 que contemplaba el plan de la obra.

En 1989 se publica, bajo la dirección de Álvaro Tirado Mejía, la *Nueva historia de Colombia*, en 8 volúmenes. La obra está estructurada en forma de artículos, cada uno de los cuales se presenta independientemente del otro, pero con un claro hilo cronológico que los articula entre sí. Los trabajos del *Manual de Historia de Colombia* (reproducidos en los dos primeros volúmenes), se ven enriquecidos con las aportaciones de historiadores cuyos trabajos descollan en campos muy variados de la historia: Mauricio Archila (historia del movimiento obrero), Jesús Antonio Bejarano (historia agraria), José Antonio Ocampo (historia económica), Medófilo Medina (historia política), Gonzalo Sánchez (estudios sobre la violencia) y Bernardo Tovar Zambrano (historiografía colonial), entre otros.

Mientras que en la obra se incorporan escritos de personajes que más que historiadores fungen como personajes públicos (v*b. gr.* el expresidente Alfonso Lopez Michelsen, el exministro Germán Zea Hernández y el periodista Juan Manuel Santos) se excluye de ella a historiadores como Hermes Tovar, Fabio Zambrano, Marco

Palacios, Carlos Miguel Ortiz cuyas aportaciones a la nueva historiografía es relevante.

Una década después del lanzamiento de la *Nueva historia de Colombia*, se publicaron tres nuevos tomos en la idea de presentar una reflexión histórica sobre lo acaecido en estos años. Los gobiernos de Belisario Betancur (1982-1986), Virgilio Barco (1986-1990), César Gaviria (1990-1994) y Ernesto Samper (1994-1998), así como la asamblea constituyente de 1991 son examinados aquí y junto a ellos se incorporan temas como: los derechos humanos, el narcotráfico, la política exterior económica, la educación, la ecología y el deporte. En este segundo proyecto de la *Nueva historia de Colombia* se acentúa aún más la tendencia a recoger trabajos de hombres públicos antes que historiadores propiamente dichos. Sin duda, los criterios editoriales parecen primar sobre los criterios estrictamente académicos.

En el conjunto de los autores de la llamada "Nueva Historia" cabe destacar a Germán Colmenares (1938-1990) por su productividad, rigurosidad, mirada interdisciplinaria y sensibilidad frente a las nuevas orientaciones en las Ciencias Sociales. Su formación inicial fue el derecho pero muy pronto optó por la investigación histórica, y aunque su primer trabajo *Partidos políticos y clases sociales en la Nueva Granada* (1966), gira en torno al siglo XIX, sobre el que volverá dos décadas después en *Las convenciones contra la cultura*, es en el campo de la historia social y económica de la colonia donde se encuentran sus mayores aportes: *las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada* (1969), *Encomienda y población en la provincia de Pamplona* (1969); *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719* (1973); *Cali, terratenientes, mineros y comerciantes: siglo XVII* (1976); *Popayán: una sociedad esclavista* (1979), los cuales revelan una influencia de la obra de Braudel, con quien tuvo contacto cuando realizó sus estudios de doctorado en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de París.

Además de ofrecer un nuevo modelo de historia social de la colonia, sustentado en la hacienda y la mina como principales centros de la actividad económica, Germán Colmenares realiza

significativos avances en el campo de la construcción de series cuantitativas de producción, retomando los aportes de la Escuela de los Annales, particularmente de la obra de Ernest Labrousse. Desafortunadamente, la obra de Colmenares se vio truncada en 1990, con su prematura muerte, aquejado por los padecimientos de una enfermedad terminal.

Cabe subrayar que este significativo impulso que imprimió la llamada Nueva Historia en las investigaciones históricas, si bien generó una renovación en las formas de hacer y enseñar la historia en los centros universitarios e investigativos del país, no supuso una renovación o actualización en el quehacer histórico desarrollado por la Academia de Historia que para entonces había dejado de ser un organismo oficial[73]. Algunos de sus miembros, entre ellos su presidente el historiador Germán Arciniegas, desataron una aguda polémica contra este nuevo enfoque histórico, acusándolo de "demeritar nuestros próceres", "de hacer una burla a los grandes hombres de la patria" y de "silenciar ciertos nombres y hechos gloriosos". El debate alcanzó un punto álgido, a principios de 1989, con la publicación de los libros *Nuestra historia* de Rodolfo Ramón de Roux e *Historia de Colombia* de Salomón Kalmanovitz y Silvia Duzán, textos elaborados para la enseñanza de la historia en el Grado 9. En palabras de Rafael Velandía, miembro de la Academia, estos libros pretendían mostrar "que nuestra historia no registra sino una serie de opresiones a las clases menos favorecidas, con lo cual se está fomentando la lucha de clases"[74].

El debate, por momentos, desbordó los marcos académicos y tomó visos de intolerancia y macartismo. Un editorialista del diario conservador *El Siglo* llegó incluso a descalificar el origen judío de uno de los autores de estos libros (Salomón Kalmanovitz), y lo señaló como

73 Cfr. Ley 49 de 1958. A partir de entonces la Academia quedó definida como una entidad cultural autónoma de derecho privado, sin carácter oficial y cuerpo consultivo del gobierno nacional.

74 Rafael Gutiérrez Girardot: "El Debate de los historiadores", en *La Prensa cultural*, Bogotá, 13 de abril de 1989, p. 8.

perteneciente a "un pueblo sin concepto de patria"[75]. Todo ello obligó a que un grupo de historiadores e investigadores sociales preocupados por el tono que había alcanzado la polémica, escribieran una carta abierta a la Academia donde expresaban

> que en el delicado momento que vive el país, condenas como las que ustedes lanzan no hacen sino acrecentar la intolerancia que es uno de los combustibles de la actual escalada de violencia [...] El debate académico que por esencia es pluralista, está siendo reemplazado por juicios inquisitoriales. Y esto, más que contribuir al mejoramiento de la investigación y a la difusión de la Historia, las anula, erosionando de paso los valores democráticos[76].

Los estudios recientes

Después de varias décadas en que la llamada "Nueva Historia" ganó terreno en las universidades, llegó a diferentes públicos y, también entró en la lógica del mercado editorial; hoy día parece no tener mucho sentido seguir hablando de una "Nueva Historia" sin más. En realidad, el término siempre fue muy difuso y sirvió ante todo para crear identidad alrededor de un tipo de historia que se escribía por fuera de los marcos de la Academia Colombiana de Historia y que pretendía ir más allá de una historia anecdótica y acontecimental, sin importar si tomaba préstamos de corrientes disímiles como los Annales, la nueva historia económica o la historia social inglesa.

Los trabajos investigativos que suelen englobarse en la "Nueva Historia" fueron siempre muy desiguales tanto en la calidad, como en la continuidad de sus desarrollos mismos. Muchos de los promotores de esta renovación historiográfica abandonaron —o por lo menos relegaron a un segundo plano— sus preocupaciones académicas,

75 *El Siglo*, Bogotá, 9 de marzo de 1989.

76 Marisol Cano Busquets: "El debate por la historia: dialogar ante la intolerancia", en *Magazín Dominical No. 316*, *El Espectador*, Bogotá, abril 30 de 1989, p. 4.

sin que su obra alcanzara la madurez que prometían sus primeros trabajos. Otros han oscilado entre el campo de la Academia y la política, vinculándose, en diferentes momentos, a cargos públicos como asesores en asuntos relacionados con derechos humanos, problemas agrarios, y políticas de paz, como: José Antonio Ocampo (ministro de Hacienda), Álvaro Tirado Mejía (Consejero presidencial para los derechos humanos y embajador de Colombia ante el gobierno de Suiza), Jorge Orlando Melo (Consejero presidencial para Medellín y actualmente director de la Biblioteca Luis Ángel Arango), Salomón Kalmanovitz (miembro de la Junta Central del Banco de la República), Miguel Urrutia (gerente del Banco de la República), Jesús Antonio Bejarano (Consejero presidencial para la paz y embajador de Colombia en El Salvador y Guatemala)[77], Daniel García (Consejero para la paz). Este fenómeno parece estar asociado con la acción política de los intelectuales en nuestro país, y la capacidad de cooptación de los partidos tradicionales colombianos. Irónicamente, muchos intelectuales colombianos han logrado reconocimiento en el país más por su incursión en el campo de la política —sobre todo en las filas de los partidos tradicionales— que por su actividad académica. Circunstancia esta que los ha distanciado del ejercicio intelectual en los centros universitarios y de investigación.

Por otra parte, la Nueva Historia hace tiempo que cedió a los cantos de sirena del mercado editorial. El reconocimiento del trabajo investigativo de historiadores que en su momento hicieron aportes significativos a la renovación histórica, llegó a convertirse en emblemático, y hoy la sola presencia de estos nombres, bien sea como directores científicos, editores o compiladores, sirve para asegurar su éxito editorial en los públicos universitarios, mientras que otros esfuerzos igualmente significativos mantienen todavía una discreta presencia

77 Además de su participación en estos cargos públicos, Bejarano se desempeñó como presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), a la cual renunció poco después. Su asesinato en 1999, en el contexto de una espiral de "guerra sucia" contra la universidad pública privó al país de una de las mentes más lúcidas y conocedoras del problema agrario y de los asuntos de paz.

en el mundo editorial. Lo anterior ha redundado en una repetitividad temática y falta de innovación[78].

Así pues, la "Nueva Historia" pareciera ilustrar el proceso cíclico en virtud del cual los rebeldes de ayer se convierten en los conservadores del orden hoy. Con todo, han persistido algunas preocupaciones que permiten precisar los desarrollos de la investigación histórica en el país[79]:

a. La historia agraria:

Si se tiene en cuenta que la búsqueda de soluciones al problema agrario en Colombia, cruza toda la historia nacional, siendo un factor generador de violencia presente aún en la configuración actual del conflicto armado y social que vive el país, no sorprende que éste haya sido uno de los campos de investigación histórica que ha tenido mayor impulso en el país.

Tres temáticas han concentrado la atención de los estudiosos de la historia agraria: la hacienda, las luchas campesinas y las políticas agrarias y en los que cabe destacar los siguientes trabajos: Germán Colmenares, *Las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada;* Hermes Tovar, *La lenta ruptura con el pasado colonial 1810-1850;* Orlando Fals Borda, *Historia de la cuestión agraria*

78 El libro *Colombia hoy*, ha alcanzado 15 ediciones, desde su publicación hace ya más de dos decenios, sin que los nuevos contenidos (*Perspectivas hacia el siglo xxi*) cubran adecuadamente los procesos acaecidos en estas dos décadas. Fenómenos tan importantes como la guerrilla, el paramilitarismo y el narcotráfico, adolecen todavía de análisis muy coyunturales. Podríamos citar otros Libros como la *Historia económica de Colombia,* escrita por Álvaro Tirado Mejía, cuya visión ha sido suficientemente superada y criticada por investigaciones posteriores y que sigue reeditándose como gran novedad. Es común, también que un mismo artículo con algunas pocas modificaciones aparezca en diferentes publicaciones. En modo alguno se pretende negar la importancia de estas contribuciones, solo se quiere destacar esta falta de renovación en los estudios históricos por parte de los que en su momento agenciaron la llamada "Nueva Historia".

79 En este apartado seguiré la división presentada por Medófilo Medina en su ensayo sobre la Historiografía política en Colombia.

en Colombia e historia doble de la Costa; Salomón Kalmanovitz, *Economía y nación*; Darío Fajardo, *Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia 1920-1980*; José Escorcia, *Haciendas y estructura agraria en el Valle del Cauca 1810-1950;* Fabio Zambrano, *Aspectos de la agricultura colombiana a comienzos del siglo XIX*; Jesús Antonio Bejarano, *El fin de la economía exportadora y los orígenes del problema agrario*; José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial 1830-1910*. Igualmente son importantes los aportes de estudiosos extranjeros como: Pierre Gilhodes, *Las luchas agrarias en Colombia;* Catherine Le Grand, *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950;* Keith Christie, *Oligarcas, campesinos y política en Colombia;* y León Zamosc, *Los usuarios campesinos y las luchas por la tierra en los setenta*. Las investigaciones de Elsy Marulanda y José Jairo González sobre *Historias de frontera* constituyen un significativo aporte a la historia de la colonización.

Pese a los numerosos trabajos que se inscriben en el campo de la historiogrfía agraria es notoria una concentración de estudios en torno la economía cafetera[80], donde se puede citar una vasta literatura que se extiende desde el trabajo pionero de Eduardo Nieto Arteta, *El café en la sociedad colombiana,* hasta los más recientes de José Antonio Ocampo, pasando por los de Marco Palacios, *El café en Colombia (1850-1970);* Mariano Arango, *Café e industria 1850-1930*; y Absalón Machado, *El café de la aparcería al capitalismo*. Sin olvidar las aportaciones de investigadores extranjeros como Charles Berquist, *Café y conflicto en Colombia 1886-1910* y Malcolm Deas, *Una hacienda cafetera de Cundinamarca: Santa Bárbara (1870-1912)*.

En menor medida productos como "el tabaco" han sido estudiados por Luis Fernando Sierra, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*; René de la Pedraja, *Los cosecheros de Ambalema:*

80 Para un balance sobre los estudios del café Cfr. Jesús Antonio Bejarano, "Los estudios sobre la historia del café en Colombia", en *Ensayos de historia agraria colombiana.* Bogotá: Cerec, 1987. Allí mismo puede consultarse su balance sobre las luchas agrarias: "Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico", publicado inicialmente en el *Anuario colombiano de Historia Social y de la cultura,* No. 11*,* Bogotá: Universidad Nacional, 1983.

un esbozo preliminar, Bejarano y Pulido, *El tabaco en una economía regional. Ambalema, siglos XVIII y XIX.* Mientras que sobre productos como la quina y el añil, importantes productos de exportación en la segunda mitad del siglo XIX, se dispone de muy pocos trabajos (vb. gr. Francisco Alarcón y Daniel Arias, *El añil en Colombia, 1850-1880)*.

Un análisis similar puede hacerse en relación con los espacios temporales estudiados. Mientras hay una alto interés por los años veinte del siglo XX y el período de la violencia (1948-1964), en las postrimerías del siglo XIX y los comienzos del XX prácticamente se desconocen, por lo que en este camino abierto por los pioneros de la historia económica y social y la llamada "Nueva Historia" todavía queda mucho terreno por recorrer.

b. La violencia:

Desde el estudio pionero y sugerente de Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia,* publicado en 1962, se han multiplicado las investigaciones sobre esta problemática[81]. El libro de Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna, cuya aparición generó un intenso debate en los medios políticos de la época se constituyó en el primer intento de sistematización descriptiva del fenómeno, elaborado con base en informaciones de primera mano, sustentadas en un amplio trabajo de campo. El libro se convirtió así en la matriz empírica de los numerosos ensayos e interpretaciones sobre el fenómeno hasta finales de los años setenta, cuando se publica el libro del investigador norteamericano Paul Oquist, *Violencia, política y conflicto en Colombia*.

81 La "violencia" es un campo amplio. Pero existe un cierto consenso a identificar como "violencia" un período que cubre cerca de veinte años, desde mediados de los 40 hasta la mitad de los 60, cuando se extinguieron las últimas organizaciones armadas vinculadas de alguna forma a los dos partidos: Liberal y Conservador (1946-1964). Por supuesto la violencia como tal es un fenómeno que se extiende hasta hoy en todo el país, aunque ya no es viable hablar de la violencia sino de la existencia de múltiples violencias y múltiples actores que recurren a lo violento. Aquí asumiremos las dos connotaciones del término.

El estudio de este investigador norteamericano, originalmente presentado como tesis Doctoral en la Universidad de California y Berkeley (1975), constituye un ambicioso esfuerzo por ubicar la violencia en un proceso de larga duración, trascendiendo los análisis coyunturales del fenómeno y criticando la pretensión de ver en la violencia un fenómeno unitario, explicable por un solo conjunto de factores para la totalidad de la República.

Las sugerencias metodológicas de Oquist resultaron muy sugestivas para la investigación posterior sobre la violencia, estimulando estudios regionales de gran calidad como: el de Darío Fajardo, *Violencia y desarrollo;* Carlos Miguel Ortiz, *Estado y subversión en Colombia*. *La violencia en el Quindío años cincuenta y* James Henderson: *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de la violencia en Metrópoli y en Provincia.* A los que se suman estudios más recientes publicados en los años 90, algunos de los cuales prolongan su análisis hasta la etapa actual y, comprensiblemente, desbordan los marcos propiamente historiográficos: Javier Guerrero, *Los años del olvido: Boyacá y los orígenes de la violencia;* Darío Betancourt, *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano;* Reinaldo Barbosa, *Guadalupe y sus centauros: Memorias de la insurrección llanera;* José Jairo González, *Espacios de exclusión. El estigma de las Repúblicas independientes (1955-1965);* Alejo Vargas, *Magdalena Medio santandereano. Colonización y conflicto armado;* Clara Inés García, *El Bajo Cauca Antioqueño;* María Teresa Uribe, *Urabá ¿región o territorio?;* y Manuel Alonso, *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio.*

El estudio de la violencia ha permitido incorporar nuevos enfoques metodológicos que han enriquecido notablemente la investigación histórica en el país: algunos inspirados en la historia social inglesa como el de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos;* en la sociología francesa, como el ya citado de Carlos Miguel Ortiz y el de Daniel Pecaut, *Orden y violencia en Colombia;* el enfoque microhistórico, como el estudio de Hebert Braun, *Mataron a Gaitán;* y la historia de las mentalidades y los

imaginarios colectivos: como los libros de Darío Acevedo Carmona: *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949);* María Victoria Uribe, *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la violencia en el Tolima (1948-1964*) y Elsa Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia: Cultos, símbolos e imaginarios*.

Así mismo, se han ampliado los estudios en torno a los viejos y nuevos actores de la violencia (militares, paramilitares, autodefensas, guerrilla, milicias urbanas), aunque todavía existen muchos vacíos al respecto. Las dificultades de acceder a las fuentes de información directa y los compromisos que derivan de abordar un objeto de estudio presente en un escenario donde el conflicto se agudiza día a día, han sido factores que han contribuido a la existencia de esta laguna historiográfica. En su lugar economistas, politólogos, sociólogos o juristas se han aproximado a este objeto de estudio: en el tema del paramilitarismo se destaca la investigación del Carlos Medina, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia;* sobre las organizaciones guerrilleras existentes hoy[82];el libro del sociólogo Eduardo Pizarro, *Las FARC 1949-1966, de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*, realiza un esfuerzo pionero, que ha sido continuado, con resultados muy desiguales, por los trabajos de Álvaro Villarraga y Nelson Plazas, *Para reconstruir los sueños (una historia del EPL);* Darío Villamizar, *Aquel 19 será;* y Carlos Medina: *El ELN historia a dos voces;* todos ellos con un acento todavía muy testimonial.

Los recientes procesos de paz han creado un clima favorable para la investigación sobre los procesos históricos de negociación Estado-Guerrilla; en este campo pueden situarse los trabajos de Socorro Ramírez y Alberto Restrepo, *Actores en conflicto por la paz. El proceso de paz durante el gobierno de Belisario Betancur (1982-*

82 Sobre el accionar de las guerrillas en otros períodos de nuestra historia existen trabajos de investigación muy bien documentados e informados que no han tenido el suficiente reconocimiento, me refiero al libro de Francisco Zuluaga, *Guerrilla y sociedad en el Patía. Una relación entre el clientelismo político y la insurgencia social*; Eduardo Pérez, *Guerra irregular en la Independencia, 1810-1830*; y Carlos Eduardo Jaramillo, *Los guerrilleros del novecientos*.

1986); de Mauricio Durán, *De la Uribe a Tlaxcala;* Darío Villamizar, *Un adiós a la guerra*. *Memoria histórica de los procesos de paz en Colombia.*

La existencia de esta abundante literatura sobre el fenómeno de la violencia ha permitido un conocimiento de los hechos, de sus expresiones, pero todavía persiste una serie de interrogantes en relación a sus diversas manifestaciones, su entrecruzamiento y la integración a ellas de las diversas fuerzas y actores sociales. El último congreso de Historia celebrado en Medellín (1998) puso de presente la pobreza de hipótesis a este respecto y con ella, el tono repetitivo a que se ha llegado en los estudios sobre el fenómeno[83]. Las investigaciones comparativas en este campo brillan por su ausencia.

c. Protesta popular y movimientos sociales:

El tema de la protesta popular y los movimientos sociales cubre una amplio espectro de investigaciones sobre las historia de los grupos sociales: artesanos, obreros, campesinos, sectores populares, esclavos, etc, que encuentra sus antecedentes en los trabajos pioneros de historia económica y social, aparecidos en las década del treinta y cuarenta y a los que se aludió en la primera parte de este ensayo. Sin embargo, es a partir de los años setenta que este campo historiográfico empieza a cobrar verdaderamente fuerza.

Los trabajos iniciales revelarían una preferencia temática hacia ciertos períodos o eventos de la historia nacional que, en cierto modo se sigue manteniendo: 1) La revolución de los comuneros: Antonio García, *Los comuneros,* y de Francisco Posada: *El movimiento revolucionario de los comuneros*; 2) El período de la Independencia: Javier Ocampo López, *El proceso político, militar y social de la Independencia*. 3) La coyuntura de medio siglo y la insurrección de los artesanos: Melo*, Los artesanos y el socialismo;* Jaime Jaramillo

83 Cuando digo repetitivo me estoy refiriendo a que no se ha avanzado mucho (al nivel de hipótesis) en relación con las obras que podrían ser consideradas como clásicas.

Uribe, *Las sociedades democráticas de artesanos y la coyuntura política colombiana de 1848;* Sergio Guerra Villaboy, *La República artesana en Colombia,* 4) Las luchas campesinas en los años veinte y sesenta: Darío Mesa, *El problema agrario en Colombia, 1920-1960;* Gonzalo Sánchez, *Las ligas campesinas en Colombia;* Silvia Rivera, *Política e ideología en el movimiento campesino. El caso de la ANUC y la historia de la clase obrera*; Edgar Caicedo, *Historia de las luchas sindicales en Colombia*; Álvaro Delgado, *Política y movimiento obrero, 1970-1983* e *Historia de la CSTC*.

La recepción de la historia social inglesa a través de autores como Eric Hobsbawm, Edward Thompson y Georges Rudé, ha derivado en importantes contribuciones a estos temas. Un libro que participa de esta preocupación historiográfica y que aporta un rico y abundante material aunque no suficientemente trabajado, es el libro de Carmen Escobar, *La Revolución liberal y la protesta del artesanado, el cual* se ocupa del levantamiento de los artesanos a mediados del siglo xix; En esta misma línea temática sobre los artesanos, pero ocupándose de un período hasta ahora prácticamente desconocido (1893-1895) se inscribe el libro de Mario Aguilera, *Insurgencia urbana en Bogotá. Motín, conspiración y guerra civil, 1893-1895*, que agrega a una laboriosa búsqueda de fuentes primarias un rico trabajo de interpretación teórica, que le valió el premio nacional en el concurso de historia convocado por Colcultura en 1996. Una década atrás Aguilera había incursionado en la historiografía colombiana con su también reconocido trabajo sobre los comuneros*: Guerra social y lucha anticolonial*.

Un enfoque diferente y novedoso en lo que respecta a su perspectiva teórica, mas no así en las fuentes utilizadas es la investigación del antropólogo Francisco Gutiérrez, *Curso y discurso del movimiento plebeyo*, que vuelve sobre los artesanos, y la coyuntura de medio siglo, desde conceptualizaciones sobre cultura política y representaciones colectivas.

En el campo de la historia de clase obrera Mauricio Archila ha contribuido a una lectura de la misma, desde nuevos marcos teóricos-metodológicos que recupera críticamente a autores ya

citados de la historiografía británica y también de la historia social norteamericana, en combinación con una rica investigación empírica, como lo refleja su obra *Cultura e identidad obrera, 1910-1945,* donde reconstruye el proceso organizativo de las luchas obreras en este período, desarrollando aspectos de la identidad obrera relacionados con los mecanismos de dominación y resistencia cotidiana.

Otros estudios que han abierto nuevos caminos a la investigación histórica en temas como la mentalidad popular, la protesta urbana y la historia barrial son los libros de Mario Aguilera Peña y Renán Vega, *Ideal democrático y revuelta popular. Bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia, 1781-1948;* Medófilo Medina, *La protesta urbana en Colombia;* Gilma Mosquera, *Luchas por el suelo urbano en Colombia, 1951-1981 (Artículo); y* Alfonso Torres, *La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares, 1950-1977.*

d. La Colonia:

Después de los clásicos trabajos de Germán Colmenares, en este terreno se han generado nuevos campos de investigación que parecen muy prometedores: Se encuentran aproximaciones a la historia cultural en Renán Silva, *Universidad y sociedad en el Nuevo Reino de Granada. Contribución a un análisis histórico de la formación intelectual de la sociedad colombiana*; trabajos sobre cultura política y urbana en Margarita Garrido con sus obras: *La fiesta liberal en Cali* y *Representaciones y reclamos. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada 1770-1815,* al igual que Pablo Rodríguez, *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial 1675-1730;* estudios sobre fiesta y nación en Marcos Gonzáles, *Fiesta y nación en Colombia.*

El tema de la sexualidad, el matrimonio y la familia ha cobrado relevancia con los trabajos de Pablo Rodríguez, *Seducción, amancebamiento y abandono en la Colonia*, así como, *Amor y matrimonio en la Nueva Granada. La provincia de Antioquia en el siglo XVIII.* Más

recientemente Guiomar Dueñas ha abordado esta temática en *Los hijos del pecado*.

En el conjunto de estos enfoques reviste particular importancia la historia de las mentalidades que ha generado numerosas aproximaciones a la historia de la Colonia. Jaime Borja, por ejemplo, ha examinado las imágenes y los símbolos del "demonio" en Cartagena de Indias durante el siglo XVI, en su libro *Rastros y rostros del demonio en la Nueva Granada. Indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás*. Asímismo, los problemas de mentalidad y cultura bajo la colonia son abordados en la obra colectiva coordinada por este mismo autor, *Inquisicion, muerte y sexualidad en la Nueva Granada;* con ensayos de Anna María Splendiani, Enrique Sánchez, Silvia Cogollos, Martín Vargas, Pablo Rodríguez, y Patricia Enciso. El libro que recupera fuentes documentales de gran interés (como la cartilla empleada por los inquisidores del Tribunal de Cartagena para procesar a los acusados) recoge trabajos de investigación sobre los temas enunciados en su título general, aportando una visión de larga duración, necesaria para entender las conductas y actitudes que sustentan la mentalidad colonial en el Nuevo Reino de Granada.

En esta misma perspectiva teórica cabe destacar los libros de Diana Luz Ceballos, *Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada*. *Un duelo de imaginarios,* y ya para el siglo XIX, el de Gloria Mercedes Arango: *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos, 1828-1885*.

e. La historia política:

La forma tradicional de hacer historia política basada en héroes y personalidades arquetípicas prácticamente fue superada con los desarrollos de la llamada "Nueva Historia" y sustituida por una historia centrada en los colectivos sociales y en las variables socioeconómicas consideradas piezas claves para la comprensión del pasado. La consecuencia inmediata de este viraje metodológico fue

paralelo al carácter hegemónico que fue adquiriendo la historia económica y social, el paulatino descrédito de la historia política, que empezó a ser considerada como algo secundario, carente de prioridad y a la que no valía la pena dedicarle esfuerzos analíticos[84].

En medio de estos embates de la Nueva Historia que algunos interpretaron como un rechazo a la historia política, sobresale el trabajo de dos investigadores, que por su rigurosidad y aportaciones a un terreno prácticamente virgen de la reflexión académica nacional, habría de marcar los desarrollos de este campo historiográfico en el país. Son ellos el sociólogo Fernando Guillén Martínez y el historiador Medófilo Medina, quienes con justicia podrían ser considerados pioneros en los estudios de la sociología histórica en el país.

El primero de ellos, ofrece en su libro *El poder político en Colombia,* publicado en 1979, cuatro años después de su prematura muerte, un ambicioso esfuerzo de interpretación sociológica de los mecanismos del poder político en Colombia a partir del rol que juegan las asociaciones formalmente no políticas como la encomienda y la hacienda. Mientras que el segundo autor rescata para la historia del país, el papel de las llamadas terceras fuerzas políticas en Colombia, contribuciones que plasma en sus investigaciones sobre: *Historia del Partido Comunista de Colombia*, *Cuadernos de historia del PCC* y *Los terceros partidos en Colombia (1900-1967)*.

La obra de Guillén Martínez ha tenido continuidad en los trabajos de Fernán González, recopilados en los dos tomos publicados por el Cinep bajo el título *Para leer la política* y los ensayos de Fabio Zambrano, sobre sociabilidades políticos, enriquecidos estos con las aportaciones de la historiografía francesa, específicamente de autores como Francois Xavier Guerra.

Por su parte, los trabajos pioneros de Medófilo Medina han despertado el interés por el estudio de movimientos políticos alternos

84 Esto no significa que la historia política se haya desechado por completo, el trabajo de Álvaro Tirado Mejía sobre *La Revolución en marcha* y de Jorge Orlando Melo sobre la *República conservadora* son la mejor prueba de ello.

al bipartidismo como: "El Frente Unido" de Orlando Villanueva, "El Movimiento Revolucionario Liberal" de Miguel Ángel Beltrán y Pedro Castellón, y "La Alianza Nacional Popular" de César Ayala. Este último como parte de una preocupación más amplia sobre el estudio del populismo, el nacionalismo y el pensamiento conservador en el país, en sus libros: *Nacionalismo y populismo. La Anapo y el discurso político de la oposición en Colombia: 1960-1966*, así como, *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente nacional. Los orígenes de la Anapo en Colombia.*

Finalmente, en el terreno de la historia política no puede dejar de mencionarse el influyente libro del sociólogo francés Daniel Pecaut: *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. La obra de Francisco Leal Buitrago, *Estado y política en Colombia.* El trabajo de Renán Vega sobre *La república liberal* y los trabajos sobre cultura e imaginarios políticos, ricos en expectativas pero todavía no muy bien logrados de Fabio López de la Roche, recopilados en *Izquierdas y cultura política. ¿Oposición alternativa?*[85].

Universidad e investigación histórica

En los últimos años, la rápida promoción de historiadores que han cursado estudios de postgrado en el país y fuera de él (vb. gr. Francia, España, Estados Unidos, Brasil y México, y en menor medida Alemania e Inglaterra)[86] ha permitido el desarrollo de

85 Cierro esta presentación llamando la atención sobre el desarrollo de otras líneas de investigación como la *Historia fiscal, monetaria y bancaria* (María Mercedes Botero y Darío Bustamante); y la *Historia de la ciencia* (Olga Restrepo, Diana Obregón y José Antonio Amaya), que no han sido tratadas aquí.

86 Cabe destacar aquí universidades y centros de investigación como La Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y el Instituto de Altos Estudios de América Latina (Francia); las Universidades de California, Vanderbilt y Texas(EU); la Universidad de Oxford (Inglaterra, La Universidad de Sao Paulo y de Santa Catarina (Brasil), La Universidad de Alcalá de Henares (España), El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México (México), La Universidad de Montreal (Canadá). Antes de la desintegración de la

nuevos programas de pregrado y postgrado, el enriquecimiento y consolidación de líneas de investigación ya existentes, y la capacitación de una joven generación de investigadores en los actuales desarrollos teórico-metodológicos de la disciplina histórica.

Lo anterior ha redundado en una mayor profesionalizacion del trabajo histórico, pues a a pesar de los esfuerzos realizados en este sentido, siempre ha existido una fuerte tensión entre las necesidades de la formación del historiador mismo y el hecho que estos programas sean desarrollados, en su mayor parte, en las facultades de educación ya que

> buena parte de los licenciados en Historia en lugar de convertirse en investigadores capacitados para ampliar el conocimiento que les compete, no tuvieron otra opción que vincularse al mercado laboral (inflexible, asimétrico e ideologizado) como maestros de primaria o secundaria, atrapados por lo repetitivo y lo formal de su orientación sin prestar atención al enfoque científico de la historia en tales niveles[87].

La creación de la Maestría en Historia en la Universidad Nacional de Bogotá (1984) y en los años posteriores en la Universidad del Valle y en la sede de la Nacional en Medellín (1989), ha cumplido una importante labor con miras a la formación y profesionalización de los estudios históricos en el país. Recientemente se ha abierto el doctorado de Historia en la Universidad Nacional y el mismo proyecto se halla muy adelantado en la sede de Medellín. En la Universidad del Atlántico (Barranquilla) se viene desarrollando un convenio con la línea de investigación política del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, que ha posibilitado la apertura de estudios de postgrado en dicha universidad. Así mismo la

URSS, las universidades de Lomonosov y Patricio Lumumba contribuyeron significativamente a la formación de historiadores colombianos.

87 María Teresa Pérez, *et. all*. Proyecto de Posgrado: "Especialización y Maestría en Investigación y Docencia de la Historia de Colombia", versión electrónica, 1996.

Universidad del Cauca ha abierto una especialización en investigación y docencia de la historia.

Como puede apreciarse, se trata de un fenómeno que ha tenido como eje los diferentes centros universitarios del país. Además de los ya citados, pueden señalarse en Bogotá: la Universidad Javeriana, la Universidad Pedagógica y la Universidad de los Andes y, fuera de la capital, la Universidad de Antioquia, la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, la Universidad Industrial de Santander y La Universidad de Pasto. Las investigaciones desarrolladas en estas universidades han contribuido al conocimiento de la historia regional. Cabe citar las investigaciones de Francisco Zuluaga, Alonso Valencia Llano, Oscar Almario, Lenin Flórez para el Valle [88]; los trabajos sobre Federalismo y Republicanismo de Luis Javier Ortiz, Luis Javier Villegas y Fernando Correa[89]; las investigaciones sobre historia colonial de Guido Barona, Gonzalo Buenahora y Zamira Díaz para el Cauca[90]; Los estudios sobre historia social y empresarios de Jorge Conde Calderón y Milton Zambrano para Barranquilla[91].

---

88 Cfr. Francisco Zuluaga y Alonso Valencia: *Historia regional del Valle del Cauca,* Cali, Universidad del Valle, 1992. Oscar Almario: *La configuración moderna del Valle del Cauca, Colombia 1850-1940, Espacio, poblamiento, poder, cultura,* Cali, Cecam; y Lenin Flórez: *Modernidad política en Colombia. El republicanismo en el Valle del Cauca, 1880-1920,* Universidad del Valle, 1997.

89 Luis Javier Ortiz: *El Federalismo en Antioquia, 1850-1880: aspectos políticos*, Medellín: Universidad Nacional, 1985. Luis Javier Villegas: *Las vías de legitimación de un poder. La Administración de Pedro Justo Berrío en el Estado soberano de Antioquia, 1864-1873,* Santafé de Bogotá: Colcultura, 1996. Fernando Correa: *Republicanismo y reforma constitucional.* Medellín: Universidad de Antioquia, 1996.

90 Guido Barona Becerra: *La maldición de Midas en una región del mundo colonial, Popayán, 1730-1830,* Fondo Mixto de Cultura del Cauca, Cali, 1995. Zamira Díaz: *Oro, sociedad y economía. El sistema colonial en la gobernación de Popayán, 1533-1733,* Bogotá: Banco de la República, 1994. Gonzalo Buenahora: *Los pueblos de indios del macizo colombiano durante el período colonial,* Tesis Mgr. Historia, Universidad Nacional (Inédita).

91 Jorge Conde Calderón: *Espacio, sociedad y conflictos de la provincia de Cartagena, 1740-1815*. Barranquilla, Fondo de Publicaciones de la Universidad del Atlántico, 1999. Milton Zambrano: *El desarrollo*

Desafortunadamente muchos de estos trabajos tienen una difusión muy localizada y, parecen perder interés fuera de la región a que refiere su objeto de estudio[92]. Esto último responde, además de los problemas del mercado editorial a los cuales ya se ha hecho alusión, a una suerte de monografismo y preferencia de estas investigaciones por los estudios de caso que no logran ser articuladas adecuadamente a una perspectiva global integradora.

En este sentido, los Congresos Nacionales de Historia, reunidos cada dos años, han jugado un rol muy importante como espacio académico de discusión en torno a la producción historiográfica colombiana, y como estímulo de divulgación de los estudios históricos en el país, a través de la presentación y confrontación de investigaciones recientes o en curso. La última versión del Congreso Nacional (la décima) se llevó a cabo en agosto de 1997 en la ciudad de Medellín y contó con la participación de 151 ponencias inscritas en los diferentes simposios organizados. Las investigaciones históricas allí presentadas corroboraron el alto interés que existe hoy en la historiografía colombiana por los temas de la cultura, las mentalidades, la historia de la educación y la historia regional[93].

Otro tanto puede decirse de la realización de eventos internacionales, a los que, hasta hace algunos años se les prestaba muy poca atención: en agosto de 1993 el Postgrado de la Universidad Nacional, bajo la dirección del profesor Medófilo Medina, llevó a cabo el "Seminario Internacional de Historiografía Colombiana y

del empresariado en Barranquilla, 1880-1945, Barranquilla, Fondo de Publicaciones de la Universidad del Atlántico, 1998.

92 Desde luego existen algunas publicaciones que han logrado un mayor reconocimiento en el plano nacional, lo que en ningún momento significa que las publicaciones nombradas anteriormente no tengan el mérito para serlo. Me refiero a: La *Historia doble de la Costa,* de Orlando Fals Borda; *El Estado soberano del Cauca* de Alonso Valencia; *El Caribe colombiano,* de Gustavo Bell (comp.). De igual modo sobresale la *Historia de Antioquia,* de Jorge Orlando Melo (ed.); La historia de Medellín, del mismo autor; y *La historia de Bogotá,* de la Fundación Misión Colombia.

93 Para un balance de los trabajos presentados en este congreso Cfr. "Balance del Décimo Congreso de Historia de Colombia, Medellín, 1997", en *Historia y sociedad,* nº. 4, diciembre 1997.

Latinoamericana", el cual contó con la participación de historiadores del continente como René Arze (Bolivia), Romana Falcón (México), Heraclio Bonilla y José Tamayo (Perú), quienes presentaron trabajos relativos a los desarrollos historiográficos de sus respectivos países. Las ponencias fueron publicadas por la Universidad Nacional, en dos volúmenes, bajo el título *La Historia al final del milenio*.

En el año siguiente, 1994, el Departamento de Historia de la Universidad Javeriana realizó el "Seminario Internacional de Historia de las mentalidades y los imaginarios", cuyos ejes temáticos fueron sexualidad, familia y manifestaciones religiosas en América colonial y al que fueron invitados especialistas en esta área como Solange Alberro (México), Serge Gruzinski, René Salinas (Chile) y Ronaldo Vainfas (Brasil). Más recientemente, en 1999, la Universidad Nacional en su sede de Medellín realizó un seminario sobre Microhistoria, corriente historiográfica muy poco desarrollada en el país, mientras que la Universidad del Atlántico organizó un seminario nacional e internacional sobre Política e historia durante el siglo xx.

La realización de estos eventos ha significado un paso importante en la superación de ese provincialismo que ha caracterizado a las universidades colombianas. Provincialismo en cierta medida explicable si se toman en cuenta las limitaciones y dificultades que rodean las políticas de intercambio académico de nuestras universidades.

Este impulso que ha tomado la investigación histórica no se explicaría sino por el hecho mismo del interés que toma la historia en un país caracterizado por una agudización del conflicto armado y social, una crisis económica de grandes magnitudes y un crecimiento de las desigualdades sociales. Resulta significativo que organizaciones guerrilleras como las FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) se preocupen en sus publicaciones por recuperar la historia nacional y reinvindicar el legado de algunos protagonistas de nuestra historia (hombres y mujeres) como Simón Bolívar, Antonio Nariño en el siglo xix, y María Cano en el siglo xx, o el

accionar de conjuntos sociales (*vb. gr*. los comuneros, los artesanos)[94]. Quizás es exagerado y hasta pretencioso atribuirle a la historia tanta responsabilidad, pero como bien lo señala Jorge Orlando Melo "Este afán intelectual que nos lleva a escribir sobre el pasado crea entonces una retórica, un discurso ideológico, que hace parte de la materia de la vida política y social de un país, aunque no defina sus intereses centrales"[95].

Algunos problemas de la investigación histórica

Concluyo este escrito enunciando algunos problemas que reviste el trabajo histórico en nuestro país:

En primer lugar, es palpable la ausencia de apoyo económico a la investigación histórica. Problema que está relacionado con las áreas de conocimiento priorizadas por los organismos financieros no solo nacionales sino también internacionales. Este apoyo, cuando existe, suele estar dirigido a preocupaciones muy específicas e inmediatas (violencia, historia económica, problemas de desarrollo agrario y regional), desestimulando la investigación en otros terrenos del conocimiento histórico. Los raros presupuestos designados por los organismos estatales o por las universidades a la investigación histórica, además de constituir un privilegio casi patrimonial, están mediados por un largo y engorroso procedimiento burocrático que reviste más obstáculos y dificultades que el abordaje del objeto mismo de investigación histórica.

---

94 Esta tendencia no es nueva: ya se vio cómo en los años 60, la revista *Semana* trató de difundir una visión diferente de la historia a través de los escritos de Liévano Aguirre. Otro tanto sucedió a mediados de los años setenta con la revista *Alternativa (1974)* en su sección "Historia prohibida", donde se divulgaban temas de la historia agraria, de las organizaciones guerrilleras y aspectos biográficos de algunos protagonistas de la política en ese momento.

95 Jorge Orlando Melo, "La Historia: las perplejidades de una disciplina consolidada", en Jorge Orlando Melo: *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia,* Bogotá, Fundación Simón y Lola Güberek, 1992, p.18.

La crisis presupuestal que ha caracterizado el funcionamiento de la universidad pública y estatal incide en los bajos rubros que se invierten en la adquisición de libros y revistas especializadas, en tanto que el uso de tecnologías modernas como el internet es todavía muy limitado. Por otra parte, los programas de postgrado si bien exigen dedicación exclusiva, carecen de un fondo de becas que brinde apoyo económico a los estudiantes que no tienen respaldo institucional. Así, el acceso del profesional egresado de las universidades a la formación de postgrado sigue siendo todavía muy restringido. Desde luego esta es una problemática que no se circunscribe al campo de la historia y está relacionada con las limitantes del sistema educativo colombiano. Sin embargo, podrían explorarse otros caminos.

En este sentido sería deseable, por ejemplo, el fortalecimiento de los lazos de intercambio académico con otras universidades. Sin embargo, el desarrollo de programas entre dos universidades es una práctica bastante rara en nuestro país que se ha circunscrito a coyunturas muy específicas. Basta mirar cómo en el interior mismo de las universidades la comunicación entre un departamento y otro es sumamente deficiente.

Un segundo factor que afecta negativamente la investigación histórica en el país es la ausencia de una clara política de protección de archivos. Resulta sorprendente que algunos acervos documentales del país hayan sido eliminados como "papel viejo", por no contar con un espacio físico para su conservación o por simple negligencia de sus administradores. Esto, para no hablar de las lamentables condiciones en que se encuentran los archivos coloniales. Actualmente un grupo de investigadores de la Universidad Javeriana trabaja para recopilar el archivo sobre inquisición.

A la anterior situación se suman las dificultades que tiene el investigador para el acceso de ciertas fuentes: los archivos eclesiásticos se consideran archivos privados y no por casualidad la Historia de la Iglesia es un campo que registra un notable rezago. Igualmente son evidentes los problemas y las implicaciones que supone acceder a fuentes castrenses y a la documentación relacionada con

movimientos insurgentes y organizaciones al margen de la ley. La posesión de esta documentación puede colocar en peligro la integridad misma del investigador.

Finalmente, son todavía muy limitadas las posibilidades que tiene el historiador colombiano para dar a conocer sus investigaciones. Los espacios como los Congresos Nacionales de Historia y las publicaciones de los departamentos de Historia resultan todavía insuficientes[96]. Es necesario generar nuevos espacios que permitan la divulgación de trabajos de grado, muchos de los cuales, aunque cuentan con un meritorio nivel de elaboración, reposan empolvados en los anaqueles de la bibliotecas universitarias y no sería extraño que un día cualquiera un malhumorado funcionario administrativo tomara la decisión de deshacerse de estos "papeles viejos", como ya lo han hecho con numerosos archivos históricos del país.

96 Entre las publicaciones universitarias de Historia podemos señalar: el *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* (Universidad Nacional); *Historia y espacio* (Universidad del Valle); *Historia crítica* (Universidad de los Andes); *Historia y sociedad* (Universidad Nacional, sede Medellín); *Boletín de Historia* (Universidad Javeriana) y *Revista del Caribe* (Gustavo Bell, Adolfo Meisel y Eduardo Posada).

II
Episodios de la lucha armada en Colombia y el continente

América latina en los tiempos de la guerra fría: de la revolución guatemalteca a la revolución cubana

El fortalecimiento de los EE.UU. al finalizar la guerra mundial acrecentó el desequilibrio de poder en el continente, haciendo más vulnerables a los países latinoamericanos frente a las políticas del país del norte. En un mundo concebido bipolarmente, el interés estratégico de América Latina para los Estados Unidos, en términos económicos, políticos y militares, como de proximidad geográfica, convierten el continente en un escenario privilegiado de la "guerra fría". Muy pronto se habla entonces de la "defensa del hemisferio occidental" y cualquier actividad política orientada hacia un cambio social es calificada, por parte del Pentágono, de inspiración foránea y resultado de la penetración del "comunismo internacional".

La llegada de la guerra fría al hemisferio occidental no significó, sin embargo, un inmediato respaldo a las políticas anticomunistas de los EE.UU. Muchos gobiernos latinoamericanos veían con mayor realismo la posibilidad de una intervención norteamericana que el "temido avance comunista".

De esta forma, la presión económica ejercida por el gobierno de los Estados Unidos se convirtió en un importante mecanismo para alcanzar la solidaridad continental en la lucha contra el comunismo. Esto explica en buena medida los ofrecimientos norteamericanos, en el campo económico, como respuesta a situaciones

de crisis políticas y que encuentra en el triunfo de la Revolución cubana uno de los mayores desafíos.

Los EE.UU. y la política de defensa hemisférica

La Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y de la Seguridad Continentales, que inició labores el 15 de agosto de 1947, con representantes de 20 países americanos, dio luz a uno de los primeros pactos de la guerra fría: "El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca" (TIAR).

Dicho tratado, suscrito el 23 de septiembre del mismo año, consta de un preámbulo y veintiseis artículos, en los cuales se pretende establecer mecanismos para hacer frente a cualquier agresión extracontinental. En su artículo tercero el Tratado establece que

> un ataque armado por parte de cualquier Estado contra un Estado Americano, será considerado como un ataque contra todos los Estados americanos, y en consecuencia, cada una de las partes contratantes se compromete a ayudar a hacer frente al ataque, en ejercicio del derecho inmanente de legítima defensa individual o colectiva que reconoce el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas[97].

Las claúsulas consagradas por el TIAR están redactadas en forma tan ambigua, que permiten movilizar acciones no solo frente a cualquier agresión militar sino ante "cualquier otro hecho o situación que pueda poner en peligro la paz de América". Las medidas adoptadas van desde el retiro de las misiones diplomáticas hasta el uso de las Fuerzas Armadas.

En el mismo articulado se establece, como Órgano de Consulta, la Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de los gobiernos ratificantes del tratado, la cual podrá ser promovida por cualquier

97 Ann Van Wynem Thomas y A. J. Thomas: *La Organización de los Estados Americanos*, Biblioteca Uteha, Historia. México: 1968.

Estado signatario, a través del Consejo Directivo, facultado para decidir mediante mayoría absoluta.[98]

Al año siguiente de ratificado el TIAR se reunió en Bogotá, el 30 de marzo, la Novena Conferencia Internacional de Estados Americanos. En medio del levantamiento popular que se produjo en la capital colombiana, tras el asesinato del caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán, la conferencia aprobó la "Carta de la Organización de los Estados Americanos" (OEA). De acuerdo con el documento aprobado, los propósitos de este nuevo organismo están orientados a

> afianzar la paz y la seguridad del continente; prevenir las posibles causas de dificultades y asegurar la solución pacífica de las controversias que surjan entre los Estados Miembros; organizar la acción solidaria de estos en caso de agresión; procurar la solución de los problemas políticos, jurídicos y económicos que se susciten entre ellos; y promover por medio de la acción cooperativa su desarrollo económico, social y cultural[99].

Pese a lo anterior, la labor fundamental de la OEA, en los años de la guerra fría, será la de hacer frente a la "intervención comunista". A este respecto, el acta final de la IX Conferencia Panamericana declara que "por su naturaleza antidemocrática y sus tendencias intervencionistas, la acción política del comunismo internacional o de cualquier otro totalitarismo es incompatible con el concepto de libertad americana"[100].

La IV Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones, celebrada en marzo y abril de 1951, en Washington, en momentos en que el conflicto en Corea ya se había desatado, dio un paso más en esta cruzada anticomunista, al recomendar medidas internas

---

98 La mayoría absoluta es definida por las 2/3 partes de las Repúblicas que hayan ratificado el Tratado, menos las partes afectadas en el caso de una disputa entre Estados americanos.

99 Gordon Connell-Smith: *El sistema interamericano*, México: Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 238.

100 *Ibid.*

y esfuerzos de cooperación internacional a fin de erradicar cualquier amenaza de actividad subversiva, a tiempo que recomendaba a las repúblicas americanas orientar su preparación militar de tal manera que por medio de su esfuerzo propio y de la ayuda mutua, y de acuerdo con sus posibilidades y con sus normas constitucionales, y de conformidad con el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, puedan, sin perjuicio de la legítima defensa individual y de la seguridad interna: a) incrementar aquellos de sus recursos y reforzar aquellas de sus fuerzas armadas en condiciones tales que puedan estar prontamente disponibles para la defensa del continente, y b) cooperar entre sí, en materia militar, para desarrollar la potencia colectiva del continente necesaria para combatir la agresión contra cualquiera de ellas[101].

El acta final de la Décima Conferencia Interamericana, reunida en Caracas (Venezuela) del 1º al 28 de marzo de 1954, sugiere a los gobiernos americanos que emprendan medidas dirigidas a frenar las actividades subversivas del comunismo. Entre otras medidas recomienda investigar la procedencia de los fondos que disponen los militantes comunistas, así como el intercambio de información entre los gobiernos para emprender con mayor eficacia los objetivos plasmados en las Conferencias Interamericanas y Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores en relación con el comunismo internacional[102]. La Declaración contó con el voto negativo de Guatemala y la abstención de México, Argentina y Costa Rica.

Guatemala y Bolivia: la frustración de una esperanza

La Conferencia Interamericana, convocada por los EE.UU., pretendía advertir a los países del continente acerca del peligro del avance comunista que —en sus palabras— había hecho de

101 Acta Final. Resolución III, *Proceedings,* p. 293. Citado en *Ibid.* p. 262.

102 *Ibid.*

Guatemala su "cabeza de playa". Temores que, por cierto, no parecían compartir la mayoría de gobiernos del área.

Las transformaciones democráticas emprendidas por el gobierno guatemalteco de Jacobo Arbenz, a raíz de las cuales se le empezó a calificar de "comunista", tuvieron como punto de partida la lucha contra algunos monopolios norteamericanos como el de la energía eléctrica y el ferrocarril, este último ejercido por la United Fruit Company (UFCO), y a través de la cual se realizaba buena parte de las exportaciones del país.

Sin embargo, la medida que se constituyó en piedra de toque fue la realización de una profunda reforma agraria, cuyo texto definitivo se dio a conocer en junio de 1952, y que dispuso la expropiación de los latifundios ociosos y el reparto de la tierra a los campesinos. Los alcances de esta reforma pueden medirse a través de los datos estadísticos que indican, que en un lapso de dos años fue expropiado aproximadamente el 20% del total de la superficie agrícola de Guatemala; con el precedente de que el 20.6% de las tierras afectadas pertenecían a la United Fruit Company (UFCO)[103].

Las reclamaciones hechas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, a nombre de la Compañía Bananera, fueron rechazadas por el gobierno de Arbenz, argumentando el carácter ocioso e improductivo de dichas tierras.

Ante la imposibilidad de concitar voluntades que permitieran legitimar, a través de la Organización de Estados Americanos, una intervención militar y frente a los altos costos que suponía para la imagen de los Estados Unidos, una acción militar abierta decretada unilateralmente, el gobierno norteamericano organizó una operación secreta dirigida por oficiales desafectos al régimen de Arbenz, comandados por el coronel Castillo Armas.

En la "Operación Exito" —que habría de conducir al derrocamiento de Arbenz, y el ascenso a la presidencia del coronel Castillo de Armas, el 3 de julio de 1954— se vieron involucrados el Departamento de Estado de los Estados Unidos, la United Fruit Company,

103 Jesús M. García Añoveros, *Jacobo Arbenz*. Madrid: Historia 16, Quorum, 1992, pp. 81 y 83.

la Central de Inteligencia Americana (CIA) y el embajador de los Estados Unidos en Guatemala, John Peurifoy, con la cómplice participación de los gobiernos de Honduras y Nicaragua, desde cuyo territorio se organizó la expedición[104].

Las reacciones que produjo el derrocamiento del gobierno popular de Arbenz, en América Latina, son relatadas con alarma por el escritor norteamericano de *The New Leader,* Daniel James, como pruebas de la creciente influencia comunista en el continente latinoamericano. Cito aquí estas manifestaciones en toda su extensión, porque considero que nos proporcionan una idea del ambiente de "guerra fría" que se empezaba a generar en ese momento en el continente:

> En México —dice James— nuestro más próximo vecino latinoamericano, gran número de trabajadores y estudiantes se manifestaron contra los Estados Unidos, y la policía tuvo que proteger de la furia de los manifestantes a 400 veteranos norteamericanos de la guerra de Corea.
>
> En Honduras, pese a la hostilidad del gobierno para los rojos que dominaban a su vecina Guatemala, los estudiantes se desbordaron en manifestaciones contra "Wall Street", las cuales terminaron con sangrientos disturbios.
>
> En Panamá, donde el canal es objetivo primordial de la conspiración soviética, los estudiantes declararon una huelga de veinticuatro horas contra "la intervención de los Estados Unidos en Guatemala".
>
> En Cuba, a despecho de los sentimientos anticomunistas del dictador Batista, se produjo, asimismo, una huelga de veinticuatro horas. Los manifestantes apedrearon las oficinas de la United Press y la North American Electric Company, distribuyendo inflamados manifiestos contra el "imperialismo yanqui".

104 Los detalles de esta operación son relatados por Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer en su libro: *Fruta amarga, la C.I.A. en Guatemala*. México: Siglo xxi, 1982.

En Ecuador, los estudiantes reclutaron voluntarios para 'defender la soberanía de Guatemala' y enviaron mensajes de simpatía al comunistoide presidente Jacobo Arbenz Guzmán. El propio gobierno del Ecuador aludió a la intervención de los Estados Unidos en Guatemala.

En Bolivia, una manifestación de estudiantes se presentó frente a la embajada norteamericana gritando: "abajo los Estados Unidos". Los sindicatos celebraron mitines y publicaron manifiestos antinorteamericanos.

En el Brasil, cuyos representantes en el debate que se suscitó en las Naciones Unidas sobre Guatemala, estuvieron al lado de los Estados Unidos, las pasiones registran una particular alta tensión. Tres miembros del Consejo Municipal de Río de Janeiro proclamaron su apoyo en favor de Arbenz. El poderoso Partido Socialista, que no es rojo, celebró un gran mitin. Incluso el combatiente editor anticomunista, Carlos Lacerda, censuró severamente a los Estados Unidos.

En Argentina, el Congreso adoptó el acuerdo de apoyar a Arbenz, y la prensa controlada por el gobierno publicó numerosos artículos y editoriales atacando a los Estados Unidos y defendiendo a Guatemala roja. La tan cacareada propaganda de amistad de "Perón" hacia los Estados Unidos se desvaneció como por encanto.

En Uruguay, la más democrática de las repúblicas de América Latina, el Congreso aprobó una proposición condenando la 'agresión' contra Guatemala, hubo dirigentes políticos que discursearon contra los Estados Unidos, y tuvieron lugar, del mismo modo, manifestaciones estudiantiles de hostilidad.

En Chile, la exteriorización del ataque fue más violenta. La Cámara de Diputados condenó, por 34 votos contra 15 votos, la "agresión" contra Guatemala. Estudiantes y obreros se estacionaron frente a la embajada Norteamericana, prendieron fuego a nuestra bandera, e incendiaron la efigie del presidente Eisenhower. Dos empleados de un periódico que se mostraba favorable a los Estados Unidos fueron apedreados.

Y concluye diciendo: "Nadie podría recordar en la historia de América Latina, una ola tan intensa y universal de sentimientos antinorteamericanos"[105].

Pero mientras la "guerra fría" se traslada a Guatemala, y la persecución contra las organizaciones obreras y campesinas se generaliza bajo la dictadura de Castillo de Armas, al sur del continente aparece otro motivo de preocupación para los EU, en un proceso que hunde sus raíces en abril de 1952, cuando las milicias mineras bolivianas infligen una definitiva derrota a las fuerzas del ejército del general José Ballivian.

Esta revolución, cuya dirección es asumida por algunos de los dirigentes del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Víctor Paz Estenssoro (1952-1956) y Hernán Siles Suazo (1956-60) dispuso, bajo la creciente presión de las masas obreras y campesinas: la nacionalización de las minas de estaño y la realización de una reforma agraria, que privilegiaba el desarrollo del sector moderno en la agricultura y expropiaba a los terratenientes, ofreciendo una indemnización formal en bonos agrarios.

Estas medidas fueron acompañadas de otras reformas como: la adopción del sufragio universal que le otorgaba el derecho de voto a la población analfabeta; la reorganización del ejército; y una reforma educativa que pretendía la integración cultural de los diversos grupos humanos del país en una colectividad nacional.

Algunas de las medidas económicas tomadas por el gobierno del MNR, tuvieron como efecto un crecimiento acelerado de la inflación (con tasas anuales superiores al 900%) y un escandaloso elevamiento en el costo de vida (durante el período 1952-56 aumentó 20 veces), que terminó por enajenarle las simpatías de la población urbana, uno de sus más firmes y tradicionales núcleos de apoyo[106].

Esta pérdida de audiencia en las ciudades fue gradualmente sustituida por un mayor respaldo de las bases obreras y, sobre todo,

105 Daniel James, *Tácticas rojas en las Américas. Preludio guatemalteco*. México: Intercontinental, 1955, pp. 7, 8 y 15.

106 Herbert Klein, *Historia general de Bolivia*, La Paz: Editorial Juventud, 1988, p. 288.

campesinas. Sin embargo, el gobierno del MNR no logró sortear con éxito los desajustes económicos y, muy pronto, se vio enfrentado a una situación de descapitalización, que hacía imposible llevar adelante los programas de bienestar y reforma propuestos.

Ante esta situación, los gobiernos de Paz Estensoro y Siles Suazo optaron por buscar el apoyo norteamericano, que finalmente mostró ser muy benevolente. Desde luego esta ayuda no fue gratuita:

> junto con las incesantes peticiones de reducir el poder de la COB [Central Obrera Boliviana] y de acabar con el cogobierno obrero en las minas, el Departamento de Estado también exigió un cambio en la economía política boliviana en lo que se refería a las inversiones de Estados Unidos[107].

De esta forma la revolución nacionalista terminará, al comenzar la siguiente década, comprometiéndose cada vez más con las políticas imperiales.

Las frustradas experiencias en Guatemala y Bolivia se verán acompañadas de un retroceso en el continente de los regímenes elegidos constitucionalmente, los cuales contarán con la aquiescencia de los EE.UU. Así, en Venezuela llega al poder en 1952 el coronel Pérez Jiménez, en unas elecciones calificadas de fraudulentas, que a la larga devendrán en la instauración de un régimen dictatorial, donde los partidos de oposición, Acción Democrática y el Partido Comunista serán ilegalizados. En Colombia, el golpe militar del general Gustavo Rojas Pinilla (1953), pese a sus promesas de "paz y justicia para todos", terminará inaugurando una nueva etapa de violencia que desde los años cuarenta venía sacudiendo al país. En Paraguay el general Stroessner derroca y reemplaza en 1954 a Federico Chaves, estableciendo al sur del continente una de las dictaduras más prolongadas del presente siglo.

---

107 *Ibid.*, p. 292.

Cuba: renace otra esperanza

El proceso revolucionario cubano está estrechamente asociado a la figura de Fidel Castro, quien logró aglutinar la oposición contra la dictadura de Fulgencio Batista. El dictador había ocupado el gobierno después de derrocar al presidente Prio Socarrás por la vía golpista, el 10 de marzo de 1952, poco antes de la fecha prevista para elecciones presidenciales.

Después de convencerse de que las vías legales, estaban agotadas, Castro optó por tomar la vía armada, estimando que una resonante acción militar bastaría para provocar un levantamiento en la isla; por ello la decisión de atacar el cuartel Moncada, en Santiago, una de las provincias más combativas situada en el oriente cubano.

El asalto al cuartel Moncada, realizado el 26 de julio de 1953, constituyó un fracaso desde el punto de vista militar. La mayoría de prisioneros fueron torturados y ejecutados a sangre fría por el ejército. Fidel Castro, su hermano Raúl y algunos otros participantes en el asalto lograron escapar hacia las montañas, pero pocos días después, agotados por el hambre y el cansancio, decidieron entregarse[108].

Los sobrevivientes fueron juzgados ante un tribunal militar en septiembre de 1953. Apartado de sus compañeros, Fidel Castro fue condenado a 15 años de cárcel en octubre del mismo año. Su defensa *La historia me absolverá* habría de convertirse en la carta fundacional de un nuevo movimiento: El M-26 de Julio, que organizaría la lucha revolucionaria contra el dictador Batista.

Paralelamente a estos juicios, Batista decretó el "estado de excepción", intensificó la represión, restableció la censura, a la vez que organizaba unas fraudulentas elecciones para 1954, buscando legitimarse en ellas. No obstante, pocas semanas antes de los comicios, el supuesto candidato de la oposición, Dr. Grau San Martín se

108 Karol K. S: *Los guerrilleros en el poder*. Barcelona Seix Barral,1972, p.155.

retiró de ellas, poniendo al descubierto el carácter fraudulento de las mismas[109].

En mayo de 1955, Fidel Castro sale de la cárcel gracias a una amnistía general concedida por Batista, y pocos meses después viaja a México, donde se ocupa de reorganizar la oposición contra la dictadura. Para entonces Fidel, basado en la experiencia del "Moncada" piensa en la importancia de crear un movimiento político militar que cuente con un amplio respaldo de masas,

> Al salir de las prisiones —escribe Fidel— hace diez meses, y comprender con claridad que al pueblo no se le devolvería jamás sus derechos si no se decidía a conquistarlos, nos dimos al empeño de vertebrar una fuerte organización revolucionaria y dotarla de los elementos necesarios para darle la batalla final al régimen.

Nace así El Movimiento 26 de Julio[110].

En México, Fidel establece contactos con los líderes de las diferentes tendencias de oposición, en particular con el Directorio Revolucionario, dirigido por José Antonio Echevarría, quien viaja en el mes de septiembre a México, donde acuerdan un pacto de unidad de acción. Ambos lanzan un llamamiento al país, como 'líderes de las organizaciones de la nueva generación revolucionaria'. El 15 de noviembre de 1956, Castro anuncia su inminente desembarco.

El 26 de noviembre de 1956 parte del puerto de Tuxpan el viejo yate, "Granma", con casi un centenar de hombres a bordo, dando comienzo a la última fase de lucha contra Batista. El 2 de diciembre los combatientes del M-26 de Julio, desembarcaron en la costa cuba en condiciones difíciles. Muy pronto fueron detectados por la fuerza aérea de Batista, que estuvo a punto de aniquilarlos. Sin embargo, Fidel en compañía de otros rebeldes logran escapar y se refugian en

---

109 *Ibid*., p.156.

110 "Fundación del MR '26 de julio' ruptura con la ortodoxia", marzo 19 de 1956, en Fidel Castro, *La Revolución cubana,* México: Era, 1972, p. 85.

la Sierra Maestra. Los sobrevivientes se abren paso hacia la Sierra, divididos en cuatro grupos, al mando de los cuales se encuentran Fidel Castro, Ernesto Guevara, Camilo Cienfuegos y Raúl Castro.

El 13 de marzo de 1957, cuando los guerrilleros de Fidel se asentaban en la Sierra, los combatientes del Directorio Revolucionario, al mando de José Antonio Echevarría atacan el palacio presidencial de La Habana. El ataque fracasa en su objetivo de deponer al dictador y los rebeldes son asesinados entre ellos su máximo líder. Uno de los pocos sobrevivientes del asalto, fue Faure Chomon, quien logra reconstruir poco a poco su red y, a principios de 1958, abre un frente guerrillero en las montañas del Escambray.

Lentamente el Movimiento 26 de Julio toma un gran impulso en las ciudades y se da a conocer mediante una serie de acciones espectaculares en La Habana (Santiago). Ante este ascenso del Movimiento muchos de los líderes deciden engrosar sus filas.

Los dirigentes comunistas del Partido Socialista Popular (PSP) que hasta el momento habían mantenido una distante relación con el M-26 de Julio, actitud que había sido duramente cuestionada por amplios sectores de la oposición, deciden, en febrero de 1958, establecer contactos con el movimiento y apoyar la huelga general convocada para el 9 de abril. El encargado de realizar estos contactos fue el dirigente comunista Carlos Rafael Rodríguez. A partir de ese momento la actitud del PSP con respecto al M-26 de Julio se hace positiva y eficaz. Muchos militantes comunistas ingresan a las filas castristas bajo las órdenes del Che Guevara y Raúl Castro[111].

La histórica huelga del 9 de abril de 1958, que debía asestar el golpe de gracia a la dictadura, termina en un fracaso. En reunión celebrada el 3 de mayo del mismo año, los dirigentes del Movimiento examinan las causas de dicha derrota y las medidas necesarias para su reorganización:

> la concepción guerrillera —escribe el Ché— saldría de allí triunfante, consolidado el prestigio y la autoridad de Fidel y nombrado

111 *Ibid.*, p.177.

> Comandante en jefe de todas las fuerzas incluidas las de la milicia —que hasta esos momentos estaban supeditados a la Dirección del Llano— y Secretario General del Movimiento[112].

El ambiente generado por la derrota de la huelga es aprovechado por Batista para lanzar una gran ofensiva contra los combatientes de la Sierra, que solo sirve para colocar en evidencia la fortaleza de los destacamentos guerrilleros.

En un documento suscrito por diferentes organizaciones políticas opositoras a la dictadura de Batista, el Movimiento 26 de julio establece las bases programáticas para su unidad con dichas fuerzas:

> Primero: Estrategia común de lucha para derrocar la tiranía mediante la insurrección armada, reforzando en un plazo mínimo todos los frentes de combate [...] Segundo: Conducir al país, a la caída del tirano, mediante un breve gobierno provisional, a su normalidad, encauzándola por el procedimiento constitucional y democrático. Tercero: Programa mínimo de gobierno que garantice el castigo de los culpables, los derechos de los trabajadores, el orden, la paz, la libertad, el cumplimiento de los compromisos internacionales y el progreso económico, social e institucional del pueblo cubano[113].

Entre tanto, las tropas de Fidel avanzan hacia las llanuras de Camagüey y las Villas. A partir de este momento el triunfo de los revolucionarios cubanos es inminente. El 31 de diciembre Batista y sus más importantes seguidores huyen secretamente del país y el 1º de enero de 1959, entran victoriosos los combatientes a La Habana.

Los sucesos revolucionarios en la isla caribeña agregaron un ingrediente nuevo: en el imaginario de millones de latinoamericanos la liberación de nuestros pueblos dejó de ser una utopía para

112 Ernesto Che Guevara: "Pasajes de la guerra revolucionaria", en Ernesto Che Guevara*, Obra revolucionaria*, México: Era, 1957, p. 237.

113 "Pacto de Caracas", 20 de julio de 1958, en Fidel Castro, *op. cit.*, p.123.

convertirse en una realidad. Cuba aparecía entonces, en el escenario americano, como la concreción en el plano de los hechos, de los anhelos de libertad e independencia:

> Ahora —escribía el Che, poco después del triunfo— estamos colocados en una posición en la que somos más que simples factores de una nación: constituimos en este momento la esperanza de la América irredenta. Todos los ojos —los de los grandes opresores y de los esperanzados— están fijos en nosotros[114].

El triunfo de la Revolución cubana, junto con los movimientos de liberación de África y Asia, se convierte en fuente de inspiración y renovación de las fuerzas del cambio en el continente. Sin embargo, Estados Unidos no está dispuesto a tolerar este ejemplo y esgrimiendo razones políticas y estratégicas —luego de un intenso trabajo diplomático y propagandístico para deslegitimar los alcances de la Revolución cubana— lanza un grupo de mercenarios a Playa Girón, buscando cortar de raíz este proceso. La derrota de los invasores tuvo como consecuencia acelerar el paso de Cuba hacia el socialismo, aproximando la isla hacia el campo de influencia de la URSS, acrecentar la solidaridad de los pueblos latinoamericanos en torno a la revolución y crear un clima de tensiones que alcanzó su punto más álgido con la llamada "crisis de los misiles" en 1962.

Las proclamas revolucionarias de Fidel Castro, Camilo Cienfuegos y el "Che", entre otros, no cayeron en el vacío. En los años sesenta, a lo largo y ancho del continente, surgen numerosas experiencias organizativas que agitando las banderas de la liberación nacional, privilegian la confrontación armada como forma de lucha. La violencia revolucionaria surge y parece legitimarse, entonces, como única respuesta a la violencia reaccionaria de las oligarquías y el imperialismo, "que pretenden detener el curso de la historia". Estas imágenes cristalizan en las tesis del Primer Congreso de la

114 Ernesto Che Guevara: "Una revolución que comienza", en Ernesto Guevara. *Obra revolucionaria*, México: Era, 1967, p. 275.

Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), donde se señala que

> la violencia revolucionaria, como expresión más alta de la lucha del pueblo, es no solo la vía, sino también la posibilidad más concreta y manifiesta para derrotar al imperialismo. Los pueblos y los revolucionarios han constatado esta realidad y se plantean, consecuentemente, la necesidad de que se inicie, desarrolle y culmine la lucha armada con el fin de destruir la máquina burocrático-militar de las oligarquías y el poder del imperialismo.

La guerrilla colombiana en perspectiva histórica

Desde finales del siglo pasado y principios del presente, la oposición política colombiana se ha visto empujada hacia formas de acción armada, como expresión de contradicciones sociales muy profundas y de un sistema de dominación político y social que ha estrechado los espacios de acción legal. Esto se explica, en buena medida, porque Colombia cuenta con una larga tradición de lucha guerrillera en su territorio, con rasgos muy peculiares que van más allá de las simples formulaciones tácticas de un partido o la influencia de coyunturas internacionales.

Pese a la persistencia del fenómeno, llama la atención los escasos estudios que desde una perspectiva histórica o sociológica se han realizado sobre el mismo. Buena parte de la literatura publicada hasta el momento reviste un carácter testimonial y periodístico, que se ha difundido al amparo de los recientes procesos de paz vividos por el país.

Las dificultades de acceder a las fuentes de información directa, la continua censura de los medios de comunicación, los compromisos que derivan de abordar un objeto de estudio presente —en un escenario donde el conflicto se agudiza día a día—, así como la tendencia a condenar ante que explicar este tipo de violencia, son factores que han contribuido a la existencia de este vacío historiográfico y permiten entender.

Favorablemente, en los últimos años se han emprendido importantes aproximaciones al estudio de las organizaciones guerrilleras actuantes en el país: el libro del sociólogo Eduardo Pizarro, *Las FARC 1949-1966, de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*, constituye un esfuerzo pionero en esa dirección, no obstante que la obra solo se ocupa de los orígenes de este movimiento insurgente y su reflexión sobre la etapa actual; al carecer de una base empírica sólida, simplifica la riqueza del análisis histórico que le precede.

La investigación que adelanta el historiador Carlos Medina en torno al Ejército de Liberación Nacional (ELN), hace parte de esta renovada preocupación sobre los movimientos guerrilleros en Colombia[115].

Aunque hoy día algunos sectores de opinión consideran que la guerrilla colombiana perdió su vigencia histórica y su carácter político para convertirse en grupos de acción delincuencial, en este artículo trataré de mostrar cómo la insurgencia armada en Colombia históricamente ha sido un factor fundamental en la apertura de espacios políticos legales y, actualmente, constituye un actor muy importante en el proceso de lucha por la democratización del país.

Surgimiento y crecimiento de la guerrilla colombiana

Una de las dificultades para establecer una periodización sobre el movimiento guerrillero colombiano es la existencia de diferentes organizaciones armadas, con orígenes históricos muy diversos, con variaciones programáticas e ideológicas sustanciales y con formas organizativas heterogéneas, que en coyunturas específicas de la vida nacional han asumido posiciones políticas disímiles. De allí que, aunque se puedan identificar grandes etapas en la historia del movimiento insurgente, es necesario referir procesos específicos vividos por cada una de las organizaciones.

115 Los estudios de Medófilo Medina, Darío Fajardo y Reinaldo Barbosa, que se ocupan de períodos anteriores, deben ser mencionados aquí.

Partiendo de estas premisas, podemos señalar cuatro grandes momentos de la insurgencia en el país:

1. Nacimiento (1949-1953). La resistencia guerrillera colombiana surge en 1949, diez años antes de la Revolución cubana, con un carácter defensivo y agrario, como respuesta espontánea a la generalización de la violencia oficial conservadora. En este proceso se pueden identificar dos grandes líneas de desarrollo: por un lado la guerrilla liberal (vb. gr. Llanos Orientales, regiones de Santander y Antioquia), constituida inicialmente por núcleos familiares que paulatinamente se consolidaron como un proyecto político autónomo. Por otro lado, estuvieron los núcleos de resistencia inspirados por el Partido Comunista, en zonas como el sur del Tolima y en la región del Sumapaz, integrados por viejos dirigentes de las ligas campesinas y los sindicatos agrarios, que recupera la experiencia de las luchas de colonos y peones contra hacendatarios. Por vías diferentes, las dos vertientes del movimiento armado en este período avanzan hacia propuestas políticas unitarias que tienen su expresión en la Primera Conferencia Nacional del Movimiento Popular de Liberación Nacional ("Conferencia de Boyacá"), celebrada en agosto de 1952, con la participación de los destacamentos comunistas; y el Congreso Revolucionario de los Llanos, en junio de 1953, que pretendió agrupar todos los frentes guerrilleros liberales de esta región bajo un único mando y programa.

   Este proceso es interrumpido por el golpe militar del general Gustavo Rojas Pinilla, el 13 de junio de 1953. La totalidad de grupos armados orientados por el partido liberal optó por entregar sus armas, mientras que los guerrilleros de dirección comunista se transformaron en movimientos de autodefensa campesina, sin desmovilizarse y sin entregar las armas al gobierno[116].
2. *Período de transición (1955-1958)*. Tras los operativos militares desatados por Rojas Pinilla contra la región de Villarrica (Tolima),

116 Eduardo Pizarro León Gómez: *Las FARC, de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*. Bogotá: Tercer Mundo. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, 1991. p. 93.

zona en la cual se había refugiado una parte de los antiguos combatientes comunistas, se reactivan los antiguos núcleos guerrilleros, después de una gran resistencia al ejército; estos grupos armados optan por organizar a la población en columnas de marcha que terminan por asentarse en El Pato (Caquetá), El Guayabero (Meta) y el Alto Sumapaz, donde se consolidan como grandes movimientos agrarios.

Esta nueva etapa de la resistencia armada se caracteriza por una búsqueda de independencia del movimiento guerrillero respecto a los partidos tradicionales, liberal y conservador, y su consolidación en áreas de colonización campesina establece formas de poder autónomo.

La "Guerra de Villarrica" (1955) y la violencia oficial de 1948 marcan el inicio de una serie de grandes operativos militares, como fórmula privilegiada por los diferentes gobiernos para recuperar el control sobre regiones campesinas que escapan a la tutela bipartidista.

Esta violencia generada desde el Estado se convertirá en uno de los principales factores de estímulo al desarrollo del movimiento guerrillero colombiano, como lo ejemplifica muy bien la llamada "Operación Marquetalia" (1964) que propició el nacimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC); la "Operación Anorí" (1973) contra el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y la operación exterminio contra el secretariado de las FARC-EP en Casa Verde (1990), que han evidenciado la inviabilidad de una salida militar al conflicto colombiano.

Otro rasgo característico del período, que puede hacerse extensivo a los procesos posteriores, es la persecución y asesinato de los guerrilleros desmovilizados. Estos crímenes son ejecutados directamente por el ejército o por cuadrillas armadas, promovidas por aquel y comandadas por antiguos guerrilleros amnistiados que se colocan al servicio del Estado. El asesinato de los líderes de la resistencia armada en los años cincuenta —Guadalupe Salcedo (1957) y Jacobo Prías Alape (1960)— hasta los más recientes de los voceros de la Corriente de Renovación Socialista (CRS) es expresión de este fenómeno.

3. *Diversificación ideológica (1962-1989)*. En un contexto de exclusión generado por el acuerdo bipartidista del Frente Nacional (1958-1974), que consagró por vías constitucionales el monopolio político de los partidos tradicionales (liberal y conservador), y en un ambiente de creciente militarización de la sociedad colombiana expresado en el uso recurrente del "estado de sitio", las prerrogativas institucionales a las Fuerzas Armadas y la criminalización de la protesta social, las formas de resistencia popular armada cobran particular vigencia.

   A lo anterior se articulan factores que aporta la década de los sesenta: por un lado los rápidos procesos de urbanización acompañados de la ampliación de sectores medios que exigen mayor participación política y, por otro, el debate ideológico estimulado por el triunfo de la Revolución cubana y la escisión en el bloque chino-soviético que estimulan el surgimiento del Ejército de Liberación Nacional (ELN), a través de la Brigada "José Antonio Galán" formada en Cuba y el Ejército Popular de Liberación (ELN), principal receptor de las tesis maoístas en el país.

A partir de estos elementos podemos identificar en esta etapa tres grandes líneas de desarrollo del movimiento insurgente colombiano:

1. *Organizaciones foquistas*, alimentadas por la experiencia cubana y aniquiladas por el ejército al fracasar en sus intentos por lograr una base social estable. Los nombres de Antonio Larrota y Tulio Bayer están asociados a esta historia que tiene como matriz el Movimiento Obrero-Estudiantil-Campesino (MOEC)[117].
2. *Guerrillas de transición* que articulan, sobre nuevas bases, experiencias armadas vividas en el decenio anterior. En estos movimientos se conjuga la labor ideológica de organizaciones políticas —sustentada en cuadros urbanos— con procesos de colonización campesina y

117 Eduardo Pizarro León Gómez: "La guerrilla revolucionaria", en Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (comp.). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá. Cerec, 1986.

luchas reivindicativas de sectores populares. Así surgen las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1964, el Ejército de Liberación Nacional ELN en 1965 y el Ejército Popular de Liberación, EPL, en 1967.

3. *Las nuevas organizaciones guerrilleras surgidas en los 70 y 80*: el Movimiento 19 de abril (M-19), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), la Autodefensa Obrera (ADO), la Corriente de Renovación Socialista (CRS), que tienen como denominador común su vocación urbana y la presencia en ella de militantes que provienen de otras organizaciones guerrilleras. Particular mención requiere el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL) surgido como respuesta a la represión contra los dirigentes indígenas del sur-occidente del país.
4. *A partir de 1990* el desarrollo del movimiento insurgente colombiano está marcado por dos procesos: por un lado, la desmovilización de organizaciones guerrilleras, numérica y militarmente débiles, y su conversión en organizaciones político-legales, cuyos dirigentes en buena medida son cooptados por el establecimiento. De este proceso participan el M-19, el PRT, el Quintín Lame, un sector del EPL y la Corriente de Renovación Socialista.

Por otra parte, se encuentran las organizaciones agrupadas en la Coordinadora Guerrillera (CGSB): las FARC, el ELN y el sector del EPL dirigido por Francisco Caraballo, que consideran que los esquemas de paz adelantados hasta el momento solo funcionan para "movimientos derrotados".

Los esfuerzos de negociación emprendidos en Caracas (1991) y finalmente en Tlaxcala-México (1992), tras el descrédito de los sectores militaristas que prometían derrotar la guerrilla en pocos meses, no dieron los frutos esperados por incomprensiones entre las partes, pero fundamentalmente por falta de una voluntad política del gobierno de César Gaviria (1990-1994) para concluir las negociaciones; Gaviria desconoció incluso los acuerdos alcanzados.

A las continuas demandas de diálogo de la CGSB, se ha respondido con el aumento en el presupuesto de las fuerzas militares, el reforzamiento de las redes de inteligencia, la creación de cuerpos especiales para la lucha contrainsurgente y el estímulo a las autodefensas campesinas. Todo esto ha desembocado en un incremento de las acciones armadas de la guerrilla, que ha inaugurado una nueva etapa en la lucha insurgente, caracterizada por una gran capacidad militar para paralizar el país a través del ataque a la infraestructura, la multiplicación de las acciones urbanas y suburbanas y la realización de operaciones armadas simultáneas en diferentes regiones del país.

¿Ha perdido vigencia la lucha armada en Colombia?

El contexto ideológico en el cual se desarrolla el conflicto armado en Colombia ha experimentado notorias transformaciones. Tras el fin de la "guerra fría", el fracaso de la experiencia sandinista y los procesos de negociación en El Salvador y Guatemala, muchos analistas consideran que los movimientos armados han dejado de constituir una opción político-militar viable.

Paradójicamente, los factores internos asociados a la emergencia y consolidación de la guerrilla colombiana siguen presentes con mayor vigencia. La desaparición de la "amenaza comunista" no significó, en términos reales, que la insurgencia colombiana perdiera espacio, ni mucho menos que las fuerzas armadas abandonaran su objetivo de lucha contrainsurgente.

La lucha guerrillera en el país sigue siendo alimentada por la incapacidad del Estado para hacer frente a los problemas básicos de la población; por la lógica hegemónica y excluyente del bipartidismo colombiano, que no ha logrado romperse pese a los cambios planteados en la nueva Constitución (1991); y por la incesante represión hacia las organizaciones populares, como en el caso más dramático de la Unión Patriótica (UP) que en 11 años de ejercicio de la actividad política legal cuenta con más de 3.000 militantes asesinados.

En un ambiente de criminalización de la protesta social y de la actividad política por fuera del bipartidismo, resulta difícil construir una alternativa de oposición legal. La militarización del escenario político y la falta de espacios y garantías para la acción política abierta han restado posibilidades para la conformación de un polo de izquierda legal en Colombia y han servido para alimentar la opción armada. Así lo demuestran experiencias como el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL, 1958), la Alianza Nacional Popular (ANAPO, 1962), el Frente Unido (1965) y la UP (1985), cuyos militantes han enriquecido en diferentes momentos las filas del movimiento insurgente. No por casualidad, los momentos de mayor auge guerrillero han sido antecedidos por una política de fuerte represión a las organizaciones populares y legales.

Sin embargo, más allá de estos factores objetivos existe un volumen de experiencia pasada y de construcciones simbólicas colectivas, que los sectores populares han hecho suyo en este largo proceso de conflicto social y armado y constituyen una permanente incitación tácita a la acción armada.

Muchos de los elementos que estuvieron presentes en la emergencia de la resistencia guerrillera en los años cincuenta y sesenta, hacen parte hoy de un inmenso campo de representaciones colectivas en donde se articulan realidades políticas con símbolos, imágenes y modos de acción: la respuesta popular al asesinato del candidato presidencial de la UP, Jaime Pardo Leal (1987), rememoró escenas del 9 de abril de 1948 acaecidas tras la muerte del tribuno popular Jorge Eliécer Gaitán, el crimen del ex jefe guerrillero Carlos Pizarro (1991) revivió en la memoria popular las circunstancias de la muerte del comandante amnistiado de las guerrillas liberales Guadalupe Salcedo (1957); el ataque al campamento del Estado Mayor de las FARC (1900) no dejó de tener para los rebeldes similitudes con la "operación Marquetalia" (1964), que originó esta organización.

Todo ello indica que el problema de la lucha armada en Colombia va más allá de la dimensión puramente militar.

La lucha guerrillera y escenarios regionales

Es común entre los estudiosos del fenómeno tipificar las guerrillas colombianas como militares, partisanas, societales, según predomine en ellas una lógica de orden militar, partidista o de movimiento social; esto, a su juicio, permitiría explicar sus diferentes actitudes ante la paz. En esta misma perspectiva, se afirma que la insurgencia armada actuante hoy en el país ha perdido su naturaleza política y se inclina, cada vez más, por prácticas militaristas y delincuenciales.

Sin olvidar que los medios de comunicación contribuyen con sus campañas de desinformación a fortalecer esta percepción, el origen de tales incompresiones tiene sus raíces en las complejidades del conflicto colombiano y sus expresiones regionales, de tal modo que, mientras en algunas zonas del país la guerrilla efectivamente privilegia su acción militar, en otras acentúa su perfil político y societal. Veamos.

En primer lugar, en el plano nacional la violencia en los años ochenta y noventa ha involucrado, junto a la guerrilla, a una pluralidad de actores armados, cuya dinámica varía en los diferentes escenarios regionales y crea confusión en una opinión pública que difícilmente logra discernir las diversas modalidades de violencia. En el Urabá antioqueño por ejemplo, la guerrilla no solo enfrenta las fuerzas militares, sino también a las fuerzas paramilitares, que cuentan con asesores norteamericanos e israelíes, así como a grupos paraestatales como los llamados "Comandos Populares", conformados por excombatientes del EPL e instrumentalizados por las Fuerzas Armadas para sus planes contrainsurgentes, que cuentan con el respaldo de sectores políticos y gremios económicos de la región[118]. Muchas de las masacres cometidas por estas organizaciones han sido atribuidas a la guerrilla.

118 ONGs colombianas y otros: *Urabá: Plan retorno y el genocidio de la izquierda*. Bogotá: s/ed. 5 de septiembre de 1965.

En segundo lugar, el proceso de expansión territorial de la guerrilla hacia otras zonas del país y su consolidación en estas áreas no ha estado exenta de errores en el tratamiento hacia la población civil, que han sido muy bien aprovechados por sus adversarios. No obstante, lo generalizable es que el movimiento guerrillero ha logrado un significativo apoyo del campesinado, copando vacíos estatales y cumpliendo en algunas regiones funciones de administración; la guerrilla en los centros urbanos sigue siento todavía débil, sus acciones militares en la ciudad no significan necesariamente un avance en el plano político, aunque sí ha permitido despertar conciencia, en relación a las magnitudes que puede alcanzar el conflicto social y armado en el país.

En tercer lugar, ciertos procedimientos utilizados por el movimiento insurgente efectivamente le han restado simpatía. El recurso del "secuestro" —entre otros procedimientos— ha sido uno de los más cuestionados. Cabe advertir, sin embargo, que las FARC en reiteradas ocasiones han condenado públicamente esta práctica, mientras que el ELN argumenta que se trata de acciones político militares que tienen como motivación "dar a conocer al país una propuesta de diálogo y paz, ante la censura de prensa que impide que nuestros planteamientos sean conocidos"[119]

Por otra parte, algunas acciones militares de la guerrilla han provocado víctimas civiles inocentes. La mayoría de estos casos es resultado de situaciones circunstanciales —solo comprensibles dentro de una lógica del conflicto— y en ningún momento responden a planteamientos estratégicos. En los últimos años, la guerrilla colombiana, superando ciertas tradiciones, ha mostrado su compromiso con el cumplimiento de las disposiciones humanitarias internacionales que regulan los conflictos armados internos. Contrariamente a este comportamiento, los sucesivos informes de organismos internacionales de derechos humanos han corroborado que el ejército colombiano viola continuamente las normas del Derecho

119 Comunicado público dado a conocer el 24 de febrero de 1994, citado por Caminos, nº. 4. México, abril de 1994.

Humanitario, actuando sangrientamente sobre la población civil. Así mismo, las FARC han denunciado el secuestro y asesinato de comandantes guerrilleros, ajenos al conflicto, imputando esas acciones al Estado colombiano "a través de grupos paramilitares".

Una de las acusaciones más recurrentes con las que se pretende deslegitimar la naturaleza política de la guerrilla colombiana, a la vez que captar una mayor ayuda de Estados Unidos en la lucha antisubversiva, es la vinculación de la insurgencia con los negocios del narcotráfico. Al respecto, cabe decir que la presencia de la guerrilla en zonas de cultivo de coca y amapola es una realidad innegable, solo que su relación con los cultivadores es de una naturaleza diferente a la de los carteles de la droga:

> Nosotros —explicaba Jacobo Arenas, líder de las FARC ya fallecido— no prohibimos a los campesinos de las áreas donde hay guerrillas nuestras que cultiven coca. No es lo mismo para un campesino vender un kilo de manteca por $200 que recibir por la venta de unas hojas de coca $500.000[120].

A modo de conclusión, puede decirse que la guerrilla colombiana, aunque no ha abandonado su concepción vanguardista, experimenta procesos de transformación en sus acciones y discursos, que anuncian el tránsito de una rigidez ideológica y una concepción militarista de la lucha hacia formas ideológicas incluyentes y búsqueda de salidas políticas al conflicto; de un discurso total sobre el poder y el enemigo, hacia la construcción de formas locales y regionales de poder; de una estrecha visión clasista, a una preocupación por fusionarse con otros actores portadores de intereses sociales.

120 Jacobo Arenas: *Paz, amigos y enemigos*. s/ed. y s/lugar, 1990, p. 307.

El Partido Liberal y las guerrillas del Llano (1949 – 1953)[121]

Uno de los capítulos más significativos de la confrontación armada en Colombia ha sido el de la lucha guerrillera que se libró en los Llanos Orientales, durante el período de 1949-1953. Este proceso reviste particular interés pues nos permite analizar el tránsito de la guerra irregular partidista —que acompañó las innumerables guerras civiles decimonónicas— hacia un nuevo tipo de confrontación armada que asume nuevos contenidos, convirtiéndose en un antecedente muy importante de la guerrilla revolucionaria que emergerá en los años sesenta.

Durante muchos años el libro de Franco Isaza *Las guerrillas del Llano* (1954), constituyó el único registro bibliográfico sobre el conflicto llanero. Acompañado de una valiosa información geográfica, histórica y sociológica, Franco Isaza, nos describe, de una manera crítica y descarnada, los pormenores de estos cuatro años de lucha que tuvo como escenario los Llanos Orientales de Colombia.

Años más tarde, y en el ambiente generado por los acuerdos de paz con la insurgencia armada (1984), adelantados bajo el gobierno

121 Este artículo tiene como base la investigación realizada en coautoría con Edgar Armando Peña y presentado como trabajo de grado, bajo el título *La violencia en los Llanos orientales 1946-1953* como requisito para optar el título de Licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Distrital "Francisco José de Caldas", Bogotá, 1986.

del presidente Belisario Betancur, salen a la luz pública nuevas reflexiones sobre el conflicto llanero: *La violencia en el occidente del Casanare*. *El comando bautista* de Justo Casas; el ensayo de Libardo González, *Las guerrillas del Llano*; y el libro de Reinaldo Barbosa: *Centauros de Guadalupe*, hacen parte de esta renovada bibliografía[122].

Esta última investigación, basada en una amplia información hemerográfica y de fuentes orales constituye, junto con los trabajos arriba mencionados, un aporte fundamental en el conocimiento del proceso insurgente en los llanos orientales. Existe, sin embargo una dimensión del conflicto que no ha sido suficientemente explorada pero que, a mi modo de ver, tiene particular actualidad hoy que se discute en el país la legitimidad histórica de la guerrilla colombiana. Esta dimensión tiene que ver con la participación del partido liberal en la conformación de las guerrillas llaneras, su respaldo inicial, sus vacilaciones y su ruptura, una vez que el movimiento adopta rumbos nuevos.

Mi interés en este ensayo es, por tanto, examinar estas conflictivas relaciones, partiendo de identificar sus diferentes momentos y tratando de proyectar algunas reflexiones para la coyuntura actual.

Etapas del conflicto

Tomando como criterio el contenido social del conflicto y los desarrollos de la lucha guerrillera en Los Llanos Orientales, pueden identificarse cuatro grandes momentos:

1. Del 9 de abril de 1948 al 25 de noviembre de 1949: movilización popular como respuesta al asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán y extensión del terror oficial en toda la llanura.
2. Del 25 de noviembre de 1949 a diciembre de 1950. Consolidación en toda la geografía llanera de importantes frentes de resistencia

122 Recientemente tuve oportunidad de conocer el excelente trabajo del colega Reinaldo Barbosa: *Centauros de Guadalupe o La insurrección llanera 1946-1970* que, a mi modo de ver, está llamado a llenar ese gran vacío investigativo sobre la revuelta llanera. Desafortunadamente para efectos de nuestro trabajo no se consultó. Hechas estas aclaraciones quisiera iniciar con un intento de ubicación temporal del fenómeno.

armada constituidos esencialmente por grupos de familia. La particularidad de esta fase del conflicto radica en que hacendados y peones participan conjuntamente para defenderse de la dictadura conservadora.

3. De diciembre de 1950 a marzo de 195l. Se pacta de manera tácita una corta tregua que permite a los propietarios realizar sus actividades lucrativas.
4. De marzo de 1951 a junio de 1953. Al reiniciarse la lucha se genera un proceso paulatino en el cual las fuerzas que participan en el conflicto van definiendo su proyecto de acuerdo con sus intereses de clase. Los propietarios liberales rompen su alianza con los rebeldes llaneros y estos a su vez plantean la unidad organizativa y programática de sus diferentes frentes de lucha.

Los contenidos sociales del conflicto

El conflicto armado en los Llanos Orientales tiene en sus orígenes un carácter político. La protesta popular que generó el asesinato del líder Jorge Eliécer Gaitán sirvió de pretexto al gobierno conservador para acrecentar, a través de sus aparatos represivos de Estado, el terrorismo oficial, el cual se hizo extensivo en las zonas rurales. La policía "chulavita"[123] creada por el régimen conservador invadió la llanura asesinando indiscriminadamente liberales y sembrando una ola de pánico en todos sus poblados. Como respuesta a esta violencia surge espontáneamente la resistencia guerrillera, compuesta inicialmente por hacendados y campesinos liberales, para defender su vida y propiedades.

En el transcurso de esta violencia que se generaliza en casi todo el país, afloran contradicciones económicas y sociales que permanecían latentes pero que la lucha se encarga de reavivar. En la

123 Con este nombre se identificaba a la policía política creada bajo el gobierno de Ospina Pérez (1946-1950), muchos de sus miembros fueron reclutados en el municipio de Chulavita (Boyacá), destacándose por sus atrocidades cometidas contra la población civil. También se les conocía como "popoles" (policía política).

primera fase del conflicto (1949-1950), los terratenientes liberales y sus peones se unen para hacer frente a la violencia oficial que los afecta indiscriminadamente. En este sentido, la lucha inicial comparte algunos rasgos que caracterizaron las guerras civiles colombianas del siglo xix.

No obstante, la participación de los campesinos en el conflicto genera en ellos actitudes de rebeldía, y el peón que hasta ese momento había acatado la autoridad de "sus amos" con un cierto sentido de resignación, confronta ahora la autoridad de los hacendados, dispone libremente de sus hatos, de sus caballadas e incluso "se atreve" a exigir el pago de un impuesto ganadero. Su lucha se orienta ya no solo a la defensa del partido liberal sino hacia la búsqueda de una justicia social.

Los propietarios liberales que hasta el momento han sostenido y apoyado la rebelión llanera no están dispuestos a aceptar esta situación y —en lo que puede considerarse una nueva fase del conflicto— se confabulan con las fuerzas oficiales para aniquilar la insurrección llanera que, a su juicio, se ha extralimitado y deciden tomar su "revancha"[124].

Durante siglos la región de los Llanos Orientales había subsistido como un territorio vacío, sin linderos; y apenas una década atrás se había proyectado su incorporación al mercado nacional y su poblamiento. Este alejamiento de las estructuras del poder central facilitó el surgimiento de proyectos autónomos de gobierno, como lo revela claramente la promulgación de la llamada "primera ley del Llano" y, sobre todo, la "segunda ley del Llano".

124 En este sentido la "revancha terrateniente" no se manifestó —como en otras zonas del país— como una ofensiva contra acontecimientos de rebeldía campesina en los años treinta (porque en los llanos orientales no los hubo), sino por actos de desafío al poder latifundista generados en la primera parte de la lucha.

Origen y formación de las guerrillas del Llano

La guerrilla en El Llano surge de la clara necesidad que tienen los campesinos de defender su vida y sus derechos ante la ofensiva de la violencia oficial conservadora. Es decir, surge históricamente como un problema de "autodefensa". Esto explica en principio su tendencia local y su falta de unidad organizativa. Al mismo tiempo, los rebeldes llaneros ven en su lucha una forma de vengar la muerte del líder popular Jorge Eliécer Gaitán[125]. En este sentido estuvieron muy influidos y condicionados por las directivas del partido liberal.

Al conocerse la noticia del asesinato de Gaitán (9 de abril de 1948) en numerosos municipios del Llano se generaron espontáneas protestas populares. En Villavicencio, por ejemplo, el pueblo liberal indignado salió a las calles a protestar frente a la alcaldía. La policía disparó indiscriminadamente tratando de dispersar a los insurrectos. El resultado de la confrontación fue un civil liberal y un policía muertos[126].

En Puerto López, más de un millar de llaneros acaudillados por Eliseo Velásquez, quien se constituyó en su "jefe improvisado", se levantaron en un importante movimiento de masas que aguardó durante una semana a que llegaran las orientaciones de la Dirección Nacional Liberal. En vista de que esto no sucedió se desmovilizaron voluntariamente. Igualmente hubo expresiones de protesta en los municipios de Cumaral, Cabuyaro y Remolinos. Y aunque en un principio esta reacción popular espontánea no tuvo mayores proyecciones, las tensiones en la región fueron en aumento hasta alcanzar un punto crítico a finales de 1949.

Con motivo de las elecciones de este año, la actividad de los llamados "popoles" (policía política) fue intensa. A todo lo largo y ancho de la cordillera oriental comenzaron a instalarse puestos de policía, de donde partían numerosas comisiones al Llano con el

125 Germán Guzmán, *et al*., *La violencia en Colombia,* T. 1, Bogotá: Carlos Valencia Editores, novena edición, 1980, p. 36.

126 *El Espectador*, abril 12 de 1948.

objeto de aniquilar y atemorizar las mayorías liberales. Nos cuenta un testigo de esta violencia que:

> Los chulavitas [policía conservadora] llegaban a violar las muchachas, a matar y quemar las casas, mejor dicho a arrasar con todo. No respetaban edades, ni sexo, mujeres, niños, varones. Entonces, esto fue lo que nos obligó a alzarnos en armas. Yo tenía unos aserríos de Barranca para abajo y cada nada era una comisión de policías, por el solo hecho de ser liberales. Vea, una vez íbamos de Puerto López a Villavicencio, cuando la policía en Pachanquiaro hizo bajar la gente a darle culata y a preguntar por la cédula. Ellos miraban si había votado por Laureano Gómez [el candidato conservador], si no tenían ese sello 'cachiporro hijueputa' pum!! allá lo tiraban a uno, no más que no haber votado por Laureano Gómez, entonces tuvimos que buscar armas como fuera[127].

Por su parte, el presidente Ospina Pérez desde el 9 de noviembre de 1949 declara alterado el orden público e impone el estado de sitio, medida de excepción con la cual pretende controlar la protesta popular. El Partido Liberal opta, entonces, por impulsar una huelga general con el objeto de derrocar al Gobierno. En esta acción estaban comprometidos altos mandos militares quienes se pensaba podrían asumir el poder. Como fecha de su realización se fijó el 27 de noviembre. Pero, pocos días antes, la Dirección Liberal cambió de proyectos y se decidió por una huelga pacífica[128] frustrando el golpe.

En Villavicencio, el Capitán Alfredo Silva —comandante de la base aérea de Apiay— desacata esta directriz nacional y actuando en complicidad con el político liberal Hernando Durán Dusán toman la capital del Llano. En dicha acción los rebeldes reducen a la policía, abren las cárceles, liberando a los presos y se toman las oficinas de la

127 Entrevista tomada en Cabuyaro, febrero de 1985. Citado por Miguel Ángel Beltrán y Edgar Peña en *La violencia en los llanos orientales 1946-1953*. Tesis de grado, Universidad Distrital, Bogotá: 1986.

128 James Henderson: *Cuando Colombia se desangró*. Bogotá: El Ancora Editores, 1984, p. 174.

intendencia. Poco después se tiene noticia que el golpe militar en el resto del país ha sido frustrado[129]. Entre tanto Eliseo Velásquez, que recibe armas del capitán Silva, marcha a Puerto López, se toma la guarnición de policía, reúne armas para iniciar la lucha y continúa su recorrido por las costas del río Meta, Cabuyaro y Remolinos, donde repite sus ataques.

De esta forma, los primeros núcleos guerrilleros de los Llanos hacen su aparición en los meses de noviembre y diciembre de 1949.

Constitución de los diferentes frentes de lucha

En toda la llanura y en su piedemonte se conformaron, a finales de 1949 y principios de 1950, grupos guerrilleros constituidos inicialmente por núcleos familiares que se armaron para defender sus vidas y propiedades. Surge entonces "los Parra", "los Bautista", "los Fonseca", "los Villamarín", "los Calderón" y otras agrupaciones de hermanos así como figuras individuales: Eliseo Velásquez, Franco Isaza, Guadalupe Salcedo y otros dirigentes que se colocan al frente de la lucha, en el territorio donde laboraban o tenían sus propiedades. Estos focos de resistencia surgen de manera espontánea y aislada como respuesta a la generalización de la violencia oficial.

Un destacado número de sus organizadores y dirigentes pertenecen a acaudaladas familias liberales de Boyacá que poseen extensas propiedades en El Llano. Tal es el caso del "pote" Rodríguez, Franco Isaza, Carlos y Rosendo Colmenares, educados en colegios de la élite como el de "Sugamuxi", "Boyacá" y "Tunja". Algunos como Antonio Villamarín y Rafael Sandoval interrumpieron sus estudios universitarios para vincularse a la lucha armada. Otros jefes guerrilleros como los hermanos Bautista eran medianos propietarios y poseían algunos hatos ganaderos.

129 Cabe señalar algunos casos aislados como el acaecido en el departamento de Santander, donde un grupo de hombres armados al mando de Rafael Rangel ocupan la población de San Vicente de Chucurí.

La participación en los mandos de dirección de hombres de extracción popular fue considerablemente inferior. Esto no quiere decir que no los hubiera; Guadalupe Salcedo Unda constituye un claro ejemplo de esta situación: de extracción humilde, había trabajado como caporal en diferentes hatos ganaderos[130], pero su conocimiento de la región, su arrojo en el combate y su sensibilidad hacia los problemas sociales, hicieron de él uno de los más connotados jefes guerrilleros del Llano.

En las tropas guerrilleras participaron también hombres que estuvieron vinculados a las fuerzas armadas, por ejemplo, el teniente González Olmos, que había sido alcalde y jefe de policía en Miraflores y quien se convirtió en instructor militar de las guerrillas[131]. Eliseo Velásquez, que había alcanzado el grado de sargento en la Policía Nacional. Dumar Aldjure, comandante del puesto "El Secreto" y cabo segundo del ejército quien se integró a la rebelión con algunos hombres más. Maximiliano Beltrán "pavaloca", ex soldado del batallón Colombia. Los hermanos Eulogio, Jorge y Eduardo Fonseca pertenecientes al ejército, la marina y la artillería respectivamente.

Algunos más llegaron al Llano huyendo de la persecución "chulavita" en otras regiones del país, pero la persecución política los obligó a tomar las armas. Resulta importante destacar la participación de algunos dirigentes liberales locales como, Luis Buitrago "timbilimbas" que durante la contienda se desempeñó como secretario de Eliseo Velásquez. Eduardo Barrera, Antonio Angarita y Víctor Manuel López, este último secretario del Directorio Liberal de Sogamoso[132].

---

130 *El caporal:* Es quien arrea el ganado de un lugar a otro. Sabe todos los misterios y secretos de El Llano: conoce los caminos, el paso de los ríos, los peligros. Es el que toma las decisiones respecto al manejo del ganado, de común acuerdo con el encargado. Su seguro conocimiento de la geografía llanera le permitió servir como baqueano, tanto de la guerrilla como de la contraguerrilla. Cuando los propietarios liberales retiraron su apoyo a los rebeldes, ofrecieron dinero a los caporales para que prestaran sus servicios como guías del enemigo, de esta forma eran ganados para los cuerpos contrarrevolucionarios.

131 Franco Isaza, *Las guerrillas del Llano*. Caracas: Universo, 1955.

132 *Ibid.*, p. 41.

Aún así debe subrayarse que el grueso de combatientes guerrilleros lo conformaron los trabajadores de las haciendas.

Algunos autores que han analizado el conflicto del Llano en este período, tienden a identificar la extracción social de sus dirigentes con las orientaciones políticas que guiaban su lucha. Así por ejemplo, se afirma que como Franco Isaza pertenecía a una acomodada familia de hacendados, las orientaciones del grupo que estuvo bajo su dirección fueron "conciliadoras". Estas apreciaciones no son del todo exactas pues numerosos propietarios que participaron en la lucha, se comprometieron de lleno con la lucha social en El Llano: Franco Isaza era consciente de esta situación y por eso anota en las primeras páginas de su libro:

> ¿De qué parte estaba yo? ¿acaso de parte del chulavita? ¿No defendía el chulavita los intereses de la hacienda, es decir mis intereses? [...] Yo había sido hasta allí uno de los que aspiraban a llenarse los bolsillos con el dolor de la doncella que perdía su vaquilla. Ahora, como los demás liberales, vi el monstruo que avanzaba de las veredas hacia las aldeas y de estas a las ciudades, hasta no dejar un sitio en donde pudiera el liberalismo recostar sus huesos doloridos[133].

El Partido Liberal fue, entonces, el crisol para la unificación de dichos intereses.

No obstante, si bien este hecho fue predominante en la primera etapa del conflicto, en su segunda fase resultó ser lo excepcional: los grandes ganaderos liberales, después de la gran tregua de 195l, rompieron la unidad de lucha con sus peonadas y pasaron a las filas de la contrainsurgencia. Entre este grupo de propietarios cabe destacar a Julio Chaparro quien perteneció a la junta de finanzas del frente comandado por Franco Isaza pero que, posteriormente, participó abiertamente en la represión a los rebeldes llaneros.

133 *Ibid*., p. 19.

Así mismo Héctor Vargas, un civil al que se le concedió el grado de teniente por sus servicios a la lucha contraguerrillera.

Cabe anotar que generalmente los grandes ganaderos del Llano contaban generalmente con 20 o 30 mil cabezas de ganado. Todavía en los años cuarenta eran tenidos en cuenta solo los hatos que contaban con títulos de propiedad. El resto de propiedades se consideraban comunales, no existían los cercos de alambre para delimitar los predios y el ganadero ejercía su dominio a través de la expansión de sus reses. El hacendado permanecía casi siempre fuera de su hato y lo visitaba anualmente o dos veces por año en los períodos de sequía. La gran mayoría de propietarios llaneros eran liberales puesto que durante los años de la República Liberal, la clase gobernante había concedido numerosos títulos de propiedad a sus copartidarios, conformando así un importante sector latifundista liberal que vio amenazadas sus vidas y propiedades por la violencia oficial conservadora

Geografía de las guerrillas llaneras

Durante cuatro años de lucha, la actividad guerrillera se extendió por toda la geografía llanera:

Los hermanos Bautista se ubicaron en el sector de Tauramena, entre el río Upía y el Cusiana. Área que dividieron en tres zonas: la de Tulio Bautista en Aguaclara. Manuel en la Piñalera y Pablo en la Uroria, en tanto que Roberto —el hermano menor— conformó un destacamento de apoyo para las tres zonas.

Más al nororiente actuaron los Fonseca entre los ríos Cusiana, Unete y Charte en el piedemonte, que dividieron en tres sectores: uno de ellos fue el dirigido por Eulogio, conocido como comando de "Riochiquito". En las calcetas montañosas sostuvieron importantes combates en Sevilla, El Engaño, Monterrey, Agua Azul, Pajarito y principalmente en las carreteras del Cusiana.

Los hermanos Parra controlaron el área del río Humea así como del Upía. Siguiendo hacia el occidente de la cordillera: Paratebueno, Cumaral y Pachaquiaro.

El comando de Guadalupe Salcedo giraba alrededor de La Poyata, Cháviva, río Charte, San Pedro de Arimena, río Cravo Sur. Los hermanos Villamarín se ubicaron en la zona del Cocuy y el "pote" Rodríguez y Rosendo Colmenares en Rechíniga.

En la baja llanura desarrollaron actividades Hidelbrando Plazas en el río Casanare. Daniel Martínez en el río Ariporo. Alejandro Chaparro en el Guachiría. Rafael Sandoval y Víctor Agudelo en el río Pauto y Guanapalo. Tomás Zambrano, río Cravo Norte. Los Téllez y Marco Antonio Torres, río Cusiana y Unete; y el "tuerto" Giraldo en el Charte.

Franco Isaza crea su primer comando en Yopal y posteriormente se traslada a Alcalá donde constituye una verdadera escuela guerrillera. A finales de 195l establece un nuevo frente en el río Guanapalo cerca a Trinidad y, finalmente, organiza los comandos de "El Caimán" a orillas del río Ariporo, en el Mochacá cerca a Tame y en la isla Trapichote en el río Meta entre Arauca y Vichada.

Las armas

Una de las principales preocupaciones de los insurrectos fue la de conseguir las armas, pues con las que iniciaron la revuelta eran insuficientes y no correspondían a la demanda de los numerosos combatientes. Además eran sumamente rudimentarias: garrotes, machetes, escopetas de fisto y de cartucho. Algunas de ellas normalmente eran instrumentos de trabajo y cacería, y otras pertenecieron a sus abuelos, actores en la guerra de los Mil Días. Con estos toscos artefactos realizaron los primeros ataques y poco a poco fueron reuniendo un importante arsenal. También fue posible el suministro de armas por los militares que desertaron e ingresaron a las filas rebeldes con sus equipos completos.

> Sin embargo, fue propiamente el enemigo quien proporcionó las armas: Las guerrillas —relata un ex jefe guerrillero— se armaron como dice el dicho, buscando las armas, quitándoselas al que las tuviera. Mi padre fue guerrillero del general Rafael Uribe Uribe

> y me contaba: "Mijo, cuando nosotros en el comando del general Rafael Uribe Uribe le decíamos: mi general no tenemos armas, estamos desarmaos. Decía: no amigos, el enemigo las tiene, hay que írselas a quitar a como de lugar, a asaltos sea de noche, dormidos, en fin..."[134].

Se sabe, además, de unos pocos dirigentes liberales que financiaron el envío de armas a las guerrillas. A este respecto anota Henderson que "durante 1950, Carlos Lleras y otros copartidarios suyos colectaron furtivamente dinero para armar las guerrillas liberales que combatían en los Llanos Orientales"[135]. No obstante, la Dirección Liberal jamás cumplió su promesa del envío de armamento y Franco Isaza partió a Venezuela en busca de ellas. Fue, entonces, cuando sobrevino el golpe militar de Rojas Pinilla.

Finalmente, cabe señalar que para establecer las conexiones con miras a conseguir las armas fueron comisionados algunos hombres como Aureliano Vacca, Eduardo Fonseca y Pedro Abella, este último partió con $120.000 de las guerrillas comprometiéndose a adquirir las armas en el exterior. Pero nunca regresó ni con estas, ni con el dinero[136].

Aspectos tácticos y estratégicos

La táctica y estrategia del movimiento armado en los Llanos se construye conforme avanza la contienda, como respuesta a los planes "chulavitas". Su característica principal es la improvisación. Sin embargo, puede descubrirse en el proceso de lucha una importante evolución ideológica que debe entenderse a la luz de las dos grandes etapas del movimiento llanero:

---

134 Entrevista tomada en Guayabal de Upía, febrero de 1985.

135 James Henderson, *op. cit.,* p. 184.

136 Jacobo Arenas: *Cese el fuego.* Bogotá: Oveja Negra, 1985, p. 80.

1. El criterio inicial de la lucha en la primera fase del conflicto, 1949-1950, es la autodefensa. Se toman las armas para defender la vida y con ella al Partido Liberal que se ve amenazado por el gobierno conservador. No se tiene aún una línea estratégica clara. Sus enemigos principales son sus opositores políticos, es decir los conservadores, a quienes se enfrentan indiscriminadamente. Todo su odio se concentra contra la policía "chulavita". El ejército es considerado inicialmente como un elemento neutro dentro de la contienda.

   La guerrilla y el pueblo por razones estratégicas fueron en este período dos cosas diferentes. Las autoridades gubernamentales expidieron salvoconductos y obligaron a la población a trasladarse a zonas como Puerto López, Monterrey, Villavicencio y otros lugares, con el pretexto de garantizarles la vida "amenazada por los bandoleros". Todo aquel que no se acogiera a esta disposición era considerado como tal. De este modo se aplicó la política de "tierra arrasada".
2. En la segunda fase del conflicto (1951-1953), los combatientes forjan una conciencia más clara en torno a los objetivos estratégicos de la lucha. Ya no se trata solamente de proteger sus vidas sino que, ahora, se plantea el derrocamiento de la dictadura y la implantación de un gobierno popular. Este avance cualitativo es posibilitado gracias a los cambios producidos en las condiciones de la lucha: los propietarios liberales retiran su apoyo a los guerrilleros, firman la "Declaración de Ganaderos de Sogamoso" donde acuerdan reprimir el movimiento insurgente de los Llanos y arman las llamadas "Guerrillas de la Paz" que siembran el terror en los campos llaneros. Ante esta ofensiva antipopular, los rebeldes inician un proceso de reorganización de sus filas y para tal fin convocan una serie de conferencias guerrilleras de donde resulta una organización más coherente tanto militar como ideológicamente.

   Hay en el segundo semestre de 1951 algunos intentos fracasados de diálogo con el gobierno, después de los cuales la resistencia armada adquiere una dinámica propia en dirección a lograr su autonomía. Al año siguiente, en septiembre de 1952, es proclamada la "Primera ley del Llano", un documento de 80 artículos y 8 incisos que legisla

sobre organización de comandos en función de la lucha armada y que contempla normas y disposiciones de carácter penal y disciplinario; normas y reglamentación agrícola; normas y reglamentación ganadera y la creación de colonias y granjas agrícolas[137].

Posteriormente, del 10 al 15 de junio de 1953, se celebra el congreso revolucionario, de donde surge "la segunda ley del Llano", con planteamientos mucho más definidos sobre la necesidad de un gobierno popular[138]. En este segundo período las relaciones de la guerrilla con la población no pudieron continuarse como hasta el momento se habían llevado. El gobierno conservador procedió a romper salvoconductos e impuso un verdadero régimen de terror, lo que permitió una fusión más clara del pueblo civil y la guerrilla.

Las vacilaciones de la Dirección Nacional Liberal

Las relaciones entre los guerrilleros y la Dirección Nacional Liberal fueron ambiguas. Esta nunca se comprometió directamente con la lucha armada, pero tampoco la desconoció abiertamente. Las palabras de Carlos Lleras denotan esta actitud vacilante: "ni autorizamos, ni desautorizamos… estamos con ellos de todo corazón". Sin embargo, en esta relación son diferenciables dos actitudes que coinciden claramente con las dos grandes que hemos definido para el conflicto:

1. En una primera etapa (1949-1951), cuando hacendados y trabajadores participan conjuntamente en la lucha contra la violencia conservadora, el Partido Liberal se muestra muy entusiasta con los rebeldes y les presta su concurso. En El Llano algunos miembros de la Dirección Liberal de Sogamoso se integran a los comandos guerrilleros. No obstante, como era de esperarse, la Dirección Liberal no adoptó una posición consecuente, pues entendía que si bien era indispensable apoyar la lucha armada campesina para precipitar la

137 Germán Guzmán, *op. cit.,* tomo II, p. 62.

138 *Ibid.,* pp. 115-164.

caída del gobierno conservador, sentía temor que aquel movimiento rebasara los marcos del enfrentamiento partidista.

. A modo de ejemplo, la Convención Liberal congregada en el Teatro Imperio de Bogotá en junio de 195l, oficialmente dispuso "una política de paz y concordia". Pero los periódicos conservadores de la época publicaron una proposición —aprobada allí— de apoyo y respaldo a Eliseo Velásquez, así como de solidaridad con los guerrilleros de El Llano, que la Dirección Liberal se apresuró a negar. Por esos mismos días, la prensa conservadora dio a conocer las declaraciones de Eduardo Santos, Alfonso López y Carlos Lleras Restrepo —publicadas en un diario caraqueño— en respaldo de Eliseo Velásquez, máximo jefe de las guerrillas llaneras, que en ese momento se hallaba detenido en Venezuela, de donde el gobierno colombiano solicitaba su extradición[139].

. Pocos meses después, la Dirección Liberal Nacional en su Manifiesto de agosto 7, refiriéndose a los grupos alzados en armas distinguía cuatro categorías:

> En primer término, un gran número de personas inocentes, acosadas por una persecución implacable [...] en segundo lugar, los que ingresaron a las guerrillas por móviles políticos reaccionando contra la violencia oficial y no han encontrado seguridad, estímulo o facilidades para separarse de ellas. Vienen luego los que una vez comprometidos en la lucha armada han incurrido en las sanciones ordinarias previstas en el Código Penal y andan huyendo de la justicia [...] Y por último siguen los que podríamos llamar criminales de guerra, responsables estos de crímenes atroces, cometidos a la sombra de la delincuencia política o de la represión oficial. —Y enseguida agregaba— No convenimos que todas estas gentes [...] pueden o deban cobijarse con la denominación común de bandoleros y como tales ser perseguidos[140].

---

139 *Cfr*. *El Siglo*, Bogotá, junio 28 de 1951.

140 *El Tiempo*. Bogotá, agosto 8 de 1951.

Por su parte, los combatientes del Llano seguían esperando de la Dirección Liberal, el envío de armas y dinero. Pero esta ayuda nunca llegó y, en cambio, los pronunciamientos liberales se hicieron cada vez más precisos.

2. A principios de octubre de 1951, las directivas de las dos colectividades políticas, reunidas en los salones del Jockey Club, emitieron una declaración conjunta en uno de cuyos apartes, referido a los grupos alzados en armas afirmaba enfáticamente que: "toda actividad de esos grupos debe cesar, y que cualquier intento de continuarla no puede contar con el apoyo, la simpatía o el amparo de los ciudadanos o de las directivas políticas"[141].

   De este modo, se inicia entonces una nueva etapa en las relaciones del movimiento guerrillero y la Dirección Liberal.

   Por disposición del acuerdo bipartidista de octubre, el expresidente Alfonso López Pumarejo viaja a los Llanos, a finales de 1951 y allí se entrevista con algunos jefes guerrilleros. Su visita constituye el último intento de la Dirección Liberal por controlar el movimiento armado en los Llanos que se le salía de las manos. De esta reunión surge una resolución de respaldo y acatamiento a las decisiones de la Dirección Liberal Nacional firmada por el comando de Franco Isaza[142] y un documento programático enviado por los hermanos Bautista, como base para el cese de hostilidades.

Pero en el plano de los hechos se marcan otros derroteros: el Partido Liberal desautoriza la lucha armada y en carta dirigida al expresidente Ospina Pérez escribe López:

> La Dirección Liberal no quedó autorizada ni tiene facultades propias para abandonar la oposición civil y comprometer al partido en una revuelta armada, así sean graves los motivos que

141 *El Tiempo*. Bogotá, octubre 8 de 1951.

142 *El Tiempo*. Bogotá, abril 19 de 1952.

> puedan alegarse o propicias las circunstancias para que ella asuma tamaña responsabilidad[143].

Estas palabras venían fechadas agosto 25 de 1952.

Todas las posibles indefiniciones con respecto del apoyo de la Dirección Liberal a las guerrillas que pudieron quedar planteadas en la misiva de López Pumarejo, fueron desvanecidas siete meses después, en marzo de 1953, por el jefe liberal Eduardo Santos quien, desde su cómodo exilio en París, fue enérgico al afirmar:

> El camino para remediar los males de Colombia no puede estar sino en la acción civil, pacífica, inerme... En Colombia la obra de los guerrilleros, cualquiera que sea el móvil que ellos tengan, ha producido infinitos dolores y daños incalculables a miles y miles de liberales inocentes… Y además ese es un camino que no lleva a ninguna parte. Es un esfuerzo, en el mejor de los casos, contraproducente siempre y propicio a excesos nunca suficientemente deplorables. Yo deseo ardientemente que todo cese, que se abandonen esos métodos de lucha, que nos concentremos tan solo en la acción civil que requiere tanto valor como la otra[144].

Pero para entonces, el movimiento guerrillero de los Llanos empezaba a adquirir su dinámica propia.

Más allá del enfrentamiento bipartidista

A finales de 1950 y durante el primer trimestre de 195l, la gran tregua acordada por el ejército y los guerrilleros había permitido a los hacendados llaneros sacar sus ganados y realizar jugosas ganancias. Pero, una vez rota la tregua por las autoridades gubernamentales, se desata en la llanura una sangrienta ola de represión contra sus pobladores. Actos genocidas se suceden en Aguaclara,

143 *El Tiempo*. Bogotá, septiembre 4 de 1952.

144 *El Espectador*, marzo 3 de 1953.

Sabanalarga, Nunchía y las Mercedes. Esta violencia tiene ahora un nuevo carácter que va a definir la naturaleza de la lucha a partir de dicho momento. Ya no se trata del enfrentamiento sectario entre los miembros de dos colectividades políticas sino que ahora el ejército apoyado por los propietarios liberales —que en el período anterior había utilizado a sus trabajadores para defender sus intereses— lanza una verdadera campaña de exterminio contra ellos.

¿Cuál ha sido la causa de este cambio de actitudes?

Podemos señalar tres elementos causales:

1. Durante décadas la región de El Llano ha permanecido en un completo abandono por parte de la administración central, sus habitantes no han sido beneficiados con los más elementales servicios sociales. Ahora la peonada reclama mejoras sociales, las mismas condiciones de la lucha, la igualación forzosa que impone el conflicto ha sido un factor importante para la transformación de su mentalidad: las actitudes de sumisión incondicional al "amo" se rompen. Se siente entonces con fuerzas para exigir sus derechos pues la experiencia le ha enseñado que con fusil en mano pudo defender su patrimonio y sus derechos y con el mismo puede reclamar justas reivindicaciones que antes le parecían inalcanzables. El expresidente López Pumarejo en carta a Urdaneta Arbeláez reconoce esta situación:

> Las gentes que han vivido dos largos años por montes y cañadas desafiando la muerte, no quieren volver a trabajar al margen de nuestras leyes sociales, ni seguir careciendo de garantías y protección. Antes tenían las que les aseguraban sus costumbres, su respeto por la vida y por la propiedad privada, y su ignorancia. No les hacía falta el gobierno; pero ahora lo han visto aparecer con el fusil al hombro... y así, por dura experiencia han aprendido que tienen derecho a mejor vida y mayores compensaciones para su esfuerzo[145].

145 *El Tiempo*. Bogotá, abril 19 de 1952.

2. La imposición de contribuciones de ganado a los propietarios para el financiamiento de las guerrillas. Esta contribución forzosa exigía a los ganaderos liberales un 10% y a los conservadores un 20% de las reses.
3. La amenaza de una transformación en las relaciones de propiedad por parte de los peones en armas, puso en alerta a los hacendados: la lucha guerrillera había planteado a los llaneros la posibilidad de una redistribución y, aunque estos anhelos nunca se concretaron en un programa de reforma agraria, era evidente que el interés de muchos conuqueros, fundacioneros, peones y encargados[146], era el de una mejor participación de la tierra como justa compensación a su trabajo, que había permitido enriquecer al "amo ausentista".

Varios hechos señalan este cambio de actitud de los terratenientes y el rumbo que toma el conflicto en la segunda etapa de lucha en los Llanos Orientales.

En primer lugar, la "Declaración de Sogamoso", la cual fue acordada por una comisión conformada por Julio Chaparro, Héctor Suárez, Omar Díaz, Carlos Perico Escobar, Héctor Vargas y otros ganaderos más. También participaron el coronel del ejército Luis Castillo y el alcalde militar de Sogamoso. El documento —aprobado en una asamblea en la Sociedad de Mejoras Públicas de dicha

146 Cabe aclarar estas categorías socioeconómicas de El Llano para nuestro período de estudio: *El conuquero*: vive dentro de los hatos pero no posee cabezas de ganado. *Los fundacioneros:* trabajan por cuenta propia con la ilusión de llegar a ser propietarios de tierras y ganado. Generalmente La "fundación", ubicada en el límite de la sabana y el monte, se iniciaba con la construcción de una casa de bahareque, un corral y una sementera de plátano y yuca. *El encargado***:** es la persona de confianza del ganadero y su lugarteniente. Recibe un sueldo fijo generalmente en especie y, además, se le permite establecer un fundo: casa, cultivos y ganado, aunque vive en la casa del hato. Los encargados colaboraron activamente con la guerrilla facilitando caballos y alimentos a los combatientes.

población— califica a los rebeldes llaneros de "bandoleros" y plantea la necesidad de acabarlos para "sanear la región"[147].

En segundo lugar, la creación de Las llamadas "Guerrillas de la Paz", verdaderos grupos paramilitares financiados por los ganaderos y directamente respaldadas por el gobierno e integrados, también, por elementos civiles que recibían sumas de dinero por prestar sus servicios como informantes y baqueanos. Frecuentemente, los mismos hacendados participaban dirigiendo estas cuadrillas, obteniendo con ello distinciones militares.

Uno de los sistematizadores de esta experiencia contraguerrillera fue el coronel Gustavo Sierra Ochoa, y su forma organizativa puede resumirse así:

1. Cabecillas civiles frente a los grupos.
2. Oficiales y suboficiales comandando las acciones en que participan tropas regulares y antiguerrilleras.
3. Servicio de baquianos conocedores de la región.
4. Disciplina no estrictamente militar pero sí controlada.
5. Adiestramiento sobre el terreno mismo por medio de misiones especiales.
6. Protección de los elementos que apoyen la antiguerrilla con advertencias de que se exponen a ser eliminados sin contemplación alguna por los revoltosos.
7. Profusa difusión de informes favorables.
8. Actos sociales para infundir confianza en los habitantes.
9. Levantamiento exacto del censo de los habitantes de la región.
10. Limpieza de los elementos sospechosos y comprometidos dentro de los sectores urbanos.
11. Aglutinación de efectivos civiles afectos al gobierno para crear espíritu de lucha.
12. Cambio de tácticas en el ejército, saliéndose de las normas de combate regular.

147 Franco Isaza, *op. cit.*, p.162.

13. Organización pormenorizada del archivo con listas de prisioneros, cabecillas, paradero de las familias de los guerrilleros, sectores simpatizantes, agentes, estafetas, fuentes y bases de abastecimiento[148].

Liderazgos y proceso unitario de las guerrillas

En forma general puede afirmarse que el movimiento guerrillero en los Llanos, durante sus cuatro años de lucha, no actuó coordinadamente bajo la dirección de un comando único, como consecuencia de su origen espontáneo y su concepción localista.

No obstante, de acuerdo con su desarrollo y evolución pueden identificarse tres grandes momentos asociados con una determinada fase del conflicto:

1. Noviembre de 1949-mediados de 1950: Las primeras acciones guerrilleras en el Llano están asociadas a la figura de Eliseo Velásquez. Su participación en la toma de Puerto López y otras poblaciones y el respaldo que le otorgan importantes jefes liberales, permite que a su alrededor se aglutine un destacado núcleo de combatientes.
   Velásquez se autonombró general de la guerrilla y estableció una serie de mandos medios, pero nunca se preocupó por crear una sólida organización. Su consigna fue "liberalizar El Llano", enfrentando sectariamente al enemigo político. Esto permitió que en más de una ocasión se cometieran excesos. Una apropiada semblanza de Eliseo Velásquez hace Franco Isaza en su obra ya citada: "Velásquez que, encarnó en un momento de reacción el sentimiento popular y bajo cuyo nombre se hicieron los primeros dolorosos y dramáticos intentos de lucha, era un patán. Las dos caras de la medalla, por una, entrega, prudencia, legalismo; por otra, venganza, muerte y saqueo"[149]. Realmente, en Velásquez primaron más sentimientos de venganza que ideales políticos, lo cual es comprensible si recor-

148 Germán Guzmán, *op. cit.* p. 73.

149 Franco Isaza, *op. cit.*, p. 37.

damos que su padre fue asesinado por cuadrillas conservadoras en el Líbano (Tolima) y en hechos más recientes, había presenciado el asesinato de su ahijado de siete años a manos de la policía "chulavita".

A mediados de 1950, Eliseo parte a Venezuela en busca de apoyo para la lucha, pero es capturado por las autoridades de ese país. Posteriormente recobra su libertad y al regresar a Colombia cae abatido en la frontera, en septiembre de 1952.

2. Mediados de 1950- Diciembre de 1952: El viaje de Eliseo Velásquez a Venezuela hizo posible que dos hombres de diferente extracción social pero identificados con una misma causa, asumieran un papel directriz. Son ellos: Tulio Bautista y Eduardo Franco Isaza.

   Para un mejor reparto de funciones y mayor coordinación de actividades, estos dos hombres acordaron la división del Llano en dos grandes áreas de influencia: A Tulio y sus hermanos les correspondió desde el río Cusiana al occidente, buscando contacto con los guerrilleros del Tolima, y a Franco el área comprendida entre el Cusiana y la frontera, buscando contacto con las guerrillas de Santander.

   Después de rota la tregua de finales de 1950 (que se prolongó hasta el primer trimestre de 1951) las fuerzas militares invaden el Llano y aplican su política de "tierra arrasada". El pueblo llanero organiza entonces su defensa. Pero esta se hace sobre nuevos presupuestos:

> Si la primera lucha —escribe Darío Mesa— estaba hecha de inexperiencia y de derrotas, esta se compone de experiencias, de victorias, de tácticas flexibles, de formulaciones políticas de naturaleza revolucionaria, de lucha por la unidad, de armamento, de verdaderas amenazas para el gobierno, de exigencias de carácter nacional[150].

Por estos mismos meses, para negociar las bases de un acuerdo, se entrevistó con el jefe guerrillero Tulio Bautista, el Dr. José Gnecco

150 Mesa Darío, "Las Guerrillas del Llano", en Revista *Mito*, Nº 8, Bogotá, 1956, p. 138.

Mozo —quien venía en representación del entonces ministro Roberto Urdaneta Arbeláez—. En el acta suscrita conjuntamente los guerrilleros pedían junto con un decreto de amnistía general para todos los delitos políticos en Colombia y la libertad de todos los detenidos que hubiese por tal carácter, reivindicaciones tan elementales como la creación de escuelas para la educación de sus hijos así como centros sanitarios y de higiene[151]. La respuesta del gobierno a este pliego no pudo ser más elocuente: "una lluvia de metralla, bombas y fusiles"[152]. Seis meses después, en un nuevo intento de diálogo, viajaría el expresidente López Pumarejo al Llano, sin que sus gestiones tuvieran mayor éxito dada la intransigencia del gobierno.

Después del fracaso de estas conversaciones, los esfuerzos por coordinar el movimiento llanero prosiguen y ya para septiembre de 1952, se realiza una importante conferencia donde se promulga la "primera Ley del Llano". Poco antes en agosto del mismo año, había sesionado en Viotá la "Primera Conferencia Nacional del Movimiento Popular de Liberación Nacional" o "Conferencia de Boyacá", la cual constituía el primer intento de coordinación nacional del movimiento guerrillero. Sin embargo, de sus deliberaciones estuvieron ausentes los jefes guerrilleros del Llano[153] y sus conclusiones no pudieron ejercer mayor influencia.

3. Hacia el Congreso Revolucionario: Hay dos hechos fundamentales que definen una nueva situación en la lucha llanera a finales de 1952: 1) el viaje de Franco Isaza a Venezuela con el fin de conseguir armas y 2) el asesinato de los hermanos Bautista a manos de sus propios hombres[154]. En el Llano ocurre, entonces, un desplazamiento

151 *El Tiempo*. Bogotá, abril 19 de 1952.

152 *Ibid.*

153 Arturo Alape, *La paz, la violencia: testigos de excepción*, Edit. Planeta, Bogotá, 1985, p.86.

154 En torno a la muerte de los hermanos Bautista se han tejido numerosas versiones. Algunos señalan que se trató de una revuelta de sus tropas como reacción a la "dictadura" que habían implantado. Otros coinciden en afirmar que se trató de un complot de los sectores que

de figuras y entran a dominar la escena dos personajes centrales: Guadalupe Salcedo Unda y Alvear Restrepo, quienes encarnan el elemento militar e ideológico respectivamente.

Guadalupe Salcedo, hijo de un colono blanco y de una descendiente de una tribu saliva, se desempeña durante mucho tiempo como caporal para luego dedicarse al abigeato, razón por la cual es encarcelado en Villavicencio. Con la toma de esa ciudad por el capitán Silva, recobra su libertad y se incorpora a las filas de Eliseo Velásquez, con quien participa en el ataque a Puerto López. Sus dotes de dirigente natural del pueblo y su indiscutible liderazgo militar lo conducen hasta la jefatura suprema de las guerrillas llaneras.

Por su parte, Alvear Restrepo es un abogado de las direcciones intermedias del Partido Liberal y que en buena medida va a ocupar ese lugar de dirección ideológica en esta última etapa de la insurrección llanera.

> Llegó al Humea —nos relata un exguerrillero— buscando los Parra. Yo estaba cuando llegó. Ese campamento estaba sobre el caño Palomas... Cuando encontramos ese señor por ahí, estaba todo sucio y cansado. Luego lo llevaron como prisionero y comenzaron a investigarlo con mucha cautela. Pero les causó admiración por lo bien expresado, hasta que le tomaron confianza y luego comenzó a escribir y organizar la teoría de las guerrillas[155].

Después de un intenso trabajo logró hacer realidad el Congreso:

> Hicimos una correría —dice un exguardaespaldas suyo— visitando los comandos del capitán Guadalupe, pasando a donde los Calderones, pasando a donde los Fonseca y volviendo nuevamente

querían terminar la lucha y que veían en ellos un obstáculo serio para la entrega. Lo cierto de todo esto es que en ella tuvo participación material Chucho Feliciano, un hombre de los Bautista. A este respecto ver *Diario de Colombia,* octubre 11 de 1953.

155 Entrevista personal en Santa Helena de Upía, febrero de 1985.

> al comando de don Álvaro Parra. En esto gastamos un mes y diecinueve días. Acabamos en esos comandos para organizar la gente para la reunión del Congreso Revolucionario. En cada comando él dialogaba con los guerrilleros, donde se encontraran y entonces quedaban informados y listos para reunirnos en una sola parte, para el arreglo y la organización de dicho congreso[156].

Para su realización se fijó inicialmente como sitio de reunión el hato "trompillos", el cual fue bombardeado por unidades militares, motivo por el cual tuvo que trasladarse al sitio "La perdida". Poco después de sesionar el congreso, la llanura fue inundada con hojas volantes que anunciaban los ofrecimientos de "paz, justicia y libertad" del gobierno del general Rojas Pinilla, que llegaba al poder por la vía del golpe militar, contando con el apoyo de las dos colectividades tradicionales. Había llegado el momento de reunificar las élites para hacer frente a los ejércitos guerrilleros del Llano que amenazaban escapar al control ideológico del Partido Liberal.

Entre junio y noviembre de 1953 los guerrilleros del Llano depusieron las armas. La paz ofrecida por el general Rojas Pinilla a los combatientes armados fue prácticamente una exigencia de rendición incondicional hecha sobre la base de promesas que nunca se cumplieron. En ningún momento el gobierno tuvo interés de adelantar una negociación global, sino que dialogó separadamente con los diferentes grupos guerrilleros del país, aislando tácticamente a aquellos que se oponían a la negociación, a través de la difusión de informes falsos sobre su rendición o recurriendo al hostigamiento militar con la asesoría de antiguos combatientes.

Lo que siguió a este proceso es historia presente. Muchos de los guerrilleros desmovilizados fueron confinados a las cárceles del país y otros asesinados, en circunstancias que nunca se esclarecieron.

Conclusiones

156 Entrevista personal en Cabuyaro, febrero de 1985.

Quiero destacar a modo de conclusión algunos elementos de reflexión que nos permiten ubicar líneas de continuidad y discontinuidad entre el fenómeno guerrillero de los Llanos y el proceso actual[157].

1. Durante la primera fase del conflicto, las guerrillas del Llano presentan rasgos característicos de las guerras civiles del siglo xix. En un principio el enfrentamiento toma la forma de una confrontación interpartidista en la que los campesinos no luchan por sus propios intereses, la adhesión de las tropas a sus jefes está mediatizada por un tipo de relación personal muy propia de la hacienda, siendo jefes locales o regionales los que asumen esa dirección.
   Ahora bien, en la segunda fase del conflicto se produce una dislocación a este nivel y son hombres de la entraña campesina los que se consolidan en la dirección: Guadalupe Salcedo es el ejemplo que ilustra más claramente esta parábola. De otro lado paulatinamente se transforma la base ideológica del movimiento y el campesino va tomando conciencia de sus intereses.
   Este proceso anuncia embrionariamente el paso hacia lo que posteriormente se ha denominado etapa insurreccional, característica de la guerrilla actual.
2. Tanto las guerras civiles del siglo xix como el conflicto de los años cincuenta, culminan con pactos entre las mismas clases dominantes. Hoy día ya no es posible este tipo de solución al conflicto, se requiere de un pacto social que involucre a las fuerzas vivas del proceso. La amnistía de Rojas, por ejemplo, es un acuerdo unilateral en el sentido de que surge como iniciativa de la clase en el poder. El Congreso Revolucionario del Llano en ningún momento discute la posibilidad de una paz negociada, por el contrario, está hablando otro lenguaje: habla de la sustitución de la dictadura conservadora por un gobierno popular, pero aún no tiene suficiente capacidad orgánica para desarrollar sus conclusiones. De tal modo, que a los

157 Seguimos aquí lo planteado en el informe de la Comisión de Estudios sobre la Violencia.

pocos días de clausurarse el congreso, cuando surcan el espacio aéreo aviones de la FAC, arrojando ya no bombas sino volantes con promesas de paz, justicia y libertad para todos, se termina imponiendo a los rebeldes una amnistía que condiciona la paz a la entrega de las armas y el cese de la lucha. Otro carácter tendrán las amnistías posteriores que, como la de 1982, serán resultado tanto de la presión de la guerrilla como de la acción sindical, cívica y campesina, en su lucha por cambios democráticos.

3. Un elemento constante en los procesos de paz adelantados en el país ha sido la negativa a dialogar con el movimiento insurgente en su conjunto. En los años cincuenta el gobierno no solo negocia separadamente con los grupos guerrilleros de las diferentes zonas geográficas del país, sino que al interior del movimiento de los Llanos establece muy hábilmente, contacto con los jefes guerrilleros proclives a la entrega, aislando tácticamente a aquellos que se oponen. Los recurrentes intentos de diálogo con el ELN y las FARC han tenido esta característica, pero a ello ha contribuido, también, los diferentes orígenes históricos de estas organizaciones, sus diversos modos de operar y sus formas de establecer relaciones con sus bases sociales[158].
4. Una vez que los guerrilleros han acordado su desmovilización, cesa su rol como actores políticos y son las directivas partidistas las que asumen ese papel negociador. Habría que señalar aquí algunas excepciones como Eduardo Fonseca, que posteriormente ocupará cargos en corporaciones públicas como representante del Partido Liberal.
5. En la primera parte del conflicto, el ejército, a diferencia de la policía, logra mantener una imagen de "neutralidad". El mismo hecho que participen en la insurrección de oficiales, como el capitán Alfredo

158 Un momento excepcional lo constituyen los frustrados diálogos del gobierno con la Coordinadora Guerrillera "Simón Bolívar" (CNGSB) en 1991, primero en Caracas (Venezuela) y luego en Tlaxcala (México). Creada en 1987, en ese momento la CNGSB aglutinaba a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y una fracción del Ejército Popular de Liberación (EPL).

Silva, y que a ella ingresen desertores de sus filas, sirve para reforzar esta idea. Claro está que esa "neutralidad" se desvanece en la segunda fase del conflicto y entran, entonces, a consideración otros factores: la poca preparación de las Fuerzas Armadas en la guerra de contra insurgencia, las insuficiencias de orden técnico de la institución militar y su falta de claridad en las relaciones con la población civil, elementos que están presentes en el conflicto del Llano y que nos permiten explicar acciones como la de "El Turpial", dirigida por hombres de Guadalupe, en la que caen 96 miembros del ejército y solo 3 rebeldes, acción que difícilmente podría repetirse hoy.

De otro lado, la participación del ejército en las negociaciones de paz es protagónica. El general Duarte Blum, jefe de las Fuerzas Armadas, viaja personalmente al Llano y se entrevista con los principales comandantes guerrilleros.

Desde entonces no ha habido participación directa del gobierno.

La Revolución cubana y la apertura de un horizonte utópico para América Latina

El primero de enero de 1959 entran victoriosos a La Habana los combatientes del movimiento 26 de julio (M-26). El triunfo de los revolucionarios cubanos no significó simplemente el fin de la odiada tiranía de Batista, sino el surgimiento de una nación que a 90 millas de los Estados Unidos, derrotaba por la vía de las armas al imperialismo y asumía un programa de profundas transformaciones sociales, haciendo "real y tangible una alternativa hasta entonces presente solo en un horizonte casi mítico, como objeto del temor o la esperanza de los antagonistas en el conflictivo proceso político social latinoamericano"[159].

Muy pronto la Revolución cubana es víctima de las amenazas y los hostigamientos del gobierno de los Estados Unidos, que en cabeza del general Eisenhower venía apoyando económica, política y militarmente a la dictadura de Batista y que tras la caída de este, ofrece asilo político en su territorio a muchos de sus seguidores, negándose a autorizar su extradición. Estos actos de hostilidad hacia los revolucionarios cubanos conlleva una radicalización del proceso, el cual avanzará de una etapa nacionalista y

159 Tulio Halperin Doingh: *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza, 1994, p. 465.

antiimperialista a una fase de revolución social, optando por una vía de desarrollo socialista.

Ante la decisión de los dirigentes cubanos de llevar adelante cambios profundos, como la expedición de la reforma agraria (17 de mayo de 1959), Estados Unidos recurre a las sanciones económicas y al apoyo de las fuerzas contrarrevolucionarias, como mecanismos de presión para debilitar el régimen de Fidel Castro. En Guatemala y otras partes del territorio centroamericano, se preparan fuerzas mercenarias para invadir la isla y derrocar el gobierno revolucionario; en tanto que se estimula el incendio de los cultivos de caña y los ataques a la población civil[160].

A principios de julio de 1960, el presidente Eisenhower reduce sustancialmente la cuota de azúcar que debía adquirir de la isla. La actitud norteamericana generó la reacción del gobierno revolucionario, que facultó al primer ministro, Fidel Castro, para expropiar toda clase de bienes de ciudadanos norteamericanos en Cuba "cuando se considere necesario para el interés nacional". Pocos días antes el gobierno revolucionario había dispuesto la intervención de las compañías norteamericanas que se negaron a refinar petróleo crudo importado de la Unión Soviética.

En este ambiente de confrontación es convocada, a solicitud del presidente del Perú, Manuel Prado, la Séptima Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, que se celebra en agosto de

160 Esta política de agresiones se inicia con el lanzamiento de bombas incendiarias sobre los centrales Niágara (Pinar del Río) y Punta Alegre (Camagüey) el 11 y 19 de octubre de 1959, respectivamente. Desde entonces, las acciones se multiplican: el 22 del mismo año, un avión procedente de los EE. UU. ametralla un tren de pasajeros en Las Villas; el 12 de enero de 1960, una avioneta quema medio millón de arrobas de caña en La Habana; el 28 de enero, otro avión lanza bombas incendiarias sobre los cañaverales de cinco centrales azucareras de Camagüey y tres de oriente; el 30 de enero, avionetas piratas, proveniente de La Florida, provocan incendios en los centrales Chaparra de Oriente y Toledo de La Habana; en el mes siguiente, una avioneta procedente del norte quema más de cien mil arrobas de caña en la provincia de Matanzas. Una cronología de estas acciones puede encontrarse en el Libro, *Agresiones de Estados Unidos a Cuba 1787-1976*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978.

1960 en San José de Costa Rica[161]. El objetivo de dicha Conferencia era discutir el problema cubano y conseguir una condena general a su gobierno revolucionario, con el propósito de preparar el terreno hacia una eventual acción conjunta contra Cuba, argumentando una "amenaza a la paz del Hemisferio" y la "intervención de una potencia extranjera extracontinental"[162]. Sin embargo, la reunión solo arrojó como resultado una declaración muy general donde se rechaza el intento de intervención chino-soviética en el continente, sin mencionar el nombre de Cuba. Por su parte el pueblo de la Isla responde con la Primera Declaración de La Habana que traza los principios que orientan la política nacional e internacional del gobierno revolucionario.

A partir de este momento aumentan las presiones del gobierno de los EE.UU. sobre los gobiernos latinoamericanos para aislar a Cuba; el argumento de una supuesta intervención cubana en los asuntos internos de estos países, sirve de pretexto para la ruptura de relaciones diplomáticas con el régimen revolucionario[163]. Por su parte, el presidente de los Estados Unidos, general Eisenhower, suspende todas las exportaciones norteamericanas hacia la isla, y en enero de 1961 rompe formalmente relaciones diplomáticas y consulares con Cuba. Para entonces era de conocimiento público que la embajada de los Estados Unidos en Cuba actuaba como centro de operaciones desde donde se patrocinaban acciones de sabotaje en la isla.

---

161 La solicitud del presidente peruano "coincidía" con un empréstito otorgado por los Estados Unidos a ese país.

162 *Ibid*., p. 59.

163 A fines de 1960, el presidente peruano Manuel Prado justifica su decisión de romper relaciones con Cuba, argumentando la posesión de documentos —cuya autenticidad es puesta en duda— donde se pretende mostrar que los dirigentes del Partido Comunista Peruano reciben dineros de la embajada cubana en Lima. La decisión diplomática es acompañada de la ilegalización del PCP (*Cfr*. *Política,* México, enero 15 de 1961); meses atrás, el presidente Ydígoras, de Guatemala, justificaba la misma decisión, argumentando que el gobierno revolucionario cubano proyectaba una intervención armada contra Guatemala.

Aunque en su sesión (5 de enero de 1961) el Consejo de Seguridad de la ONU rechazó "por falta de pruebas" la acusación presentada por el ministro cubano de Relaciones Exteriores, Raúl Roa, en el sentido de que los Estados Unidos preparaba un plan para invadir a Cuba con grupos de mercenarios entrenados en distintos puntos de América Central y de los EE.UU. para principios de ese año, la agresión a la isla era un hecho inminente. De tal modo que el desembarco en Playa Girón de cerca de 10 mil hombres, transportados por mar y aire, con el apoyo de aviones y naves de guerra, el 17 de abril, no tomó por sorpresa las fuerzas revolucionarias que en menos de 72 horas lograron repeler exitosamente el ataque.

Una vez más Estados Unidos recurre al expediente de la invasión armada solo que —a diferencia de Guatemala— fracasa en su intento por ahogar la naciente revolución en la isla caribeña. Esta situación propicia un rápido acercamiento de Cuba con el bloque socialista, a tiempo que desata las protestas de las fuerzas revolucionarias y nacionalistas de todo el continente, en solidaridad con el pueblo y el gobierno cubano.[164] En la reunión de la Comisión Política de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el canciller cubano Raúl Roa protesta por la agresión y acusa a los Estados Unidos. Los gobiernos de Brasil, Ecuador y México expresan sus simpatías por la causa cubana[165].

164 Muchas de estas manifestaciones, dirigieron su acción en cada país contra la embajada norteamericana, y en algunos casos como Bolivia contra la representación de Guatemala —país donde se planearon las operaciones militares—, culminando en enfrentamientos con la fuerza pública. Un recuento pormenorizado de estas acciones puede leerse en *Política*, México, D.F., mayo 1 de 1961, p. 47.

165 El presidente Janio Cuadros del Brasil, a través de su ministro de Relaciones Exteriores expresa en un documento: 1. Que el Brasil defenderá la autodeterminación del pueblo cubano, 2. Que se opondrá a toda intervención extranjera, directa o indirecta, que tienda imponer a Cuba una forma determinada de gobierno. Tal intervención será siempre condenada, sea militar, económica o ideológica, y 3. El Brasil, cumpliendo con los compromisos ideológicos internacionales vigentes, no reconocerá en ningún Estado del hemisferio al régimen político que sea resultado de una ingerencia claramente manifiesta de una potencia extranjera" (*Cfr*. *Política,* México, D.F., mayo 15 de 1961). Por su parte, el presidente José María Velasco Ibarra, del Ecuador, declara

En su discurso pronunciado el 20 de abril, el presidente John F. Kennedy asume la responsabilidad de las operaciones militares en Cuba y reitera su posición hegemónica en el continente:

> Si alguna vez —dice Kennedy— pareciese que la Doctrina interamericana de la no intervención simplemente oculta o excusa una política de inacción, si las naciones de este hemisferio no cumplen sus compromisos contra la penetración del comunismo exterior, quiero que se entienda claramente que este gobierno no vacilará en cumplir sus obligaciones primordiales contraídas con la seguridad de nuestra propia nación[166].

El fracaso de las operaciones norteamericanas en Playa Girón marca el inicio de una nueva etapa de la revolución cubana: el 1 de mayo, ante una multitud reunida en la Plaza José Martí, Fidel Castro afirma el carácter socialista y democrático de la revolución; el 26 de julio, en la 8ª Conmemoración del asalto al cuartel Moncada, el líder cubano anuncia la creación del Partido Unido de la Revolución Socialista, mediante la integración de todas las organizaciones revolucionarias. El 3 de diciembre del mismo año proclama su naturaleza marxista-leninista. La consolidación del proceso cubano y la solidaridad que despertó su causa en todo el continente obligó a los Estados Unidos a un cambio significativo en su política hacia América Latina.

En su discurso de posesión, pronunciado el 19 de enero de 1961, el presidente electo de los Estados Unidos, John F. Kennedy anuncia:

> A las repúblicas hermanas nuestras, al sur de nuestra frontera (...) convertir nuestras buenas palabras en buenas acciones, en

que "los invasores de Cuba han atropellado todos los principios del derecho internacional y todas las normas de la vida jurídica mundial y panamericana (*Cfr*. *Política*, mayo 1 de 1961, p. 47).

166 Política, mayo 1 de 1961, p. 3.

> *nueva Alianza para el Progreso*, para ayudar a los hombres, a los gobiernos libres a aliviarse de las cadenas de la pobreza[167].

Para los analistas del momento y la opinión pública en general era evidente que la Casa Blanca se dirigía al continente con un nuevo lenguaje.

En efecto, la anunciada Alianza para el Progreso expresa un cambio en la política norteamericana hacia América Latina, ofreciendo un programa interesado de ayuda económica para el continente. Su objetivo no es otro que evitar la propagación de la influencia cubana a otras naciones de América Latina y consolidar su posición en los países del continente, manteniéndolas en la órbita capitalista[168]. El fracaso de la invasión a Playa Girón, y la solidaridad continental en torno a Cuba, no hizo más que corroborar esta nueva estrategia.

---

167 *Excelsior,* México, D.F., enero 21 de 1961, p. 8 (resaltado del autor).

168 Los objetivos de esta política fueron resumidos por el secretario del Tesoro Douglas Dillon en los siguientes términos: "Ante todo, fomentar el crecimiento económico de cada país en un mínimo anual de 2% por persona. Si tenemos en cuenta el aumento de la población, se requerirá un crecimiento total de por lo menos el 5%... El logro de este objetivo en toda América Latina entraña necesariamente la industrialización con ayuda de recursos públicos y privados, la diversificación de las economías monoproductoras, el control de la inflación, un mercado común, y la estabilización de las mercaderías para evitar fluctuaciones exageradas de precios en las exportaciones básicas de las que dependen muchas economías latinoamericanas. En segundo lugar, reformar los estigmas impositivos que gravan excesivamente a los trabajadores de bajos y medianos ingresos, mientras miles de millones de dólares se pierden con la evasión de los impuestos. Tercero: promover una distribución más equitativa de la tierra e incrementar su productividad. Actualmente el 5% de propietarios controlan el 70% de toda la tierra laborable, y solo una cuarta parte de ella está cultivada. Cuarto: elevar el nivel de la salud pública, de la vivienda y de la educación, por medio del control de las enfermedades, el aumento de las probabilidades de vivir, el desarrollo de la construcción de casas económicas, la eliminación del analfabetismo en los adultos y la seguridad a cada niño de un mínimo de asistencia escolar de 6 años (*Cfr*. "La Alianza para el Progreso", tomado de *Monthly Economic Letter*, del First National City Bank, de julio de 1962, reproducido por *El Día*, México, D.F., agosto 4 de 1962, p. 8).

Pocos meses después de la fallida intervención en Cuba, en junio del mismo año, el funcionario norteamericano Adlai Stevenson realiza una larga gira por diferentes países de América del sur, preparando el terreno para impulsar la Alianza para el Progreso. Stenvenson era una de las figuras de mayor reconocimiento en la administración Kennedy y "sus instrucciones eran en parte reparar el daño de Bahía Cochinos y en parte obtener una mejor información política de jefes de Estado como Quadros y Frondizi, a quienes Kennedy no conocía personalmente"[169].

Del 5 al 17 de agosto de 1961 se efectúa en Punta del Este (Uruguay) la reunión extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), dependiente de la OEA, que tiene por objeto poner en marcha el programa de la Alianza para el Progreso. En su declaración final dirigida a los pueblos de América, conocida como "Carta de Punta del Este", el documento señala que "Esta Alianza se funda en el principio de que al amparo de la libertad y mediante las instituciones de la democracia representativa, es como mejor se satisfacen, entre otros anhelos, los de trabajo, techo y tierra, escuela y salud"[170].

En la Carta, el gobierno de los Estados Unidos se compromete a aportar ayuda técnica y financiera para lograr las metas propuestas por la Alianza, a cambio de lo cual los gobiernos latinoamericanos asumen la responsabilidad de llevar a cabo una serie de reformas sociales, entre ellas una reforma agraria integral "orientada a la efectiva transformación, donde sí se requiera de las estructuras e injustos sistemas de tenencia y explotación de la tierra, con miras a sustituir el régimen del latifundio y minifundio por un sistema justo de propiedad"[171]. La aprobación de la Carta de Punta del Este generó toda clase de debates y conjeturas en torno a las verdaderas intenciones que impulsaba a los gobernantes de la Casa Blanca a prometer su "ayuda" económica para América Latina y los posibles

169 p. 70.

170 "Carta de Punta del Este" en *Ibid*., Apéndice, p. 320.

171 *Ibid*.

efectos políticos que este ofecimiento tendría sobre el continente. Uno de los asistentes a la reunión, el ministro de la Industria en Cuba, Ernesto Guevara, se encargó de correr el velo al denunciar la Alianza para el Progreso "como un vehículo destinado a separar al pueblo de Cuba de los otros pueblos de América Latina, a esterilizar el ejemplo de la Revolución cubana y, después, a domesticar a los otros pueblos de acuerdo con las indicaciones del imperialismo"[172].

Pese a los esfuerzos militares, políticos y económicos por frustrar los desarrollos del proceso en la isla, la Revolución cubana se constituye en una forma de expresar, comprender y sentir el mundo y la vida de los pueblos oprimidos de América Latina, que claman por una justicia social; todas las organizaciones de izquierda e intelectuales que durante la década se asumen como revolucionarios, expresan de una u otra forma su solidaridad formal o material con el proceso cubano. Como lo manifestara en su momento el general Cárdenas:

> Esta solidaridad no está determinada por la comunidad de lenguaje, por cierta comunidad de raza, por la existencia de una historia común solamente. Junto con todos estos factores está el muy importante de la lucha por el desarrollo económico de nuestros pueblos. Desarrollo que habrá de permitir elevar el nivel de vida de las grandes masas populares, difundir y cultivar la ciencia, la técnica y la cultura, desterrar el temor exaltando los derechos del ciudadano, establecer gobiernos democráticos y fortalecer nuestra independencia política y lograr nuestra independencia económica[173].

La experiencia cubana supone una ruptura con las ideas dominantes acerca de la revolución mundial, particularmente con la visión "eurocéntrica" de que esta se produciría primero en los países

172 Ernesto Guevara "Por Cuba y por todos los pueblos de América Latina", en *Política,* México, D.F., septiembre 1 de 1961, p. XIII.

173 Lázaro Cárdenas. *Epistolario de Lázaro Cárdenas*. Tomo II. México: Siglo xxi, 1975.

de mayor industrialización y de allí se expandiría a "la periferia". Cierto es que estas concepciones habían empezado a resquebrajarse con el proceso revolucionario en China. Sin embargo, antes de 1959, América Latina parecía condenada a esperar la redención una vez que ocurriera el gran colapso de las potencias occidentales. Es por esta razón que la Revolución cubana abre una puerta para la acción y materializa una serie de imágenes y símbolos míticos que muy pronto se convertirán en el modelo a seguir para todos los pueblos del continente[174].

Estimulados por la experiencia cubana, numerosos revolucionarios se internan en las montañas para contribuir con su acción, y en muchos casos, su sacrificio a la lucha contra la explotación y la dominación imperialista en sus países. Se pensaba, entonces, que tarde o temprano, la revolución llegaría como un destino inexorable. No sorprende entonces que en los meses que siguieron a la invasión norteamericana, América Latina viva un período de emergencia y organización de nuevos movimientos de liberación nacional que, en muchos casos, privilegian la confrontación armada como forma principal de lucha[175].

---

174 En su conocido artículo sobre "Guerra de guerrillas, un método", Ernesto Guevara intenta generalizar ciertas lecciones de la Revolución cubana para la lucha de América Latina: "En nuestra situación americana —escribe el Che— consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América; son ellas: primero: las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. Segundo: no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, el foco insurreccional puede crearlas. Tercero: en la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el Campo (Guevara, *Obras completas*, p. 263).

175 Debe advertirse, sin embargo, que resulta una excesiva simplificación atribuir sin más a la Revolución cubana el papel de motor de estos movimientos guerrilleros en América Latina, ya que en su mayor parte, fueron posibles gracias a la existencia —en mayor o menor grado— de una serie de condiciones nacionales que no pueden ser subvaloradas. Esta afirmación se ilustra claramente en el caso colombiano, donde se contaba con una larga tradición de lucha guerrillera iniciada por el Partido Liberal en 1949, una década antes del triunfo de la Revolución cubana.

En Venezuela, después de que el presidente Rómulo Betancourt anuncia, el 11 de noviembre de 1961, la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba, se constituyen espontáneamente los primeros núcleos guerrilleros que van extendiendo su campo de acción en todo el territorio nacional; en el mes de febrero de 1962, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) lanza la iniciativa de constituir un Frente de Liberación Nacional que aglutine a las fuerzas opositoras al régimen de Betancourt y que luche por un gobierno capaz de llevar a término las tareas de liberación nacional.

El 4 de mayo del mismo año, en Carúpano (Venezuela), un batallón de Infantería de Marina y unidades de la guardia nacional se sublevan y ocupan la ciudad. Al mes siguiente, efectivos de la base naval de Puerto Cabello realizan acciones similares, contando con el apoyo del Partido Comunista de Venezuela y el MIR, organizaciones que posteriormente serán puestas fuera de la ley. Esta decisión impulsará a muchos de sus militantes a asumir la vía armada[176].

En Guatemala, el Partido General de los Trabajadores (PGT), define para 1961 la lucha armada como la vía principal de la revolución, dando inicio a una serie de experiencias de guerrilla rural. Paralelamente jóvenes oficiales agrupados en el Movimiento Revolucionario 13 de noviembre (MR-13), realizan significativas acciones armadas, como el asesinato del jefe de la policía secreta y la destrucción de las instalaciones de la United Fruit Company. En diciembre de 1962, por acuerdo del Buró político del PGT y la dirección nacional del MR-13 se constituyen las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR)[177].

---

176 Para el caso de Venezuela puede consultarse: Luigi Valsalice, *Guerrilla y política, curso de acción en Venezuela 1962/69*, Buenos Aires, Pleamar, 1975 y Regís Debray, *Las pruebas de fuego. La crítica de las armas 2*, México: Siglo xxi, 1974. Un análisis reciente en Ruperto Retana, *Izquierda y modernidad en América Latina: Venezuela, Cuba y México*. México: Universidad Nacional Autónoma del Estado de México, 1998.

177 Sobre el caso guatemalteco puede consultarse: Susanne Jonas: *La batalla por Guatemala: rebeldes, escuadrones de la muerte y poder estadounidense*. Guatemala: Flacso-Guatemala, Nueva Sociedad, 1994.

En Paraguay, el Frente Unido de Liberación Nacional (FULNA), que desde mayo de 1960 impulsa acciones guerrilleras, consolida su oposición a la dictadura del general Stroessner, alrededor de un programa de lucha

> por una Asamblea Nacional Constituyente que dicte la Constitución, y por una serie de medidas que restablezcan la paz interior del país sobre la base de libertades plenas y un programa que desarrolle las fuerzas productivas y asegure el progreso del Paraguay, emancipándose del imperialismo[178].

El 23 de octubre de 1961 en Goias, Brasil, nace bajo el liderazgo de los gobernadores Mauro Borges y Leonel Brizzola, el Frente de Liberación Nacional, destinado a agrupar a todos los sectores nacionalistas, populares y antiimperialistas de ese país. A finales del mismo año y comienzos de 1962 se crean organizaciones homólogas en Ecuador, Bolivia y Chile.

En Colombia, el Comando Nacional del Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC) lanza, el 7 de enero de 1962, "un llamamiento al pueblo Colombiano" donde afirma "que los problemas del pueblo colombiano no se resuelven por medio de elecciones, sino por medio de la revolución armada, para que así haya un cambio radical y el Estado pase de manos de la oligarquía a manos del pueblo"[179]

Junto al crecimiento y fortalecimiento de estos movimientos populares, también aumentan las presiones ejercidas por las Fuerzas Armadas y los Estados Unidos que reclaman un mayor alineamiento y solidaridad contra el régimen cubano, logrando en la VIII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores,

---

178 "La rebelión del pueblo paraguayo" en *Avante,* México, D.F., abril de 1961, p. 45.

179 Comité de Solidaridad con los presos políticos. *El libro negro de la represión. Frente Nacional 1958-1974*, p. 32.

celebrada en Punta del Este, Uruguay (22-31 enero), la exclusión de Cuba del Sistema Interamericano[180].

A principios de octubre, 1961, los jefes de Estado mayor de Centroamérica, reunidos en Guatemala y asesorados por el encargado norteamericano del Tratado de Defensa Conjunta, crean el Consejo Permanente de Defensa, con sede en Managua (Nicaragua) y firman la "Carta de Guatemala", donde expresan "su inquebrantable posición anticomunista, contrarias a cualquier otra ideología extraña que tienda a trastornar nuestro tradicional sistema de vida y nuestras instituciones democráticas"[181].El convenio prevé el establecimiento de una red de información mancomunada acerca del comunismo, en la perspectiva de dar a conocer los métodos y tácticas del Partido Comunista; descubrir sus consignas contra las Fuerzas Armadas y públicas; identificar a los agentes internacionales y nacionales del comunismo; reprimir el contrabando internacional de armas[182].

En agosto de 1961, el primer mandatario del Brasil, Janio Quadros, condecora a Ernesto Guevara con la "*Ordem Nacional do Cruzeiro do sul*", pocos días después anuncia su dimisión: "fuerzas terribles, internas y externas se levantan contra mí", escribe en su mensaje de renuncia. En Argentina una sublevación militar obliga al retiro del presidente Frondizi, aprovechando la crisis política generada tras el triunfo electoral peronista, el 18 de marzo de 1962. Algunas leves muestras de independencia en su política internacional, como la visita a este país de Ernesto Guevara y su voto de abstención en la Conferencia de Cancilleres de Punta del Este aceleraron la decisión de los militares.

---

180 Con 14 votos afirmativos se completan la mayoría absoluta que respalda esta decisión. El voto de la República Dominicana —que estaba excluida de la OEA desde agosto de 1960— es contabilizado. Las abstenciones corresponden a Brasil, Argentina, Chile, Bolivia y Ecuador. Solo México y Cuba votan en contra.

181 *Política*, México, D.F., 15 de octubre de 1961, p. 39.

182 *Ibid.*

Las FARC: de Marquetalia a la "Zona de despeje"

Si bien las FARC hunden sus raíces en las luchas agrarias y de autodefensa orientadas por el Partido Comunista en los años 40 y 50, sus orígenes más próximos se encuentran en las acciones militares desarrolladas contra las zonas de autodefensa campesina en 1964, las cuales se habían venido conformando tras un largo proceso de colonización en Marquetalia, Riochiquito, El Pato y Guayabero, bajo el liderazgo de viejos dirigentes agrarios y guerrilleros.

Estas zonas campesinas contaban con una estructura organizativa propia, con formas de autogestión que desconocían el Estado mismo y mantenían su carácter defensivo armado aunque su objetivo no era derribar el sistema "sino defender por medio de las armas la autogestión económica y una forma embrionaria de organización política"[183]. Sin embargo, muy pronto se iniciaron las presiones del ejército y los latifundistas contra esas regiones, a través del asesinato de sus principales dirigentes, el establecimiento de puestos militares y el estímulo a grupos armados que asaltaban los caminos e incendiaban las casas de los campesinos.

A esta operación contribuyeron los discursos pronunciados por el senador Álvaro Gómez Hurtado contra "la autonomía política" de estas regiones. En su intervención hecha en el Senado, el 25 de octubre de 1961, el político conservador exclamó enfáticamente:

---

183 Alfredo Molano: "Violencia y colonización", en *Revista Foro,* núm. 6**,** Bogotá, junio, 1988, p. 27.

> Hay en este país una serie de repúblicas independientes que no reconocen la soberanía del Estado Colombiano, donde el ejército colombiano no puede entrar, donde se le dice que su presencia es nefanda, que ahuyenta al pueblo, o a los habitantes... Hay la república independiente de Sumapaz, hay la república independiente de Planadas, la de Riochiquito, la de este bandolero que se llama Richard y ahora, tenemos el nacimiento de una nueva república independiente anunciada aquí por el ministro de gobierno, la república independiente de Vichada. La soberanía nacional se está encogiendo como un pañuelo; este es uno de los fenómenos más dolorosos del Frente Nacional, que sería precisamente para que todos los colombianos se sintieran hijos de una misma patria, ahora resulta tolerando las actuaciones más aberrantes, como la de que haya territorios en el corazón mismo del país, de gentes armadas que no permiten la entrada de las autoridades colombianas [184].

Para 1964, el gobierno decidió atacar estas zonas agrarias en lo que se conoció como la "Operación Marquetalia".

> La ocupación —según relata uno de sus protagonistas— se produjo con la disponibilidad de 16.000 hombres para tender el cerco a los alrededores de Marquetalia en los departamentos de Huila, Cauca y norte del Tolima. Y de esta manera ir estrechando el cerco hasta lograr la aniquilación del núcleo revolucionario, el cual más tarde se convertiría en guerrillas móviles[185].

El plan de agresión a Marquetalia fue concebido en varias etapas[186]:

---

184 Arturo Alape, *La paz y la violencia: testigos de excepción,* Bogotá: Planeta, 1985, p. 245.

185 Manuel Marulanda Velez: "27 de mayo de 1994: 30 años de las FARC-EP", Publicación Internacional, México, 1996.

186 Arturo Alape, *op.cit*., p. 269.

a. Concentración de tropas y material bélico en Planadas, Gaitania, El Carmen, San Luis, Praga, Chapinero y La Estrella.
b. Bloqueo a las fuentes de abastecimiento, buscando establecer un cerco económico contra la región.
c. Brigada cívico-militar que bajo la denominación de "cruzada de paz" inició jornadas de asistencia médica, donación de aperos de trabajo y alimentos enlatados, a la vez que se desarrollaba una campaña de descrédito a los guerrilleros. En esta fase se contó también con el apoyo de algunos grupos evangélicos[187].
d. Reconocimientos aéreos.
e. Despliegue propagandístico, justificando la acción y haciendo un llamado a la población civil para que prestara su colaboración.

El 20 de julio de 1964 los combatientes de Marquetalia proclaman el "Programa Agrario de los Guerrilleros" que con algunas modificaciones se erige en el programa agrario de las FARC-EP, y donde se plantea la perspectiva de la lucha armada:

> Nosotros —dice el documento— somos revolucionarios que luchamos por un cambio de régimen. Pero queríamos y luchábamos por ese cambio usando la vía menos dolorosa para nuestro pueblo: la vía pacífica, la vía de la lucha democrática de masas, las vías legales que la Constitución de Colombia señala. Esa vía nos fue cerrada violentamente [...] nos tocó buscar la otra vía, la vía revolucionaria armada para la lucha por el poder[188].

Los núcleos campesinos que resistieron la agresión se desplazaron en pequeños grupos de guerrillas móviles a otras regiones con tradición de lucha y organización agraria, y en la Primera Conferencia Guerrillera, celebrada a fines de 1965 conforman el "Bloque Sur", definiendo planes de acción militar, política, organización,

187 Carlos Arango: *FARC veinte años. De Marquetalia a la Uribe*. Bogotá: 1984.

188 Jacobo Arenas: *Diario de la resistencia de Marquetalia*, Bogotá: Abejón Mono, 1972.

educación y propaganda[189]. Un año después, en la segunda conferencia guerrillera, los destacamentos militares del "Bloque sur" se constituyen en Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), nombrando un Estado Mayor para todo el movimiento y planteando el inicio de una lucha prolongada por la toma del poder.

Poco después de la Segunda Conferencia, la organización sufrió un duro golpe del ejército que le significó la pérdida del 70% de su fuerza. A partir de este momento y hasta la realización de su Quinta Conferencia en 1974, el movimiento —que logra restituir su fuerza— vive un proceso de crecimiento lento pero continuo, configurándose ante todo como una fuerza política local, articulada a un proyecto político de alcance nacional. A este respecto señala Alfredo Molano que

> los núcleos de las FARC… fortalecieron los aspectos militares de la organización y sobre todo, descentralizaron los frentes, dispersándose por todo el territorio nacional, aunque manteniendo la unidad de mando. Estos cambios acentuaron el componente político del proyecto y permitieron enfatizar la orientación ideológica del Partido Comunista[190].

Estos cambios permitieron que las FARC avanzaran en su sexta y séptima conferencia hacia la formulación de un plan nacional militar. En esta última conferencia, realizada en mayo de 1982, la organización adopta la denominación de Ejército del Pueblo (FARC-EP) y define un 'nuevo modo de operar' como parte de una estrategia claramente ofensiva. Esta nueva concepción estratégica supone, de acuerdo con sus dirigentes, "que las FARC ya no esperan a su enemigo para emboscarlo, sino, que van en pos de él para ubicarlo, asediarlo y coparlo…"[191].

---

189 Jacobo Arenas: *Cese el fuego. Una historia política de las FARC*. Bogotá: Oveja Negra, 1975.

190 Alfredo Molano, o*p. cit.*, p. 31.

191 *Ibid.*

Paralelo a este proceso organizativo de las FARC, el país vive una creciente agitación social. Las luchas reivindicativas del movimiento campesino, estudiantil y obrero se multiplican, alcanzando su expresión unitaria en el Paro Cívico Nacional del 14 de septiembre de 1977, bajo el gobierno de Alfonso López Michelsen (1974-1978). Y ya para finales de la década, el movimiento guerrillero, representado en el M-19, incrementa sus acciones, esta vez tomando como escenario las zonas urbanas.

Para hacer frente a la protesta social y la lucha armada, el nuevo presidente Julio César Turbay Ayala (1978-1982), sistematiza una serie de medidas represivas que se condensan en el Decreto 1923 de 1978, conocido como "Estatuto de Seguridad", de esta forma consolida la tendencia observada durante el período del Frente Nacional, de otorgar una mayor autonomía militar.

A la sombra del "Estatuto de Seguridad" se generalizaron las torturas a activistas populares y sindicales y la persecución a intelectuales críticos, a un punto tal que demandó la continua atención de los organismos defensores de los derechos humanos.

De esta forma, a la categoría de "Enemigo Interno" se incorporaba no solo a los combatientes armados sino a "cualquier nacional ideológicamente cercano a él". De allí el estímulo a la creación de unidades especiales de inteligencia, y el fortalecimiento de las redes de apoyo y propaganda.

Los acuerdos de cese al fuego y tregua (1984)

En el contexto internacional generado por el triunfo de la Revolución sandinista (1979) y la profundización del conflicto en El Salvador y Guatemala, bajo el gobierno del presidente Belisario Betancur (1982-1986), se abre paso en el país a un proceso de paz y negociación con los movimientos guerrilleros. El primer paso en esa dirección fue la aprobación de la Ley General de Amnistía, en noviembre de 1982 y la derogación del Estatuto de Seguridad, a cuyo amparo, el gobierno de Turbay Ayala (1978-1982) había adelantado

una abierta represión contra las organizaciones populares y democráticas.

El nuevo proceso de diálogo involucra a las FARC-EP, el EPL, el M-19 y una fracción del Movimiento de Autodefensa Obrera (ADO). Los acuerdos firmados entre las FARC-EP y el gobierno —que se sostuvieron por un mayor tiempo que los suscritos por las otras organizaciones guerrilleras— plantearon la apertura de un espacio político unido al compromiso del gobierno de realizar una serie de reformas económicas, políticas y sociales, sin que se contemplara la entrega inmediata de las armas por parte de la organización insurgente.

A diferencia del proceso anterior, en el cual los altos mandos del ejército participaron directamente de las negociaciones, sosteniendo conversaciones con los jefes insurrectos, los diálogos iniciados bajo la Administración Betancur contaron con la abierta oposición de las Fuerzas Militares. Lo cual hizo que la tregua transitara por caminos muy difíciles y finalmente se llegara a su ruptura, sin que se materializaran los acuerdos. La UP, principal fruto de este proceso, después de un crecimiento ascendente, concluyó diezmada y desarticulada por efecto de una sistemática política de "guerra sucia" contra sus militantes.

Finalmente el proceso de paz que se inició en 1989 con el M-19 y que concluyó con su desmovilización y de cuatro organizaciones más, no significó para el país la realización de reformas estructurales profundas; solo garantías para los guerrilleros desmovilizados con la aplicación de una ley de indulto, y la ampliación del espacio político que hizo posible la convocatoria a una nueva Constituyente. Del mismo modo se acordó una representación parlamentaria para estos grupos, a través del establecimiento de una circunscripción especial para la paz.

La debilidad militar, la ausencia de un proyecto político claro y la fuerza regional más que nacional de estas organizaciones, fueron factores que definieron los límites de dicha negociación. Aún así, algunos de los acuerdos firmados fueron incumplidos por el gobierno.

Del diálogo a la "guerra integral"

El 9 de diciembre de 1990, cuando se celebraban las elecciones para la Constituyente, el entonces presidente de la República, César Gaviria (1990-1994), ordenó un gran operativo militar contra el Estado Mayor de las FARC asentado en "Casa Verde", sitio donde se habían ubicado los líderes de la guerrilla y donde seis años atrás el gobierno conservador de Belisario Betancur, había firmado los acuerdos de "Cese al Fuego, Tregua y Paz". Acuerdos que, desde entonces, habían caminado por la cuerda floja como consecuencia de las acciones del movimiento guerrillero en respuesta a los continuos hostigamientos del ejército y la generalización de la "guerra sucia" contra los líderes de organizaciones políticas legales que en el caso de la Unión Patriótica, surgía de este proceso.

El ataque a "Casa Verde" fue interpretado como una nueva guerra desatada por el gobierno de turno y así quedó consignado en los documentos de la Octava Conferencia nacional:

> Contra nosotros —afirman en dicho documento— se han desencadenado en el curso de los últimos 45 años, cinco guerras: una, a partir de 1948,; otra, a partir de 1954; otra, a partir de 1962; otra, a partir del 18 de mayo de 1964 cuando los Altos Mandos declaran oficialmente que ese día empezaba "La Operación Marquetalia" y esta que enfrentamos a partir del 9 de diciembre de 1990, cuando el dictador Gaviria y los Altos Mandos Militares iniciaron la operación de Exterminio contra el Secretariado de las FARC en Casa Verde y de agresión militarista contra el movimiento popular en todo el país[192].

Así lo entendieron los líderes quienes en los meses anteriores venían solicitando su participación en la nueva Constituyente y que en respuesta al ataque iniciaron una serie de acciones que

192 Programa Agrario de los guerrilleros de las FARC-EP, proclamado el 20 de julio de 1964, corregido y ampliado por la 8ª Conferencia Nacional de las FARC-EP, abril 2 de 1993.

finalmente obligaron al gobierno a sentarse en la mesa de negociación. Para ese entonces hubo un acuerdo: que las conversaciones se realizarían en dos rondas, la primera de ellas en Caracas (Venezuela) y la segunda en Tlaxcala (México).

Las posibilidades de una solución negociada al conflicto armado y social del país se vieron frustradas en Tlaxcala (México) cuando el gobierno de César Gaviria introdujo unilateralmente modificaciones a la agenda acordada entre las partes, pretextando la muerte del político Argelino Durán Quintero quien se hallaba en manos de un sector del Ejército Popular de Liberación (EPL), que en ese momento hacía parte de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB) constituida desde 1987. El compromiso de reanudar los diálogos el 31 de octubre de 1992 fue incumplido por Gaviria, quien optó por declarar la "guerra integral" contra la subversión.

Fueron en estos frustrados diálogos cuando se habló por primera vez de la instalación de algunos campamentos, pero esta idea no fructificó porque el gobierno de Gaviria insistió en aplicar con la Coordinadora Guerrillera el mismo esquema impuesto para las negociaciones con el M-19, el EPL y el PRT, que se hallaban militarmente debilitadas y en el caso del M-19 prácticamente derrotadas. Estas organizaciones fueron concentradas en varios campamentos, para iniciar en ellos los procesos de negociación conducentes a la desmovilización y entrega de armas. Las experiencias en este sentido resultan de particular interés para entender las limitaciones del esquema planteado por el gobierno, que colocaba a los guerrilleros en una desventajosa situación:

> La concentración de centenares de guerrilleros del EPL en los campamentos —anota Álvaro Villarraga— no contaba con las condiciones necesarias ni los servicios mínimos y el gobierno declaró que no tenía recursos ni mecanismos para brindar la atención requerida. Los mismos comandantes, ante las necesidades apremiantes, aprobaron comisiones que se distribuyeron

> para solicitar ayuda a los comerciantes, ganaderos y agricultores. Esto fue señalado como una reedición de las "vacunas"[193].

Entre el 27 de marzo y el 3 de abril de 1993, las FARC-EP, efectúan su Octava Conferencia Nacional, en ella la organización insurgente hace un balance positivo de 11 años de actividad desde la última Conferencia; examina los costos de la aplicación de las políticas neoliberales y "de terror militar" en el país; al mismo tiempo que propone la lucha por un "Nuevo Gobierno de Reconstrucción y Reconciliación Nacional", basado en una plataforma de diez puntos que destaca, entre otros, la solución política al conflicto colombiano, la democratización de las Fuerzas Armadas, la participación democrática nacional, regional y municipal en las decisiones, el desarrollo y modernización económica con justicia social y la realización de una política agraria democrática[194].

Bajo el gobierno de Samper, se abrieron nuevas perspectivas de negociación cuando este anunció, a 100 días de su posesión, su disposición para dialogar en medio de la guerra, considerando que "el mejor sitio para avanzar en esta etapa preparatoria sería un lugar en el territorio extranjero"[195]. Frente a esta propuesta, el secretariado de las FARC, en un intercambio de cartas con el Alto Comisionado para la Paz, Carlos Holmes Trujillo, propone por primera vez, para iniciar los diálogos con el gobierno, la desmilitarización del municipio de la Uribe (Meta), durante sesenta días:

> Comprobado el despeje del municipio [por parte de las FARC] —afirman en carta fechada el 3 de enero de 1995— una parte de

193 Álvaro Villarraga y Nelson Plazas: *Para reconstruir los sueños (una historia del EPL)*. Bogotá: Fundación Cultura Democrática, 1996, p. 266.

194 "Conclusiones de la Octava Conferencia Nacional de las FARC-EP", Boletín Internacional, s/f.

195 Palabras del señor presidente de la República de Colombia, Ernesto Samper Pizano, en el Acto de Presentación del Primer Informe sobre el estado de la Paz, Popayán, noviembre 17 de 1994.

> su delegación se desplazará al área, en lo que empleará quince días. Durante los siguientes cinco días y ya con la presencia del gobierno nacional, se adelantará la primera reunión. Los diez días restantes, se emplearán en la evacuación del lugar[196].

El despeje de la Uribe constituía para los voceros de las FARC garantía mínima para la iniciación del diálogo. En ese momento, los desacuerdos entre el gobierno y la guerrilla se centraron en los tiempos necesarios para el despeje y el desplazamiento de los voceros de las FARC.

Transcurridos unos meses el presidente Samper anuncia en su discurso, pronunciado en ocasión de la presentación del segundo informe de paz, en Bucaramanga, el 18 mayo de 1995, que

> a partir de una manifestación clara e inequívoca de negociación de las FARC, el gobierno despejaría militarmente, por un plazo acordado, el municipio de La Uribe y concentraría los efectivos armados en su cabecera municipal, para dar así inicio a las negociaciones en una zona que estaría rodeada por supuesto, de todas las garantías de movilización, acceso y permanencia.

Frente a esta propuesta, las FARC insisten en la necesidad de un despeje total del municipio.

En este punto no se logró mayor avance, dado que el anuncio del presidente Samper, de despejar militarmente la zona de negociaciones, generó de inmediato la reacción de los Altos Mandos Militares que, en cabeza del general Harold Bedoya Pizarro, interpretaron la propuesta como atentatoria de su función de plena territorialidad en la nación, presionando al ejecutivo hasta lograr descartar la posibilidad de un despeje militar en La Uribe.

El gobierno, en boca del entonces ministro de Defensa Fernando Botero Zea, aseguró que no existían contradicciones con el general

196 Carta del Secretariado del Estado mayor de las FARC-EP al alto comisionado para la Paz, Dr. Carlos Holmes Trujillo, Montañas de Colombia, enero 3 de 1995.

Bedoya, frustrando de esta forma la posibilidad de un acercamiento con el grupo rebelde. Tres años después las FARC, fortalecida política y militarmente, obtendrían el despeje militar de La Uribe junto a cuatro municipios más. ¿Qué posibilitó este nuevo paso?

El fortalecimiento militar de las FARC

Desde agosto de 1995 las comunicaciones entre las FARC y el gobierno se interrumpieron y, en medio del revuelo que suscitaron las acusaciones por el ingreso de dineros del narcotráfico para el financiamiento de la campaña del presidente Samper, la preocupación del Ejecutivo por la paz pasó a un segundo plano.

Este desinterés se hizo todavía más evidente con la adopción de medidas que aparecían como un obstáculo más para un proceso de acercamiento entre las partes: la declaración del estado de conmoción, el reconocimiento de las Asociaciones Comunitarias de Vigilancia, más conocidas como las "Cooperativas de Seguridad, Convivir", que ofrecían un piso legal al fenómeno paramilitar, la creación de una red central para todos los sistemas de inteligencia en apoyo a la justicia, y la ampliación de las recompensas como mecanismo de delación de los líderes insurgentes.

Esas medidas no hicieron más que agravar el conflicto; a las duras críticas nacionales e internacionales sobre continuas violaciones de los derechos humanos por parte de la fuerza pública, se sumó el incremento de las escaladas militares de los grupos guerrilleros en las zonas urbanas, suburbanas y rurales, que puso en entredicho la efectividad de las Fuerzas Armadas en el combate a la subversión.

El 30 de agosto de 1996, el Bloque Sur de las FARC atacó la base militar de "Las Delicias" (Caquetá) y retuvo a 60 militares. Días después en Jurado (Chocó), fueron capturados 10 infantes de marina. A partir de entonces la guerrilla planteó un proceso de negociación para la entrega de los soldados, a través del despeje militar de una zona del sur del país. El gobierno se vio obligado a

establecer contactos con la guerrilla para hablar sobre la entrega negociada de los soldados.

Transcurrieron más de seis meses antes que Samper tomara la decisión del despeje. Después de varias conversaciones y el notorio malestar de las Fuerzas Militares, se acordó iniciar el 23 de mayo de 1997, el despeje militar de una amplia área de 13 mil Km^2 ubicada en la zona del Caguán, que luego se acompañó de la verificación guerrillera y un encuentro preliminar de los representantes del gobierno con el comandante del Bloque Sur, Joaquín Gómez. Finalmente el 15 de junio se desarrolló la entrega de los 70 militares retenidos. La opción del despeje como estrategia de negociación política y su viabilidad como mecanismo quedó planteada sobre el tapete.

El día de la liberación, Manuel Marulanda Vélez, máximo jefe de las FARC, presentó la propuesta de despeje de los cinco municipios, la cual no fue respondida por Samper. En su lugar se inició un operativo militar contra el Secretariado de las FARC. La acción conocida como "operación Destructor II", que comprometió a más de 7 mil hombres, terminó en un rotundo fracaso.

A finales de 1997 y comienzos de 1998, en pleno ambiente preelectoral, las operaciones de la guerrilla fueron en aumento, demostrando una gran capacidad operativa en acciones como la toma de la base militar de comunicaciones del ejército en Patascoy (Nariño), los enfrentamientos con el batallón de contraguerrilla de la brigada Móvil No. 3. Este avance militar de la guerrilla obligó a los candidatos presidenciales a fijar posiciones frente al problema de la paz.

De nuevo a la mesa de diálogo

Transcurrida la jornada electoral, el país se vio sorprendido por la noticia del encuentro, el día 9 de julio de 1998, entre el recién electo presidente Andrés Pastrana y los comandantes de las FARC Manuel Marulanda y Jorge Briceño ("Mono Jojoy"). En dicha entrevista hubo acuerdos relativos al despeje de los cinco municipios y el compromiso del nuevo gobierno de acciones concretas contra la

política paramilitar, como condiciones previas para la iniciación del proceso de diálogo. La zona despejada comprendía los municipios de Vistahermosa, La Uribe, Mesetas, La Macarena (en el Departamento del Meta) y San Vicente del Caguán (en el Caquetá), ocupada por antiguos colonos, donde el trabajo político de la insurgencia armada, lentamente, venía sustituyendo la débil presencia del Estado, que había limitado su presencia a las bases militares existentes en las cabeceras municipales.

Desde el momento mismo en que se fijó la zona de distensión, el 7 de noviembre, surgieron las primeras dificultades. Una de estas fue la ubicación del "Batallón Cazadores", asentado en San Vicente del Caguán. Las FARC demandaban el despejo total de la zona, pero el gobierno argumentaba que dicha guarnición no podía ser trasladada y que constituiría la sede de los representantes del Ejecutivo que estarían en el área de distensión para tener un diálogo directo con los miembros de las FARC. Pasaron dos meses de forcejeos antes de que el gobierno ordenara la salida de los 130 militares de San Vicente del Caguán.

La exigencia de las FARC de retirar el "Batallón Cazadores", calificada de "intransigente", en realidad obedecía a requerimientos de orden militar y, en ese sentido recogía una larga experiencia de los procesos anteriores: en 1984 la columna guerrillera del M-19, encabezada por Carlos Pizarro que se dirigía a firmar los acuerdos de tregua con la Comisión de Diálogo y Negociación, fue emboscada desobedeciendo la orden presidencial de despejar la zona[197]; situaciones similares se vivieron en los "campamentos de paz" del EPL: en octubre de 1990 en el municipio de Naranjitos, en un área declarada neutral, fueron asesinados siete combatientes del Frente "Jesús María Alzate" de esta organización, por tropas de la XI Brigada[198]; años después, y a puertas de iniciar los diálogos con la Corriente de Renovación Socialista, fueron asesinados por una patrulla del ejército Carlos Prada ("Enrique Buendía") y Evelio

197 Laura Restrepo: *Historia de una traición*. Bogotá: Plaza & Janés, 1986.

198 Álvaro Villarraga y Nelson Plazas, *op. cit*, p. 330.

Bolaños ("Ricardo González"), cuando se "encontraban cumpliendo los preparativos para el traslado al campamento, de los guerrilleros del frente Astolfo González que operaba en Urabá"[199].

Una vez superado el problema del "Batallón Cazadores", nuevos obstáculos empezaron a surgir en el camino, esta vez relacionados con la acción de los grupos paramilitares y del mismo ejército que, según denuncias de los alcaldes y de las propias FARC, iniciaron un bloqueo para impedir el ingreso de víveres y combustibles a la zona de despeje, repartiendo comunicados amenazantes contra la población civil.

Situaciones como estas, ligadas a la impunidad con que los grupos de autodefensa, liderados por el jefe paramilitar Carlos Castaño venían actuando en el país, llevaron a las FARC a cuestionar los resultados de la lucha contra el paramilitarismo a la cual se había comprometido el gobierno. Esto llevó a la interrupción de los diálogos, que fueron reanudados a principios de mayo, cuando se llevó a cabo la segunda entrevista del jefe insurgente Manuel Marulanda Vélez, con el presidente de la República Andrés Pastrana, en la hacienda Caquetanía (San Vicente del Caguán), de la cual surgió un acuerdo para el establecimiento de la "agenda de negociación".

Frente a las amenazas latentes contra la zona de despeje, las FARC deciden adoptar medidas de seguridad en las que se incluyen retenes, multas y retenciones. En el mismo sentido, se realizó el controvertido ajusticiamiento de 11 hombres y cuya ejecución fue explicada así por el comandante Raúl Reyes, vocero de las FARC en los diálogos con el gobierno:

> Al área desmilitarizada están llegando permanentemente militares y policías de civil con planes muy concretos de asesinar a los voceros de las FARC dentro del área, de hacer atentados contra gentes del área desmilitarizada y un atentado contra el propio

199 Darío Villamizar: *Un adiós a la guerra. Memoria histórica de los procesos de paz en Colombia*. Bogotá: Planeta, 1997, p. 296.

> comisionado, Víctor G. Ricardo, para crear un clima de desconfianza y poder cancelar el diálogo. Cuando las FARC descubre esas personas, las captura y ellas voluntariamente informan el papel que traían, es decir, la misión que han recibido en los batallones para desarrollar sus acciones en el área, pues las FARC recogen esa información y aplican la justicia revolucionaria, porque son enemigos del proceso y de la paz de Colombia[200].

Otra de las dificultades surgida en la zona de despeje tiene que ver con las normas y reglas para su funcionamiento. Mientras en procesos anteriores, como el del EPL, se suscribieron acuerdos públicos con el gobierno para facilitar el funcionamiento de los campamentos, se consignaron las normas fundamentales que regirían a los mismos, incluyendo entre otros temas el compromiso gubernamental de suministrar alimentos a toda la fuerza del EPL, la prestación de servicios de salud, la prohibición de abandonar los campamentos por parte de los guerrilleros, la vigilancia y las zonas neutrales, el acceso, los retenes y controles[201], muchos observadores del proceso coinciden en afirmar que las reglas del juego para la zona del despeje no fueron definidas claramente con las FARC.

En realidad, la confusión surge de la interpretación que se le pretende dar a los acuerdos. Estos son claros en afirmar que la negociación se haría en medio de la guerra. Lo cual suponía para las FARC mantener su dinámica militar de entrenamientos, desplazamientos, relevos de unidades guerrilleras y continuar su política de crecimiento. Algunos analistas militares afirman que esta es una ventaja estratégica para la guerrilla; que consideran ha utilizado la zona de despeje como plataforma para el envío de columnas sobre los departamentos vecinos y la propia capital de la República. Estas versiones han sido desmentidas en diversas ocasiones por los jefes guerrilleros.

---

200 Dick Emanuelsson: "Guerra o paz en Colombia", en *Anncol*, julio 19 de 1999.

201 Darío Villamizar, *op. cit.*, p. 232.

III
Experiencias de oposición en Colombia

Las disidencias partidistas como formas de oposición política

Desde su constitución —a mediados del siglo xix—, los partidos políticos colombianos se caracterizaron por el surgimiento en su interior de diversas facciones. En esta era fue relevante, en las filas del Partido Liberal, la pugna entre "civilistas" y "guerreristas", del mismo modo que fue significativa la lucha entre "nacionalistas" e "históricos" en el Partido Conservador. En el siglo pasado, la existencia de estos matices intrapartidistas siguió siendo un rasgo característico del sistema de partidos en Colombia, que se acentuó más durante el período del Frente Nacional.

El juego de estas facciones partidistas permite identificar tres fenómenos presentes en la vida política colombiana, que guardan una estrecha relación entre sí. Son ellos: el surgimiento de coaliciones bipartidistas, la consolidación de disidencias partidistas y las tentativas frustradas de creación de terceras fuerzas, por fuera de las colectividades tradicionales.

El análisis del Frente Nacional y de las disidencias partidistas, vistas en perspectiva histórica nos permite adelantar algunas conclusiones en torno a estas problemáticas:

En primer lugar, respecto a las *coaliciones bipartidistas* —que generalmente han comprometido a facciones de los dos partidos tradicionales, Liberal y Conservador— cabe destacar el hecho de que surjan en coyunturas específicas de crisis, como mecanismos

de defensa del sistema frente a situaciones en las cuales está amenazado el régimen de dominación.

A modo de ejemplo, el Movimiento de Reconstrucción Nacional del general Rafael Reyes (1904-1909) promovido y sustentado por facciones de los dos partidos, surge como una fórmula de paz, después de los reveses que ha sufrido el país a consecuencia de la cruenta guerra de los Mil Días (1899-1902)[202] y la pérdida del canal de Panamá (1903). En este contexto, el acuerdo entre los dos partidos aparece como garante de paz para hacer frente a los problemas de gobernabilidad, que estaban empujando al país hacia el borde del abismo. Desde esa misma óptica, puede entenderse el pacto del Frente Nacional como una salida de las élites políticas al proceso de violencia que sacudía al país desde finales de los años cuarenta, y un intento por recuperar el dominio bipartidista, puesto en tela de juicio por los proyectos autonomistas del general Rojas Pinilla.

Una característica esencial de estas coaliciones bipartidistas es su tendencia a comportarse en la práctica como partidos únicos, que excluyen y persiguen a la oposición política, la cual se ve empujada a formas de acción extralegales. Por esta razón, los gobiernos de coalición han tenido que recurrir, invariablemente, a medidas de fuerza como el estado de sitio y la represión directa, con el objeto de silenciar este tipo de oposición.

En segundo lugar llama la atención cómo las *disidencias partidistas*, surgidas en el seno de los partidos tradicionales, han estado asociadas generalmente a liderazgos personales, ligados a figuras de la política colombiana, con perspectivas reales de poder: en el caso de la Alianza Nacional Popular (Anapo) —que se inició como una disidencia del Partido Conservador, en 1962—, su máximo jefe, el general Rojas Pinilla, había ocupado la presidencia en el período anterior. Por su parte, el "jefe único" del MRL, Alfonso López Michelsen, contó para su imagen política, con el talante reformista de su padre, el presidente Alfonso López Pumarejo.

202 La guerra de los Mil Días enfrentó a los liberales contra el gobierno conservador de Manuel Antonio Sanclemente, siendo la guerra civil más prolongada de nuestra historia.

El predominio de esta forma de liderazgo personalista se ha convertido en un obstáculo para el desarrollo de estas disidencias políticas, de tal forma que cuando sus jefes se han plegado al oficialismo como en el caso de Alfonso López Michelsen o han sido asesinados como Jorge Eliécer Gaitán, los movimientos se desintegran debido a la ausencia de una estructura organizativa sólida.

Por otra parte, es importante señalar los mecanismos de cooptación y represión que ha utilizado el sistema político colombiano para controlar estos movimientos disidentes. Desde los inicios mismos del MRL, los presidentes de turno ofrecieron al movimiento, cuotas de participación en el gobierno. Así por ejemplo, en 1962, el presidente electo, Guillermo León Valencia, ofreció al MRL que integrara el nuevo gabinete[203], circunstancia esta que generó las primeras divisiones en el interior del movimiento. Simultáneamente a estas dádivas, la represión contra el MRL se hacía más aguda: en la misma coyuntura, fueron asesinados el representante a la Cámara por el MRL, Melquisedec Quintero; el diputado a la Asamblea del Tolima por la misma agrupación, Julio Gómez y el presidente del Sindicato de Agricultores de Lebrija (Santander) y jefe del MRL, José Gil Zafra[204].

El malogrado epílogo de estas disidencias políticas y su incapacidad de convertirse en terceras fuerzas políticas, independientes del bipartidismo, nos señala lugares comunes de su trayectoria en relación con los mecanismos desarrollados por el sistema político, para absorber, obstruir y/o destruir las fuerzas que se le oponen. De esta forma, disidencias como el MRL o la Anapo, terminaron disueltas entre las dos colectividades tradicionales, generando *frustraciones políticas* que sirvieron de estímulo al abstencionismo y al surgimiento de nuevas agrupaciones que vieron en la lucha armada la única opción de participación política: algunos líderes de las Juventudes del MRL, como Manuel Vásquez Castaño y Francisco Caraballo, se vincularon a las nacientes organizaciones guerrilleras, Ejército de

203 El MRL designó a Juan José Turbay para que ocupara el Ministerio de Minas, y orientó que este ejerciera el cargo a título personal y no del movimiento.

204 *Anales del Congreso*, 16 de abril de 1962, p. 458, y 25 de julio de 1962, p. 566.

Liberación Nacional (ELN) y Ejército Popular de Liberación (EPL); mientras que un grupo de dirigentes de la Anapo, entre los que se contaban Carlos Toledo Plata, Andrés Almarales e Israel Santamaría, impulsaron un nuevo proyecto armado: el Movimiento 19 de abril (M-19).

Finalmente, y en lo que atañe a las *terceras fuerzas políticas* que se han intentado construir por fuera de las fronteras del bipartidismo, resulta interesante señalar que, hasta los años ochenta, los esfuerzos más significativos en este sentido, tuvieron como matriz germinal los partidos tradicionales. En el conjunto de estas experiencias se destaca el gaitanismo, el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y la Alianza Nacional Popular (Anapo).

Este fenómeno se explica, en parte, por las formas de adscripción partidista que han caracterizado la sociedad colombiana, donde la adhesión a los dos partidos tradicionales no se ha fundamentado en preferencias electivas sino más bien en lazos familiares y locales, que han cristalizado geográficamente. Esto ha significado una primacía de las solidaridades verticales, una hegemonía de las autoridades locales tradicionales y un predominio de las estructuras de mando jerarquizadas.

El Frente Nacional, aunque contribuyó a la despolitización bipartidista y redujo la pugnacidad política entre los dos partidos, fracasó en su esfuerzo porque se constituyeran en el país colectividades políticas modernas, con fronteras ideológicas claramente definidas y propuestas de solución a los grandes problemas nacionales.

En la mente de muchos militantes del MRL y de otros sectores políticos del país, se tuvo la idea inicial de que el Frente Nacional se convirtiera en un nuevo partido formado por los hombres progresistas que militaban en el antiguo Partido Conservador y los miembros del antiguo Partido Liberal[205]. Se creía, así, que el Frente Nacional podría transformarse en un partido burgués, progresista, que liquidara "los vestigios feudales" que subsistían en el país y

205 *Cfr.* Miguel Lleras Pizarro: "Las verdades de Juan. Partido nuevo, no único", en *La Calle*, mayo 30 de 1958, editorial, p. 4.

enrumbara la nación por los caminos de la modernidad[206]. Contrariamente a ello, el Frente Nacional se planteó, en la práctica, como un partido "excluyente y hegemónico", desplazando los conflictos interpartidistas al interior de cada una de las colectividades.

Los ideólogos del MRL comprendieron este proceso y en particular los dirigentes de la "línea dura" del movimiento, liderados por Álvaro Uribe Rueda, se propusieron hacer del MRL "un partido moderno y de masas", un "partido del orden democrático frente al orden plutocrático del Frente Nacional"[207]. Paradójicamente, la base electoral del MRL se alimentó de sectores tradicionales, que vieron en el movimiento un espacio de acción legal, para continuar su lucha sectaria contra sus adversarios políticos. No por azar las zonas de mayor influencia del MRL coincidieron con las áreas más afectadas por la violencia conservadora en los años cincuenta.

Otro elemento que debe tenerse en cuenta para examinar las experiencias de fracaso en la constitución de terceras fuerzas políticas, orgánica y políticamente separadas del bipartidismo colombiano, tiene que ver con la heterogeneidad de los partidos tradicionales. En particular en el liberalismo siempre coexistió una variada gama de grupos y tendencias, que hizo posible que su ala supuestamente más progresista asumiera reivindicaciones populares incluso de tinte socialista, confiriéndole una aparente vigencia a sus planteamientos.

Esta heterogeneidad ideológica se refleja en el interior de las corrientes políticas, surgidas del bipartidismo y que han intentado erigirse en organizaciones autónomas. En todas ellas ha sido recurrente la presencia de una polarización interna, con una ausencia de fórmulas mediadoras. En el MRL es clara la existencia de una llamada "línea dura" y una "línea blanda", fenómeno que puede apreciarse en el interior de otras experiencias como la Anapo, y que

---

206 Esta idea fue defendida inicialmente por Álvaro Uribe Rueda, en las primeras editoriales del semanario, *cfr.*, "El Frente Nacional es una alianza contra el país feudal", en *La Calle*, mayo 2 de 1958, editorial, p. 2.

207 Álvaro Uribe Rueda, *La quiebra de los partidos políticos*, Bogotá: Escuela de Estudios Políticos Rafael Uribe Uribe, 1990, pp. 94-96.

está asociado no solo con la sacralización de los principios políticos y sobrevaloración del discurso, que ha caracterizado el ejercicio de la política en Colombia, sino también con las definiciones que exige el sistema a sus contradictores, frente a opciones como la represión y la cooptación política.

El Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y la oposición al Frente Nacional

Hasta mediados de los años ochenta, cuando hace su irrupción en el escenario político la Unión Patriótica, los esfuerzos más relevantes de constitución de terceras fuerzas en el país —al menos electoralmente— estuvieron vinculados, de una u otra forma, a procesos generados en el interior de los dos partidos tradicionales: Liberal y Conservador. En el conjunto de estas experiencias políticas, cabe destacar movimientos como el gaitanismo, en los años cuarenta y, en la década del sesenta, el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y la Alianza Nacional Popular (Anapo).

Estas experiencias políticas que en su momento fueron asumidas como alternativas populares frente al bipartidismo, contando en su base con un amplio espectro social, sucumbieron inevitablemente bajo el doble mecanismo de la represión y la cooptación: no parece ser una casualidad entonces que los gestores de estas disidencias, o bien hayan sido eliminados físicamente al persistir en sus planteamientos políticos, como en el caso de Jorge Eliécer Gaitán, o bien hayan culminado su carrera política en la presidencia de la República —una vez reincorporados a las filas oficialistas— como lo ejemplifica muy bien el caso de Alfonso López Michelsen.

Cabe anotar que aunque estos movimientos tuvieron como matriz germinal los partidos tradicionales, y vistieron el ropaje de

la disidencia partidista, en su desarrollo político adquirieron dinámicas muy propias logrando en algunos casos configurarse como organizaciones separadas —orgánica y políticamente— del bipartidismo. El ejemplo más significativo, en esta dirección, lo constituyó la Alianza Nacional Popular (Anapo) que en 1972 se oficializó como nuevo partido. Paradójicamente, esta decisión estuvo asociada a su declive como fuerza política.

El objetivo de este artículo es estudiar los orígenes históricos de una experiencia particular de oposición, surgida de las filas del Partido Liberal: el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) que constituye una de las disidencias partidistas más importantes del período y, junto a la Alianza Nacional Popular (Anapo), uno de los esfuerzos más significativos en la configuración de terceras fuerzas políticas en el país durante los años de vigencia del Frente Nacional. Mi investigación se enmarca en el período histórico comprendido entre 1957-1960, límites cronológicos que marcan hitos dentro de la historia del movimiento, a la vez que se asocian con coyunturas específicas de la vida política colombiana.

En septiembre de 1957, hace su aparición el primer número del semanario *La Calle*, núcleo germinal que configura el Movimiento de Recuperación Liberal (MRL) —posteriormente conocido como Movimiento Revolucionario Liberal— y que, en el panorama nacional, se corresponde con la convocatoria a un plebiscito que se encarga de legitimar el acuerdo entre los partidos tradicionales (Liberal y Conservador), dando inicio a una nueva etapa de la historia política colombiana conocida con el nombre del Frente Nacional.

En marzo de 1960, se realiza en Bogotá la convención constitutiva del movimiento, la Gran Convención Popular Liberal del teatro California, donde *La Calle* junto con otras fuerzas políticas se constituyen en una disidencia del Partido Liberal, anunciando su voluntad de participar en las próximas elecciones con listas propias. En el plano nacional, este año se asocia con la coyuntura electoral de marzo de 1960.

Mi indagación se orientará hacia el estudio de los sectores políticos y sociales que dieron origen al Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), esto es, los núcleos de exguerrilleros liberales abanderados por Rafael Rangel; el Movimiento Agrario del Sumapaz, liderado por Juan de la Cruz Varela; el Movimiento de Los Destechados orientado por Alfonso Barberena y, el Partido Comunista Colombiano. Estableciendo, en cada caso, sus puntos de acuerdo y desacuerdo alrededor de dos grandes propuestas políticas, que se fusionarán para dar origen al MRL: la Gran Convención Popular Liberal, promovida por el semanario *La Calle*, y El Movimiento de Unidad Popular impulsado por el semanario *La Gaceta*.

Los límites del Frente Nacional

El Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) no surge como un proyecto político terminado. Sus contornos ideológicos se van definiendo en correspondencia con los desarrollos del Frente Nacional. En este proceso, que podemos enmarcar entre septiembre de 1957, cuando hace su aparición el semanario *La Calle,* y febrero de 1960, fecha de realización de su primera gran convención, el movimiento logra canalizar buena parte de la inconformidad con el Frente Nacional.

Los gobiernos conservadores de Ospina Pérez (1946-1950), Laureano Gómez (1950-53), así como la dictadura militar de Rojas Pinilla (1953-1957), habían estado rodeados por una atmósfera de violencia oficial y censura a los medios de comunicación. El Partido Comunista se hallaba ilegalizado, mientras que las organizaciones sindicales se encontraban seriamente debilitadas, a consecuencia de la dura represión desencadenada contra ellas. En las ciudades, los estudiantes constituían el frente más importante de resistencia, en tanto que en las áreas rurales, la autodefensa armada, se convertía en la principal forma de lucha contra el régimen.

Después de caída la dictadura, tras las combativas Jornadas de Mayo (1957), y la instauración de una Junta Militar de Gobierno Provisional (1957-1958), el país empieza a respirar un aparente

ambiente de reconciliación: muchos de los presos políticos recobran su libertad, los opositores en el exilio retornan al país, mientras que aquellos que conspiraban en la clandestinidad, hacen uso de la nueva legalidad.

Este caudal humano represado cerca de una década por los regímenes dictatoriales, irrumpe impetuosamente a la vida política nacional, deseoso de copar los espacios abiertos por la caída del gobierno militar. Pero este entusiasmo inicial muy pronto se verá frustrado por los diques que a la participación impondrá el pacto del Frente Nacional.

Dicho acuerdo que, como vimos en el capítulo anterior, consagra constitucionalmente instituciones antidemocráticas como la paridad y la alternación presidencial, revelará un carácter claramente excluyente, dejando por fuera de la actividad política a todas las organizaciones y partidos diferentes al Liberal y Conservador e incluso a facciones de los dos partidos que no comulgan con la política del Frente Nacional.

De esta forma una importante franja de la sociedad civil, con anhelos de participación política, que busca a través de ella la realización de sus ideales democráticos o simples intereses burocráticos, pero que no se sienten interpretados por las fórmulas del Frente Nacional, coinciden en la necesidad de generar un espacio político alternativo. Los esfuerzos en esa dirección culminarán en la creación de una disidencia política dentro de las filas del Partido Liberal: El Movimiento de Recuperación Liberal que posteriormente se transformará en el Movimiento Revolucionario Liberal.

Esta propuesta política, que empieza a delinearse en las páginas del semanario *La Calle*, servirá como espacio de confluencia de numerosos sectores que partiendo de motivaciones muy distintas, se identificarán en su rechazo a los acuerdos consagrados por el Frente Nacional.

Por una parte, existía una gran masa de liberales que, a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, participaron en la resistencia contra los regímenes conservadores. Este grupo de gentes veían en su adversario político a los responsables del

asesinato de su máximo líder, Jorge Eliécer Gaitán, y los victimarios de familiares y amigos, que habían padecido los horrores de la violencia conservadora. Para esta generación, las heridas estaban demasiado frescas, y les resultaba difícil pensar en un acuerdo de paz sin que existiera antes un castigo ejemplar a sus responsables:

> (…) con la política del Frente Nacional —decía el representante liberal Liborio Chica Hincapié—, con esta política del perdón, con esta política de la magnanimidad de que se nos habla todos los días, del olvido a nuestros errores pasados, estamos llegando a la impunidad, estamos encubriendo delitos cometidos durante las épocas anteriores que precisamente el nuevo régimen ha debido sancionar ejemplarmente como se ha hecho en los demás países donde triunfa una revolución[208].

En esa lógica política, el Frente Nacional aparecía como una fórmula "perversa" para algunos liberales porque además de cubrir el pasado con un manto de olvido, ofrecía a una colectividad, que en el pasado había demostrado ser electoralmente minoritaria, las mismas garantías que supuestamente le deberían corresponder al Partido Liberal. La paridad en las corporaciones públicas y la alternación presidencial eran asumidas por esta masa liberal como una derrota. El MRL supo explotar con fines electorales, este sentimiento anticonservador lo cual permite explicar, hasta cierto punto, por qué el movimiento tuvo una mayor receptividad en las zonas del país más afectadas por la violencia.

Por otra parte, existía un núcleo de liberales (en el sentido clásico del término), progresistas unos, con ideales socialistas otros, preocupados por la construcción de un sistema democrático, y que se presentaban como herederos de la corriente popular del liberalismo liderada en el pasado por hombres como Rafael Uribe Uribe, Alfonso López Pumarejo y Jorge Eliécer Gaitán. Para esta joven generación de liberales, el Frente Nacional aparecía como

208 Liborio Chica Hincapié, intervención en la sesión del 3 de septiembre de 1959, en *Anales del Congreso*, septiembre 3 de 1959.

la negación misma del liberalismo, no solo por sus contenidos antidemocráticos, sino por la circunstancia misma del pacto, que bloqueaba ideológicamente a su partido y lo colocaba en condición de simple administrador de la burocracia. Haciendo eco de estas inquietudes, se preguntaba el representante Ernesto Vela Angulo, en un debate en torno a la alternación, realizado en el Congreso:

> ¿Podemos estar de acuerdo nosotros con aquellos que dicen que se puede eliminar la democracia para después volver a la democracia? ¿Hasta cuándo vamos a estar educando al pueblo para que sea demócrata? ¿Hasta que la casta se llene de ganancias?, ¿hasta cuando las castas se pongan llenas de frutos? ¿Hasta cuándo nuestro pueblo va a ser aprendiz de democracia?[209].

Igualmente, organizaciones políticas como el Partido Comunista, que contaba con una larga tradición de lucha, tenía razones no solo ideológicas sino de mecánica política, para oponerse al Frente Nacional y buscar cobertura bajo las banderas de un movimiento liberal, ya que el acuerdo bipartidista, al establecer el monopolio político para las dos colectividades tradicionales, excluía la participación de cualquier otra agrupación política.

Finalmente, pueden señalarse sectores de los partidos tradicionales que por una u otra razón habían sido excluidos de direcciones oficialistas o de las listas electorales de su partido, y que buscaron amparo político en esta disidencia partidista[210].

Los imaginarios políticos del MRL

Aunque en un principio, los promotores del semanario *La Calle* parecían preocupados por romper cualquier nexo que los vinculara con un pasado doctrinario dentro de su partido y se esforzaron por

209 Intervención del representante Ernesto Vela Angulo en la sesión vespertina del 2 de septiembre de 1959, en *Anales del Congreso*, septiembre 15 de 1959, p. 2709.

210 Entrevista con Luis Villar Borda, Bogotá, diciembre 29 de 1993.

presentarse a la opinión pública como un movimiento ideológicamente renovado, a tono con las nuevas realidades del país[211], muy pronto comprendieron la importancia de recuperar los símbolos liberales. Las ediciones de *La Calle* del 23 de octubre al 13 de noviembre de 1959 publicaron, sucesivamente, en primera página, fotografías de pro hombres del liberalismo, como Alfonso López Pumarejo, Rafael Uribe Uribe, Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay, con fragmentos de sus discursos que hablaban del verdadero liberalismo como un partido con arraigo en el pueblo. A un mes de realizarse la Convención Popular del Liberalismo, los ideólogos de *La Calle* preparaban el terreno para la insurgencia del Movimiento de Recuperación Liberal.

Por estas mismas fechas, Iván López Botero publicaba en el semanario una nota editorial donde aludía al "hilo perdido de la Revolución en Marcha". Pocos días después, el 19 de noviembre de 1959, muere en Londres el expresidente Alfonso López Pumarejo, principal artífice de esta política, y *La Calle* lanza su consigna de "recuperar el hilo perdido de la Revolución en Marcha", dando cuerpo al mito fundador del MRL.

Con el nombre de Revolución en Marcha se conoció el programa de cambio desarrollado por el presidente Alfonso López Pumarejo (1934-1938), quien impulsara en los años treinta un plan de reformas que significó para el país una serie de transformaciones en el plano social, político y económico, que habrían de dejar una profunda huella en la vida nacional. El gobierno de la Revolución en Marcha contó con la adhesión de los sectores populares y, en particular, de la clase trabajadora, que encontró una nueva actitud frente a sus problemas laborales, favoreciendo la intervención estatal en

211 En una editorial del 26 de junio del 59 escribía López Michelsen: "... nosotros tenemos, desde hace casi veinte años, nuestros propios conceptos sobre la política nacional, que corren publicados en escritos periódicos, conferencias universitarias, novelas y ensayos sociológicos, que cubren desde las cuestiones económicas hasta la influencia de los factores religiosos en nuestra organización democrática [...] LA CALLE puede participar con tesis propias en cualquier mesa redonda o en el paraninfo de cualquier universidad, ¿para qué vamos a necesitar entonces banderas ajenas, así sean las de la revolución en marcha o las de la restauración moral?"

la solución conciliada de los conflictos, consagrando el derecho a la huelga —salvo en los servicios públicos— y estimulando la constitución de organizaciones gremiales y sindicales que, hasta el momento, habían sido duramente reprimidas.

Sin embargo, el proyecto de la Revolución en Marcha no pudo llevarse a término no solo por la oposición del Partido Conservador, la Iglesia y un sector importante del Partido Liberal, sino también por la decisión misma del presidente López Pumarejo de decretar una pausa en sus reformas. Su reelección para el período 1942-1946 no significó un avance sustancial en sus propósitos reformistas iniciales.

En 1945, López se vio precisado a renunciar, y las esperanzas de dar continuidad a la Revolución en Marcha aparecían definitivamente truncadas, dando paso a la inconformidad popular:

> (…) la pausa en esta empresa fecunda es el supremo factor determinante de nuestros males presentes —escribía López Botero—. ¿Acaso no se ha dicho que no existe momento más propicio a la violencia que aquel en que la experiencia cotidiana de los ciudadanos es una vida de desencanto con los bienes prometidos y que fueron invitados a acariciar?[212].

Así lo entendió una joven generación de liberales lopistas, que habían sido colaboradores durante su gobierno y que comprendieron la necesidad de retomar sus banderas. Entre este grupo de jóvenes cabe destacar a Felipe Salazar Santos, Álvaro Uribe Rueda, Iván López Botero, Ramiro de la Espriella, Indalecio Liévano Aguirre, que posteriormente se convertirían en figuras centrales del Movimiento Revolucionario Liberal.

Para esta joven generación, formada dentro de la República liberal (1930-1945), López había sido el primer mandatario colombiano en tomar conciencia que en el país se estaba gestando una lucha entre las fuerzas tradicionales y el país moderno y no

212 Iván López Botero: "El hilo perdido de la Revolución en Marcha", en *La Calle*, octubre 23 de 1959, p. 5.

dudaban en calificarlo como el más esclarecido estadista de la burguesía colombiana:

> López comprendió los cambios de fondo que se operaban en la estructura social y económica de Colombia y se entregó a la tarea de ponerla a tono con las nuevas realidades. El país se transformó bajo su dirección. La clase retardataria de los latifundistas fue sustituida por una burguesía progresista; vinieron la industrialización y el surgimiento de un proletariado urbano; y con ellos, todos los factores de progreso democrático y desarrollo económico que nos han puesto en el camino de convertirnos en un país moderno, acorde con las corrientes contemporáneas[213].

Este núcleo embrionario del MRL, que no logró acceder al poder por la renuncia del presidente López y la consecuente caída del Partido Liberal (1946), planteará, ya dentro del MRL, la necesidad de "retomar el hilo perdido de la Revolución en Marcha", queriendo significar con ello

> que el país debería poner en movimiento nuevamente el motor del desarrollo social y el partido liberal volver a ser lo que las masas, desde ciento cincuenta años atrás han querido que fuese: el partido del Pueblo, una formación de avanzada, un ejército en plan de ofensiva, el vehículo de progreso, la vanguardia de la Revolución[214].

El MRL sería el canal para llevar a término la revolución frustrada.

Al detenerse el curso de la Revolución en Marcha, Jorge Eliécer Gaitán aparece en los años cuarenta como el abanderado de las transformaciones democráticas. Su fraseología antioligárquica, su

213 Felipe Salazar Santos: "El señor López", en *La Calle*, noviembre 20 de 1959, p. 5.

214 Álvaro Uribe Rueda: "La herencia del señor López", en *La Calle*, diciembre 4 de 1959.

llamado al país nacional, su discurso suprapartidista, y su ardiente oratoria, hacían de él, el líder popular con mayor audiencia. Su asesinato, el 9 de abril de 1948, sería una nueva frustración para el pueblo colombiano.

La herencia del discurso gaitanista en el MRL se conservó a través de líderes regionales, como el dirigente agrario del Sumapaz, Juan de la Cruz Varela, que se había adherido a Gaitán, desde que este se reveló en los años treinta como vocero de los campesinos en esa región; igualmente a través de líderes sociales, afectos a Gaitán, como Alfonso Barberena en el Valle del Cauca, Rafael Rangel en Santander y Eduardo Franco Isaza en los Llanos Orientales. Tanto Rangel como Franco Isaza habían encabezado la resistencia armada en respuesta a la violencia conservadora, que se generalizó después del asesinato del caudillo liberal.

Pese a la participación directa de antiguos gaitanistas en el MRL, no puede hablarse de una presencia inmediata de la ideología gaitanista en el discurso político del MRL. La influencia de Gaitán está presente, más bien, en el nivel agitacional y en el recurso oratorio; el gaitanismo "más que una ideología concreta o una obra de gobierno —dice el jefe del MRL— evoca para nosotros un estremecimiento multitudinario del liberalismo en la hora de su mayor infortunio"[215].

La generación de *La Calle*, mucho más cercana a López Pumarejo, veía críticamente el legado de Gaitán, porque consideraban que su movimiento había carecido de una arquitectura organizativa e ideológicamente sólida, lo cual contribuyó a que su movimiento desapareciera con su muerte:

> Gaitán era un caballero andante al frente de su pueblo, empeñado en conquistar el poder del Estado para darle un vuelco a una situación social injusta, que contaba solamente para cumplir una tarea de tanta envergadura con un ejército popular inerme.

215 Alfonso López Michelsen: "Las banderas de Gaitán", en *La Calle*, junio 26 de 1959, p. 2.

> Todo dependía de su persona, de su inmenso prestigio, nos atreveríamos decir que de su sola garganta[216].

Por otra parte, se pensaba que Gaitán había contribuido, de una u otra forma, al proceso de frustración de la Revolución en Marcha al oponerse a la segunda administración de López Pumarejo, aparentemente comprometida con una serie de escándalos políticos, que lograron ser muy bien explotados por la oposición conservadora. Al agitar sus banderas sobre "la restauración moral del país", Gaitán, que para entonces ya era un prestigioso líder popular, desarrolla, al decir de los ideólogos de *La Calle*, "una pugna liberal por el control del favor del pueblo, en un momento en que era necesaria la unión para sacar adelante el programa de la Revolución en Marcha"[217]. A esta valoración negativa de Gaitán, seguramente contribuyeron las apreciaciones de la izquierda, particularmente del Partido Comunista, que en la década del treinta —cuando esta generación estaba en plena formación— atribuía a Gaitán visos fascistas[218].

Aún así, el MRL entiende la importancia de rescatar la figura de Gaitán, y plantea recuperar la plataforma liberal aprobada en la convención popular del teatro Colón por Gaitán:

> (…) si tal cosa equivale a aspirar a la herencia del líder desaparecido —se apresuraba a decir López Michelsen a quienes le acusaban de tomar las banderas gaitanistas— somos culpables

---

216 Álvaro Uribe Rueda: "El caso de Gaitán y su enseñanza", en *La Calle*, abril 10 de 1959, p. 2.

217 Álvaro Uribe Rueda: "Examen de la violencia y los presupuestos de la paz", en *Nueva Crítica*, nº 7, Junio de 1995, p. 2.

218 Hay que recordar que la política internacional orientada por el Komintern planteaba como objetivo central, en ese momento, la lucha de los comunistas del mundo contra el fascismo. No era difícil, entonces, que Gaitán fuese señalado como tal por los comunistas, si tenemos en cuenta que el caudillo liberal había vivido el proceso de ascenso del fascismo, cuando era estudiante de Derecho en Roma y, que además, en su agitación política recurría a métodos publicitarios y de movilización de masas, muy similares a los usados por Mussolini.

> del abuso, pero que, a su turno, se nos permita llamar herederos a Núñez y de Caro a todos los liberales que durante la dictadura reclamaron contra la arbitrariedad, a nombre de la constitución de 1886, obra de los mencionados patricios conservadores[219].

Los espacios de encuentro: La Calle

El semanario *La Calle* hace su aparición el 20 de septiembre de 1957, bajo la dirección de Alfonso López Michelsen, hijo del expresidente López Pumarejo; Álvaro Uribe Rueda, gerente y poco después codirector, y José Font Castro. En torno a este semanario liberal se configuró un grupo de colaboradores permanentes como Miguel Lleras Pizarro, Rafael Maldonado, Pedro Acosta Barrera, Enrique Peñaloza, Vicente Laverde Aponte, Mario Latorre, Iván López Botero, Felipe Salazar Santos, Ramiro de la Espriella, Jorge Child, Indalecio Liévano Aguirre, Francisco Zuleta y otros.

Los promotores del semanario era una generación de liberales que contaba con un conjunto de experiencias intelectual y vivencialmente comunes. Esta generación, en su mayor parte, egresada de las Facultades de Derecho de la Universidad Nacional o la Universidad Libre, cuando estas eran un centro de debate ideológico estrechamente ligado a la actividad política del país, vivió muy de cerca el proceso de la Revolución en Marcha. Al caer el liberalismo y acceder el Partido Conservador al poder (1946), muchos de ellos viajaron al exterior y otros permanecieron en el país tratando de mantener espacios de expresión, bajo condiciones cada vez más difíciles, dada las magnitudes que iba asumiendo la violencia política. Solo hasta 1957, con la caída del gobierno militar, esta generación encuentra una coyuntura favorable para salir a la luz pública. El semanario *La Calle* fue su punto de encuentro.

Para comprender mejor la generación de *La Calle*, es conveniente, entonces, reconstruir el ambiente intelectual, ideológico y

219 Alfonso López Michelsen, *op. cit.*

cultural en que estos jóvenes liberales recibieron su formación[220]. Ante todo, debe señalarse que fueron fruto de la reforma educativa, impulsada por el presidente Alfonso López Pumarejo y que muchos de ellos fueron, como ya se dijo, estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Libre y la Universidad Nacional, que era una universidad "liberal" en el sentido clásico de la palabra, esto es, una universidad tolerante, donde se expresaban todas las corrientes del pensamiento, prevaleciendo una clara orientación progresista.

Entre los profesores que en estos años estuvieron vinculados a la universidad, y que tuvieron una gran influencia en la mente de estos jóvenes liberales, cabe destacar:

1. Un grupo de *intelectuales emigrados de la guerra civil española y de la persecución del fascismo y nazismo europeo*, que a mediados de los años treinta llegaron a Colombia en busca de asilo y que muy pronto empezaron a jugar un importante papel en la vida cultural y académica del país, entre ellos, el profesor José María Ots Capdequí, especialista en asuntos de derecho indiano; Francisco de Abrizqueta, profesor de Estadística; Rafael de la Ureña, que junto con Meyer Linderbugh ejerció la cátedra de Derecho Internacional.
2. *Profesores colombianos* de las más diversas tendencias ideológicas, que combinaban la cátedra universitaria con sus vinculaciones a la vida política colombiana. Sobresalían aquí representantes de la izquierda socialista como Gerardo Molina, que había desarrollado una destacada labor parlamentaria durante el gobierno de López Pumarejo y que posteriormente accedió a la rectoría de la Universidad Nacional; Diego Montaña Cuéllar y Francisco Mujica, ideológicamente cercanos al Partido Comunista; asimismo, un importante núcleo de liberales, que constituyeron el soporte de las reformas constitucionales de López, algunos de los cuales se habían desempeñado durante su administración como ministros, parlamentarios

220 Para la elaboración de este numeral, ha sido de suma importancia los testimonios de los doctores Luis Villar Borda y Álvaro Uribe Rueda, en ese entonces estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional.

o Magistrados de la Corte: Jorge Soto del Corral, Darío Echandía, Carlos Lozano y Lozano, Jorge Eliécer Gaitán, Carlos Lleras Restrepo, Antonio García, Alfonso López Michelsen y Luis Carlos Pérez.

3. Finalmente, encontramos algunos profesores *de orientación conservadora*, como Hernando Carrizosa Pardo.

En cuanto a las lecturas, cabe señalar que además de los autores clásicos como Rousseau, Hegel y Marx, ejercieron una gran influencia en esta generación, libros como *¿Qué es una Constitución?* de Lassalle y *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset. En algunos círculos, más restringidos, se leían las obras y escritos de José Antonio Primo de Rivera[221]. Esta formación se complementaba con un interés por la literatura universal: Thomas Mann, Hermann Hesse, Balzac, Stendhal, Hemingway, John Dos Passos, así como la literatura latinoamericana: Ernesto Sábato, Jorge Luis Borges, Miguel Ángel Asturias y Rómulo Gallegos.

Al despuntar la década del cincuenta, esta generación de estudiantes, ya convertidos en profesionales, se enfrenta a un país desangrado por la violencia, con un Congreso clausurado, con un debate público silenciado y una vida cultural congelada.

El ascenso del gobierno militar de Rojas Pinilla, en junio de 1953, ofrece en sus inicios, un pequeño respiro a esta inquieta generación. Muchos de los que han permanecido en el país aparecen, por estos años, congregados en empresas culturales, literarias o periodísticas tratando de mantener viva la llama de rebeldía, que en lustros anteriores los llevó a luchar al lado de López Pumarejo. Estas experiencias terminaran siendo canalizadas, una vez derrumbada la dictadura, por el semanario *La Calle*.

---

221 Según testimonio del Dr. Álvaro Uribe Rueda, las obras de José Antonio Primo de Rivera tuvieron mucha influencia "porque siendo temas políticos, eran bellamente escritos [...] no lo tomábamos como un fachista puro sino que, al contrario, encontrábamos muchos puntos de contacto que en la literatura oficial no eran destacados, al contrario, era un autor maldito". Entrevista realizada en junio 30 de 1993.

Una de las primeras publicaciones, y tal vez el antecedente más directo de *La Calle* es la revista *Nueva Crítica*, cuyo primer número aparece el 17 de noviembre de 1953, bajo la codirección de Álvaro Uribe Rueda y Felipe Salazar Santos, y que se plantea como objetivo:

> exponer los hechos que afectan la libre actividad de los trabajadores de la inteligencia (escritores, artistas y hombres de ciencia) y los problemas de la cultura patria que, en buena parte, dependen.... del abandono del criterio liberal en el análisis y manejo de los problemas públicos[222].

Esta publicación aglutina a profesores y estudiantes recién egresados de la universidad: Juan Mora Rubio, Plinio Apuleyo Mendoza, Jorge Child, Diego Montaña Cuéllar, Álvaro Rojas de la Espriella, Hugo Latorre Cabal, algunos de ellos futuros colaboradores de *La Calle*.

Las banderas que agita la revista están expresadas en el proyecto de configurar una Alianza Nacional Popular y Democrática que se plantea como objetivos de lucha: el restablecimiento de las libertades públicas, la autonomía nacional basada en la libre determinación política y la realización de una reforma agraria democrática[223]. La revista, que logra moverse entre los laberintos de la censura, privilegiando las temáticas culturales, literarios y de coyuntura internacional, aunque manteniendo una clara orientación política, hace su aparición hasta enero de 1957, cuando la oposición al gobierno militar empieza a adquirir contornos mucho más definidos.

La otra gran experiencia periodística que precede a *La Calle*, fue *El Mercurio*, fundado por Pedro Gómez Valderrama y Mario Laserna, dos reconocidos personajes de la vida política del país, vinculados a los partidos tradicionales, que se proponen elaborar un diario de circulación nacional, tratando de llevar la unidad liberal y

222 *Nueva Crítica*, septiembre-noviembre de 1953, p. 1.

223 *Nueva Crítica,* nº 4, septiembre de 1954, p. 1.

conservadora en todos sus niveles[224]. Se trata de un Frente Nacional periodístico, donde participan antiguos redactores del diario *El Tiempo* —clausurado por el régimen militar—, como Rafael Maldonado y José Font Castro. Este último asumirá, posteriormente, la jefatura de redacción de *La Calle*.

Junto a estas publicaciones, tuvo gran significación la revista *Mito*, fundada por el poeta Jorge Gaitán Durán y *El Observador*, especie de magazín político, dirigido por el economista Jorge Child.

Ya con la caída del general Rojas Pinilla, se restablecen ciertas condiciones mínimas del juego democrático, que habían sido suspendidas por el gobierno militar. Esta nueva situación permite la eclosión de una serie de publicaciones y movimientos que permean no solo el campo de la política sino también de la cultura: *La Calle*, *La Gente*, *La Gaceta*, *Acción Liberal*.

La publicación *La Calle* fue el resultado de una amalgama de todas estas experiencias, y contó con el apoyo financiero de un núcleo de accionistas, motivados por la idea de un semanario liberal, pero identificados con las directrices oficiales del Frente Nacional: Carlos Lleras Restrepo, Virgilio Barco, Enrique Peñaloza, Miguel Fadul y Hernando Agudelo Villa[225].

Alfonso López Michelsen fue escogido como director de este proyecto por su reconocida posición intelectual, plasmada en escritos sobre la realidad nacional como *La estirpe calvinista de las instituciones*, *Cuestiones colombianas*, y su novela *Los elegidos*; pero también por sus vínculos con la Universidad Nacional y la Universidad Libre, donde se había desempeñado como catedrático, circunstancia que lo hacía muy próximo a las inquietudes de esta generación. Además, no era ajena su condición de hijo del expresidente López Pumarejo, que el imaginario liberal muy pronto hizo aparecer como continuación de la "revolución" iniciada por su padre.

---

224 Entrevista con Rafael Maldonado Piedrahita, Bogotá, marzo 26 de 1991.

225 Este grupo de socios oficialistas de *La Calle* muy pronto abandonaron el semanario al ser llamados por el presidente Lleras Camargo para que ocuparan importantes cargos en el gobierno.

El periódico *La Calle* no surgió realmente en sus primeras apariciones, como un periódico de una filosofía determinada y expresa contra el Frente Nacional o como la expresión de un grupo político que surgió como vocero de personalidades que estaban en ese momento comenzando a enarbolar la bandera contra el Frente Nacional.

En los objetivos que se plantea el primer número de esta publicación figura el de

> liberalizar la actitud de las gentes colombianas frente a la realidad nacional, con permitir que se expresen todas las disidencias e inconformidades serias, para iniciar la tarea que se impone en la nueva vida de la República, de realizar una revisión general de los hombres y de los conceptos antes los cuales nos hemos inclinado hasta ahora[226].

Aunque desde sus inicios se suscitaron conflictos en el interior de *La Calle*, el grupo logra mantener su unidad alrededor de una serie de problemáticas que constituyen tema recurrente en las primeras entregas.

El primero de ellos está relacionado con el relevo generacional: el gobierno de Rojas Pinilla, en su intento de distanciarse de los dos partidos tradicionales, buscó su apoyo en compañeros de armas y en políticos de menor figuración, cerrándole el paso a las nuevas promociones de políticos de estas dos colectividades, formados durante la República liberal y que vieron interrumpidos con Rojas sus deseos de intervenir en el manejo de los asuntos públicos.

Estos intentos autonomistas de Rojas Pinilla, unido al clima de represión que acompañó la última etapa de su gobierno, determinó que el juego político entre los dos partidos se restringiera a las decisiones de los "grandes jefes" de las dos colectividades, opacando el accionar de las nuevas generaciones. Esta inquietud, que hacía eco en las páginas de *La Calle*, era expresada por el expresidente López Pumarejo en un reportaje concedido a Jorge Child:

---

226 *La Calle*: Editorial, septiembre 20 de 1957, p. 2.

> (…) hace años que los hombres de las nuevas generaciones han debido entrar en escena, pero la dictadura los detuvo en su camino"[227]. De allí que la idea de los iniciadores de *La Calle* no ha sido otra que la ya expresada por muchos de nosotros en diversas oportunidades de que como en Colombia existe un sinnúmero de unidades de las nuevas generaciones preparadas para toda clase de tareas, a quienes todavía no se le ha brindado la oportunidad de prestar su contingente en el servicio público, es necesario darlos a conocer y estimularlos por sus propios compañeros[228].

Este es el sentido de conformar un Frente Nacional no excluyente que garantice el funcionamiento de las instituciones democráticas y debe tener, como presupuesto, el regreso del liberalismo a participar en el manejo de los asuntos públicos.

Ligado al anterior problema, los editores de *La Calle*, consideraban que el país se había enrutado por el camino capitalista, y que dicho proceso venía acompañado de la aparición de nuevos sectores sociales ligados a la industria, al comercio y al agro, que no encontraban representación en la estructura de los partidos políticos, por esta razón era necesario abrir nuevos canales de expresión, para mantener la estabilidad del sistema. En el semanario *La Calle*, Uribe Rueda hace conciencia de este proceso de desarrollo nacional y de ascenso de los sectores modernos del país, concibiendo *La Calle* como un espacio de "formación de un amplio movimiento democrático de trabajadores, de intelectuales hechos al libre examen, de técnicos, de especialistas, de una clase media liberada, que dentro de la libertad y la democracia política, constituirán un ala izquierda de permanentes inconformes"[229].

Finalmente estaba el problema de la modernización de los partidos políticos.

---

227 *La Calle*: noviembre 29 de 1957, p. 13.

228 *La Calle*: septiembre 20 de 1957, p. 2.

229 Álvaro Uribe Rueda: "Hemos acertado con el país nacional", en *La Calle*, abril 18 de 1958, p. 2.

Los acuerdos políticos del Frente Nacional planteaban una nueva situación para la lucha política bipartidista ya que, al establecer la paridad burocrática, las disputas por el botín burocrático —que durante muchos años había sido el punto de discordia entre liberales y conservadores— supuestamente cesarían. El grupo de *La Calle* pensaba que los partidos políticos deberían dedicarse ahora a la controversia ideológica, ocupándose del estudio de los problemas reales del país y elaborando soluciones para ellos, en vías de superar las viejas costumbres políticas. Esta inquietud la expresaba Enrique Peñaloza en los siguiente términos:

> (…) el país espera que los candidatos no sean solamente los manzanillos de siempre, que todo ofrecen sin cumplir nada, que los candidatos sean apoyados por los electores en función a programas concretos realizables y no en función de las frases de cliché de siempre[230].

El grupo de *La Calle* critica al Partido Liberal su ausencia de objetivos programáticos y de acciones que se correspondan con las nuevas necesidades del país. Álvaro Uribe Rueda, que es el principal abanderado de esta tesis, considera que el Partido Liberal se ha convertido en un partido de clientela, con una adhesión determinada no por las ideas o doctrinas sino por la costumbre y los intereses. Su lucha entonces está orientada a que el Partido Liberal asuma una nueva política, que tenga en cuenta las condiciones actuales y deje de lado las viejas prácticas.

Al lado de esta problemática, está otra no menos importante que es la ausencia de democracia interna en el partido, que permite hablar de un "estado de sitio oligárquico en el partido". La tesis que sustenta *La Calle* es que el Partido Liberal es una colectividad llena de matices y su unidad no se puede conseguir por la imposición de una disciplina férrea, sino a través de la democratización. Si no se hace una renovación democrática del partido, piensan los ideólogos

230 *La Calle*, diciembre 6 de 1957, p. 4.

de *La Calle*, se corre el peligro de que se cierre un canal de expresión de la inconformidad popular, que puede conducir a desbordamientos anárquicos.

La unidad ideológica de los redactores de *La Calle* en torno a estas tres problemáticas no deja de lado el hecho de que, desde el primer momento, se suscitaran matices en el interior del grupo que conllevarían a una primera ruptura al plantearse el problema de la alternación: el sector llerista respaldado por Virgilio Barco, Enrique Peñaloza, Miguel Fadul, Hernando Agudelo Villa, proclives a la reforma constitucional, optaron por retirarse del grupo[231].

La Gaceta

A mediados del 1959, el joven abogado Luis Villar Borda, "el mejor talento político de las izquierdas" en opinión del semanario conservador *La Gente*, regresaba al país con nuevas ideas e inquietudes, después de cursar algunos estudios en Europa y estar en contacto con diferentes realidades políticas de América Latina. En Bogotá decide fundar junto con otros intelectuales —entre ellos: Juan Mora Rubio, Servio Tulio Ruiz, Jorge Child, Francisco Zuleta, Rafael Rivas Posada y Pedro Acosta Barrera—, el semanario *La Gaceta*.

Como parte de este mismo proyecto, el grupo plantea la necesidad de trabajar en la configuración de un movimiento de Unidad Popular que permita aglutinar todas las fuerzas democráticas y progresistas dispersas del país, en dirección a conformar un Frente Nacional, verdaderamente democrático, lo cual suponía

> la estructuración moderna de los partidos y la apertura de un sistema de alianzas, [...] desde la izquierda, hoy proscrita, hasta los sectores tradicionalistas sensibles a la reforma social. Así será posible organizar a la vuelta de pocos años un gobierno en el cual puedan colaborar individuos de todos los horizontes políticos, en

231 Mauricio Botero Montoya: *El MRL,* Universidad Central, 1990, p. 62.

> igualdad de condiciones y sin los aberrantes exclusivismos que conocemos[232].

Este proyecto que terminaría por diluirse en el MRL, convocó a dirigentes populares y sindicales, como Diego Montaña Cuéllar, prestigioso líder de los petroleros de Barrancabermeja, —en ese momento una de las fuerzas sindicales más importante del país—; Alfonso Barberena, antiguo gaitanista quien venía impulsando con mucho éxito, el movimiento pro vivienda popular en el Valle del Cauca; Juan de la Cruz Varela, dirigente agrario con una larga tradición de lucha en la zona del Sumapaz; Eduardo Franco Isaza, antiguo guerrillero liberal de los Llanos Orientales; y Juan Lozano y Lozano, disidente del oficialismo liberal, quien manifestó su deseo de vincularse como colaborador independiente del semanario, pese a que en los años treinta había sido un encarnizado opositor de la política reformista de López Pumarejo, reivindicada por los gestores de esta empresa periodística.

La Gaceta se proyectaba, así, como un espacio de expresión y convergencia del nuevo movimiento.

El semanario sale a la luz pública contando con una dirección colegiada, dentro de la cual ejerce su liderazgo intelectual el Dr. Gerardo Molina, quien se constituye en puente de unión entre las anhelos de cambio de una generación que, en los años treinta impulsó el motor de la Revolución en Marcha y las inquietudes de un grupo de jóvenes profesionales que a finales de los cincuenta y comienzo de los sesenta, se empeñaba en la lucha por una verdadera democratización de la sociedad colombiana.

En ese momento, Gerardo Molina era un reconocido intelectual de izquierda, muy presente en los medios académicos por su destacada labor como profesor y rector de la Universidad Nacional; igual que por su desempeño como senador y representante durante el período liberal. Además, en el ámbito político e intelectual, se le identificaba como genuino defensor de las ideas socialistas, sin romper

232 *La Gaceta*, Editorial, julio 16 de 1959, p. 1.

vínculos con el Partido Liberal y marcando diferencias con el Partido Comunista.

La coyuntura internacional en que hace su aparición *La Gaceta*, constituía un clima propicio para impulsar el nuevo proyecto de unidad popular. Particularmente en el país, numerosos sectores de la población seguían, con gran entusiasmo, los desarrollos del proceso cubano e incluso, algunos empezaban a ver en él, los caminos por los cuales debería transitar la revolución nacional. El carácter amplio y de izquierda de *La Gaceta*, que lo diferenciaba de *La Calle*, cuyos planteamientos aparecían muy anclados todavía en el discurso del Partido Liberal, permitirá al nuevo semanario canalizar las simpatías generadas por la naciente Revolución cubana.

Por las páginas del nuevo semanario, desfilan los escritos y discursos de Fidel Castro y Ernesto Guevara, así como crónicas sobre los cambios revolucionarios que se estaban produciendo en la isla caribeña. Junto a estos informes, aparecen noticias relacionadas con las luchas democráticas desarrolladas por las fuerzas progresistas en diferentes puntos del continente: Acción Democrática en Venezuela, las agrupaciones guerrilleras de Nicaragua y Guatemala, los movimientos contra la dictadura de Stroessner, las luchas del pueblo panameño y los avances democráticos en Chile. Este cuadro se ampliaba con registros noticiosos y de análisis sobre las luchas anticoloniales en África y Asia.

En el plano nacional, *La Gaceta* plantea "la necesidad de coordinar todos los grupos inconformes que hay en el país, animados por el deseo de democratizar la sociedad y el Estado colombiano"[233], alrededor de un proyecto de unidad popular, asumiendo la defensa del sistema del Frente Nacional, entendiendo este como una coalición de fuerzas políticas, orientada hacia la restauración republicana, que posibilite "la participación creciente del pueblo en la decisión de los grandes problemas nacionales".

Las tesis políticas que defiende *La Gaceta*, giran en torno a cuatro puntos que, matizando algunos y enfatizando y ampliando

233 Gerardo Molina: *La Gaceta*, septiembre 10 de 1959, p. 1.

otros, coinciden en líneas generales, con los objetivos trazados por *La Calle*.

En primer lugar, *La Gaceta* parte de considerar que existen dos versiones del Frente Nacional:

> (…) una que podríamos llamar centenarista, lo concibe como un modo de volver a lo que había, de restablecer los valores pretéritos y de dejar en pie las desigualdades sociales, disimuladas apenas por el velo paternal que cubría los contornos de la Colombia pastoral de hace treinta años. La otra versión es dinámica, y arranca de la base de que estamos en un país subdesarrollado que debe hacer en pocos lustros lo que otros realizaron en un siglo, a efecto de garantizarle a los nacionales una vida plena y digna[234].

Estas dos versiones del Frente Nacional eran vistas como expresión de dos tendencias internas del Partido Liberal: una tendencia oligárquica, que había colocado el partido al servicio de los intereses de una minoría; y otra, popular, según la cual el liberalismo debería ejercer el poder —como lo expresara en alguna ocasión, uno de sus máximos ideólogos— "no en provecho de una élite o flor social, sino en el de la inmensa multitud de los que ganan penosamente el pan con el sudor de sus frentes". La primera corriente era identificada, en ese momento, con el pensamiento de Alberto Lleras Camargo, mientras que la segunda correspondía a los planteamientos del expresidente Alfonso López Pumarejo.

En segundo lugar, *La Gaceta* consideraba que desde mediados del presente siglo, fenómenos como la violencia, la industrialización y la incapacidad de los partidos tradicionales para darle una salida a la crisis, había traído como consecuencia las divisiones internas de los partidos, borrando sus diferencias doctrinales y permitiendo la aparición de posiciones de izquierda y de derecha dentro de los partidos tradicionales. Situación que creaba

234 *La Gaceta*, julio 30 de 1959.

condiciones favorables para una aproximación entre los elementos de una y otra colectividad.

Para los ideólogos de *la Gaceta*, este proceso era inevitable, y tarde o temprano tendría que conducir a la fragmentación de los partidos:

> El partido liberal está abocado a fraccionarse, no sabemos cuándo, en una corriente de centro o de derechas que estrechará la alianza con el conservatismo y en una marcadamente popular [...] El imperativo de renovar los programas, la organización y los métodos de trabajo, y la necesidad de darle satisfacción a demandas inaplazables, sobre todo de orden social, acelerarán el fenómeno. De ser cierto esto, la política colombiana ganaría en nitidez, en lógica y en agilidad[235].

Aquí encontramos un punto de diferencia muy importante en relación con *La Calle*, que calificaba de "demagógica" y "populista", estas expresiones de inconformismo surgidas en el interior del Partido Conservador. *La Gaceta*, por el contrario, veía en estos sectores inconformes la posibilidad de un acuerdo entre la izquierda y la derecha progresista, en torno a un programa mínimo.

Paralelamente al alinderamiento de las fuerzas progresistas, *La Gaceta* señala una clara tendencia a la reagrupación de los sectores más retardatarios de los dos partidos alrededor de un Frente Nacional minoritario, lo que ha desembocado en un proceso de conservatización del país en todos sus niveles, ya que mientras el Partido Conservador, reanimado por los pactos de paridad y alternación, ha tomado la iniciativa política, el Partido Liberal ha sido reducido a una actitud conformista y de estancamiento.

Esta actitud conservadora del Partido Liberal ha sido estimulada por el temor que despiertan los cambios democráticos que se suceden en el plano internacional y las demandas cada vez más

235 *La Gaceta:* Editorial, noviembre 19 de 1959, p. 1.

crecientes de justicia social, por las que claman diferentes sectores de la sociedad colombiana.

Para *La Gaceta*, las dos colectividades tradicionales mantenían rasgos característicos de partidos de "élites", con estructuras antidemocráticas expresadas, en el poder omnímodo de sus comités directivos, en las formas de confección de listas para corporaciones públicas, en los mecanismos de financiación a través del aporte de los notables y no de sus afiliados y en la existencia de jefes nacionales y regionales, con capacidad de manejar, a su antojo, las diferentes estructuras partidistas. Todo lo cual las hacía obsoletas para cumplir con las tareas que planteaba el nuevo momento histórico.

Al igual que *La Calle,* el nuevo semanario partía de considerar que la paridad y la alternación, al desplazar las luchas partidistas por el poder hacia la confrontación ideológica, exigía una transformación de los partidos políticos, en entidades políticas modernas, con propuestas de solución frente a los problemas económicos y sociales del país. Para que el Frente Nacional funcione adecuadamente —planteaba en una de sus editoriales—, son necesarias

> organizaciones políticas de tipo moderno, convertidas en escuelas de capacitación cívica para sus miembros y con citaciones frecuentes a estos para que den a conocer sus necesidades y sus aspiraciones. De otra manera el Frente Nacional degenera en una actividad de minorías[236].

En síntesis podemos decir que *La Calle* y *La Gaceta* se convirtieron en dos espacios de convergencia de las fuerzas inconformes con la política del Frente Nacional, aunque con claros puntos de encuentro y desencuentro.

La Calle aglutina sectores liberales disidentes de la política oficial del partido, así como activistas de la resistencia armada a las dictaduras conservadoras: Rafael Rangel, Eduardo Fonseca y Eduardo Franco Isaza, entre otros; movilizándolos hacia la idea de

236 *La Gaceta:* Editorial, octubre 1 de 1959, p. 1.

realizar una Gran Convención Popular del Liberalismo, que recupere la esencia popular del Partido Liberal.

La Gaceta, por su parte, en una perspectiva más amplia, convoca a todas las fuerzas democráticas y progresistas del país, a participar en un proyecto de unidad popular, y agita la propuesta de una conferencia nacional de las fuerzas democráticas.

Esta propuesta —señalan los ideólogos de *La Gaceta*—

> no significa en caso alguno desacuerdo con la proyectada Convención Popular Liberal. Por el contrario, apoyamos decididamente la convocatoria de esa convención y estamos listos a participar en ella. Se trata simplemente de nuestra convicción de que las solas fuerzas de un partido no son suficiente caudal para salvar a Colombia de la grave crisis que en todos los órdenes viene padeciendo, de que una política de salud nacional implica la alianza de las fuerzas democráticas de todos los partidos, sin desconocer los principios de mayoría y minoría en que se funda toda sociedad organizada en los postulados liberales[237].

A este proyecto se integrarán movimientos regionales como el de Los Destechados, en el Valle del Cauca y el Movimiento Agrario del Sumapaz, cuyos líderes si bien provenían del liberalismo, habían conquistado las simpatías de sectores populares del Partido Conservador y del Partido Comunista, con el cual venían adelantando acciones conjuntas.

Algunos colaboradores de *La Calle*, como Jorge Child, Pedro Acosta y Luis Villar Borda, participaron con entusiasmo en el semanario *La Gaceta*, porque veían la necesidad de darle un mayor contenido social al movimiento, superando los marcos partidistas de la propuesta,

> la acentuación del carácter social de la lucha política —planteaban en una de sus editoriales— es lo que a la larga puede darle el

237 *La Gaceta*, septiembre 3 de 1959.

> triunfo al liberalismo popular, pues no habrá sector de la población que permanezca insensible a la agitación de los problemas cuya solución interesa a todos[238].

Los fundadores de *La Gaceta* consideraban que *La Calle* se había formado alrededor de un núcleo selecto de políticos e intelectuales con experiencias comunes, que hacía de ellos un grupo excluyente.

Pero más allá de estas diferencias generacionales, existían puntos de desacuerdo real sobre aspectos concretos de la política nacional. Por ejemplo, en relación a la alternación presidencial —caballito de batalla del semanario *La Calle*— opinaba *La Gaceta*, sin negar el carácter antidemocrático de la reforma, que el debate debería cerrarse cuanto antes "pues el país necesita extinguir todos los pretextos para la reaparición del sectarismo y dedicarse a resolver los problemas que afectan vitalmente a los colombianos"[239].

A los ideólogos de *La Gaceta*, la idea de un presidente conservador no les atemorizaba mucho, en cuanto se trabajara en dirección a aglutinar todas las fuerzas progresistas y se consolidara un sólido sistema de alianzas que fijara sus directrices al ejecutivo.

La aprobación de la alternación presidencial, en septiembre de 1957, al colocar en segundo plano la discusión partidista, facilitó la aproximación de estos dos proyectos, en la medida en que los discursos de *La Calle* se tiñeron de un color más social y los ideólogos de *La Gaceta* asumieron que la unidad popular era posible reivindicando el contenido popular del Partido Liberal. Como fruto de este encuentro nacerá el Movimiento de Recuperación Liberal (MRL), que aglutina una gama de movimientos políticos —como lo señala el cuadro— y de cuyo estudio me ocuparé en las siguientes páginas.

---

238 *La Gaceta*, diciembre 17 de 1959.

239 *La Gaceta*, septiembre 3 de 1959.

Cuadro
Movimientos que participan en la Convención Liberal Popular

<table>
<tr><th colspan="5">Convención Liberal Popular</th></tr>
<tr><td colspan="2">Semanario
La calle
(Álvaro Uribe, Iván López y Felipe Salazar).</td><td colspan="2">Semanario
La gaceta
(Luis Villar, Gerardo Molina, Pedro Acosta).</td><td>Semanario
Voz de la Democracia</td></tr>
<tr><td>Disidentes de directorios liberales oficialistas</td><td>Rafael Rangel
Franco Isaza
Exguerrilleros liberales</td><td>Juan de la Cruz Varela
Movimiento de los Destechados</td><td>Alfonso Barberena
Movimiento Agrario del Sumapaz</td><td>Partido Comunista Colombiano</td></tr>
</table>

Movimientos que acuden a la cita: exguerrilleros liberales

El Movimiento de Recuperación Liberal abrió un espacio de participación a sectores liberales que habían formado parte de la resistencia armada contra las dictaduras conservadoras en Santander y los Llanos Orientales. Los orígenes de estos grupos armados se pueden establecer hacia finales de 1949 y comienzos de 1950, cuando la violencia política en el país alcanzó niveles insospechados.

La protesta popular que generó el asesinato del líder Jorge Eliécer Gaitán, sirvió de pretexto al gobierno conservador de Ospina Pérez (1946-1948) para acrecentar, a través de sus aparatos represivos de Estado, el terrorismo oficial, el cual se extendió en las zonas rurales. La policía "chulavita" creada por el régimen

conservador invadió los poblados que tenían una gran presencia liberal y comunista, asesinando indiscriminadamente a sus moradores, y sembrando una ola de pánico en los vecindarios.

Como respuesta a esta violencia oficial, la resistencia armada se generalizó en diferentes regiones del país: en los Llanos Orientales junto a núcleos guerrilleros constituidos por clanes familiares, emergen figuras individuales como Eliseo Velásquez, Franco Isaza, Guadalupe Salcedo y otros dirigentes populares que se colocan al frente de la lucha. En el suroeste antioqueño el símbolo de la resistencia es Juan de Jesús Franco; en el sur de Córdoba actúa Julio Guerra y en el noroeste de Cundinamarca, Saúl Fajardo.

En el sur del Tolima, el desarrollo de la lucha armada es más complejo, en la medida en que se conforman dos vertientes, una liberal y otra comunista, con profundas rivalidades entre sí. Dentro de la guerrilla liberal sobresalen figuras como Jesús María Oviedo ("Mariachi"), Leopoldo García ("Peligro"), Gerardo Loaiza y Hermógenes Vargas ("Vencedor"). Respecto a la guerrilla comunista haré referencia más adelante.

A lo largo de cuatro años de lucha, estos núcleos guerrilleros fueron avanzando de objetivos puramente políticos a reivindicaciones con un profundo contenido social. El golpe militar de Rojas Pinilla (1953) y sus ofrecimientos de "paz, justicia y libertad", detienen este proceso y operan en favor de la desmovilización de los combatientes liberales.

Hasta el momento es poca la información que se tiene acerca de la trayectoria que siguieron estos líderes guerrilleros una vez vinculados a la vida civil. Sin embargo, existen indicios que nos permiten afirmar que algunos de ellos, cuando se recrudeció la violencia y se dieron cuenta que la amnistía había sido un engaño y que muchos de los combatientes eran asesinados en circunstancias no muy claras, empezaron a reagruparse y a constituir organizaciones para luchar por sus derechos.

En julio de 1959, un contingente de exguerrilleros del Llano, dirigidos por Jorge González Olmos, con la asesoría de jóvenes intelectuales como Luis Villar Borda, Hernando Garavito Muñoz,

constituye la Asociación Campesina del Upía, que se plantea como objetivos:

1. La defensa de los colonos campesinos, pobres, pequeños y medianos propietarios, y la obtención de sus correspondientes títulos de propiedad.
2. El desarrollo económico de la región, mejoramiento de las condiciones de vida de sus afiliados, y creación de escuelas, centros de higiene y sucursales de la caja de crédito.
3. La reconstrucción y rehabilitación de esos territorios y la rápida terminación de una carretera que vincule a tales poblaciones con el interior del país[240].

Organizaciones con objetivos muy similares se conformaron en otros escenarios donde se había desarrollado la lucha guerrillera. Estas agrupaciones manifestaban su rechazo a la política excluyente del Frente Nacional, y por su naturaleza política, aparecían muy receptivas al discurso liberal del MRL.

Otros jefes de la resistencia armada continuaron en las filas del Partido Liberal, defendiendo las banderas gaitanistas. El ejemplo más significativo es el de Rafael Rangel, quien después del asesinato del caudillo liberal había participado en la conformación de una junta revolucionaria en Barrancabermeja, convirtiéndose, posteriormente, en el símbolo de la resistencia en las regiones del Valle del Magdalena próximas a Barranca, Puerto Wilches, San Vicente y Carare.

Después de la amnistía concedida por Rojas Pinilla, y el consecuente asesinato de los líderes guerrilleros, Rangel busca refugio en la vecina nación de Venezuela y regresa al país a principios de 1960. Para entonces la disidencia liberal encabezada por los ideólogos de *La Calle* venía abriéndose paso, con firmeza. Rangel encuentra en el nuevo movimiento un espacio político para la recuperación de las tesis del liberalismo popular orientado por Gaitán:

240 *La Gaceta*, julio 16 de 1959, p. 1.

> Considero —dice Rangel— que este es el mejor momento para invitaros a iniciar una organización funcional y democrática del partido liberal, donde sea el pueblo quien se dé sus propios dirigentes. En este campo de la organización del partido en función democrática, económica, ideológica y de prestación social como entidad organizada modernamente, nada tenemos que inventar en lo literario, pues los estatutos del partido lo reglamentan todo, en un conjunto de normas armónicas de dinámica política que reflejan el verdadero pensamiento y querer del pueblo liberal sobre la manera como debe gobernarse internamente la colectividad. Hacer que esos estatutos aprobados por la convención popular del liberalismo, celebrada en el Teatro Colón de Bogotá el día 18 de enero de 1947, la última que ha podido celebrar el partido desde que la tiranía destrozó la vida civil de la república, recobren su plena vigencia, es tarea que debe emprenderse de inmediato a través de la acción de las masas liberales, dirigida desde luego, en primer término a darse una organización ajustada cabalmente al ordenamiento estatutario[241].

Movimiento Agrario del Sumapaz

El Movimiento Agrario del Sumapaz tiene sus orígenes en las luchas agrarias iniciadas por Erasmo Valencia, un exoficial del ejército, que tenía en sus manos la dirección del periódico *Claridad* y había fundado en 1933 el Partido Agrario Nacional (PAN), una organización campesina de alcances muy regionales, que sin embargo, logró erigirse en abanderada de las luchas de los colonos del Sumapaz. Bajo los estandartes de este movimiento germinaron prestigiosos líderes agraristas como Juan de la Cruz Varela, Facundo Díaz y Teodomiro Muñoz, que en los años cuarenta continuarían, desde las filas gaitanistas, la obra iniciada por Erasmo Valencia.

241 Rafael Rangel: "Discurso en Barrancabermeja", en *La Calle,* enero 8 de 1960, p. 13.

Las causas del conflicto agrario en esta región estuvieron asociadas a las pretensiones de los propietarios de expulsar a los campesinos que laboraban estas tierras, en condición de arrendatarios:

> Los campesinos habían iniciado un pleito para quedarse con la tierra en calidad de propietarios, alegando su posesión y cultivo durante más de veinte años, lo cual en lenguaje jurídico se llama prescripción. Los campesinos resistieron oponiéndole la astucia o la resistencia armada, según el caso[242].

A esto contribuyó la legislación de tierras impulsada por el entonces presidente, Alfonso López Pumarejo.

En este proceso de lucha por la tierra destaca el líder campesino Juan de la Cruz Varela, nacido en Ráquira (Boyacá) en 1907 y quien había emigrado tempranamente con sus padres a la región del Sumapaz. Juan de la Cruz apenas había cursado dos años de primaria, pero muy pronto sus dotes de dirigente social se hicieron presentes, alcanzando la dirección del movimiento después de la muerte de Erasmo Valencia. Desde entonces su carrera política en defensa de la causa campesina fue en rápido ascenso hasta lograr en 1946 la presidencia de la Asamblea del Tolima, encabezando las listas del movimiento gaitanista.

Después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán (1948) se multiplicaron las masacres y las presiones de los latifundistas, que insistían en recuperar las tierras que le habían sido "arrebatadas" por los campesinos en los años treinta. La región del Sumapaz fue declarada, entonces, "zona de guerra":

> Desde el puente natural de Icononzo —relata Varela—, formado por rocas sobre un estrecho desfiladero de ochenta metros de profundidad se arrojaba a los campesinos vivos. Sus cuerpos destrozados caían al río [...] Tal número de cadáveres cayó al

242 *Cromos*, agosto 11 de 1958, p. 16.

> desfiladero que en una ocasión hubo que correr la voz por toda la región: no beber las aguas del río [...] Estaban envenenadas por la putrefacción de los cuerpos[243].

Como respuesta a esta ola de violencia, los campesinos optaron por tomar las armas como medida de legítima defensa. Varela, que para entonces había estrechado vínculos con el Partido Comunista, fue elegido, en 1952, comandante y dirigente político de la resistencia armada[244].

Con la amnistía ofrecida por el gobierno militar de Rojas (1953), los ejércitos de Varela se desmovilizaron pero conservando sus armas, "por si acaso". La región del Sumapaz quedó entonces en suspenso hasta principios de 1954, cuando el general, cediendo a las presiones revanchistas de los terratenientes de la región, declaró el Sumapaz "zona de operaciones militares": "... sobre nosotros —cuenta un protagonista de los hechos— fue lanzado lo más poderoso y granado que tenía entonces la dictadura militar: diez mil hombres armados hasta los dientes, cañones, tanques, aviones de propulsión a chorro; convirtieron nuestras tranquilas aldeas en un infierno"[245]. Varela, que reorganizó la resistencia, logró eludir la acción del ejército y refugiarse en el Alto Sumapaz[246].

Con la caída de la dictadura militar, y la instauración de la política del Frente Nacional, vinieron los planes de rehabilitación y los decretos de reincorporación de los alzados en armas a la vida civil. Los guerrilleros del Sumapaz suspendieron sus acciones militares,

---

243 Pedro Acosta Borrero: "Juan de la Cruz Varela: Treinta años de lucha por los campesinos", en *La Gaceta*, febrero 4 de 1960, p. 3.

244 Medófilo Medina: *Cuadernos de Historia del PCC*. Bogotá: CEIS/INEDO, 1989, p. 68.

245 Julián Granados Plata: "Nos visita un héroe de la resistencia", en *El Liberal*, Barrancabermeja, mayo 10 de 1959, p. 7.

246 Gonzalo Sánchez: "La violencia: de Rojas al Frente Nacional", en *Nueva historia de Colombia*, tomo II, Bogotá: Planeta, 1989, p. 167.

sin hacer entrega de las armas, y conservaron sus estructuras organizativas, basadas en comités de autodefensa[247].

Respecto a la estructura productiva de estas colonias campesinas señalaba Varela:

> (…) están habitadas por unos seis mil hombres. Las tierras son de primera, repartidas en propiedades tituladas, y explotadas directamente por el sistema de "parambero", es decir, el propietario titular de la tierra pone el suelo, la semilla, las herramientas, sostiene al campesino que solo pone su trabajo y se dividen por mitad la cosechas[248].

A raíz de estos hechos, un grupo de diputados de la Asamblea de Cundinamarca —de la cual era miembro Juan de la Cruz Varela— le exigió su renuncia a finales de 1958, acusándolo de mantener un estado soberano en el Sumapaz y de convertir la región en un centro de adoctrinamiento marxista. El debate, que sirvió de tribuna a Varela para denunciar la situación económica de esta zona agraria, concluyó con la aprobación de un plan de rehabilitación para el Sumapaz.

Aunque el movimiento de Juan de la Cruz tenía un radio de influencia circunscrito regionalmente, para finales de los años cincuenta ganaba simpatías nacionales, ya que, la lucha por una reforma agraria democrática convocaba a millares de campesinos en todo el país. En estas condiciones, se celebró, en noviembre de 1959, el Primer Congreso Nacional Campesino, en el cual se propuso una plataforma de lucha, que consagraba los siguientes puntos:

---

247 En una crónica sobre el Sumapaz aparecida en la revista *Cromos*, el 11 de agosto de 1958, se señalaba: "Los comités han organizado grupos de teatro campesino y celebran reuniones de estudio gracias a los pocos libros de cultura general que han logrado reunir. Cada cierto tiempo organizan festivales culturales en los cuales se baila, se canta, se hacen representaciones de teatro con breves obritas hechas por ellos mismos y que generalmente versan sobre la violencia y sobre los problemas del campo".

248 Jorge Child: *Op. cit.*, p. 9.

1. Expropiación, por motivos de utilidad pública, de tierras que no estén explotadas económicamente y que tengan una extensión mayor a 250 hectáreas. Los propietarios serán indemnizados con bonos agrarios nacionales, tomando en consideración los avalúos catastrales congelados en 1957.
2. Otorgación de títulos de propiedad del terreno que explotan a aparceros, colonos, mineros terrasgueros, poramberos u ocupantes de hecho, así como para aquellos que las ocupen en un plazo establecido por el Consejo Agrario Nacional, sin que excedan las 50 hectáreas.
3. Creación de organismos agrarios encargados de adelantar las expropiaciones, realizar planes de parcelación, emitir bonos agrarios, facilitar a los campesinos créditos así como ayuda técnica y medios indispensables para su actividad.
4. Prohibición de contratos de porrambería, terrazguería y mediería, y fijación de un salario mínimo para los trabajadores agrícolas.
5. Cancelación de los contratos de compra-venta de predios en las zonas que haya habido violencia, después del 9 de abril de 1948 y declaración de la moratoria en las deudas contraídas por los damnificados de la violencia por un plazo de 20 años, sin intereses y con un 50 % de rebaja del capital[249].

Algunas de estas reivindicaciones serán incorporadas, con mayor radicalidad, al programa del nuevo movimiento, y, al iniciar la década del sesenta, se constituirá en una de sus principales banderas.

Convencido de la necesidad de una alianza de todas las fuerzas democráticas, que en ese momento se hallaban dispersas en el país, Varela suscribe, junto con Alfonso Barberena, la propuesta de creación de un movimiento de unidad popular, impulsado por el grupo *La Gaceta*. Estos esfuerzos, unidos a los de *La Calle*, desembocarán en la conformación del Movimiento de Recuperación Liberal (MRL).

Las dimensiones nacionales que fue adquiriendo la figura de Varela, a lo cual contribuyeron, sin duda, sus propios enemigos, el respaldo electoral significativo, obtenido en los comicios electorales

249 *La Gaceta*, noviembre 26 de 1959.

de 1958, así como sus propuestas de unidad popular y sus "guiños al comunismo", en un momento en que el fantasma de la reforma agraria cubana recorría todo el continente, hicieron del líder agrario y su movimiento, un blanco perfecto de los terratenientes.

Los asesinatos a dirigentes agrarios empezaron a sucederse uno tras otro: el 26 de noviembre de 1959 cae asesinado, en la población de Pandi (Cundinamarca), el dirigente comunista José A. Rojas; el 9 de enero, un cabo de policía siega la vida de Silvestre Bermúdez, "Mediavida", miembro de las directivas locales del liberalismo; posteriormente cae asesinado el exguerrillero Hermógenes Vargas "Vencedor"; y el 11 de enero es ultimado en Gaitania, Jacobo Prías Alape "Charro Negro", miembro del comité central del Partido Comunista, muerte atribuida a José María Oviedo "Mariachi", un guerrillero liberal amnistiado, puesto al servicio de los intereses latifundistas.

Un informe especial publicado por *La Calle*, el 19 de febrero de 1960, daba a conocer una larga lista de activistas del Partido Comunista y de dirigentes agrarios asesinados en los últimos cuatro meses. Allí mismo se denunciaban las actividades delictivas de cuadrillas armadas al mando de Marco Jiménez "Resortes", José Chambueta "El burro" y Alfonso Sánchez "Cucarrón", patrocinados por los propietarios de la región y contando con el amparo oficial.

La Convención Nacional del Liberalismo Popular, reunida el 13 de febrero, en el teatro California, aprobó una proposición de condena a esta violencia, denunciando sus orígenes oficiales[250]. Un día después, Varela fue víctima de un atentado en las puertas de la Universidad Externado de Bogotá, en el que salió gravemente herido su hijo Teodosio Varela[251]. La gran prensa se apresuró a sugerir que el atentado a Varela era consecuencia de las divergencias surgidas en la Convención del Liberalismo Popular entre los diferentes sectores del nuevo movimiento[252].

---

250 Juan de la Cruz Varela: "¿Por qué mataron a 'Mediavida'?", en *La Calle*, p. 8.

251 La Gaceta, febrero 18 de 1960.

252 El atentado contra Varela. Perry acusa al liberalismo popular, en *La Calle*, p. 8.

Por su parte, Varela, desmintiendo estas versiones, en una carta fechada el 5 de marzo de 1960, explicaba el atentado contra su vida como parte de

> un plan terrorista con el beneplácito de ciertos sectores gubernamentales y políticos oficialistas, encaminado al exterminio de todos los dirigentes más destacados en la resistencia contra las dictaduras, en el afán de crear situaciones artificiales conflictivas en las zonas donde existen organizaciones campesinas y movimientos populares, a fin de volver a arrastrarlos nuevamente a un estado de violencia y no permitir la libre expresión de su voluntad en la escogencia de sus voceros a los cuerpos colegiados[253].

El Movimiento de Los Destechados

El Movimiento de Los Destechados, constituido en torno a la figura de Alfonso Barberena, fue un movimiento de carácter cívico y social, dirigido a conseguir vivienda para una enorme masa de familias que carecía de este servicio, sobre todo en la ciudad de Cali y otros municipios del Valle del Cauca. La magnitud de este problema habitacional era puesta de presente en un reportaje publicado por *Voz de la Democracia:*

> (…) en 1943 Cali tenía 116.000 habitantes, en 1957 tiene 429.000, o sea 313.000 más. En ese lapso de 14 años se edificaron viviendas para 168.000, es decir para la mitad de los nuevos pobladores. El resto de esa población no tiene espacio dónde vivir ni, menos, servicios urbanos y constituye el potencial de invasores[254].

El déficit habitacional era, a comienzos de los sesenta, un problema generalizado en todo el país como consecuencia del crecimiento demográfico pero, sobre todo, por los procesos migratorios hacia la ciudad, vinculados al fenómeno de la violencia que

253 Carta fechada marzo 5 de 1960, publicada en *La Calle*, marzo 11 de 1960, p. 14.

254 *Voz de la Democracia*, diciembre de 1957.

estremeció los campos en las décadas anteriores. El censo poblacional realizado en 1951, registraba 56 ciudades con más de 10.000 habitantes. Para entonces, el déficit de viviendas en estas ciudades era de 116.267 unidades.

A mediados de 1955, se contabilizaban 64 ciudades con este estatus poblacional y para 1956 se calculaba un déficit de 174.000 unidades, habiéndose incrementado a un ritmo de 14.500 viviendas por año. Este déficit habitacional afectaba en 35,2 % a Bogotá, 14,4 % a Cali, 9,9 % a Barranquilla y 7,2 % a Medellín[255].

El siguiente cuadro da cuenta del incremento en el déficit poblacional de las principales ciudades del país durante la década de los cincuenta:

Cuadro
Déficit habitacional en las principales ciudades del país (1951-1961)

Ciudad en unidades	Déficit 1951 en unidades	Déficit 1961 en unidades	Incremento en unidades
Bogotá	37.000	73.000	36.000
Cali	12.000	43.000	31.000
Medellín	5.000	30.000	25.000

Fuente: Álvaro Ávila Bernal, *Op. cit.*, p. 5.

Aunque el anterior cuadro nos da en cifras absolutas una idea aproximada de la situación habitacional que vivía el país, en realidad el problema era más agudo, ya que muchas familias vivían hacinadas en casas de inquilinato y en condiciones higiénicas deplorables, sin tener acceso a los servicios públicos básicos. A esto se sumaban los

255 Álvaro Ávila Bernal: "Población y vivienda en Colombia", en Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, Bogotá, febrero 3 de 1974, p. 2.

altos costos de los alquileres, que consumían entre el 30 y 80 % de los ingresos familiares, dejando un margen muy pequeño para la satisfacción de otras necesidades vitales[256].

En este contexto, la importancia de Alfonso Barberena radica en su capacidad para comprender estos problemas, mucho antes de que alcanzaran niveles críticos y aportar soluciones recurriendo a la movilización del pueblo.

Alfonso Barberena cursa estudios de Derecho en la Universidad del Cauca, y, desde entonces, aparecen sus preocupaciones por el problema urbano de la tierra. Sus investigaciones jurídicas en torno a los orígenes de la propiedad inmueble en la ciudad de Cali le llevan a concluir cómo las propiedades de los terratenientes urbanos y rurales han engordado, lentamente, a costa de la expropiación de las tierras ejidales o comunales del municipio[257].

Su actividad política pública se inicia en los años cuarenta, como concejal de Cali por el Partido Liberal y, posteriormente, como representante a la Cámara por esta misma colectividad, es entonces cuando inicia sus luchas por la recuperación de los ejidos urbanos, con el objeto de solucionar los problemas de la vivienda popular.

Los ejidos eran, en los tiempos de la colonia, tierras comunales situadas en los predios de la ciudad y sobre los cuales tenían derechos todos los habitantes pobres de la ciudad. Estas tierras eran administradas por los cabildos, que estaban facultados, previo permiso de la audiencia o del gobierno central, para ser arrendados parcialmente con el objeto de aumentar los ingresos del municipio, sin que pudieran ser enajenados. Los latifundistas que tenían propiedades en los límites con los terrenos ejidales, aprovechando sus influencias, se fueron apoderando, paulatinamente, de estos territorios y los ejidos pasaron a manos de los terratenientes urbanos y rurales.

---

256 Benjamín Jaramillo Zuleta: "Alerta al pueblo: ¡El problema de la vivienda debe solucionarse ya!", en *Convención Popular*, Medellín, octubre de 1959.

257 Revista *Sett*, febrero-marzo de 1963, p. 24.

Fundamentado en estos hechos históricos, Barberena presenta su proyecto de Ley 41 sobre terrenos ejidos (1947), argumentando:

> (…) como la recuperación de los terrenos ejidos ocupados por personas que los tienen reconociendo el dominio del Municipio, es de evidente interés social, ya que sustituyendo el pastoreo de ganado a que los tienen dedicados por la producción agrícola, el rendimiento de estas tierras sería superior, he propuesto que se adquieran rápidamente por el Municipio para que este pueda cumplir con la misión que le corresponde resolver sus problemas vitales[258].

La ley finalmente aprobada establecía la posibilidad de que el municipio pudiera adjudicar, a cada familia pobre, un lote de terreno ejido, siempre que esta comprobara estar radicada en Cali un tiempo no menor de tres años y cuyos hijos hubiesen nacido allí. Amparado en esta ley y desempeñándose como personero de Cali, contribuirá a la solución de los problemas de vivienda a 6.785 familias[259].

El 15 de abril de 1958, funda la Central Pro-vivienda de Colombia,

> un movimiento de inspiración democrática, que incluye gentes de todos los partidos, porque no es de característica partidista sino social. Plantea la necesidad de buscar soluciones concretas a los problemas de vivienda, nivel de vida, instrucción, alimentación e higiene del pueblo colombiano[260].

Muy pronto la nueva organización desarrolla acciones concretas en este sentido, dirigiendo la toma de los terrenos de La Flora, el 11 de septiembre de 1958, y en las que participan cerca de 2.600 hombres, mujeres y niños que enfrentan a la fuerza pública que presurosa

258 Proyecto de Ley 41 sobre terrenos ejidos de Cali, 1947, citado por la revista *Sett*, febrero-marzo de 1963, p. 17.

259 *La Calle*, noviembre de 1958.

260 *La Gaceta*, julio 16 de 1959, p. 1.

acude a desalojarlos[261]; invasiones similares se desarrolla en marzo del año siguiente, inaugurando una nueva modalidad de lucha por la tierra, que obliga a los terratenientes a organizarse en juntas pro defensa del propietario[262].

Aunque Barberena no logró aglutinar en torno suyo un movimiento de dimensiones nacionales[263], en diferentes regiones del país surgieron organizaciones provivienda, que trataron de incorporar la experiencia de su movimiento, aunque con muy poca coordinación entre sí: El 22 de abril de 1959, se crea, en Barrancabermeja, la "Central Pro-vivienda de Colonización y Parcelaciones del Valle del Magdalena (Cenprovicol), dirigida por Robinson Mendoza, Luis Montaña Román, Luis Pantoja, Julio Amaya y José María Calvete[264]; en Barranquilla, las luchas de provivienda culminarán con la fundación de barrios de invasión en Montecristo, Nuevo Mundo y Carrizal[265]

Barberena, al igual que Juan de la Cruz Varela, es consciente de las limitaciones regionales de su movimiento, y de la necesidad de impulsar una organización nacional, con objetivos más amplios, que recoja las banderas populares agitadas por estos movimientos:

> Creo —dice Barberena— que es absolutamente urgente una conferencia de todas las fuerzas democráticas del país para obtener su unificación y formar los contactos necesarios entre ellas con el objeto de crear un bloque ideológico y político que defienda la marcha de la democracia, y reúna los esfuerzos y las iniciativas sociales y políticas revolucionarias que se están presentando

261 *La Calle*, octubre 24 de 1958, p. 3.

262 *Ibid.*

263 Según testimonio de Luis Villar Borda, en la Universidad Libre de Bogotá se organizaron algunos actos con Alfonso Barberena, con el objeto de promoverlo como líder nacional del Movimiento de Unidad Popular. Los resultados de esta campaña, relata Villar Borda, no fueron muy exitosos: "... él era un líder departamental, regional, de mucha importancia, pero no tenía las características de un líder a nivel nacional, porque sus planteamientos eran bastante localistas".

264 *La Gaceta*, agosto 6 de 1959.

265 *La Calle*, enero 29 de 1960.

> aisladamente en el país, como la acción comunal de provivienda en Cali, Barranca, Cúcuta, Barranquilla, las luchas sindicales; los movimientos comunales de los resguardos indígenas del Cauca; los Movimientos agrarios de Sumapaz y de otras regiones, etc[266].

Sus declaraciones en este sentido le valieron el calificativo de "quintacolumnista", por parte del jefe del Partido Liberal y no faltaron quienes pidieran su expulsión de esta colectividad, alegando la creación de un nuevo partido[267]. En la búsqueda de fórmulas para la unidad popular, Barberena considera necesario la creación de un movimiento suprapartidista. Esta idea lo aparta de los planteamientos de *La Calle*, para quienes el Partido Liberal, como partido de las grandes mayorías nacionales, debería convertirse en el elemento hegemónico del nuevo movimiento:

> La unidad popular —afirma Barberena— implica el renunciamiento a todo sectarismo. El pueblo tiene que construir en Colombia su propia política social y, por ello, tiene la necesidad de suprimir toda posición negativa, y dentro de estos negativismos está el anticonservatismo, el antiliberalismo, el anticomunismo [...] Estamos obligados a ejecutar una serie de actos que tengan como finalidad la resolución de los problemas fundamentales de los asalariados, los campesinos y los artesanos[268].

Frente a la alternación Barberena considera que esta debe aceptarse como un mal necesario y plantea que lo verdaderamente importante no es la filiación del presidente, sino que en su elección participe el pueblo:

> (…) la escogencia del candidato a la presidencia no puede hacerse con criterio exclusivista de grupo, al estilo del Papa que señalaba

266 *La Gaceta*, septiembre 10 de 1959, p. 3.

267 *La Gaceta*, noviembre 19 de 1959, p. 2.

268 *Sett*, febrero-marzo de 1963.

> emperador germano. Tampoco a la manera de un sanedrín que lo somete a estudio de otro sanedrín para decirle luego al pueblo: "este será su presidente". No. El pueblo, por medio de sus organismos y voceros autorizados, dira quién, dentro del partido conservador, es el más indicado para gobernar a todos los colombianos[269].

Una vez aprobada la alternación, su aproximación al grupo de *La Calle* es mayor: en noviembre de 1959 participa en la convención de comandos populares del liberalismo en el teatro Colón de Medellín, y en diciembre del mismo año, asiste a la Convención del Liberalismo Popular. Allí sus planteamientos en torno a la lucha por la vivienda, son integrados a la plataforma política del nuevo movimiento.

El Partido Comunista

Después de la caída del gobierno militar de Rojas Pinilla (1957), el Partido Comunista inicia su proceso de reorganización legal en todo el país. Durante más de un lustro, sus militantes se vieron empujados a la clandestinidad, como consecuencia de la violencia desatada por las dictaduras conservadoras de Ospina Pérez y Laureano Gómez y por las disposiciones de la Asamblea Nacional Constituyente de bolsillo, convocada por Rojas, que prohibió, en 1954, las actividades políticas del comunismo.

La consigna que orientó la acción del partido en estos años fue la "autodefensa de masas", lanzada el 7 de noviembre de 1949, pocos días antes de que el presidente Ospina Pérez, dispusiera la clausura del congreso y declarara el estado de sitio en todo el país. La preparación de la autodefensa

> recogía la tradición de las luchas agrarias colombianas desde los años veinte, con baluartes como Tequendama y Sumapaz, a la vez que aprovechaba la lección del movimiento obrero europeo en

269 Declaraciones a *El Siglo*, citado por *El Liberal*, Barrancabermeja.

> diversas coyunturas pero especialmente en el período de preparación del fascismo para el asalto al poder[270].

Bajo esta directriz política, el Partido Comunista desarrolló un papel de primera línea en la configuración de movimientos campesinos armados, en el oriente y sur del Tolima (El Palmar, Villarrica, Chaparral), así como en las regiones del Tequendama y Sumapaz, zonas de influencia del líder agrario Juan de la Cruz Varela. En esta etapa emergen figuras de la resistencia armada como Isauro Yossa ("Mayor Líster"), Luis Alfonso Castañeda ("Mayor Richard"), Jacobo Prías Alape ("Charro Negro") y Pedro Antonio Marín (Manuel Marulanda Vélez).

Con las garantías ofrecidas por la Junta Militar de Gobierno (1957-58) que reemplazó al general Rojas Pinilla, el Partido Comunista emprende un proceso de reconquista de espacios para su acción pública. A mediados de 1957, reaparece el periódico *Voz de la Democracia*, órgano de expresión de los comunistas, bajo la dirección de Juan Francisco Mújica, destacado catedrático de la Universidad Libre.

El plebiscito en favor de la reforma constitucional, votado masivamente el 1º de diciembre de 1957, coloca al Partido Comunista en una situación de "legalidad ilegal", pues si bien permite su acción legal, le restringe sus derechos electorales obligando a sus militantes a sufragar por personas que no son de su partido.

De esta forma, el Partido Comunista participa en las elecciones legislativas de 1958, arropado en las listas disidentes del oficialismo liberal: en Cundinamarca lo hace con los candidatos del Frente Liberal del Pueblo, que elige a Juan de la Cruz Varela como diputado a la Asamblea y algunos concejales en diferentes municipios del departamento; en el Valle apoyan las listas independientes de Alfonso Barberena, y ya para las elecciones presidenciales de 1958, ofrece su respaldo a la candidatura liberal de Lleras Camargo, argumentando que su decisión de apoyar un candidato adverso ideológica

270 Medófilo Medina: *Cuadernos de historia del PCC*, p. 26.

y políticamente obedece a "que Lleras Camargo representa en estos momentos un retorno a las vías institucionales del país desconocidas desde el golpe de Estado contra el Congreso en noviembre de 1949"[271].

El respaldo a Lleras Camargo, como forma de cerrarle el paso a la candidatura conservadora de Jorge Leyva —considerada como la más clara expresión de los sectores reaccionarios, ligados a la dictadura de Rojas— reflejaba, en cierto modo, las tácticas de los comunistas por conformar frentes amplios con sectores de la burguesía y daba cuenta de la nueva política de Coexistencia Pacífica, que se abría paso dentro del movimiento comunista internacional[272].

Entre el 7 y 13 de diciembre de 1958, sesiona en Bogotá el VIII Congreso del Partido, cuya resolución política señala como tarea principal "la reconstrucción legal del Partido en todo el país", tarea que suponía crear estructuras partidistas en las ciudades donde el partido había sido aniquilado como efecto de la violencia, al mismo tiempo que implicaba un cambio en la mentalidad conspirativa de sus militantes.

La iniciativa planteada por los ideólogos de *La Gaceta*, de convocar una conferencia nacional de las fuerzas democráticas cuenta con el pleno respaldo del Partido Comunista, que ve en la acción conjunta de estas fuerzas, una contribución "al ascenso de la luchas de masas" y a cimentar las bases para una gran alianza democrática[273].

Los comunistas proponen la conformación de un gran Frente Nacional Democrático, que aglutine a todas las fuerzas progresistas en torno a un programa mínimo, que abarque los siguientes puntos:

a. Democratización del país: plenos derechos políticos y libertades constitucionales a todos los ciudadanos, suspensión inmediata

271 Declaración del secretariado del Comité Ejecutivo del Partido Comunista del 26 de abril de 1958.

272 La misma declaración señalaba: "El Partido Comunista está decididamente por el camino pacífico, constitucional y legal, de desarrollo de las luchas sociales y políticas".

273 Gilberto Vieira: Informe político al XXII Pleno del Comité Central, en *Documentos Políticos*, noviembre-diciembre de 1959, p. 26.

del estado de sitio y reforma a la Constitución para establecer el régimen parlamentario de gobierno.

b. Defensa de los recursos naturales del país, para incorporarlos al patrimonio nacional; denuncia de los tratados secretos con Estados extranjeros, que afecten la soberanía nacional, y relaciones diplomáticas y comerciales, en pie de igualdad con todos los países que así lo consideren.
c. Rehabilitación de las zonas agrarias golpeadas por la violencia oficial.
d. Control de precios y freno a la especulación, contando con la participación directa de los trabajadores.
e. Establecimiento del salario mínimo vital y adecuación de este a los ascensos en el costo de la vida.
f. Política de crecimiento industrial del país.
g. Sanciones ejemplares para delitos de Estado, como masacres y crímenes de ciudadanos; fraude y peculado a la nación; despojos y atropellos a los campesinos, abusos de autoridad y enriquecimientos ilícitos[274].

La idea de un Frente Nacional Democrático era defendida por líderes como Diego Montaña Cuéllar, destacado intelectual y dirigente petrolero de Barrancabermeja, cuya trayectoria política había estado muy marcada por permanentes encuentros y desencuentros con el Partido Comunista.

En el terreno de la alternación, los comunistas compartían los temores de algunos sectores liberales, que veían en el ascenso del Partido Conservador un regreso a la violencia de los años cincuenta, sin identificar, como hacían los ideólogos de *La Gaceta*, las contradicciones existentes en esta colectividad política:

> La reforma constitucional que estableció la "alternación" —señala Gilberto Vieira, secretario general del PC— significa concretamente para el pueblo colombiano que las fuerzas conservadoras

274 *Documentos Políticos*, mayo-junio de 1958, p. 5.

> reaccionarias tienen ASEGURADA la Presidencia de la República en el próximo período [...] La perspectiva más segura es que con cualquier grupo conservador dueño de la Presidencia de la República, la situación del pueblo colombiano se agravará nuevamente, pudiendo surgir el peligro de la dictadura reaccionaria, con todos sus conocidos aspectos de terrorismo y violencia[275].

Esta posición frente a la reforma constitucional, propiciaba un acercamiento de los comunistas con las tesis planteadas por el semanario *La Calle*, que conllevaría a una alianza implícita, una vez realizada la primera convención del nuevo Movimiento, alianza que se verá fortalecida en las elecciones intermedias de 1960.

Hacia la Convención Liberal Popular

Las tesis agitadas por los ideólogos de *La Calle* y *La Gaceta*, se traducen en propuestas organizativas concretas (Liberalismo Popular y Unidad Popular), las cuales suscitan, como vimos, la adhesión o la crítica de los diferentes sectores inconformes con la política del Frente Nacional.

Pese a que el planteamiento de *La Gaceta* de una conferencia de las fuerzas democráticas engloba un proyecto de mayores dimensiones, la iniciativa de realizar una gran Convención Popular Liberal, esbozada por el semanario *La Calle*, parece tener mayor audiencia. Esto se explica por varias razones: en primer lugar, porque *La Calle* cuenta con una tribuna política, el Partido Liberal, desde la cual hace su llamado a los "liberales de tiempo completo"; en segundo lugar, porque al mantener sus perfiles liberales, recoge el sentimiento anticonservador de una inmensa masa de liberales, que no estaba dispuesta a olvidar con tanta rapidez, las heridas dejadas por la violencia conservadora; y en tercer lugar, porque *La Calle* logró convertir la lucha contra la alternación presidencial en

275 Gilberto Vieira: Informe político al XXII Pleno del Comité Central, en *Documentos Políticos*, noviembre-diciembre de 1959, p. 11.

una verdadera bandera programática de los opositores a la política del Frente Nacional.

Luego de seis meses de campaña, el 12 de diciembre de 1959 sesiona, en Bogotá, la Convención Popular de "El Búho", en la que participan liberales de todo el país, representantes de *La Gaceta* y líderes de los movimientos regionales como Juan de la Cruz Varela y Alfonso Barberena. Con este encuentro preparatorio a la Gran Convención se pretendía definir los lineamientos ideológicos y programáticos del liberalismo popular, que deberían ser discutidos un mes después en el teatro California.

La Convención de" El Búho" aprobó un proyecto de plataforma política, económica y social para el liberalismo popular, que se dio a conocer como Plan SET (Salud, Educación y Techo para todo el pueblo colombiano) o "Plan de Enero".

El plan está estructurado en tres apartados:

1. Un programa político, en el cual se examina críticamente la política adelantada por el Frente Nacional y se plantea la necesidad de una reforma constitucional que dé representación a las colectividades políticas minoritarias en los cuerpos colegiados; se habla, también, de un retorno al sistema de representación proporcional de los partidos y a la conformación del gabinete ejecutivo, aceptando, sin embargo, la paridad burocrática en los cargos administrativos como medida de concordia entre los mismos.
2. En torno a la cuestión económica, el plan propende, en forma todavía muy vaga, por una reforma agraria que fomente la explotación de la tierra y adelante la parcelación de los latifundios. Además, señala la aspiración de que el Estado se ocupe de resolver los problemas de salud, educación y vivienda, al mismo tiempo que considera necesaria una reestructuración del presupuesto nacional, de los presupuestos departamentales y municipales, colocando al servicio del desarrollo nacional una mayor proporción de los recursos públicos y privados.
3. En lo que respecta a la cuestión social, el plan respalda

> la abolición de la prohibición de la huelga en los servicios públicos, la legalización de las huelgas de solidaridad, la prohibición del paralelismo sindical con el fin de obtener la unidad de la clase obrera y una reforma sustancial del Código del Trabajo enderezada a suprimir la cláusula de reserva, el contrato presuntivo a corto plazo y otras restricciones semejantes, a afianzar el fuero sindical, a regular racionalmente el ejercicio del derecho de huelga y a agilizar el procedimiento en los juicios de trabajo[276].

El MRL: un parto difícil

La Convención Popular del teatro California, reunida el 12 de febrero de 1960, dio la carta de ciudadanía al nuevo movimiento, que empieza a llamársele indistintamente Movimiento de Recuperación Liberal o del Liberalismo Popular. Dicha convención aprueba como plataforma de partido, la "plataforma de Gaitán", lanzada en el teatro Colón en 1947 y propone como inmediato programa de acción, el Plan SET, al cual se le introducen algunas modificaciones que profundizan sus planteamientos sobre reforma agraria y legislación laboral. Desde entonces, y para efectos agitacionales, el plan se dará a conocer como "Plan SETTT" (Salud, Educación, Techo, Tierra y Trabajo para todos los colombianos).

Aunque en la convención se expresaron muchos matices, en el corazón del debate ideológico estuvo presente la pugna entre dos grandes tendencias, que anunciaban ya las contradicciones internas del nuevo movimiento: una corriente defendida por un sector encabezado por el jefe del Directorio Liberal de Antioquia, Estanislao Posada, que planteaba un esquema de acción exclusivamente liberal, sin compromisos con otras vertientes políticas, salvo los que posibilitaban la coyuntura electoral; y otra, que proclamaba la conformación de un gran Frente Nacional Democrático, que aglutinara todas las fuerzas progresistas del país. Esta línea política

276 "Proyecto de Plataforma del Liberalismo Popular", en *Tribuna*, Ibagué, diciembre 16 de 1959.

era sustentada por Alfonso Barberena, Juan de la Cruz Varela, Jaime Velásquez Toro y venía siendo defendida por los editores del semanario *La Gaceta*, con Gerardo Molina y Luis Villar Borda a la cabeza.

Las contradicciones entre estas dos tendencias se tornaron más agudas cuando, en su intervención ante la convención, Estanislao Posada reafirmó el carácter liberal de la misma y cuestionó la presencia de lo que calificó "basuras" y "excrementos de otras tendencias políticas"[277].

El enfrentamiento, que amenazaba con una ruptura, encontraba una fórmula salvadora en las palabras de Uribe Rueda:

> Si se trata de que el pueblo tenga acceso al poder es necesario, de antemano, obtener el control del partido liberal [...] cuando se sepa claramente que el liberalismo está en manos de la izquierda, cuando tengamos algo concreto que mostrar en cuanto a poder político y autoridad partidaria, abriremos los brazos y diremos: "hermanos de otros partidos, hermanos socialistas, hermanos comunistas, hermanos conservadores, hermanos todos colombianos: aquí ponemos a su servicio el motor de transformación social más importante de la historia patria, vengan con nosotros a cumplir este programa democrático y a realizar un frente popular que no dejará piedra sobre piedra de la vieja sociedad colombiana"[278].

Epílogo: el MRL o la parábola del retorno

Definidos sus lineamientos doctrinarios, el Movimiento de Recuperación Liberal participó en las elecciones para corporaciones públicas en 1960, obteniendo una significativa votación equivalente al 24 % de la votación liberal y el 13.9 % del total, que

277 Rafael Maldonado: "Detrás de la política", en *Cromos*, febrero 22 de 1960, p. 36.

278 *La Calle*, febrero 19 de 1960, p. 10.

dejaba entrever la inconformidad que el pacto frente nacionalista venía generando en amplios sectores de la sociedad y que se hacía cada vez más creciente, como lo muestra el siguiente cuadro.

Cuadro
Votación liberal oficialista y del MRL para las elecciones a la cámara (1960-1968)

Año	Total liberal	Votos oficialistas	% Total Liberal	Votos MRL	%Total liberal
1960	1.478.403	1.106.678	75.0	354.560	24.0
1962	1.685.531	1.076.151	64.1	601.926	35.8
1964	1.157.988	738.437	63.8	381.847*	32.9
1966	1.630.644	1.120.824	73.3	369.956	24.0
1968	1.328.626	988.540	74.4	55.984**	4.2

Fuente: Jorge Mario Eastman: *Seis reformas estructurales al régimen político,* Bogotá: Ministerio de Gobierno, 1982.

*Están contabilizados los votos de la "línea dura" y la "línea blanda".

**Esta votación corresponde al "MRL del pueblo".

Los resultados electorales de 1960 marcan un nuevo momento en el desarrollo político del movimiento y en un ambiente caldeado por el triunfo de la Revolución cubana, cambiará su denominación de Movimiento de Recuperación Liberal por el de Movimiento Revolucionario Liberal. A partir de entonces el movimiento asiste a una ampliación de su base social, un fortalecimiento de sus formas organizativas y un enriquecimiento de su ideario político, que no está exento de ambigüedades y vacíos, los cuales permiten el desarrollo en su interior de los más variados matices ideológicos.

Después de las elecciones de 1962, en las cuales el movimiento alcanza su cénit político logrando 34 representantes, 12 senadores y 601.063 votos para los escrutinios presidenciales, se formaliza en el MRL una división entre la llamada "línea blanda" liderada por Alfonso López Michelsen y "línea dura" encabezada por Álvaro Uribe Rueda y Ramiro de La Espriella. Esta división —que se perfila en los orígenes mismos del movimiento— se formaliza en la Convención de Ibagué celebrada a finales de 1962, donde un sector del movimiento, que posteriormente se conocería como la "línea dura del MRL", se negó a aprobar una proposición de condena a los grupos armados existentes en el país y a retirar su respaldo a la Revolución cubana[279].

En las elecciones de 1964, la "línea dura" en alianza con el Partido Comunista lanza listas propias obteniendo 96.895 votos y 8 representantes, mientras que la "línea blanda" sobrepasa los 280.000 votos, eligiendo 23 representantes.

Empero, las divisiones del MRL no se reducen a "blandos" y "duros", surgen allí otras tendencias como la llamada "línea socialista" que agrupa a profesores universitarios como Gerardo Molina y Luis Carlos Pérez y la "línea radical" encarnada en las Juventudes del MRL (JMRL), orientada por Luis Villar Borda, y de cuyo seno saldrán numerosos cuadros para las guerrillas del Ejército Popular de Liberación (EPL) y el Ejército de Liberación (ELN) como Francisco Caraballo y Manuel Vásquez Castaño[280]. Este último cofundador del quincenario "Vanguardia", órgano informativo de las juventudes emerrelistas.

Las divisiones internas del movimiento contribuyeron a su disolución y Alfonso López Michelsen, alejado de cualquier interés por mantener el movimiento, justifica su acercamiento al oficialismo

279 Mauricio Botero, *op.cit.*, p. 174.

280 Francisco Caraballo se convirtió en el máximo jefe de la disidencia del Ejército Popular de Liberación (EPL), que continuó en la lucha armada, después de la desmovilización de esa organización; por su parte, Manuel Vásquez Castaño, cofundador del Ejército de Liberación Nacional (ELN), se convertiría con su hermano Fabio Vásquez Castaño, en uno de sus máximos dirigentes, hasta su muerte en la Operación Anorí, llevada a cabo por el Ejército Nacional contra esa agrupación, a principios de los años setenta.

liberal argumentando, que este "no ha hecho otra cosa que recoger con dos años de retraso nuestros planteamientos"[281]. Declaración política que acompaña meses después, con su negativa de continuar como jefe del movimiento.

En convención celebrada en enero de 1967, López recibe plenos poderes para nombrar las nuevas directivas del movimiento, las cuales se conforman con Juan José Turbay, María Elena de Crovo, Jaime Ucross García, Carlos Restrepo Arbeláez y Trino Luna Morón, quienes aprueban una proposición de apoyo a los diálogos del MRL con el sector del liberalismo oficialista[282].

De ahí a la disolución del movimiento queda un solo paso que se adelanta en agosto de 1967 con la firma del Pacto de Unión. Comentando esta decisión, el exmilitante de este movimiento, Jorge Child, anota que

> en estas entregas de las disidencias a los partidos madres que sirvieron de blanco a sus ataques y le dieron razón política a su movimiento, se parte del sofisma de creer que la adopción formal, parcial e incompleta de unas tesis por el adversario justifica la alianza con él[283].

La desintegración del MRL, después de ocho años de intensa actividad política en los que el sistema político colombiano combinó mecanismos de represión y cooptación hacia sus militantes con el objeto de debilitar el movimiento, significó una frustración para muchos de los que participaron de él, quienes asumieron el ingreso al oficialismo como una "traición" de sus jefes. Sin embargo, más allá de estos enjuiciamientos —que no pueden dejarse de lado a la hora de estudiar la posterior agudización de fenómenos como el abstencionismo y la lucha armada—, el MRL significó un gran aporte a la vida política nacional, en varios sentidos:

---

281 *El Espectador*, mayo 14 de 1966.

282 *El Espectador*, enero 16 de 1967.

283 Jorge Child: "EL MRL", en *Entre movimientos y caudillos*, Cinep: 1989.

1. El MRL como aglutinador de diferentes expresiones políticas excluidas de los acuerdos bipartidistas del Frente Nacional, aunque nunca logró constituirse como una nueva colectividad política diferente a los partidos tradicionales, contribuyó en buena medida a la secularización política del país, en cuanto estimuló la participación política, a nivel de ideas y programas, de sectores de la población que, hasta el momento, se habían movido en una esfera puramente "prepolítica" (adhesiones personales, sectarismo).
2. El MRL reveló una gran capacidad para retomar elementos de la cultura política nacional y manejar elementos simbólicos de la nacionalidad colombiana, particularmente, fue muy creativo en la acuñación de consignas electorales: "Ahora le toca al pueblo"; "Pasajeros de la revolución, subir a bordo"; "Los grandes días están por venir"; "El sol brilla para todos". Del mismo modo, introdujo con éxito eslóganes para identificar a simpatizantes o adversarios políticos: "La fronda aristocrática"; "Los liberales de tiempo completo"; "La clase A del partido"; y generalizó el uso de emblemas y prendas como el *shacock* rojo, los sombreros y las banderolas, en las campañas electorales.
3. El MRL llamó la atención del debate político hacia una serie de problemas nacionales en ese momento ignorados, entre otros la búsqueda de autenticidad de la cultura colombiana, las luchas urbanas por la tierra, la reforma del concordato, la reorganización del sistema de salud y la democratización de las Fuerzas Armadas.

La Unión Patriótica y los dilemas de la "oposición legal" en Colombia

El uso sistemático de la represión, el fraude electoral, los mecanismos de excepción y cooptación han sido utilizados recurrentemente por las élites políticas bipartidistas para hacer frente a los movimientos políticos que se han colocado por fuera de sus fronteras ideológicas. En la memoria popular están presentes las figuras de Rafael Uribe Uribe, Jorge Eliécer Gaitán, Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo, Carlos Pizarro, Manuel Cepeda y muchos otros líderes que han sido asesinados impunemente, por defender en las tribunas públicas, sus convicciones democráticas.

Hoy, cuando en los ámbitos intelectuales del mundo se plantea que vivimos un período del "fin de las ideologías", en Colombia la persecución contra las organizaciones populares no cesa, la protesta popular sigue siendo criminalizada y la oposición política legal no deja de ser blanco de las balas oficialistas. Como trataremos de mostrar en este breve recorrido, no se trata de un fenómeno nuevo sino de una situación que, bajo contextos históricos muy diferentes, ha estado presente a lo largo de la vida política del país.

Uno de los experimentos populares quizás más significativos por sus alcances y proyecciones en la historia política nacional, es, sin lugar a dudas, el gaitanismo. Su líder, el abogado liberal Jorge Eliécer Gaitán, funda en 1933, la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR), que constituye un importante esfuerzo

para aglutinar sectores obreros y campesinos, y que adquiere, muy pronto, gran fuerza en las zonas de Cundinamarca, Tolima y otras áreas del país sacudidas por los conflictos agrarios.

> La UNIR —dice Elsy Marulanda— apoyó e impulsó la lucha por la tierra emprendida por los colonos y arrendatarios del Sumapaz. Divulgó ampliamente los derechos contemplados en la legislación agraria. Igualmente denunció los atropellos cometidos contra los campesinos cometidos por las autoridades al servicio de los hacendados. Promovió la organización en juntas de colonos, colonias agrícolas y federaciones de cultivadores, a las cuales prestó una eficaz asesoría jurídica para demostrar la ilegalidad de los títulos de los hacendados y reconocer en calidad de baldíos los terrenos ocupados por los colonos y arrendatarios[284].

Bajo las banderas de la UNIR el campesinado realizó importantes acciones reivindicativas como la toma y reparto de la hacienda El Chocho, así como invasiones en diferentes partes del país, bajo el lema de: "La tierra es para quien la trabaja".

La reacción de los terratenientes no se hizo esperar. Rápidamente, el movimiento se convirtió en punto de ataque de los llamados "guardias departamentales", organismos armados, ins-trumentados por los latifundistas para defender sus intereses. A principios de 1934, estos cuerpos oficiales asesinaron a varios campesinos que marchaban pacíficamente en Fusagasugá (Cundinamarca), bautizando con sangre el nuevo movimiento.

A esta primera agresión, habrían de seguir nuevas masacres como la ocurrida seis meses después en la hacienda Tolima que dejó un centenar de heridos y cobró la vida de una docena de campesinos. Muy pronto, Gaitán comprende las dificultades del trabajo político por fuera de las colectividades tradicionales (liberal y conservadora) y opta por disolver la UNIR, desplazando la confrontación clasista a las filas mismas del Partido Liberal.

---

284 Elsy Marulanda: *Colonización y conflicto. Las lecciones del Sumapaz*. Bogotá: Tercer Mundo, 1991, p. 130.

Su discurso antioligárquico y su prédica suprapartidista hacen de Gaitán un verdadero tribuno popular. En las elecciones presidenciales de 1946, contando con el único apoyo de sus bases, compite con el representante oficial de su partido, obteniendo el 44 % de los votos liberales. Para las siguientes elecciones presidenciales, su llegada a la primera magistratura parece inminente. Pero la oligarquía colombiana, temerosa del empuje popular que toma su candidatura, le corta el camino, segando su vida el 9 de abril de 1948.

Después del asesinato del caudillo liberal, la violencia oficial se generaliza en todo el país: las organizaciones obreras y populares son prácticamente aniquiladas y las masacres en las poblaciones de influencia liberal y comunista se multiplican, lo que dará origen a un nuevo capítulo de la resistencia armada campesina.

En todo este período y en las décadas siguientes el Partido Comunista, surgido en los años treinta, desarrollará una importante labor de movilización de masas, campesinas y obreras, y sus militantes, permanentemente acosados por la violencia bipartidista, serán lanzados a la actividad política clandestina, o cuando más a una "legalidad" que se encargará de recortar sus derechos políticos.

Con la puesta en marcha del Frente Nacional (1958-1974) se instaura en el país una modalidad de la llamada Democracia Restringida, donde se combinan elementos de una democracia formal con mecanismos propios de regímenes autoritarios, con el fin de ejercer un estricto control sobre las organizaciones de oposición y los movimientos populares.

El pacto frente nacionalista consagra constitucionalmente el monopolio político del bipartidismo, negando la participación de otras fuerzas políticas, ubicadas fuera de él. Este manejo excluyente del poder se complementa con el recorte de las libertades democráticas, a través de la aplicación permanente del estado de sitio, como mecanismo para la contención de las luchas sociales.

Simultáneamente con estos procesos, se reorienta el rol de las fuerzas militares, que ahora pasan a cumplir funciones represivas contra los movimientos políticos de oposición. Bajo esta

orientación, conocida como Doctrina de la Seguridad Nacional, las fuerzas militares asumen, paulatinamente, una mayor participación en los conflictos sociales, desarrollando acciones punitivas contra las zonas de autodefensa campesina y las manifestaciones reivindicativas de obreros y estudiantes.

En el marco de este modelo de dominación, surgen diferentes corrientes de oposición, algunas de las cuales adoptan la forma de disidencias partidistas, como en el caso del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), que aglutina en su interior importantes fuerzas populares, obteniendo más del 35 % de la votación total en las elecciones presidenciales de 1962. En su breve existencia, el MRL, enfrenta una constante persecución contra sus bases y dirigentes, que habría de costar la vida de numerosos militantes del campo y la ciudad, así como algunos de sus representantes en las corporaciones públicas.

En estos mismos años surge el Frente Unido, movimiento pluralista, que logra conjuntar en sus filas diferentes sectores de la sociedad y de la más diversa procedencia política. Su máximo líder, el sacerdote Camilo Torres, optará por incorporarse a la lucha armada.

Por su parte, el movimiento Alianza Nacional Popular (Anapo), que para los comicios presidenciales del 19 de abril de 1970 canaliza gran parte de la inconformidad a las políticas del Frente Nacional, denuncia el "robo de las elecciones" en favor del candidato oficial. Ante esta situación, varios de sus dirigentes optan por la vía armada, dando impulso a una nueva organización guerrillera, el Movimiento 19 de abril (M-19) que, en los lustros siguientes, habrá de jugar un papel importante en la vida política nacional.

A finales de los ochenta, el M-19 transitará de la lucha armada a la lucha política legal, sin que ello constituya un impedimento para que su máximo dirigente, y candidato presidencial de la Alianza Democrática M-19 (AD-M19), Carlos Pizarro, sea asesinado poco tiempo después de su condena a la vía armada, como opción política.

El surgimiento de la Unión Patriótica

Sin embargo, uno de los movimientos de oposición más afectados por las políticas terroristas del Estado colombiano, en toda su historia, ha sido la Unión Patriótica (UP), surgida como producto de los diálogos entre la guerrilla y el gobierno, iniciados bajo el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986). Este nuevo proceso de paz posibilitó el cese de la represión directa, que se había agudizado en la administración anterior, al amparo del llamado Estatuto de Seguridad, con el cual se pretendía criminalizar la protesta social.

La Unión Patriótica (UP) surge a consecuencia de los acuerdos del 28 de marzo de 1984, cuando las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), una de las organizaciones guerrilleras más antiguas del país, suscribe con el gobierno los acuerdos de cese al fuego y tregua, en los cuales las partes firmantes asumen el compromiso de un cese bilateral del fuego y la búsqueda conjunta de una solución pacífica al conflicto armado.

El acuerdo, que no contemplaba la entrega de las armas, fue firmado posteriormente por el Movimiento 19 de abril (M-19) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), los destacamentos "Simón Bolívar" y "Antonio Nariño" del Ejército de Liberación Nacional (ELN), y una fracción del Movimiento de Autodefensa Obrera (ADO)[285].

Cuando se desarrollaban estos acuerdos hubo hostilidades por parte del ejército que, en cabeza del ministro de Defensa, general Fernando Landazábal Reyes, expresa su oposición a la política de paz adelantada por el presidente Betancur. Dos años atrás, al ser aprobada la ley de amnistía, el general Landazábal Reyes había advertido:

> Cuando —las Fuerzas Armadas— ha estado a punto de obtener la victoria militar definitiva sobre los alzados en armas, la acción de la autoridad política interviene para levantar nuevamente el estado de sitio. En esa forma la voluntad de lucha de los grupos

285 El ELN, que en ese momento se presentaba como el sector más radical, se negó a cualquier tipo de negociación.

> armados de la subversión recibe el oxígeno [...] transforman las derrotas sufridas por la acción militar en victorias políticas de gran resonancia —y agregaba más adelante—, esperamos sea la última amnistía[286].

Para el ministro de Defensa, la paz era la amnistía y lo que seguía era que los grupos guerrilleros se desmovilizaran y entregaran las armas. Esto obligó al presidente a exigirle la renuncia junto con otros generales que habían expresado públicamente su oposición al gobierno. En reemplazo de Landazábal Reyes asume el ministerio un militar de línea más moderada: el general Gustavo Matamoros, pero su delicado estado de salud le impide continuar en la cartera, siendo reemplazado por Miguel Vega Uribe, un militar seriamente cuestionado por las organizaciones de derechos humanos.

Entre tanto, la situación de tensión tendió a agravarse con el asesinato de dirigentes del EPL y atentados contra los negociadores del M-19. El 5 de agosto de 1984, una columna guerrillera de esta última organización, encabezada por Carlos Pizarro, que se dirigía a la población caucana de Corinto a firmar los acuerdos de tregua con la Comisión de Diálogo y Negociación del gobierno es emboscada y atacada en Florida (Valle) por un comando de policía que había montado un retén pese a la orden presidencial de despejar la zona[287]; días después, el 10 de agosto de 1984, es asesinado el dirigente del M-19 amnistiado, Carlos Toledo Plata; el M-19 responde con la toma de Yumbo y de Toribío (Cauca). Todos estos contratiempos llevaron finalmente a la ruptura de la tregua por parte de estas dos organizaciones guerrilleras y un endurecimiento de su accionar militar.

Por su parte, las FARC mantienen la tregua en condiciones muy difíciles, pugnando por abrir un espacio político para su conversión en movimiento político legal, dando origen a la Unión Patriótica (UP). Aunque los jefes guerrilleros de esta organización denuncian

---

286 *El Tiempo*, octubre de 1982.

287 *Cfr*. Laura Restrepo: *Historia de una traición*. Bogotá: Plaza & Janés, 1986.

hostigamientos militares contra algunos de sus frentes, anuncian su decisión de encabezar

> en unión con otros partidos y movimientos democráticos y de izquierda, la lucha de las masas populares por el retorno a la normalidad, a la controversia civilizada, por una apertura democrática que garantice el libre ejercicio de la oposición y su acceso a todos los medios de comunicación social, su organización, su lucha y movilización hacia crear un clima de participación popular en las gestiones del Estado.

Surge, así, la Unión Patriótica.

La UP se planteó como un movimiento amplio, integrado por comunistas, guerrilleros, militantes de los partidos tradicionales y activistas de los movimientos cívicos. Por primera vez, aparecía en el panorama nacional un movimiento con perfiles de izquierda legal y perspectivas reales de poder.

Las semillas del nuevo movimiento lanzadas por las FARC-EP pronto empezaron a florecer. En pocos meses, numerosas organizaciones políticas y gremiales, manifestaron su adhesión a la Unión Patriótica: el Movimiento de Autodefensa Obrera (ADO), el Partido Comunista Colombiano, directorios y dirigentes políticos de provincia, personalidades democráticas, sindicatos obreros, ligas campesinas, asociaciones cívicas y comunales.

El 11 de mayo de 1985, La Unión Patriótica sale a la luz pública con una plataforma de veinte puntos, en cuyo primer inciso se señala que:

> Las FARC-EP encabezarán, en unión con otros partidos y movimientos democráticos y de izquierda, la lucha de masas populares por el retorno a la normalidad, a la controversia civilizada, *por una apertura democrática que garantice el libre ejercicio de la oposición y su acceso a todos los medios de comunicación social, su organización, su lucha y movilización* hacia crear un clima de participación popular en las gestiones del Estado.

Seis meses después se reúne en Bogotá el Primer Congreso de la Unión Patriótica, que aprueba la plataforma del movimiento, donde se definen entre otros objetivos programáticos: la eliminación del monopolio bipartidista; la elección popular de alcaldes y gobernadores; el levantamiento del estado de sitio, la desmilitarización de la vida nacional y la eliminación de los grupos paramilitares; la realización de una reforma agraria, urbana y educativa, democráticas el respeto a los derechos de las comunidades indígenas; y por una política internacional independiente, libre de la injerencia del imperialismo yanqui.

La UP: una opción de poder popular

Desde sus orígenes, la Unión Patriótica (UP) busca el poder para el pueblo uniendo las acciones del campo y la ciudad y tejiendo puentes entre las distintas formas de lucha. Las marchas campesinas y la protesta cívica encuentran en la UP un intérprete de sus necesidades y aspiraciones, contribuyendo, con su lucha, a la apertura de espacios políticos y logrando con sus denuncias una presencia significativa en los medios de comunicación de masas.

La Unión Patriótica se desarrolla ganando sectores de opinión, y ahondando su influencia en los medios populares. Su ascenso es arrollador, inunda plazas y calles en las ciudades y su mensaje de paz llega a casi todos los rincones de la geografía nacional. A un año de su formación y sobre la base de una amplia política de alianzas, se erige como una importante alternativa política para los colombianos que pugnan por transformaciones democráticas.

En las elecciones de marzo y mayo de 1986, las primeras en que participa el nuevo movimiento político, demuestran la enorme acogida que han recibido sus programas y sus líderes en casi todas las regiones del país. En dichas elecciones la Unión Patriótica elige 14 congresistas para Senado y Cámara (entre ellos Iván Márquez, actualmente miembro del Estado Mayor de las FARC), 18 diputados en 11 asambleas departamentales y 335 concejales en 187 concejos,

triplicando la votación que tradicionalmente había obtenido la izquierda.

Dos meses después, para las elecciones presidenciales, el candidato de la Unión Patriótica, el exmagistrado y líder sindical, Jaime Pardo Leal[288], obtiene 328.725 votos, superando la votación previa para corporaciones públicas y cuadruplicando los resultados obtenidos por la izquierda, en los comicios anteriores para presidente de la república. De esta forma, los guarismos electorales de 1986 abren una perspectiva nueva: la posibilidad de que la oposición democrática y revolucionaria dispute a los partidos tradicionales el poder presidencial.

Ante estos significativos avances de la Unión Patriótica, la oligarquía responde con la más cruenta "guerra sucia" que se haya desatado contra movimiento alguno. Entre tanto, los acuerdos de paz y tregua se mantienen rodeados de una atmósfera de hostigamientos y provocaciones: a finales de 1986, en la región de Urabá, un comando armado asesina a 24 guerrilleros que, al mando de Leonel, realizaban —amparado por los acuerdos firmados por la guerrilla y el gobierno— una reunión con numerosas personas de la región para explicarles la política de la Unión Patriótica. Seis meses después de esta masacre, el 16 de junio de 1987, en una operación militar combinada de los Frentes 14 y 15, emboscan y aniquilan, en cercanías a San Vicente del Caguán, una patrulla del veterano batallón de contraguerrilla "Cazadores". El presidente Barco anuncia que en cualquier sitio donde sea atacada la fuerza pública se considerará rota la tregua. Se inicia así la ruptura general de la misma.

En realidad el presidente Virgilio Barco —que había heredado de su antecesor la tregua firmada por las FARC— se preocupó muy poco por definir y precisar los términos de acuerdo con

288 Jaime Pardo Leal (1941-1987) fue desde muy temprana edad un militante comunista y activista del movimiento estudiantil; posteriormente como abogado se destacó por su defensa de los presos políticos; durante varios años se desempeñó como profesor universitario, magistrado y constructor de la organización gremial de los trabajadores de la justicia. Méritos estos que lo convierten en el candidato presidencial del nuevo movimiento político.

la insurgencia armada, de tal modo que los dos primeros años de su gobierno condujeron un distanciamiento gradual entre las partes, mientras se intensificaba la acción represiva contra los movimientos populares, acusándoles de estar "infiltrados por la guerrilla" como quedó claramente expresado en el paro de nororiente (junio de 1987) y en las marchas campesinas realizadas en 1988.

El genocidio contra la UP

Desde su surgimiento, la UP es víctima de la más cruel e implacable persecución de los sectores militaristas de dentro y fuera del gobierno. Más de trescientos muertos riegan con su sangre su naciente y breve historia. Durante la campaña electoral de 1986, primera en la que participa la Unión Patriótica, el clima de terror se incrementa con la activación de los grupos paramilitares y la generalización de atentados contra militantes de izquierda, tratando de ahogar en la cuna el proceso de paz y su principal experimento, la UP.

Según datos extraídos de los informes de prensa y los boletines de derechos humanos, al finalizar ese año la lista de asesinatos contra militantes de la UP era la siguiente: 3 miembros del Congreso de la República: Leonardo Posada, Pedro Nel Jiménez y Octavio Vargas; 1 diputado a la Asamblea Departamental del Meta: Rafael Reyes Malagón, y 11 concejales. En ese mismo período fueron asesinados 1 magistrado en Santander (Jairo Tapia), 2 candidatos a corporaciones públicas, 7 presidentes de juntas patrióticas, 37 dirigentes de juntas patrióticas, 17 activistas de juntas patrióticas, 69 militantes de base, 24 guerrilleros en tregua y 34 simpatizantes de la UP.

Posteriormente, y ante las perspectivas de las elecciones de 1988, en la que por primera vez se eligen popularmente a los alcaldes, muchos sectores del país ven con temor la perspectiva de triunfos de la UP en amplias regiones del país. Entre 1986 y hasta las elecciones de 1988 el militarismo concentra su ataque en los

líderes de la UP, cerca del 30 % de sus candidatos son asesinados antes de las fechas de elecciones.

En octubre de 1987, el candidato presidencial de la UP, Jaime Pardo Leal es asesinado. Poco después su sucesor, Bernardo Jaramillo Ossa[289], corre la misma suerte. Más recientemente, al iniciarse el gobierno de Samper (1994), el único senador de esta agrupación, Manuel Cepeda Vargas, es asesinado y, un año y medio después su máxima dirigente nacional, Aida Abella, tiene que salir del país, después de un atentado contra su vida. Entre tanto el genocidio contra la UP continúa en diferentes regiones del país.

Estos crímenes son presentados a la opinión pública como obra exclusiva del narcotráfico, ocultando no solo la estrecha alianza de este con las Fuerzas Armadas sino la responsabilidad directa de los altos mandos del ejército en estos asesinatos, como lo denunció el candidato presidencial Jaime Pardo Leal en una rueda de prensa, pocos meses antes de su muerte.

La experiencia de la Unión Patriótica deja en claro que la falta de espacios y garantías para la acción política abierta ha dificultado la conformación de un polo de izquierda en Colombia y, contrariamente, ha fortalecido la opción armada: en diferentes coyunturas militantes procedentes del gaitanismo, las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal, el Frente Unido, la Anapo y la Unión Patriótica han engrosado las nacientes o ya existentes organizaciones guerrilleras.

---

289 Nacido el 2 de septiembre de 1955 en la ciudad de Manizales (Caldas), Bernardo Jaramillo recibe la herencia política de su abuelo Gustavo Jaramillo Uribe, quien participa en las combativas luchas del naciente Partido Comunista. En 1974 inicia su carrera de Derecho en la Universidad de Caldas, donde enriquece sus experiencias como activista estudiantil, las cuales había iniciado en la secundaria, alimentado por la formación política cultural que le brinda el líder agrario Rubén Jaramillo; posteriormente, se desempeña como asesor sindical en la agitada zona bananera del Urabá antioqueño. Para entonces, Bernardo se ha convertido en dirigente nacional de la Juventud Comunista. Años después se desempeñará como parlamentario de la Unión Patriótica. Su fogosa juventud, su temperamento fuerte, su imagen carismática y su carácter polémico, hicieron que recayera sobre sus hombros la difícil tarea de mantener en alto las banderas enarboladas por el candidato presidencial de la Unión Patriótica, Jaime Pardo Leal, después de su asesinato.

IV
Políticos e intelectuales

ANTONIO NARIÑO
Y EL PENSAMIENTO POLÍTICO REVOLUCIONARIO EN LA AMÉRICA HISPÁNICA (1789-1821)

La segunda mitad del siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX fue una época de cambios revolucionarios en Europa y América. La pugna entre las concepciones monárquicas y republicanas de gobierno estaban al orden del día. Las ideas democráticas acerca de los derechos naturales, la separación de los poderes y la soberanía popular fluían rápidamente de un lugar a otro. Algunos autores caracterizan el período en términos de una gran oleada de revolución democrática, en la cual ubican los movimientos independentistas iberoamericanos, que aparecen impulsados por una gran fuerza histórica: la Ilustración, con sus ideas de libertad, progreso e igualdad.

En esta perspectiva de análisis parecería como si las revoluciones hispanoamericanas se hubiesen conformado siguiendo con exactitud los modelos políticos y sociales de la Europa o fuesen una simple prolongación trasatlántica de los mismos: los próceres americanos son vistos como una reproducción casi caricaturesca de los revolucionarios franceses, descubriendo en ellos actitudes y motivaciones que correspondieron a códigos muy específicos en el contexto cultural de la Francia revolucionaria, pero que al ser trasladados a la América española, cobraron un sentido muy diferente.

Esta interpretación historiográfica que tiende a presentar la independencia hispanoamericana como hija legítima de la Revolución francesa, corresponde a la lectura que hicieron los liberales de la segunda mitad del siglo xix en torno al proceso de emancipación, en oposición a una visión conservadora que subrayaba la naturaleza hispánica de las revoluciones de independencia. Paradójicamente, un siglo después, los términos de la discusión parecen mantenerse pese a los significativos desarrollos de la historiografía sobre el período.

En el trasfondo de estas dos visiones históricas, como lo ha puesto de presente François Xavier Guerra, subyace una concepción dualista de la realidad, donde lo francés se identifica con lo moderno y lo español con lo tradicional, como si se tratara de regiones geográficas culturalmente homogéneas y de espacios culturales claramente delimitables.

Por fortuna, la realidad americana es más rica y compleja. Y si bien los sucesos revolucionarios en Francia ejercieron una viva impresión en las jóvenes conciencias criollas, no debe olvidarse que muchos miembros de la élite, contaban con una profunda formación escolástica y un amplio conocimiento de las tradiciones hispánicas que matizaban sus ideas liberales. Por otra parte, debe advertirse que la misma dinámica que conllevó a la radicalización del proceso revolucionario en Francia ("el terror revolucionario"), hizo tomar a los criollos una prudente distancia frente al mismo.

Es por esta razón que nos parece de gran interés el seguimiento biográfico de ciertos personajes de la época, en la medida en que dicho seguimiento nos permite reconstruir un conjunto híbrido de ideas, imágenes y juicios de valor que acompañaron el accionar de un grupo de actores que, a finales del siglo xviii y comienzos del siglo xix, se erigieron en abanderados de la lucha por la independencia americana.

Partiendo de estas premisas, el presente ensayo intenta una aproximación a la formación y acción política de Antonio Nariño, a quien la historia colombiana reconoce, por antonomasia, el título de "precursor de la independencia". El objetivo del artículo

es demostrar a través de esta figura política, cómo el pensamiento revolucionario americano, se unió en una síntesis con las teorías políticas modernas emanadas de la Revolución francesa y norteamericana.

Una aproximación historiográfica a la figura de Antonio Nariño

La obra pionera —aunque inconclusa— del historiador y literato José María Vergara, *Vida y escritos del general Antonio Nariño*, publicada en 1859, inaugura la producción bibliográfica en torno a la vida de este ilustre criollo santafereño. A partir de entonces, son muchas las obras que se han ocupado de la vida y obra de Antonio Nariño, buena parte de las cuales se inscriben en una tradición romántica empeñada en presentar la imagen idealizada de Nariño como el infortunado prócer que padeció interminables persecusiones, cárceles y destierro por su "entrañable amor a la patria". El solo título de algunos trabajos evidencian esta tendencia: *El andante caballero Antonio Nariño*, de Raimundo Rivas; *El sino trágico de Antonio Nariño*, de Moisés Barón Wilches; *Nariño, su vida, sus infortunios y su talla histórica*, de Jorge Ricardo Vejarano; *Memorias fantásticas*, de Enrique Santos Molano.

Llama la atención la marcada inclinación existente entre este tipo de historiadores a circunscribir la obra histórica de Nariño a la tradición y publicación de *Los derechos del hombre*, sobrevalorando los alcances de un documento cuyas dimensiones el mismo Nariño estaba lejos aún de comprender. Las interpretaciones hechas en este sentido se basan fundamental en un apego formal a la abundante documentación: instrucciones, cartas, folios, etc, que acompañaron el proceso y que expresan ante todo los temores de la Corona española frente los desarrollos políticos de la Francia revolucionaria[290].

290 Estos documentos fueron publicados inicialmente en 1915 por José Manuel Pérez *El proceso de Nariño* y en 1958, Guillermo Hernández de Alba completa la obra anterior en: *El proceso de Nariño a la luz de los documentos inéditos*.

En el conjunto de estas investigaciones sobre la vida de Nariño, merecen mención especial el libro de Alberto Miramón, *Nariño: una conciencia criolla contra la tiranía* y la obra de Indalecio Liévano Aguirre *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, aparecidos al despuntar la década de los sesenta. El primero de ellos, siguiendo una tradición positivista y apoyado en una rigurosa documentación, ofrece una narración minuciosa y pintoresca de la vida de Nariño desde sus primeros años hasta su muerte, siendo hasta el momento una de las biografías más completas y mejor documentadas. Por su parte, el segundo autor se ocupa fundamentalmente de su vida política durante el período histórico conocido como La Patria Boba (1810-1815), para señalar a Nariño como gestor de un proyecto nacionalista y democrático, con claras raíces populares, en pugna con la oligarquía criolla.

Junto a estas aproximaciones biográficas, cabe destacar un grupo de autores de inspiración marxista, que han identificado en Nariño al típico revolucionario burgués de la época, que luchó por llevar a cabo en la Nueva Granada los ideales de libertad e igualdad proclamados por la Revolución francesa. Nariño aparece en estos relatos como representante del ala jacobina de la independencia americana, al lado de figuras como Simón Bolívar o Francisco de Miranda.

Este breve panorama bibliográfico nos permite concluir que no existe todavía un trabajo sistemático que nos permita comprender, en el marco de las principales corrientes del pensamiento y los imaginarios sociales de su época, las ideas políticas, filosóficas y revolucionarias de Antonio Nariño. Este ensayo constituye un primer esfuerzo en esa dirección.

En las líneas siguientes intentaré demostrar que Nariño, como la gran mayoría de los revolucionarios americanos de su tiempo, fue un pensador que se inspiró en las fuentes escolásticas del pasado, pero a su vez representó un ejemplo de síntesis del viejo pensamiento hispánico, con otras ideas políticas de origen distinto, que fueron aplicadas cada vez más después del grito de independencia. El pensamiento de Nariño lo presentaré aquí como una confluencia

de dos tradiciones distintas: la tradición francesa, seguida a través de los principales filósofos de la Revolución francesa: Rousseau, Montesquieu, y la tradición hispana marcada por los juristas españoles de Indias.

Pensamiento y accionar político de Nariño. Un intento de periodización

En el proceso de desarrollo del pensar y accionar político de Nariño podemos señalar tres grandes períodos que nos dan cuenta de su evolución ideológica y política.

El primer período —casi treinta años— en los cuales el joven Nariño, nacido en el seno de un noble hogar con ascendiente en las viejas familias hacendatarias y servidoras de la Corona, goza de los privilegios de su clase, ocupa importantes cargos administrativos dentro de la burocracia colonial, accede a una educación propia de las élites peninsulares y criollas y desarrolla algunas actividades comerciales. Es también un período de encuentro con los ilustrados y enciclopedistas franceses y los exégetas de la constitución norteamericana. Ideas que comparte con un estrecho círculo de criollos, donde se siembran las primeras semillas conspirativas. Esta etapa culmina con su proceso por la publicación y difusión de *Los derechos del hombre* (1894), que le determinaría una condena de diez años de prisión en África.

El segundo período alterna entre prisiones y huidas. Nariño fugitivo en Cádiz viaja a Europa en busca de auxilios para su obra emancipadora, pero al no encontrarlos regresa al país. Su recorrido a lo largo de él le permite establecer un contacto directo con la realidad nacional. Es en este momento cuando sus ideas sobre la libertad e igualdad, asimiladas a partir de la lectura de los enciclopedistas franceses, se van desgajando de su cuerpo doctrinario y toman un cuerpo material que logra articular con las realidades del país. Nariño comprende la necesidad de incorporar a su proyecto emancipador las fuerzas populares, y opta por "no contar sino con el pueblo".

Un último período se inicia tras el grito de independencia el 20 de julio de 1810. Nariño ocupa la presidencia del estado de Cundinamarca y pugna por la organización de las provincias neogranadinas en un estado centralista para enfrentar con éxito las pretensiones españolas de reconquista. En esta etapa afloran no solo sus cualidades de estadista, sino también de periodista de la oposición, a través de publicaciones como *La Bagatela* y *Los Toros del Fucha*. Su actividad política se ve truncada cuando cae prisionero de las fuerzas realistas y se le condena a cautiverio en España donde permanece cerca de siete años, hasta 1820, cuando, amparado por la insurrección de Riego, obtiene su libertad. Regresa, entonces, a la Nueva Granada para presidir el Congreso Constituyente de Cúcuta (1821).

Nariño, comerciante y funcionario de la administración española

Como miembro de la alta clase criolla, Nariño se enroló en 1781 en las milicias santafereñas organizadas para combatir las huestes comuneras lideradas por José Antonio Galán y Francisco Berbeo, que amenazaban tomar la capital. Esta fue su primera participación pública. Posteriormente, en 1789, fue elegido alcalde ordinario por el cabildo de Santa Fé y, pocos meses después, en julio del mismo año, el virrey Francisco Gil y Lemus le designó tesorero interino de Diezmos del Arzobispado, cargo en el cual fue confirmado por su sucesor el virrey José de Ezpeleta, pese a la enconada oposición de los eclesiásticos que apelaron ante la Corte exigiendo la suspensión del nombramiento.

Tanto Nariño como el virrey Ezpeleta compartían una concepción liberal de la economía y pensaban en las posibilidades productivas de la Nueva Granada. Esta identidad de criterios facilitó la gestión administrativa de Antonio Nariño, quien optó por poner en movimiento los fondos del tesoro, fomentando la exportación de frutos tropicales.

Nariño comprendía lo rentable que resultaría la explotación comercial de la quina, producto muy apreciado por sus cualidades

curativas, y profundizó en el estudio de la quinología mutisana[291], aprendió los cuidados técnicos de su siembra y recolección y destinó los fondos del Tesoro para su cultivo y exportación. Asimismo se interesó por otros géneros agrícolas como el cacao, los azúcares y el tabaco, estableciendo contactos en los puertos de Cartagena, Veracruz, La Habana y Cádiz[292].

En su itinerario por las provincias del norte del país, como fugitivo de las autoridades españolas, no solo se dedicó a la agitación política sino que con un penetrante sentido de la observación, analizó el estado de sus industrias, la disponibilidad de la fuerza de trabajo y la capacidad adquisitiva de sus habitantes. Producto de estas reflexiones fue su *Ensayo sobre un Nuevo Plan de Administración en el Nuevo Reino de Granada*, presentado en 1797 al virrey Pedro Mendinueta y en el cual expone sus criterios sobre el régimen colonial.

Nariño, al igual que otros criollos de su época, era consciente del anquilosamiento de la economía española:

> (…) aunque el Reino —anota en su plan— ofrece por su situación en tanta variedad de temperamentos bajo la zona tórrida, un comercio ventajosísimo a la monarquía y a sus habitadores, no obstante vemos todo lo contrario. El comercio es lánguido; el erario no corresponde ni a su población, ni a sus riquezas territoriales y sus habitantes son los más pobres de la América[293].

---

291 Se refiere a las investigaciones sobre la quina adelantadas por el español José Celestino Mutis.

292 Estas actividades especulativas, interrumpidas por su encarcelamiento en 1794, se convirtieron en caballito de batalla de sus enemigos quienes, en las postrimerías de su vida, le recordaron su proceso por malversación de fondos en la Tesorería de Diezmos, con el objeto de vetar su desempeño como senador vitalicio.

293 Antonio Nariño: "Ensayo sobre un nuevo plan de administración en el Nuevo Reino de Granada", en *Escritos políticos,* Bogotá: El Áncora Editores.

Indagando por las causas de esta postración económica, Nariño concebía la necesidad de impulsar una política de mayor amplitud, que dotara la administración de prospectos más amplios y más adecuados a la realidad de las colonias.

Planteaba, también, la eliminación del estanco del tabaco y el aguardiente, por cuanto veía en ellos obstáculos al libre desarrollo de la agricultura y del comercio:

> Hay un género de contribuciones —escribía— que son más gravosos por los obstáculos que oponen al adelantamiento de los vasallos, que por la cantidad que de ellos se exige o por lo que el Erario reporta. Tales son en este Reino las alcabalas interiores y los estancos de aguardiente y de tabaco. El producto que aquí dejan al erario [...] no corresponde al atraso que causan y al riesgo en que ponen continuamente al Reino; pudiendo sustituirse en su lugar otro género de contribuciones que, sin deteriorar la Real Hacienda, no traigan esos inconvenientes[294].

Estas consideraciones de Nariño en torno a la economía colonial, constituían una clara expresión de la crítica a la realidad colonial inspirada por las nuevas ideas económicas y sociales circulantes en Europa y que en América Hispánica tuvo gran difusión gracias al auge de la literatura económica española, sobre todo desde la aparición en 1789 del informe Campillo[295] y de los ministros borbónicos: Aranda, Campomanes y Floridablanca que estimularon este tipo de reflexión y de los cuales Nariño tenía perfecto conocimiento.

---

294 *Ibid.*, p. 15.

295 José del Campillo y Cossío: *Nuevo sistema de gobierno económico para la América*, Madrid: 1789. En 1794, fue editada en Madrid la traducción de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, por Alonso de Ortiz. No podemos asegurar con exactitud que Nariño tuviera conocimiento de esta obra, para el momento de redactar este plan.

Traducción, impresión y difusión de los Derechos del Hombre

Con los sucesos revolucionarios en Francia y el ambiente de agitación que se vivía en las colonias americanas, el Consejo Supremo de Indias dispuso prohibir la introducción de escritos, cartas o papeles sediciosos, contrarios a la fidelidad pública. Una orden real comunicada el 25 de mayo de 1791 a los directores generales de rentas advertía:

> Entre los géneros comerciables de lencería fina, se han introducido en algunas partes de Indias, particularmente en el Reino del Perú, reloxes de faltriqueras y cajas para tabaco de polvo en que se advierte gravada una mujer vestida de blanco con una bandera en la mano y alrededor una inscripción que dice: *Libertad Americana*.

En consecuencia, prohibía embarcar para las colonias esta clase de efectos. Pero las disposiciones eran insuficientes, ya que existían muchos canales a través de los cuales se infiltraban los libros prohibidos y las ideas revolucionarias.

Ante todo hay que subrayar que la influencia de la Revolución francesa en la misma España fue directa e inmediata debido a factores como la proximidad geográfica, los estrechos vínculos comerciales entre España y Francia, la constante migración francesa hacia la península, así como la presencia de importantes comunidades francesas en las principales ciudades españolas[296]. En la América Hispánica la influencia era menos directa, pero no por ello menos significativa.

Uno de los medios más importantes fue el establecimiento de las numerosas sociedades económicas y científicas que surgieron en los reinos americanos españoles, a imagen y semejanza de las establecidas en la península, con el beneplácito y la protección de las

296 François-Xavier Guerra: *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. p. 37.

autoridades ultramarinas españolas, al menos en su etapa inicial[297]. Obviamente, el objetivo de estas sociedades no era fomentar las ideas revolucionarias o combatir el orden político existente, sin embargo, es apenas comprensible que con el tiempo tomaran esa dirección.

Pero es en los salones y en las tertulias donde se estudia las nuevas formas de pensamiento y donde nace la opinión pública moderna, producto de la discusión y el consenso de sus miembros[298]. No es casual que Nariño haya sido el promotor de una de las primeras tertulias literarias que funcionó en la Nueva Granada. En un documento hallado en su estudio, con fecha 1789, Nariño escribía:

> Se me ocurre el pensamiento de establecer en esta ciudad una suscripción de literatos, a ejemplo de las que hay en algunos casinos de Venecia: estos se reducen a que los suscriptores se reúnan y en una pieza cómoda, y sacados los gastos de luces, etc., lo restante se emplea en pedir un ejemplar de los mejores diarios, gacetas extranjeras, los diarios enciclopédicos y demás papeles de esta naturaleza, según la suscripción. A determinadas horas se juntan, se leen los papeles, se critica y se conversa sobre aquellos autores; de modo que se pueden pasar un par de horas divertidas y con utilidad[299].

Los integrantes de estas tertulias eran destacados miembros de la élite criolla ya que en América mucho más que en España la influencia del pensamiento francés estuvo restringido a un grupo muy selecto de hombres. No pocos funcionarios de la Corona española, enviados a sus colonias, conocían el pensamiento ilustrado.

---

297 Carlos Stoetzer: *El pensamiento político en la América española durante el período de la emancipación (1789-1825),* tomo I, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1966. p. 45.

298 François-Xavier Guerra, *op. cit.*

299 "Pensamiento que dio origen a la tertulia literaria y periodística de Nariño (1789)", en Carlos Restrepo Canal: *Nariño periodista*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Editorial Kelly, 1960, p. 148.

> Durante la segunda mitad del siglo xviii fueron leídas por las altas clases de la América española las obras de Voltaire y Rousseau, *El espíritu de las leyes*, la *Historia natural de Buffon*, el *Tratado de las sensaciones* de Condillac y la *Enciclopedia* de Voltaire. La prohibición de las citadas obras por la Iglesia y el Estado fue muy floja y solo fue observada hacia el público general. El espíritu de tolerancia frente a la élite puede verse en las muchas dispensaciones que los hombres dirigentes recibieron del Papa para leer a los filósofos franceses[300].

Nariño, ávido léctor, sabía proveerse de valiosos ejemplares en francés y podía ufanarse de usufructuar una de las bibliotecas más completas del Reino. Cierto día de 1793, un oficial de caballería del virrey José de Ezpeleta le trajo en préstamo un ejemplar de *La historia de la revolución de 1789 y el establecimiento de una Constitución en Francia*, escrito por François Marie de Kervesean y G. Clavelin, que contenía el texto de "Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano". Nariño lo tradujo e imprimió en su imprenta adquirida tiempo atrás con fines comerciales.

Lo que confería importancia a la publicación y difusión de *Los derechos del hombre* era su entronque con el legado histórico de levantamientos indígenas, negros y mestizos que en el período anterior habían sacudido el territorio neogranadino, proclamando por las vías de facto sus derechos de libertad e igualdad. La perspectiva de que estas tradiciones de lucha encontraran su savia ideológica en los pliegos impresos por Nariño, revestía de particular peligrosidad el documento. Por lo menos así parecía entenderlo el virrey Ezpeleta, quien tan pronto tuvo noticias de la circulación del documento con los diecisiete artículos dispuso, entre otras medidas, el despacho de misiones encargadas de incautar y acabar con la propaganda subversiva en las provincias de Zipaquirá, Tunja, Vélez, Socorro y San Gil, precisamente donde años atrás brotó con mayor fuerza el movimiento insurreccional de los comuneros.

---

300 Carlos Stoetzer, *op. cit.,* p. 52.

El proceso que se le siguió a Antonio Nariño por la traducción e impresión de *Los derechos del hombre* —cuyos documentos originales reposan en el Archivo General de Indias (Sevilla)— constituyen una pieza fundamental para examinar el pensamiento político de la época, y en particular, para demostrar como las ideas revolucionarias irradiadas de Francia, estaban mediadas por el peso de una fuerte tradición escolástica.

En su escrito presentado para responder a los cargos que se le imputan, Nariño trata de mostrar a sus jueces que la "Declaración de los derechos del hombre" que él tradujo y publicó, no contenían nada contrario ni diferente a los libros admitidos por la nación y mucho menos podían calificarse de "anticatólicos", "subversivos del orden público" y "opuestos a la obediencia debida a los Soberanos", como pretendía la fiscalía.

Para argumentar su defensa, Nariño se apoya en los textos tomados de la *Summa teológica* de Santo Tomás de Aquino y de la doctrina política española expresados en *El espíritu de los mejores diarios* y *Las leyes de partidas*, estas últimas inspiradas en las leyes consuetudinarias ibéricas de origen medieval:

> ¿Cómo había de juzgar que era pernicioso este papel —se pregunta Nariño— cuando por lo que llevo referido se ve que contiene los mismos puntos que corren en los autores de la nación que habiéndose examinado por el Consejo no los han creído pernicioso?

Y agrega más adelante: "... el papel no contiene proposiciones nuevas [...] no solo es igual a los que corren en la Nación, sino que es menos malo que otros que corren en ella"[301].

301 Antonio Nariño: "Testimonio duplicado del escrito presentado por el Reo Don Antonio Nariño, y diligencias practicadas en su Virtud", en José Manuel Pérez Sarmiento y Luis Martínez Delagado (ed.): *Causas célebres a los precursores. "Derechos del Hombre", pesquisa de sublevación, pasquines sediciosos*. Bogotá: Imprenta Nacional, tomo I, 1939, documento Nº 28, p. 117.

Cualquier observador distraído podría objetar que esta sustentación de Nariño no era otra cosa que una argucia discursiva de un hábil abogado para confundir a sus jueces. Pero aun admitiendo este punto de vista, la documentación nos coloca de presente, por un lado, la profunda formación escolástica que poseían nuestros más representativos "precursores de la independencia" y, por otro, la inevitable superposición de imaginarios políticos (Escolástica/Ilustración), aunque descansaran en lógicas completamente diferentes.

El proceso a Nariño habría de culminar con una sentencia de diez años de presidio en África y su extrañamiento perpetuo de los dominios de América. Sin embargo, Nariño logra evadirse y fugitivo en Europa busca apoyo de los gobiernos de Francia e Inglaterra y como no lo consigue decide regresar clandestinamente al país, a finales de 1896.

A partir de este momento se inicia una etapa de maduración ideológica en el pensamiento político de Nariño —que no ha sido suficientemente estudiada por sus biógrafos—; su paso por diferentes provincias del país le sitúan en contacto directo con las realidades sociales y culturales de la Nueva Granada, elemento este que confiere a su pensamiento un realismo político ajeno a la adopción dogmática de cualquier principio doctrinario, que pareció caracterizar a los hombres de su época.

En este proceso de maduración ideológica, Nariño fue comprendiendo —mucho antes que Bolívar— la necesidad de una estrategia político-militar que tuviera como soporte los núcleos indígenas, negros y mestizos, para enfrentar exitosamente las autoridades peninsulares. La organización de planes en esta dirección habrían de depararle un nuevo encierro esta vez en las oscuras bóvedas del castillo de Bocachica (Cartagena).

La ruptura con España y la búsqueda de una nueva legimitidad

El desmoronamiento de la monarquía de los Borbones, como consecuencia de la invasión napoleónica a España en 1808, creó una coyuntura revolucionaria favorable a los sentimientos independentistas de las colonias americanas. De este modo, se inicia una larga cadena de movimientos insurreccionales que tiene su primer eslabón en Quito, donde el 10 de agosto de 1809 son depuestas las autoridades coloniales para ser reemplazadas por una Junta de Gobierno. Estos sucesos tienen una positiva repercusión en los ánimos criollos del Nuevo Reino de Granada.

La formación de Juntas Revolucionarias en América constituía una forma improvisada de representación de la sociedad, y de afirmación de una legitimidad contraria a la del invasor y de las autoridades que lo habían reconocido. Sin embargo, esas juntas carecían de una legitimidad definitiva. Por lo que el problema de la representatividad quedaba puesto al orden del día.

Para 1810 no existía entre la élite criolla un consenso acerca de la conveniencia o necesidad de ruptura con España. Nariño que fue uno de los primeros neogranadinos en comprender la necesidad de una autonomía respecto al Imperio español, se vio enfrentado a un cerrado proyecto conservador sustentado por buena parte del estamento criollo. Dicho proyecto concebía la conservación de la dependencia hispana pero conquistando, dentro de ella, la igualdad de derechos que los peninsulares reclamaban para sí[302].

Sin embargo, la actitud de España fue intransigente al rehusarse a admitir la igualdad de representación para los americanos. Esta negativa fue la que, en últimas, despejó el camino para la independencia total de la América Hispana. Rota la legitimidad real, el problema crucial para la élite criolla queda planteado así: ¿qué modelo político debe sustituir al hispano? ¿Debe, acaso, imitarse el modelo de Constitución francés o norteamericano o tratar de construir un orden nuevo, sin ignorar el pasado que dejó España? En

302 La elaboración del *Memorial de agravios* por el abogado payanés Camilo Torres, es reflejo de este sentimiento.

respuesta a esta interrogante, Antonio Nariño demuestra una aguda percepción de la realidad del Nuevo Reino de Granada y un espíritu conciliador que lo aparta de los modelos clásicos del radicalismo francés, en donde frecuentemente se le ha querido inscribir, para acercarlo a una concepción menos liberal, si se quiere, pero con un mayor sentido de la realidad.

En la búsqueda de principios y de símbolos para la construcción de una nueva legitimidad, algunos pretenden adoptar el nuevo sistema de referencias revolucionarias de Francia, mientras que otros ven en la constitución de Filadelfia la feliz cristalización del proyecto republicano. De tal forma que republicanismo, federalismo e ideología liberal parecían confundirse.

Nariño, preocupado por un modelo de organización política que posibilitara enfrentar las tentativas de reconquista española, abogaba, contrariamente, por un férreo centralismo. En su discurso para la apertura del Colegio Electoral, pronunciado en junio de 1813, tomaba una prudente distancia con respecto al sistema norteamericano:

> (…) dueños nosotros de estos riquísimos y fértiles países, llenos de los más santos y laudables deseos de mejorarlos, en lugar de comenzar una reforma gradual y meditada, abrazamos el partido desesperado de quererlo todo destruir y edificar en un solo día: *recedant, vetera nova sint omnia*, fue nuestra divisa; y como las ideas que más se habían divulgado entre nosotros por el ejemplo, eran las de Norte América, el grito universal fue por este sistema. Se dividió el Reino en tantos Estados cuantas eran antes las Provincias y Corregimientos.

Y agregaba:

> Han corrido, no obstante, tres años, y ninguna provincia tiene tesoro, fuerza armada, cañones, pólvora, escuelas, caminos ni casas de moneda: solo tienen un número considerable de funcionarios que consumen las pocas rentas que han quedado, y que

> defienden con todas sus fuerzas el nuevo sistema que los favorece.

Y terminaba advirtiendo:

> Nada digo, señores, que no esté delante de vuestros ojos. El día funesto se acerca en que si no mudamos de conducta, vamos cargados de nuestras bellas constituciones a morir en los cadalsos ó en las bóvedas de las Antillas[303].

Encontramos en el proyecto político de Nariño, la búsqueda de un nuevo orden que tuviera en cuenta nuestras propias realidades, y que no se limitara a copiar las ideas de libertad extrapoladas de otros contextos culturales. En este sentido, el cambio pregonado por Nariño debía operarse sin sobresaltos y la concepción republicana debía insuflarse lenta y gradualmente: "La Francia con su guillotina y con torrentes de sangre, no pudo lograr esta metamorfosis repentina; y esta fue la causa primaria de la ruina de su nuevo sistema"[304].

Nariño, como casi todos los criollos de la época, se mostraba muy cauto frente a las experiencias negativas de la Revolución francesa. Particularmente, el "terror revolucionario", llevaría a los próceres americanos a matizar cualquier discurso emparentado directamente con el jacobinismo y la movilización del pueblo.

Los artículos publicados en su periódico *La Bagatela* (1811-1812) están imbuidos de este espíritu crítico frente a los excesos democráticos y anárquicos de la Revolución francesa. No obstante, hay también en ellos una constante reiteración de la necesidad de una ruptura absoluta con el colonialismo español. Sus notas editoriales apremian insistentemente por un desconocimiento de la autoridad del rey Fernando VII y por una declaratoria inmediata de independencia, a la vez que hace un insistente llamado a la centralización de recursos para sortear con éxito, las tentativas ibéricas de reconquista.

---

303 Antonio Nariño, *op. cit.*, p. 62 y siguientes.

304 *Ibid.*, p. 71.

Sus opiniones en torno a este delicado problema que mantenía dividida la élite criolla, están consignadas en el suplemento a *La Bagatela* Nº 5, editado el 11 de agosto de 1811. Allí Nariño justifica nuestra independencia de España, invocando el mismo derecho que tienen los peninsulares de enfrentar el enemigo francés: "¿No tienen un derecho incontestable todas las naciones del mundo para mejorar su suerte, para sacudir la opresión y darse el gobierno que más les convenga?, ¿no son estos los principios que proclama España?" Y enseguida agrega: "... si esta ocasión, se nos ha venido a las manos y la hemos cogido, no seremos unos mentecatos en volverla a dejar escapar?"[305].

Las ideas de representación, soberanía y sufragio universal

Para justificar la ruptura con España los revolucionarios americanos recurren a elementos tomados del pensamiento tradicional. En particular, a la idea del *pactum translationis*, según la cual la potestad de los reyes emana originariamente del pueblo y vuelve a él cuando el trono queda vacante[306]. En el contexto de la invasión napoleónica a España, esta idea se erige en fundamento para la autonomía americana.

No hay que olvidar que las corrientes escolásticas habían mantenido una influencia extraordinaria sobre los intelectuales, los centros universitarios y los colegios en toda la América española, a través del pensamiento político de autores como el jesuita Francisco Suárez[307].

De acuerdo con la doctrina suareziana del Estado, este

> surge como fruto de un consenso de los miembros de la comunidad, y los gobernantes reciben la potestad de gobernar de la voluntad popular. Los poderes coercitivos del Estado se dan a partir de un contrato de sujeción entre gobernantes y gobernados:

305 *Ibid.*, p. 170.

306 Carlos Stoetzer, *op. cit.*, vol. II, p. 257.

307 *Ibid.*, p. 74.

> son pues, poderes delegados que pueden ser revocados mediante una decisión libre de los súbditos[308].

El influjo de Suárez en la América española comenzó a fines del siglo XVI, consolidándose con el tiempo, sin embargo, después de la expulsión de los jesuitas (1767), una real cédula del 18 de octubre de 1768 prohibió en todos los centros de educación superior en la América Hispánica la enseñanza de la escuela jesuítica, especialmente Suárez, Mariana y Molina[309].

Aunque es probable que en el imaginario político de la época, ideas como el contrato social de Rousseau fueran asimilables a las ideas pactistas, consagradas por algunos representantes del pensamiento escolástico (*v.gr.* Suárez), no debe perderse de vista que las semejanzas entre uno y otro eran apenas aparentes en la medida en que estaban inspiradas en lógicas muy diferentes. Juan Salaberry en su libro *Origen de la soberanía civil, según el padre Francisco Suárez*, establece una clara diferencia:

Francisco Suárez	Juan Jacobo Rousseau
La comunidad no siempre se despoja de toda su autoridad, sino que ordinariamente la comunica limitadamente al príncipe.	Los individuos pierden toda su libertad natural y adquieren la libertad civil y política, viniendo la suma de las voluntades a convertirse en fuente y origen de todos los derechos, sin ninguna limitación.

308 Jaime Jaramillo Uribe: *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá: Temis, 1964, p. 116.

309 Carlos Stoetzer, *op. cit.*, vol. II, p. 80.

La autoridad o soberanía del pueblo puede y debe ser transferible y puede ser ejercida por otro.	La autoridad o soberanía del pueblo es intransferible y no puede ser representada más que por sí misma.
La soberanía es atributo de toda la comunidad perfecta pero no de cada individuo.	La soberanía es de todos y de cada uno, y de tal manera es de cada uno, que ninguno la puede abdicar en todos.
El hombre de suyo es culto y social y de su misma cultura y sociedad brota la necesidad de reunirse, y una vez hecha la unión con un fin político, ipso facto nace la autoridad suprema en la comunidad, como algo que emana naturalmente de la naturaleza, y esto, quieran o no quieran los hombres que se han reunido en sociedad perfecta.	El hombre es naturalmente salvaje y la autoridad solo fue efecto de un pacto enteramente artificial y no una emanación de la naturaleza.
Dios da inmediatamente la suprema autoridad a la comunidad perfecta, por el mero hecho de formarse por la unión de las voluntades, así como crea por sí mismo el alma, una vez preparada la materia seminal, sin que sea necesaria una nueva intervención de la voluntad humana.	La autoridad es la simple suma de las voluntades materialmente tomadas.

Fuente: Juan Salaberry: *Origen de la soberanía civil, según el padre Francisco Suárez*, citado por Carlos Stoetzer.

Consciente de esta tradición y para sustentar la tesis del gobierno basado en el consentimiento de sus súbditos, Nariño recurre en su defensa ante la Real Audiencia de Santafé (1894) a

una cita de clara inspiración suareziana, tomada de la *Enciclopedia de metafísica y jurisprudencia*:

> El príncipe no puede disponer de su poder y de sus súbditos sin el consentimiento de la nación, e independientemente de la elección notada en el contrato de sumisión [...] en una palabra, la corona, el gobierno y la autoridad pública son bienes de que el cuerpo de la nación es propietario y de que los príncipes son los usufructuarios, los ministros y los depositarios[310].

El recurso al pensamiento escolástico como fundamento de la revolución, si no fue anulado completamente con el paso del tiempo, por lo menos se opacó por la adopción, cada vez más abierta, del nuevo sistema de referencias tomado de la Revolución francesa, la inexistencia de vínculos con el poder real facilitó este proceso.

Un examen posterior de las ideas de Nariño evidencian este proceso: "... la masa general del pueblo, conforme a los principios de todo contrato social, debe participar de la soberanía que innegablemente le compete"[311], escribe Nariño en 1810, en una clara evocación de la teoría de la representación de Juan Jacobo Rousseau. No obstante, Nariño considera la imposibilidad de que el pueblo reasuma la soberanía en un Estado de emergencia y plantea la necesidad de que un cierto número de hombres de luces y de crédito se apropien de una parte de la soberanía para dar los primeros pasos y después restituirla al pueblo[312].

En su *Discurso ante el Congreso de Cúcuta,* el 6 de mayo de 1821, Nariño expresa con mayor claridad la teoría russoniana de la "soberanía popular" y la doctrina de Montesquieu acerca de la separación de los tres poderes:

---

310 *Ibid.*, p. 122.

311 *Ibid.*, p. 126.

312 *Ibid.*

> El gobierno se compone de tres elementos: de la voluntad, que hace la ley; de la ejecución, que le da su cumplimiento, y del juicio, que aplica las penas a infractores de ellas. Estas tres funciones deben estar separadas, porque si a un solo hombre o corporación se le confiere la facultad de ejecutar y juzgar conforme a su voluntad, es claro que se sustituye la voluntad particular a la voluntad general, que la seguridad personal desaparece y la libertad muere[313].

La idea de un gobierno representativo era complementada con una afirmación del voto universal:

> (…) todo ciudadano en el ejercicio de sus funciones debe votar, y todo el que vota debe tener opción a ser elegido; no temamos señores, esta declaración y apartemos de nosotros esos principios consignados en muchas constituciones de medir el derecho de ser electo por la cantidad de dinero que un codicioso ha podido atesorar[314].

Después de este rápido recorrido por los escritos de Nariño, podemos afirmar con Guerra —a modo de conclusión— que: "Los elementos revolucionarios se mezclan al fondo hispánico y a las raíces autóctonas y producen combinaciones muy variadas que quedan aún por estudiar [...] —junto con— los ritmos, las especificidades regionales y el modelo francés utilizado"[315].

313 Antonio Nariño, *op. cit.*, p. 93.

314 *Ibid.*

315 François-Xavier Guerra, *op. cit.*, p. 50.

Antonio García: Un pensador Latinoamericano heterodoxo

Toda nuestra historia desde la insurrección de los comuneros
en 1781 es la de un pueblo en busca de una revolución.
Una revolución siempre frustrada, por falta de cauces,
de mandos y de objetivos claramente revolucionarios,
pero que va formando una corriente subterránea y
unas inclinaciones ideológicas que reaparecen
en las grandes épocas de convulsión y
de transformación social.
Antonio García

La trayectoria política e intelectual de Antonio García fue la de un pensador original en permanente polémica con personajes y creencias sacralizadas de su época. Su espíritu siempre crítico, abierto e independiente, ajeno a cualquier encasillamiento en los marcos de una ortodoxia de pensamiento —en un país donde los intelectuales son seducidos continuamente por el discurso bipartidista—, le valió la condena a un permanente ostracismo de las cátedras universitarias colombianas, cuando no a la tergiversación de sus ideas, siendo tachado de "reformista", "revisionista", "instrumento del imperialismo yanqui", por una izquierda rígida incapaz en ese momento de leer los procesos nacionales con ojos propios.

Su constante peregrinar por el continente, así como su vinculación con distintos organismos nacionales e internacionales latinoamericanos, le permitiría un vivo intercambio con las ideas de pensadores contemporáneos como Oswaldo Sunkel, Theotonio Dos Santos, Pablo González Casanova, Marcos Kaplan, Jesús Silva Herzog y Aníbal Quijano, entre otros, con quienes compartiría su preocupación por una teoría latinoamericana del desarrollo.

Hoy, aunque algunas de sus teorías constituyan ideas corrientes, y otras, en la distancia, resulten de fácil cuestionamiento, Antonio García, uno de los pensadores y ensayistas colombianos con "planteamientos más respetables sobre el marxismo", en palabras del filósofo Herbert Marcuse, aparece a mediados de la presente centuria como pionero en la reflexión de problemas acerca de las especificidades del desarrollo latinoamericano, la democracia y el socialismo humanista, que habrían de constituirse en eje del debate teórico y político en las décadas posteriores.

La obra de Antonio García, pese a que en ocasiones se torna repetitiva, representa un esfuerzo original por integrar en un conjunto coherente una multiplicidad de enfoques: económicos, sociológicos, políticos, jurídicos, antropológicos y culturales, perspectiva que se enriquece con el conocimiento de realidades nacionales muy heterogéneas, a través de sus vivencias personales en diferentes países latinoamericanos. En estas breves líneas intentaré un esbozo político intelectual de este pensador colombiano.

Primeras preocupaciones (1912-1934)

Antonio García nace en el departamento de Boyacá en 1912, en el seno de una familia de clase media. Sus primeras inclinaciones están dirigidas a la literatura, particularmente el cuento y la poesía, de donde incursionará al ensayo y de allí a la búsqueda de una ciencia social crítica.

La sociedad colombiana de los años veinte y treinta era entonces tradicional o "señorial" (como posteriormente él mismo la caracterizaría), con un predominio de las formas económicas y sociales

rurales[316], en cuyo interior se gestaban hondos cambios y transformaciones. Especialmente, en las áreas de expansión de la economía campesina y dominio hacendatario, se suscitaban agudos conflictos por el control y la titulación de tierras. Paralelo a este proceso, crecía la agitación obrera y sindical: en 1926 estalla la huelga del ferrocarril del Pacífico, al año siguiente la huelga en la Tropical Oil que se extiende a todo lo largo del Magdalena y en 1928 se desata el conflicto de las bananeras que culmina con la masacre de un centenar de trabajadores.

García vive esta movilización social en la región del Cauca, a donde se traslada para culminar sus estudios de Derecho, iniciados en la Universidad del Rosario. El Cauca constituía entonces un escenario de la lucha de las comunidades indígenas que bajo el liderazgo del legendario Quintín Lame, enfrentaban la expropiación y explotación del poder latifundista.

Esta primera experiencia práctica en sus años juveniles nos permitirá identificar las raíces de su preocupación por el problema indígena y agrario: "... la necesidad de comprender los términos de la lucha entre aristocracia latifundista y el campesinado, entre el sistema político de dominación y las primeras formas organizativas de terrazgueros, comuneros y peones, me empujó al estudio del problema agrario" —escribirá García años después. Preocupación que, ampliada a todo el continente, estará presente en sus largos años de vida intelectual.

Su interés por dicha problemática lo aproximará a la literatura y el pensamiento indigenista de los veinte y treinta con Jorge Icaza, Jorge Cuesta y Cuesta, Gallegos Lara y José de la Cuadra. Fruto de este interés son sus investigaciones de campo en la sierra ecuatoriana, su participación en el primer Congreso Indigenista Interamericano realizado en Pátzcuaro y años más tarde su desempeño como director del Instituto Indigenista de Colombia.

316 Tres de las ciudades más importantes del país albergaban para 1923 apenas el 6% de los habitantes, mientras el resto de la población era rural, semirural y analfabeta en su mayoría.

Sus libros *Pasado y presente del indio* (1937) y *Legislación indigenista de Colombia* (1951) se inscriben en esta línea de reflexión.

En la Universidad del Cauca contribuye, también, a la creación del Centro de Estudios Marxistas donde de manera autodidacta se ocupa, junto con otros jóvenes intelectuales, del marxismo y sus diferentes corrientes, aproximándose muy pronto a las expresiones latinoamericanas de pensamiento a través de autores como José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, Hildebrando Castro Pozo, José Ingenieros, Luis Chávez Orozco, Miguel Othón de Mendizábal, Salvador de la Plaza, José Justo Benítez, González Aparicio, Pío Jaramillo Alvarado, Lázaro Cárdenas, Juan B. Justo y Emilio Frugano[317].

En busca de una alternativa socialista (1934-1953)

A partir de 1935, Colombia entra de lleno en la onda modernizadora, bajo los impulsos de la llamada Revolución en Marcha (1934-1938), liderada por el presidente liberal Alfonso López Pumarejo, quien adelanta en estos años un proyecto modernizante buscando adecuar las instituciones del Estado a las nuevas realidades del país. Este plan de reformas significó una serie de transformaciones en el plano social, político y económico, que habrían de dejar una profunda huella en la vida nacional.

En el plano de la educación, la Revolución en Marcha supuso un cambio significativo en todos sus aspectos, eliminando las prerrogativas que tenía la Iglesia para el control de la educación y garantizando la libertad de conciencia y cultos. En el contexto de esta reforma, la Universidad Nacional cobró cuerpo como espacio de debate ideológico abierto a todas las tendencias de pensamiento. García que participa con gran entusiasmo de este proceso se vincula en 1938 como docente en este primer centro universitario del país.

Los esfuerzos que desde el Ministerio de Educación venía realizando el escritor Jorge Zalamea en dirección a estimular la investigación científica sobre la realidad colombiana encuentra, en el

317 Antonio García: Introducción, en *El proceso histórico latinoamericano*, México: Nuestro Tiempo, 1979.

estudio de Antonio García *Geografía económica de Caldas* (1937), una de sus contribuciones fundamentales.

La investigación tiene como objeto de estudio la colonización antioqueña del Antiguo Caldas, que tipifica claramente una región transformada por la expansión cafetera. Desde el punto de vista de la ciencia social, la obra constituye un esfuerzo pionero por articular en un trabajo monográfico diferentes niveles de la realidad: sociológicos, geográficos, económicos, demográficos y culturales; a la vez que coloca de presente la importancia de la observación directa como método de aproximación a estas dimensiones de la realidad, a través del trabajo de campo y la recuperación de las descripciones legadas por los viajeros y exploradores del siglo XIX.

Pero si bien en el plano académico su experiencia investigativa bajo la Revolución en Marcha fue un estímulo a sus inquietudes intelectuales que irán madurando a lo largo de su vida, en el plano político la frustración que dejaron las tareas inconclusas de la Revolución en Marcha —que no pudieron ser realizadas por la oposición de los sectores tradicionales de la sociedad y por la decisión misma del presidente López de decretar una pausa a su política reformista—, llevó a nuestro pensador a reflexionar sobre el agotamiento del proyecto liberal, y la búsqueda de opciones políticas más allá de las fronteras del bipartidismo, que marcarían un compromiso personal con los ideales socialistas.

Bajo esta perspectiva y con la participación de otras personalidades políticas de origen muy heterogéneo como Juan Francisco Mújica, Gerardo Molina, Indalecio Liévano Aguirre, funda en 1942 la Liga de Acción Política que, sobre nuevas bases, trataba de revivir la efímera Vanguardia Socialista, creada en 1936. En un documento programático dirigido a toda la nación, se anuncian las bases organizativas de un partido de tipo moderno, con afiliación individual y carné de militante, que editará el periódico *Acción Política*.

El llamado, aunque tiene eco en algunos sectores medios de la población, no logra consolidarse como proyecto alternativo, no solo por las expectativas de una posible profundización de la Revolución en Marcha con la reelección de Alfonso López Pumarejo a la

presidencia (1942-1946), sino porque en estos años comienza el ascenso vertiginoso del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, quien atrae a las masas urbanas y populares con su fraseología antioligárquica y su discurso suprapartidista. Circunstancia esta que lleva a su disolución en 1944[318].

Antonio García, que ha tomado conciencia de las magnitudes del movimiento gaitanista, participa del movimiento (con el cual conservaba estrechos nexos políticos y personales ya que en 1938 se había desempeñado como concejal de Bogotá por dicha colectividad), manteniendo su preocupación por constituir una organización independiente. En 1946, Antonio García asiste al Segundo Congreso de Partidos Socialistas y populares realizado en Santiago de Chile.

En convención preliminar realizada en Cali acuerda con otro grupo de intelectuales de orientación gaitanista, la creación del Partido Socialista Colombiano, cuya plataforma mínima de acción es aprobada el 11 de enero de 1947, bajo el título de "Bases para una Nueva Colombia".

El nuevo movimiento es visto por el Partido Comunista y los sectores cercanos a él como "un grupo socialdemócrata derechista, antisoviético, anticomunista naturalmente y —en las condiciones del dominio terrorista del conservatismo— también antiliberal", y no dudan en calificar a sus miembros de: "imaginativos 'supermarxistas' empeñados en la planificación general de la economía del país, en la reconstrucción del Estado actual colombiano en sentido 'orgánico' y en otras igualmente grandes tareas ...para servir a la dictadura conservadora, civil o militar"[319].

En este mismo año, Gaitán se erige en jefe único del Partido Liberal y se proyecta como el triunfador indiscutible de las próximas elecciones presidenciales. La oligarquía atemorizada por el ascenso popular del movimiento no encuentra otra alternativa para

318 Medófilo Medina: "Los terceros partidos en Colombia, 1900-1967", en *Nueva historia de Colombia*, Bogotá: Planeta, 1989, p. 287.

319 Ignacio Torres Giraldo: *Los inconformes*, tomo IV, Bogotá: Margen Izquierdo.

detenerlo que el asesinato del líder, el cual se consumó el 9 de abril de 1948. Antonio García, que en esta última etapa se ha vinculado de lleno al gaitanismo como asesor del caudillo, en la idea de darle una mayor coherencia y radicalidad ideológica al movimiento, es víctima de la sangrienta persecución conservadora.

García no cesa, sin embargo, en su empeño de configurar una nueva opción de corte nacional y popular, y aunque mantiene en alto las banderas gaitanistas les confiere una orientación decididamente socialista independiente del bipartidismo. Es así como en 1952 llama a la formación del Partido Popular Socialista Colombiano (PSPC), cuyo manifiesto inicial lo autodefine como "Socialista, democrático, revolucionario, autónomo y nacional". Ese mismo manifiesto declara:

> (…) el problema de la revolución no puede ser resuelto desde afuera, ni del lado capitalista ni del lado comunista. Nuestro pensamiento socialista es el resultado del análisis de nuestra propia historia, del conocimiento y utilización de sus propias experiencias y de la afirmación de nuestros destinos nacionales[320].

A sus planteamientos en torno al socialismo, García asocia sus ideas en torno a la democracia como un todo indivisible en donde se articulan los niveles económico, social y cultural.

Pese a su intensa actividad política en este período, García, como muchos intelectuales latinoamericanos de su época, no desliga su labor teórica y académica de su quehacer político. Funda así, en 1944, el Instituto de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional, que posteriormente se transformará en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional.

Pocos años después publica su obra *Bases de la economía contemporánea* (1948) que constituye un momento importante en su esfuerzo por pensar críticamente la realidad nacional con

320 Dardo Cúneo: Introducción: "Antonio García y la perspectiva latinoamericana", en *La estructura del atraso en América Latina,* Buenos Aires: Pleamar, 1969.

categorías propias, superando los esquemas dominantes de la economía clásica europea o de los Estados Unidos. En este libro se esbozan ya las líneas generales de lo que configurará más adelante su teoría estructural del atraso y del desarrollo, que intenta un análisis económico, político y cultural del capitalismo, desde la perspectiva de los países atrasados.

El proyecto nacional populista de Rojas Pinilla (1953-1957)

Con su adhesión al régimen militar del general Rojas Pinilla se inicia, en 1953, la etapa más polémica de Antonio García. Su participación en este proyecto político de corte populista le acarreará por el resto de su vida, no solo el anatema de los partidos tradicionales —que nunca perdonaron al general Rojas y sus colaboradores[321] sus esfuerzos de autonomización política frente al bipartidismo—, sino también su descalificación por parte de la izquierda, particularmente del Partido Comunista que fue ilegalizado por la dictadura.

El gobierno de Rojas Pinilla, aunque contó con el respaldo inicial de los partidos Liberal y Conservador, muy pronto entró en contradicción con estas dos colectividades cuando expresó sus intentos de crear una fuerza suprapartidista sustentada en el binomio pueblo-fuerzas armadas.

Antonio García, que había experimentado las dificultades de crear un movimiento de bases populares por fuera de las fronteras del bipartidismo, encuentra en el proyecto del general Rojas Pinilla un espacio propicio para su accionar político, en el convencimiento que la alianza pueblo-ejército constituiría una posible fórmula para corroer las sólidas murallas bipartidistas.

De esta forma saluda las propuestas del efímero Movimiento de Acción Nacional (MAN) creado por Rojas en 1955 y posteriormente participa en la organización de la llamada Tercera Fuerza.

La cerrada oposición de amplios sectores políticos, sindicales y de opinión conducirá al fracaso del proyecto suprapartidista

321 Antonio García participa activamente en la Asamblea Nacional Constituyente que Rojas Pinilla organiza en 1954 para legitimarse.

de Rojas y a su consecuente caída en mayo de 1957. García toma entonces el camino del exilio voluntario.

Por estos años nuestro pensador ha entrado en contacto con la revolución iniciada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, MNR, en Bolivia (abril de 1952), adonde acude por invitación oficial en 1955. Dos años después se vinculará como asesor del Ministerio de Agricultura y Asuntos Campesinos.

En su obra *La revolución de los pueblos débiles*, publicada en 1953 y reeditada en Bolivia en 1955 —que recoge sus preocupaciones políticas y teóricas de esta etapa—, Antonio García propone la elaboración por parte de los países oprimidos de una teoría propia acerca de la revolución y el imperialismo, propugnando por la cooperación regional como estrategia política de los países atrasados.

El exilio (1957-1982)

A partir de 1957 y con entradas ocasionales a su país, Antonio García inicia un recorrido por diversos países de América Latina que le permiten reconocer la realidad continental y afianzar su perspectiva latinoamericanista. Se desempeña así como consultor de la reforma agraria en México, Bolivia, Ecuador, Chile, Perú y Santo Domingo; asesor agrario de organismos internacionales como la FAO, la OIT, y la CEPAL y profesor en diferentes universidades de América Latina.

Su actividad intelectual en este período está vinculada a dos grandes núcleos de atracción del pensamiento latinoamericano crítico en el exilio: Chile, hasta el derrocamiento de Allende, y México, en los años posteriores.

A esta época se remonta su estudio sobre la *Estructura del atraso en América Latina* (1967), publicado años después con muy pocas modificaciones bajo el título *Atraso y dependencia en América Latina*. La tesis de esta obra ocuparán, en 1973, la atención crítica de un grupo de investigadores del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM (Arturo Bonilla, Alonso Aguilar, Fernando

Carmona, Gerard Pierre-Charles). Una de sus últimas obras, *Reforma agraria y desarrollo capitalista en América Latina* (1981), será el resultado de estudios realizados durante su estadía como investigador visitante en dicho instituto.

En sus años finales, Antonio García se reincorpora a la Universidad Nacional de Colombia, como profesor titular y decano de la Facultad de Economía, hasta su muerte en 1982. La actualidad de su obra reclama hoy, la atención de los estudiosos del pensamiento latinoamericano.

Alfonso López Michelsen: en sus tiempos de disidente

En su edición del 15 de agosto de 1958, el semanario *La Calle* dio a conocer un folleto, escrito en forma de carta desde México y dirigido a un corresponsal imaginario. El documento que circuló bajo el título: *Las razones de un liberal. Ensayo crítico sobre el Frente Nacional*, contenía una serie de consideraciones críticas en torno al proyecto de reforma constitucional sobre alternación de los partidos en la presidencia, el cual se aprestaba a ser debatido en las sesiones ordinarias del Congreso. Su aprobación aparecía, en ese momento, como crucial para el futuro del Frente Nacional, ya que las divisiones en el interior del Partido Conservador habían alcanzado un punto tal que amenazaban con destruir la base misma de los pactos bipartidistas.

Aunque el documento compartía la idea del Frente Nacional como política de salvación para el país, criticaba la forma como este se venía implementando, y trataba de alertar a la clase política de los peligros que acarreaba para la estabilidad del sistema la reforma constitucional, a la vez que pretendía aglutinar en torno a las banderas antialternacionistas las bases liberales inconformes, así como otras fuerzas políticas y sociales excluidas de los acuerdos.

Para el discurso oficial (el gobierno y voceros de la coalición frente nacionalista), la oposición venía siendo definida en los marcos del Frente Nacional y la alternación. Fuera de estas

fronteras, la oposición —ubicada a la derecha o izquierda— carecía de legitimidad, siendo calificada de "subversiva" y como tal perseguida y excluida de cualquier derecho político. En la nueva interpretación que ofrecía la carta, se reclamaba el derecho de una oposición real que diera cabida a todos aquellos que se oponían al Frente Nacional, sin cuestionar las bases mismas del sistema. Desde esta perspectiva, el documento planteaba la necesidad de institucionalizar el binomio "gobierno-oposición" como

> dos partidos distintos que no pueden constituir una hegemonía porque tienen el límite de la paridad, pero dos partidos que procedan autónomamente, y dentro del cual uno adelanta su programa y el otro adelanta sus críticas al amparo de instituciones que no permitan el abuso[322].

El documento insistía en la necesidad de crear un "estatuto para la oposición", que permitiera a esta ejercer legalmente su acción, bajo la consideración de que si el sistema no abría esos espacios legales, a través de los cuales pudiera canalizarse la inconformidad popular, estaría expuesto a los "excesos y peligros" de un sacudimiento revolucionario. Por otra parte, advertía que los problemas del país no tenían un origen exclusivamente político y afirmaba la necesidad de programas sociales en dirección a aliviar las condiciones socioeconómicas infrahumanas de una amplia masa marginada de la población colombiana.

El documento finalizaba con un conjunto de críticas a la alternación presidencial, recurriendo a argumentos de orden jurídico y político, que podemos resumir así:

1. El Frente Nacional se ha convertido en un partido hegemónico, configurado por una coalición excluyente entre el Partido Liberal y una fracción del Partido Conservador (laureanismo),

322 Alfonso López Michelsen: "La alternativa liberal como una solución para el país", en *Colombia en la hora cero*, tomo I, Bogotá: Tercer Mundo, 1962, p. 258.

usufructuarios de los beneficios de la paridad. La alternación no hace más que fortalecer esa tendencia, impidiendo la aplicación de la paridad entre gobierno y oposición, y reduciéndola a una paridad entre los partidos.

2. La división del Partido Conservador hace posible que cada una de las facciones de dicha colectividad presente su candidato, los cuales propenderían a buscar el respaldo del Partido Liberal, originando una situación conflictiva.
3. La alternación debe ser aprobada en dos sesiones ordinarias del Congreso, por una mayoría calificada (dos terceras partes). Esto es posible ahora porque sus usufructuarios ven la conveniencia de dicha reforma. Pero más tarde, cuando se intente modificarla o derogarla, será imposible porque no se podrá reunir esta mayoría, ya que el partido que reciba mayor beneficio de ella no estará dispuesto a rectificarla.

La publicación de esta carta causó un gran impacto en los distintos medios políticos y se constituyó en una especie de manifiesto, de los sectores insatisfechos con los rumbos que venía tomando el Frente Nacional y su política en general. Dichos sectores iniciaron, entonces, una gran actividad política encaminada a cristalizar organizativamente su inconformidad, que habría de desembocar en la conformación del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL).

El autor de estas tesis que aparecían como revolucionarias en ese momento, era un intelectual de origen burgués, que años atrás había emigrado a México para ocuparse de actividades empresariales[323]: se trataba de Alfonso López Michelsen, codirector del semanario *La Calle* y, hasta entonces, un reconocido catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad Nacional, que había probado suerte —con no poca fortuna— en los campos de la literatura, publicando su novela *Los elegidos* (1953), en la cual revelaba un agudo sentido de la

323 En 1956, aparece como coproductor de la película mexicana *Llamas contra el viento*.

crítica social. Su imagen, sin embargo, más que la de un político activo era la de un consumado intelectual[324].

López Michelsen: el intelectual y el político

Alfonso López Michelsen nació el 30 de junio de 1913 en Bogotá. Realizó sus primeros estudios en el Gimnasio Moderno de la misma ciudad y a los 12 años viajó a Europa para emprender sus estudios secundarios, los cuales cursó en el Colegio de Saint Michel de Bruselas (dos años), en el Liceo Pascal de París (dos años), y en el Liceo Francés de Londres. Finalmente, recibió su grado de bachiller en Humanidades en la ciudad francesa de Lillo[325], obteniendo a los 17 años la medalla destinada al mejor estudiante de los colegios particulares de París. Estas primeras experiencias proporcionaron al joven Alfonso una aproximación al pensamiento europeo, particularmente al liberalismo clásico y a la filosofía laborista inglesa así como a la historia francesa, inglesa y norteamericana, cuyo conocimiento se refleja con gran nitidez en sus escritos.

López Michelsen inició sus estudios profesionales en la Facultad de Derecho del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y en 1935 viajó a Chile para continuar su carrera de Derecho en la Universidad de Santiago. Al retornar al país obtiene su título de doctor en Jurisprudencia en el Colegio del Rosario, con tesis laureada sobre *La posesión en el código de Bello*. Su ciclo de formación profesional se cierra con un curso de servicio diplomático en Georgetown, Estados Unidos.

En esta primera etapa se desempeña como catedrático en las universidades Nacional Rosario y Libre. Su ejercicio como profesor de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional es de mucha importancia para entender sus vínculos con la joven generación del MRL,

---

324 Entrevista con el doctor Luis Villar Borda, Bogotá, diciembre 29 de 1993.

325 Indalecio Liévano Aguirre: "Semblanza política de Alfonso López Michelsen", en Magazín Dominical de *El Espectador,* abril 14 de 1974, p. 3.

ya que buena parte de quienes formaron los núcleos iniciales del movimiento recibieron sus enseñanzas en este centro universitario. López Michelsen era uno de los profesores más jóvenes de la facultad, y la relación que establecía con sus alumnos estaba planteada en términos de mucha horizontalidad. Según relata uno de sus exalumnos, la impresión que causaba López Michelsen era muy favorable

> especialmente por su extrema camaradería que contrastaba con el ceño adusto de los profesores titulares del estilo de Rafael Escallón, Salvador Iglesias, Juan de la C. Trujillo Arroyo, Luis Felipe Latorre, cuyos años al frente del ejercicio didáctico establecían elocuente diferencia con el recién llegado de Londres[326].

Por estos mismos años, López se inicia como colaborador del periódico *EL Liberal* de Bogotá, órgano de expresión de un grupo de intelectuales y políticos, desde cuyas páginas se defiende la obra de gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) frente a los ataques del Partido Conservador y los sectores tradicionales del liberalismo.

Los escritos de Alfonso López reflejan, en este período, una preocupación por dar cuerpo a una nueva concepción del liberalismo, basada en la idea de un Estado fuerte e intervencionista. Concepción que de algún modo está presente en los cambios que, en ese momento, viene impulsando la Revolución en Marcha, abanderada por su padre[327].

En su *Introducción al estudio de la Constitución de Colombia*, 1943, López hace una interpretación novedosa de la historia constitucional del país, tratando de rescatar los méritos que tuvo la

---

326 Jenaro Jiménez Nieto: "Alfonso López Michelsen: del profesor al presidente", en Magazín Dominical de *El Espectador*, abril 14 de 1974, p. 7. Esta impresión es corroborada por el testimonio de Álvaro Uribe Rueda, Bogotá, junio 30 de 1993.

327 Hernando Gómez Buendía: *Alfonso López Michelsen: un examen crítico de su pensamiento y de su obra de gobierno*. Bogotá: Fedesarrollo/Tercer Mundo, p. 60.

legislación española, de inspiración típicamente social, frente a las innovaciones liberales adoptadas durante el período de la independencia. Según López, la adopción de la ideología liberal, lejos de significar un progreso para las naciones latinoamericanas, supuso un proceso de anarquía y de disolución de la nacionalidad. En nuestro país, este fenómeno tuvo como expresión las continuas guerras civiles decimonónicas, producto de la aplicación indiscriminada de la doctrina liberal inglesa y los principios fundamentales del Derecho Público norteamericano, que no se correspondían con las auténticas tradiciones nacionales.

A lo largo de su obra, López Michelsen elogia la tradición intervencionista del Estado español en asuntos como la protección indígena, y profundiza su crítica a la ideología liberal, cuya adopción hizo posible, a su juicio, que el poder político, que dirigía la vida económica del Imperio español, pasara "a identificarse con el poder económico de los intereses particulares"[328].

Hablando del significado de las tesis planteadas en esta obra, señala Pedro Acosta Borrero:

> (…) fue un libro que a todos nosotros, que a toda esa generación, causó un gran impacto, porque rompía los moldes de la exposición en cuanto al derecho constitucional colombiano, que había sido tradicional [...] Esta interpretación que le daba López al momento histórico y a la evolución del derecho constitucional y a la que era la tendencia del derecho constitucional, también tuvo una gran influencia, una gran repercusión en todas esas generaciones[329].

Pero si bien en el campo de la producción intelectual, Alfonso López Michelsen parece descollar por la rigurosidad de sus análisis sociológicos de la realidad colombiana y su profundo conocimiento de los asuntos constitucionales, no sucede lo mismo en su carrera

328 Alfonso López Michelsen: *El estado fuerte. Una introducción al estudio de la Constitución de Colombia*. Bogotá: Revista Colombiana, 1966, p. 31.

329 Entrevista con el doctor Pedro Acosta Barrera, Bogotá, agosto 30 de 1992.

política, que muy pronto se ve empañada por su vinculación con una serie de escándalos que durante un buen tiempo lo condenarán al ostracismo político, y contribuirán al fracaso de su padre durante su segunda administración (1942-1945)[330].

Estos escándalos estuvieron asociados con una serie de acusaciones en su contra, a raíz de la compra de la trilladora de café Tolima, viciada de irregularidades, y los negociados de La Handel, una sociedad holandesa de la cual López Michelsen era asesor jurídico e intermediario para la venta de acciones en poder de extranjeros residentes en los EE.UU. Desde esa posición, y aprovechando su condición de vicepresidente de la empresa cervecera Bavaria, López realizó bajo el amparo del gobierno una serie de transacciones bursátiles, que fueron calificadas de especulativas y de violatorias al régimen sobre control de cambios[331]. Todo lo cual originó un agudo debate en el Congreso, que derivó en cargos de inmoralidad administrativa, formulados por la oposición contra el presidente López Pumarejo.

El recuerdo de estos escándalos políticos acompañarán, como un estigma, la imagen pública del joven Alfonso López Michelsen, constituyéndose a la larga en un serio obstáculo para sus aspiraciones políticas, las cuales podrán viabilizarse tan solo varios lustros después, cuando el panorama político del país cambia sustancialmente.

Marginado de la actividad pública y dedicado a la vida académica, López viaja a México en octubre de 1952. Su permanencia en este país le permitirá valorar los logros nacionalistas de la Revolución mexicana y conocer de cerca la experiencia del Henriquismo, una de las más significativas disidencias del hegemónico Partido Revolucionario Institucional (PRI).

---

330 El 19 de junio de 1945, el presidente Alfonso López Pumarejo, en mensaje al Congreso Nacional presentó su renuncia, faltando un año para culminar su mandato.

331 *Cfr.* Gustavo Humberto Rodríguez: "Segunda administración de López Pumarejo", en *NHC*, tomo 1, Bogotá: Planeta, 1989; Enrique Caballero Escovar: *El mesías de La Handel.*

Las reflexiones que desde Colombia venía efectuando López Michelsen, en torno a la realidad nacional, cobran cuerpo en México, en su libro *Cuestiones colombianas*, publicado en 1955, que constituye una recopilación de una serie de artículos escritos durante los quince años que ejerce la cátedra universitaria en Bogotá.

Este libro incluía su conocido ensayo sobre *La estirpe calvinista de nuestras instituciones políticas*, que había dado a luz en 1945, y otros de menor divulgación relacionados con una gran diversidad de temáticas políticas, constitucionales, literarias e históricas. Además contaba con un extenso prólogo en el cual actualizaba los argumentos planteados en dichos ensayos, con el objeto de explicar los últimos desarrollos políticos del país, que habían desembocado en el golpe militar del general Rojas Pinilla (1953).

El hilo conductor de este conjunto de ensayos es su preocupación por el rescate de los valores nacionales en sus manifestaciones políticas, económicas, artísticas y religiosas, frente a la tendencia extranjerizante de la clase dirigente del país. López plantea la necesidad de encauzar el pensamiento nacional hacia la búsqueda de una verdadera "autenticidad colombiana". En este sentido destaca el significado de la Revolución en Marcha iniciada por su padre, al "estimular la vivencia de lo típicamente colombiano, volviendo el rostro del país sobre su territorio material y espiritual"[332].

Inspirado en autores como Max Weber y Tawney, López Michelsen pone de manifiesto en su libro la contradicción existente entre la naturaleza protestante de las instituciones políticas colombianas y nuestra formación bajo los presupuestos de la religión católica, fenómeno generalizable a todos los países católicos y que, a juicio de López, permite explicar el débil arraigo de las instituciones democráticas en estas naciones. López considera que mientras los principios inspiradores de nuestras instituciones políticas tienen su fundamentación en la idea del "libre examen" y libre voluntad de los gobernados como base de la autoridad, contrariamente, nuestra

332 Alfonso López Michelsen: Introducción, en *Cuestiones colombianas*, México: Impresiones Modernas, 1955.

formación católica consagra el principio del fundamento divino de la autoridad verdadera, idea que en el campo político se manifiesta en la tendencia a sacralizar nuestras convicciones políticas, impidiendo la expresión de ideas contrarias.

Para López esta misma contradicción está presente en el orden económico, por cuanto se acepta que el bienestar depende de la iniciativa individual de los ciudadanos, en contravía con las ideas católicas que se nos inculcan desde la infancia y según las cuales, nada se puede hacer sin la ayuda divina o —para hablar en términos laicos— sin la ayuda del Estado. Es por esta razón que en los países católicos, el Estado lejos de concebirse como un Estado gendarme, es visto en su función puramente "paternalista".

La segunda tesis que López Michelsen pone a consideración en su libro y que considera válida para todas las sociedades latinoamericanas, destaca el conflicto suscitado entre un grupo social minoritario gobernante, poseedor de un gran poder económico, que ignora los valores nacionales adoptando costumbres extranjerizantes, y las mayorías populares, relegadas a un segundo plano, que desconocen los valores espirituales con que se nutre la clase dirigente y que pugnan por encontrar un gobierno que verdaderamente las represente. López señala como el hecho de que en los tiempos modernos grandes sectores sociales hayan podido incorporar los logros de la civilización —restringidos durante siglos a un grupo minoritario en consideración a su poder económico y de casta—, ha dado lugar a un profundo cuestionamiento de las preeminencias que antes disfrutaba dicha oligarquía y a colocar en entredicho sus derechos como clase dirigente.

Un último factor que López Michelsen identifica como determinante de la crisis colombiana, lo constituye las pretensiones de establecer las bases para una rápida acumulación de capital tratando de mantener, simultáneamente, una legislación social avanzada que garantice el nivel de vida de las clases trabajadoras vinculadas a la industria; objetivos que a sus ojos resultan incompatibles.

Estas reflexiones planteadas por López Michelsen en su obra citada son plasmadas en un lenguaje literario, en su novela *Los*

elegidos, que se publica en 1953, poco antes de la edición de su libro sobre *Cuestiones colombianas*. En esta novela, López Michelsen recrea el ambiente del barrio de "La Cabrera", y dibuja, a través del relato del ciudadano alemán, B.K., de origen burgués —que llega a tierras colombianas huyendo de la persecución antisemita de los hitleristas en Fráncfort durante la Segunda Guerra Mundial—, las costumbres de una clase social alta, anglicizante, completamente divorciada del país en su educación, aspiraciones y modo de vida.

Sin perder su calidad literaria, *Los elegidos* se constituye en una denuncia al extranjerismo y al espíritu imitativo de las élites dominantes en Colombia, temática que, como vimos, venía siendo tratada con amplitud por López en sus escritos anteriores y que, años después, definirá los lineamientos nacionalistas del Movimiento Revolucionario Liberal:

> A nuestro lado —dirá López, en el discurso de lanzamiento del nuevo movimiento—, se congregan todos aquellos que tienen fe en Colombia como pueblo, que creen en la posibilidad de una cultura colombiana elevada con elementos de nuestro propio medio, que abarque, por igual, los más disímiles aspectos del pensamiento humano; una cultura que se manifieste tanto en la literatura, como en la pintura, en la arquitectura como en la música, en la cerámica y en todas las expresiones genuinamente populares, hasta cuando llegue el día en que tengan que sentirse extranjeros en nuestro suelo quienes subestiman lo propio[333].

Pocos meses después de la caída del general Rojas Pinilla, en septiembre de 1957, hace su aparición en Bogotá el semanario *La Calle*, fundado por un grupo de jóvenes liberales, muchos de ellos antiguos alumnos suyos en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. López Michelsen, que aún permanecía en México, fue designado director del semanario, responsabilidad que compartirá más adelante con Álvaro Uribe Rueda.

333 Discurso pronunciado en el restaurante Temel, julio 19 de 1959, en suplemento de *La Calle*, junio 26 de 1959.

En principio, el compromiso de López Michelsen con *La Calle*, parece limitarse al envío de notas editoriales desde México, donde da a conocer su particular interpretación del Frente Nacional y sienta posición frente a problemáticas políticas del momento como la paridad, la política liberal, la sucesión presidencial y la violencia. Sin embargo, es solo hasta comienzos de agosto de 1958 cuando sus planteamientos acerca de la alternación son conocidos, en su escrito *Razones de un liberal: ensayo crítico sobre el Frente Nacional*, donde López Michelsen define una posición crítica y de avanzada. A partir de este momento, López se perfila como la cabeza visible de la oposición a la política del Frente Nacional.

A través de las páginas del semanario *La Calle*, y haciendo uso de los espacios académicos y de la plaza pública, López Michelsen, que regresa definitivamente al país, desarrolla algunas tesis que apuntan hacia la idea más general de modernización de la sociedad colombiana. La preocupación por dicha problemática —que se hace más evidente en esta nueva etapa— integra sus puntos de vista en torno a tres temas, que aparecen estrechamente enlazados: El Frente Nacional, el derecho de la oposición y la democratización del Partido Liberal.

En lo relacionado al Frente Nacional, López Michelsen considera, sin dejar de ver en esta fórmula política "la única posible para la salvación de Colombia", que sus divergencias con los dirigentes de la coalición radican en la interpretación acerca de cómo se debe adelantar dicha política.

Para López existen dos concepciones del Frente Nacional: una estrecha y cerrada, que concibe la coalición como un nuevo partido político, hegemónico, fuera del cual se ubican sus enemigos[334]; y otra, más amplia, compartida por él y el grupo de *La Calle*, que ve en el

334 Esta interpretación del Frente Nacional fue definida claramente por el político conservador Álvaro Gómez Hurtado, en los siguientes términos: "La alternación no es el cambio de los partidos en el gobierno, no es que haya un gobierno liberal y un gobierno conservador o viceversa, lo que sucede es que hay un partido en el gobierno que es el Frente Nacional y ese partido tiene sus enemigos, y esos enemigos no tienen derecho ni al pan ni al agua".

Frente Nacional y sus instituciones paritarias, el marco adecuado para garantizar el libre juego de los partidos políticos:

> Mi interpretación del Frente Nacional —dice López—, mi interpretación de la paridad es la que daba yo hace algunos momentos: gobierno y oposición, dos partidos distintos, que no pueden constituir una hegemonía, porque tienen el límite de la paridad, pero dos partidos que procedan autónomamente, y dentro del cual uno adelanta su programa y el otro adelanta sus críticas al amparo de instituciones que no permitan el abuso[335].

López Michelsen, que ha examinado de cerca las experiencias políticamente excluyentes, de los gobiernos conservadores y la dictadura militar, hace conciencia de los peligros que supone gobernar sin la oposición, identificando en esta práctica política las causas directas de la violencia que ha estremecido al país. Con agudeza, López advierte a sus compañeros de clase que al cerrar los canales de expresión a la oposición, esta no tendrá otra alternativa que recurrir a las vías extralegales, para hacer valer sus derechos.

Desde esta perspectiva, López considera que es necesario crear espacios legales de expresión para la oposición con el objeto de

> canalizar el descontento por las vías previstas por la misma Carta Política para que, en lugar del golpe de estado, para que en lugar de verse obligado a la insurrección multitudinaria, el 9 de abril, todos los descontentos, todos los inconformes, puedan hallar al amparo de la Constitución un cauce legal por el cual expresar su inconformidad[336].

Bajo esta lógica política, el fortalecimiento de la oposición constitucional coadyuvaría al debilitamiento de la oposición extralegal.

---

335 Alfonso López Michelsen: "La alternativa liberal como una solución para el país", en *op. cit.*, p. 258.

336 *Ibid.*, p. 253.

López reclama, entonces, un estatuto de legitimidad para todos los sectores políticos que se oponen al plebiscito: rojistas, alzatistas, pabonistas e incluso comunistas; al mismo tiempo que justifica medidas de "orden público" contra los que se colocan fuera de la ley[337]:

> La mano fuerte y las medidas drásticas no son incompatibles sino que, por el contrario, se complementan con una política que propicie la controversia civilizada de las ideas, para que llegue a todos los sectores el convencimiento de que la función crítica de oposición no solo no atenta contra el Frente Nacional sino que este la garantiza como el mejor instrumento de su perdurabilidad[338].

Durante los dos primeros años del Frente Nacional, estos problemas estarán en el corazón del enfrentamiento entre los voceros del semanario *La Calle*, proclives a la idea de debatirlos públicamente, y la Dirección Oficial del Partido Liberal, que descalifica cualquier expresión de disensión interna. Frente a esta negación de la democracia interna en las filas liberales, los ideólogos de *La Calle*, con López Michelsen y Álvaro Uribe Rueda a la cabeza, convocan a las bases de su partido a una gran Convención Popular Liberal.

El 19 de junio de 1959, en los salones del restaurante Temel de Bogotá, con asistencia de delegados liberales de todo el país y representantes de otros movimientos populares, Alfonso López Michelsen da por iniciada la Campaña Nacional Pro Convención Popular, cuya realización constituye, sin lugar a dudas, el momento de ruptura de *La Calle* con las directivas oficiales del Partido Liberal.

---

337 A propósito de la declaratoria del estado de sitio en todo el país el 3 de diciembre de 1958, escribía López: "La inmensa mayoría de los colombianos venía reclamando ahincadamente estas medidas y sería inexcusable debilidad que, después de haberles brindado a los remisos tan espléndida oportunidad colombiana, las autoridades se comprometieran en el camino de la contemporización y la lenidad con quienes perseveran en el crimen".

338 López Michelsen, "La oposición que no se atreve a decir su nombre" en *La Calle*, diciembre 5 de 1958, p.6.

En su intervención, López habla por primera vez de la necesidad de un Movimiento de Renovación Liberal en los siguientes términos:

> Porque creemos que el partido Liberal está en la obligación de ejercer cada día los fueros democráticos para propiciar la transformación social que exige Colombia, iniciamos hoy este movimiento de depuración liberal, destinado a renovar los cuadros del partido, mediante el normal funcionamiento de sus instituciones, para que liberales nuevos, liberales con fe en los postulados de la causa, liberales que no están cansados de la lucha ni abrumados por los honores, reclamen para nuestro partido [...] la influencia predominante a que tiene derecho como fuerza mayoritaria de la nación[339].

A partir de este momento, López Michelsen y el grupo de *La Calle* intensifican su campaña de renovación liberal en todo los rincones del país, comprometiendo en ella a otras organizaciones políticas y sociales (movimientos cívicos y regionales, organizaciones agrarias, etc). Es en este proceso cuando, realmente, Alfonso López Michelsen abandona un poco su imagen de intelectual e inicia la construcción de su figura política:

> Sus primeras salidas a la plaza pública —relata uno de sus colaboradores— no fueron muy afortunadas. Yo recuerdo haberlo acompañado a una de esas primeras giras, precisamente a la zona del oriente del Tolima, y recuerdo que no se veía en él la garra de un caudillo, de un gran dirigente popular, pero realmente el MRL fue tanto para él como para todos nosotros, que veníamos detrás, una escuela formativa[340].

339 "López Michelsen: El problema económico y social" en *La Calle*, junio 26 de 1959, suplemento.

340 Entrevista con Luis Villar Borda, Bogotá, diciembre 29 de 1993.

El "jefe único" del MRL

Después de su exitoso desempeño como jefe de debate del Movimiento de Recuperación Liberal (MRL) durante las elecciones del 20 de marzo de 1960, López Michelsen es designado "jefe único" del movimiento en convención celebrada en Girardot, a finales de abril del mismo año. En dicha convención fueron derrotadas las tesis sostenidas por la "izquierda" del movimiento, que propugnaban por una dirección colectiva.

Entre las razones que permiten entender por qué López Michelsen es elegido "jefe único" del movimiento cabe señalar, en primer lugar, el hecho de haber construido, a lo largo de su trayectoria intelectual y política, un liderazgo de dimensiones nacionales[341]. Situación diferente a la de otros dirigentes del movimiento como Juan de la Cruz Varela, Alfonso Barberena o Rafael Rangel, que si bien eran considerados líderes con gran ascendencia entre las masas populares, sus campos de influencia no trascendían los espacios regionales[342].

El nombre del doctor Gerardo Molina —propuesto para la Dirección Nacional del Movimiento por el grupo de *La Gaceta*— aunque, como López contaba con un auditorio nacional, su figura estaba más asociada al quehacer intelectual que a la actividad política. "Gerardo Molina —señala Luis Villar Borda— fue un hombre de Universidad, un académico, un profesor universitario de grandes cualidades, fue un escritor público, fue un excelente orador parlamentario, pero Gerardo Molina no era un hombre de masas"[343].

---

341 En declaraciones publicadas por *La Calle*, mayo 13 de 1960, el representante Ignacio Vives Echeverría, comentaba: "Defendí en Girardot la jefatura única de Alfonso López Michelsen, porque comprendí que estaba en la conciencia del pueblo liberal. Los jefes nacionales no se hacen, como los ministros, por decretos. Los jefes nacionales los consagra el pueblo...".

342 Entrevista con la doctor María Elena de Crovo, Bogotá, enero de 1994.

343 Entrevista con el doctora Luis Villar Borda, Bogotá, diciembre 29 de 1993.

En segundo lugar, en ese momento López "representaba la herencia imponente del grande hombre de Estado que acaba de morir —Alfonso López Pumarejo—, glorificado por todos los partidos y todas las capas de la sociedad"[344]. En la conciencia popular tomaba fuerza la idea de que "el hijo no podía ser inferior al padre"[345].

Finalmente, López Michelsen, como orientador del grupo de *La Calle*, contaba con importantes adhesiones dentro de las direcciones regionales de su partido lo que, se pensaba, facilitaría el trabajo político y agitacional del nuevo movimiento.

A partir de este nombramiento como "jefe único" y hasta 1962, cuando el MRL se fracciona en "línea dura" y "línea blanda", López Michelsen revelará una gran capacidad política y una actitud tolerante, que permitirá mantener la cohesión del movimiento, por encima de sus pugnas y contradicciones internas.

344 Álvaro Uribe Rueda, *La quiebra de los partidos*. Bogotá: Escuela de Estudios Políticos, Rafael Uribe Uribe, 1990, p. 85.

345 Entrevista realizada a un militante de base del MRL.

V
Centenarios, Bicentenarios y Sesquicentenarios

Los cien años del nacimiento de Talcott Parsons y el nuevo siglo

En las dos últimas décadas el quehacer teórico de las ciencias sociales ha vivido cambios significativos. Quizás el más importante de ellos es la inexistencia de un enfoque predominante que pueda presentarse como el único válido o como el más cercano a la verdad. Hoy resulta evidente la proliferación de perspectivas teóricas en las ciencias sociales: algunas como la Teoría general de sistemas de Niklas Luhman pretenden rescatar para la sociología una visión holística de la realidad social a partir de una crítica radical a la tradición sociológica ilustrada; otras, por el contrario, desde un enfoque individualista de acción racional intentan trasladar los paradigmas de la economía al análisis sociológico, para explicar los fenómenos sociales como resultado de la interacción de agentes maximizadores. Asimismo, han tomado vuelo desarrollos recientes como la Teoría de la estructuración, de Anthony Giddens, la Teoría de la práctica, de Pierre Bourdieu, y el enfoque multidimensional de Jeffrey Alexander, que desde perspectivas integradoras, tratan de dar cuenta de la complejidad de las sociedades contemporáneas.

La confrontación de escuelas encerradas en sus posiciones ideológicas ha dado paso gradualmente a un contexto de apertura y diálogo entre diferentes enfoques. Diálogo que ha favorecido la ampliación y la flexibilización de las perspectivas y

simultáneamente ha despejado el camino para la configuración de nuevas propuestas.

Sin embargo, no siempre fue así.

En los años sesenta y comienzos de los setenta, cuando las jóvenes facultades de Ciencias Sociales graduaban sus primeras generaciones de sociólogos en el país, era impensable realizar un evento que tuviera como uno de sus emblemas centrales la figura del sociólogo norteamericano Talcott Parsons.

De hecho, para estas décadas la labor teórica de Parsons se había convertido en la principal expresión de la sociología académica no solo de los Estados Unidos sino de buena parte de Europa[346]. Su alto nivel de abstracción desprovisto de cualquier referencia empírica, su confusa terminología alejada del lenguaje cotidiano, su excesiva preocupación por el problema del orden y el equilibrio, y su incubación en la Universidad de Harvard —una de las instituciones educativas más representativas del poder y de la "vanidad teórica" en el país del Norte— hacían del trabajo de Parsons y sus discípulos el blanco perfecto de ataque, por parte de la llamada sociología crítica.

Las objeciones a la obra de Parsons fueron resumidas tempranamente por Wright Mills, un compatriota suyo de la Universidad de Columbia, en su conocido libro *La imaginación sociológica:*

> Debe resultar evidente —escribía este polémico sociólogo— que la opinión particular acerca de la sociedad que es posible extraer del texto de Parsons —se refiere al s*istema social*— es más bien para un uso ideológico directo; tradicionalmente, esa opinión ha sido asociada, naturalmente, a los estilos conservadores de pensamiento [...] La gran teoría no representa ahora ningún papel burocrático directo, y como he observado, su falta de inteligibilidad limita el favor público de que pudiera disfrutar. Esto puede, desde luego, convertirse en una partida positiva: su oscuridad le da un gran potencial ideológico.

346 Alvin Gouldner: *La crisis de la sociología occidental*.

Y enseguida concluía, con sagaz ironía:

> La gran teoría, tal como está representada en *El sistema social* [...] Solo en el 50 por ciento es palabrería; el 40 por ciento es sociología muy conocida de libro de texto. El otro 10 por ciento, como podría decir Parsons, me inclino a dejarlo abierto a vuestras propias investigaciones empíricas. Mis propias investigaciones empíricas indican que ese 10 por ciento restante es de un uso ideológico posible, aunque más bien vago[347].

Con este epitafio condenatorio, que muy pronto empezaría a circular en los labios de miles de sus seguidores, el profeta desterrado de la sociología estadounidense, Wright Mills declaraba tempranamente la guerra sin cuartel a una de las corrientes hegemónicas en el pensamiento sociológico de los Estados Unidos: el estructural-funcionalismo. En contraste con él, la teoría marxista de la sociedad ganaba terreno en las aulas universitarias y penetraba profundamente en la conciencia de numerosos académicos.

La sociología marxista, bien en su versión dogmática y reduccionista recogida en los manuales soviéticos del materialismo histórico, bien en su expresión teórica más elaborada de la Escuela de Fráncfort o bien como parte de la sociología del conflicto compartía un elemento común: su crítica al sistema capitalista.

Eran ciertamente tiempos de revolución y cambio, donde la rápida irrupción de los triunfantes movimientos de liberación nacional en Asia y África, dejaban poco o ningún espacio a las teorías sociales que se ocupaban del orden. En efecto, la emergencia de líderes como Nkrumah, Ben Bella, Ho Chi Minn, Frantz Fannon, Patricio Lumumba, Amílcar Cabral y otros anunciaba el desmoronamiento de un viejo orden fundado en la explotación y la injusticia y la apertura de un horizonte de esperanza para una amplia franja de pueblos que hasta entonces habían sido relegadas a una

347 Wright Mills: *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

condición sometida a los intereses de las grandes potencias coloniales europeas.

Salvo los frustrados procesos revolucionarios de Bolivia y Guatemala, América Latina permaneció ajena a estos fenómenos. Sin embargo, todo cambió el 1 de enero de 1959, cuando a 90 millas de los Estados Unidos, hicieron su entrada triunfal por las calles de La Habana un grupo de hombres con sus largas barbas y su fusil al hombro anunciando el fin de la odiada dictadura de Batista y el triunfo de la Revolución cubana.

En el imaginario de millones de latinoamericanos la liberación de nuestros pueblos pasó de ser una utopía para convertirse en una realidad objetiva. Cuba aparecía entonces, en el escenario americano, como la concreción en el plano de los hechos, de los anhelos de libertad e independencia:

> Ahora —escribía el Che poco después del triunfo— estamos colocados en una posición en la que somos más que simples factores de una nación: constituimos en este momento la esperanza de la América irredenta. Todos los ojos —los de los grandes opresores y de los esperanzados— están fijos en nosotros"[348].

Nada más cierto. Para bien o para mal, la Revolución cubana marcó un hito en el derrotero de los pueblos que se enrumbaban hacia su liberación.

De esta forma, la década de los sesenta, se abría paso con sus sonoros gritos de revolución, privilegiando en muchos casos el accionar armado. Así quedó consignado en la declaración final de la I Conferencia Latinoamericana de la OLAS: "... la lucha revolucionaria armada constituye la línea fundamental de la revolución en América Latina [....] todas las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de esta línea fundamental". Fieles a este mandato, decenas de estudiantes universitarios, profesores, y líderes sociales, abandonaron sus puestos de estudio y de trabajo

348 Ernesto Che Guevara: "Una revolución que comienza", en Ernesto Guevara: *Obra revolucionaria,* México: Era, 1967, p. 275.

para alimentar las múltiples siglas de organizaciones guerrilleras que proliferaban a lo largo y ancho del continente americano.

Colombia no fue la excepción. Hacia la mitad de la década, el sacerdote católico y cofundador de la primera Facultad de Sociología del país, Camilo Torres, moría en la localidad de Patio Cemento, en un combate contra las fuerzas regulares del ejército, sellando con la muerte su compromiso con las luchas populares. Meses atrás, en el recinto de la Universidad Nacional, ante una multitud de universitarios, Camilo Torres había sembrado su mensaje:

> Es necesario que la convicción revolucionaria del estudiante lo lleve a un compromiso real, hasta las últimas consecuencias. La pobreza y la persecución no se deben buscar. Pero, en el actual sistema, son las resultantes de una lucha sin cuartel contra las estructuras vigentes [...] El compromiso de la revolución pasa de la teoría a la práctica. Si es total, es irreversible; el profesional no podrá volverse atrás sin una flagrante traición a su conciencia, a su pueblo y a su vocación histórica[349].

Con su mensaje a los estudiantes, Camilo Torres no hacía otra cosa que reconocer el protagonismo que este sector social venía teniendo en la década de los sesenta y que alcanzaría su máximo esplendor en las revueltas estudiantiles del 68. En medio de las barricadas y los enfrentamientos con la policía, pero con un discurso fresco e imaginativo, los estudiantes expresaron su inconformismo con grafitis llenos de perspicacia: "Queda estrictamente prohibido prohibir": "Dios, sospecho que eres un intelectual de izquierda"; "Mientras más hago el amor más ganas tengo de hacer la revolución, mientras más hago la revolución más ganas tengo de hacer el amor"; "Seamos realistas, pidamos lo imposible".

En China, Alemania, Japón y más cercanamente en México, la insurrección estudiantil de mayo del 68 en París, prendía como una

349 Camilo Torres: *El cura que murió en las guerrillas*.

llama, manifestando su desencanto con los valores culturales de Occidente y su crítica al autoritarismo.

Ni siquiera Estados Unidos pudo escapar a estos procesos. Allí la rebeldía juvenil se conjuga con un rechazo a la guerra intervencionista en Vietnam y el creciente accionar de los movimientos antiracistas —en sus diversas expresiones— que encuentran su estandarte en la figura del recién asesinado Martin Luther King.

Aunque para la década de los setenta, se inicia un reflujo de estos movimientos, al menos para América Latina, o todo estaba perdido: el triunfo electoral de Salvador Allende en Chile, la Revolución sandinista en Nicaragua y la profundización de la guerra popular en Centroamérica, abrían resquicios de esperanza, de tal modo que para mediados de la década, todavía el sociólogo brasileño Ruy Mauro Marini podía escribir:

> (…) la visión del Che de una revolución continental, que exprese en los hechos el internacionalismo proletario, se está pues haciendo realidad en América Latina [...] herederas legítimas del Che, las vanguardias latinoamericanas tienen allí un solo papel a cumplir: tomar la dirección de la lucha, conscientes de que su desenlace puede significar que para todos los pueblos haya finalmente sonado la hora de los expropiadores[350].

Pero al aproximarnos a los años ochenta, los impulsos revolucionarios que presagiaban las vanguardias y los partidos de izquierda y que denunciaran con temor, los pensadores y las organizaciones de derecha no parecían tener ya lugar. El ethos "heroico y de sacrificio" que permeó la política y la cultura en los años anteriores amenazaba con convertirse en algo del pasado. Aleccionados por lo que interpretaron como un fracaso, la ideología del desencanto y la derrota empezó a apoderarse de muchos intelectuales marxistas y "postmarxistas".

350 Ruy Mauro Marini: *Subdesarrollo y revolución*.

Ningún pensador interpretó mejor este malestar que el sociólogo norteamericano Daniel Bell —otrora compañero de luchas de Wright Mills y cuya trayectoria personal ilustra claramente este viraje intelectual: en su libro, *Las contradicciones culturales del capitalismo,* escribía:

> (…) hemos llegado al fin del impulso creador y el imperio ideológico del modernismo [...] el principio axial de la cultura moderna es la expresión y remodelación del "yo" para lograr la autorrealización. Y en esta búsqueda, hay una negación de todo límite o frontera puestos a la experiencia. Es una captación de toda experiencia; nada está prohibido y todo debe ser explorado[351].

Tres años después, y como remate a estas afirmaciones en su *Informe sobre el saber en las sociedades informatizadas*, más conocido con el título de *La condición postmoderna*, el filósofo francés François Lyotard anunciaba "el fin de los grandes relatos y narraciones".

Los sucesos políticos que acompañaron las dos décadas siguientes parecían confirmar esta afirmación.

En 1982, tras la muerte del líder soviético Leónidas Breznev, se abre una fase de transición en el gobierno que culmina con la elección Mijail Gorbachov. Con sus nuevas políticas de *Perestroika y Glasnot,* el nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) inicia un proceso de reflexión y revisión interna.

En noviembre 1989, el mundo celebra con regocijo caer el muro de Berlín. Una odiosa estructura de 155 kilómetros de extensión que, un día de verano de 1961 separó abruptamente la Alemania oriental de la occidental. Con cientos de kilómetros de malla electrificada, centenares de torres de control y custodiada por perros amaestrados, el "muro de la vergüenza" —como se le conoció en Occidente—, se constituyó, durante años, en el símbolo de la Guerra

351 Daniel Bell: *Las contradicciones culturales del capitalismo,* p. 26.

Fría y de un sistema represivo que impedía a los ciudadanos del Este escoger libremente su sistema de vida.

A la caída del muro, siguió el desmoronamiento del socialismo real y la desintegración del hasta entonces considerado el imperio del mal: la Unión Soviética. Pero mientras la Revolución francesa cobró con su guillotina más de 50 mil muertos, toda esta revolución se lograba silenciosamente sin derramar una gota de sangre. Atrás parecían quedar los campos de Siberia, los 20 millones de personas que sucumbieron bajo el régimen de Stalin, las numerosas víctimas en los campos de trabajo y los muertos en el exilio. Ahora, oficialmente los ciudadanos rusos eran libres e inclusive podían viajar al extranjero. Occidente aplaudía con entusiasmo los esfuerzos de los gobiernos sucesivos de Boris Yeltsin para establecer la democracia y la economía de mercado y algunos intelectuales se apresuraron a declarar el "fin de la historia".

Pero la nueva era del postcomunismo nos reservaba otras sorpresas.

Al promediar los años noventa, el exlíder de la Unión Soviética y premio Nobel de la Paz, Mijail Gorbachov, aparece en televisión promocionando la cadena norteamericana de pizzas Pizza Hut y acepta realizar otro comercial para la multinacional Apple Macintosh; años más tarde, el antiguo coronel de los servicios de seguridad soviéticos, Vladimir Putin, se abraza con el hijo de un antiguo funcionario de la CIA y expresidente de "la Democracia más perfecta del mundo", donde los mandatarios son electos con menos del 50 % del voto ciudadano.

Llegamos así al nuevo milenio, con los atentados del pasado 11 de septiembre, a las Torres Gemelas y el Pentágono —que todos pudimos observar en la comodidad de nuestros hogares, por cortesía de la cadena de televisión CNN, con Patricia Janiot desde el lugar de los acontecimientos— los otrora irreconciliables adversarios acuerdan conformar una coalición contra un enemigo global que ya no es el comunismo, ni tampoco un enemigo nacional, sino un enemigo amorfo e invisible, que desborda las fronteras, que aglutina a una serie de pequeños grupos y gobiernos con intereses

geoestratégicos a menudo contrapuestos, un enemigo que está infiltrado en todas partes incluyendo el corazón mismo de los Estados Unidos.

Hoy el nombre de Osama Bin Laden, dueño de un inmenso imperio industrial y financiero y principal sospechoso de los ataques a las Torres Gemelas, sigue inundando las primeras páginas de los periódicos. El ciudadano de origen saudí, protegido por el depuesto régimen talibán afgano encarna en Occidente el fundamentalismo islámico y la Guerra Santa, como en su momento lo hizo Saddam Hussein, en una compleja trama de intereses geopolíticos que involucran a Irán, Siria, Irak, Libia, Sudán, Afganistán, y que se ha querido presentar como una cruzada por la defensa de la libertad.

Entre tanto, el sumo pontífice de la religión católica, en medio de sus dolencias artríticas hace llamados a la paz mundial, recorre tierras musulmanas, reconoce los errores históricos de la Iglesia, se entrevista con altos jerarcas de las confesiones ortodoxas y tranquiliza a sus fieles afirmando que no existe ya el infierno. Los científicos, por su parte, anuncian el desciframiento del código genético mientras que en las calles del mundo los movimientos gays y ecologistas, disputan su protagonismo a la clase obrera.

El derroche de imaginación, capacidad de sacrificio y generosidad heroica parece abandonar a los movimientos estudiantiles que ahora han sustituido su discurso de la lucha de clases por el de la lucha por las clases. Los intelectuales universitarios de ser los principales sustentadores de los proyectos revolucionarios han pasado a ser sus más acervos críticos, en parte porque ahora deifican la democracia liberal y las formas pacíficas de resistencia, cuando no, agencian proyectos mesiánicos de "autoridad y orden", que no dejan de evocar algunas fórmulas políticas de nuestra historia patria decimonónica.

Definitivamente, el mundo que inaugura el siglo xxi no es el mismo que nos legó la Guerra Fría, con sus antinomias: este-oeste, socialismo-capitalismo, modernidad-tradición, derechas-izquierdas y revolución-reforma. Es un mundo mucho más complejo. No se trata ya de un mundo bipolar, nuevos actores aparecen en

escena y sus luchas parecen desbordar las fronteras de los estados nacionales; el impacto globalizante de los medios de comunicación genera mayores flujos de información, una creciente expansión del horizonte de experiencias y una transformación de las percepciones del tiempo y el espacio. Las luchas multiétnicas parecieran desplazar la lucha entre clases y la democracia y el mercado parece haber ganado su batalla definitiva. He aquí grandes temas para la sociología contemporánea.

Sin embargo, cabe preguntarnos: ¿cuáles son los límites de estos cambios?

Para empezar, los ataques del 11 de septiembre, convertidos en un nuevo parteaguas de la historia mundial, no deberían sorprendernos. Los gobernantes de la Casa Blanca, desde sus luchas de independencia y su guerra de exterminio contra los indios americanos, han sembrado odios a todo lo largo de su historia y a todo lo ancho de la geografía terrestre. Han sembrado por el mundo desastres humanos y materiales innumerables, han pisoteado los derechos humanos, han destruido o desmantelado las organizaciones autónomas de los pueblos, han impuesto la ley inhumana del capital bajo el dios "mercado" y hoy cosechan sus frutos.

Han creado numerosos "Frankenstein" como el mismo Osama Ben Laden, quien fuera su principal aliado en la cruzada anticomunista, cuando fuerzas soviéticas invadieron Afganistán en 1979. Fueron más de 6 mil millones de dólares con que la CIA financió la guerra de resistencia contra los agresores soviéticos y con los que se vio beneficiado el hoy considerado enemigo número uno de la civilización.

Por su parte, los adalides del mundo civilizado siguen dejando "en nombre de la libertad" su estela de muerte. En un solo mes murieron en Irak más de 10 mil personas, entre ellas, 7.220 niños por enfermedades, falta de medicamentos y alimentación, debido a las sanciones económicas impuestas a ese país por el Consejo de Seguridad de la ONU. En estos 10 años en que se ha mantenido la sanción, la cifra sobrepasa el millón y medio de muertos.

En la provincia yugoslava de Kosovo, tras el retiro de las fuerzas de seguridad nacionales y el ejército yugoslavo, luego de 11 semanas de ininterrumpidos bombardeos aéreos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) —determinado por un acuerdo internacional—, 1.300 serbios se encuentran desaparecidos y "solo viven en el recuerdo de sus familias" como lo afirmara un funcionario de Naciones Unidas.

Las políticas del gobierno israelí, para dar salida al "problema palestino", no han escatimado el uso de misiles, tanques, cañones y bombardeos indiscriminados para enfrentar un pueblo, segregado, que no tiene ni ejército ni fuerza aérea. Estos métodos utilizados con la complacencia de los Estados Unidos han cobrado la vida no solo de activistas palestinos sino de centenares de niños considerados "terroristas en potencia". Todo esto sucede en la era postcolonial.

La suerte que corrieron los países que ingresaron al "mundo libre", tras la caída del socialismo real no pareció mejorar. La foto del soldado de apenas 19 años, Conrad Schumann, saltando la valla de alambres de púas y que a la caída del muro declaró que por fin se sentía realmente libre dio la vuelta al mundo. Hoy pocos saben que la depresión, alimentada por la sociedad "que lo hizo sentir libre", lo llevó 10 años después a suicidarse colgándose en su jardín.

La xenofobia, la esclavitud, los genocidios y el *apartheid* desafortunadamente no son cosas del pasado. En el llamado Tercer Mundo, el hambre y la desnutrición han aumentado como resultado del ajuste estructural y las políticas de liberalización de comercio. Más de mil millones de seres humanos, esto es la sexta parte del mundo, viven en la miseria absoluta, mientras que 40 mil niños mueren diariamente por factores asociados a la desigualdad social.

La globalización se ha convertido en una guerra contra la naturaleza, las mujeres, los niños y los pobres. Una guerra que ha convertido cada comunidad y cada hogar en un campo de batalla. Es la guerra de los monocultivos contra la diversidad, de los grandes contra los pequeños, de las tecnologías de tiempos de guerra contra la naturaleza. Esta globalización economicista e inhumana se

encuentra asociada a los grandes problemas medioambientales, a la explosión demográfica, a la expansión del narcotráfico y del narcopoder, agudiza para su provecho conflictos interétnicos y religiosos, expande la pobreza y provoca desempleos masivos.

Pero las movilizaciones contra la globalización y el neoliberalismo no se han hecho esperar. El año pasado en Génova, más de 200 mil manifestantes se reunieron en paz para hacer oír su voz a los grandes de este mundo. La policía de Berlusconi golpeó y encarceló a los manifestantes para disolverlos, no dejando otra opción que la violencia. Más recientemente, en Porto Alegre (Brasil), 70 mil participantes de todo el mundo repudiaron el dominio del capital y promovieron una variedad de propuestas progresistas alternativas en favor de la paz y la justicia social. En Argentina cerca de tres millones de personas han mostrado activamente su repudio a la clase gobernante local y a sus patronos europeos y estadounidenses, y lograron deponer al presidente De la Rua.

En Venezuela, mientras el *The New York Times* celebraba en sus páginas la caída del supuesto "dictador", el pueblo se movilizaba para exigir su retorno constitucional, después que la "conspiración mediática" como lo llamara una columnista, hiciera pasar como legítimo un abierto golpe de Estado.

El primero de enero de 1994, cuando México anunciaba su ingreso a la modernidad apadrinada por los poderosos del Norte, a través del Tratado de Libre Comercio, de las profundidades de la selva lacandona aparecieron los viejos fantasmas, con su miseria y su dolor, que el discurso dominante creía haber exorcizado. Con su grito de "¡Ya basta!", los indios chiapanecos anunciaban su conversión en Ejército Zapatista de Liberación. Hoy, 8 años después, los movimientos guerrilleros se han multiplicado no solo en México sino en otros países del continente.

En Colombia, analistas políticos independientes y diarios nacionales señalan —con el mismo estupor que observaron en su momento la irrupción del EZLN en México— que las FARC han iniciado su accionar urbano y advierten que es necesario ser muy imaginativos a la hora de enfrentar militarmente estas tácticas

calificadas de terroristas. Sin embargo, no parecen muy imaginativos a la hora de buscar soluciones políticas a un conflicto social y armado cuya sombra se proyecta por más de medio siglo en un país donde la tasa de desempleo sobrepasa hoy el 25 %. ¿Cuántos millares de muertos más tendremos que esperar para que los gobernantes de turno entiendan esta situación?

Son muchas preguntas y la sociología tiene ante sí un gran reto: dar cuenta de las transformaciones del mundo moderno, el rápido crecimiento de las interconexiones e interrelaciones entre los Estados y las sociedades, la comprensión multidimensional de los nuevos sujetos sociales, y de las mentalidades individuales y colectivas, la explicación y comprensión de las amenazas globales provenientes de las relaciones entre los sistemas sociales y la explotación de los recursos, como realidades epistémicas legítimas. Al mismo tiempo, la sociología tiene que examinar críticamente los múltiples rostros de la actual globalización, y sus efectos nocivos sobre nuestros países, así como las continuidades y discontinuidades de las antiguas estructuras colonialistas e imperialistas.

Esto exige de los sociólogos y sociólogas una gran sensibilidad teórica, que pasa por un reconocimiento de las insuficiencias reales de las teorías y los conceptos utilizados hasta el momento por la sociología para dar cuenta de la sociedad contemporánea, sin que ello signifique abandonar nuestras conquistas teóricas en pos de una aceptación acrítica de las nuevas teorías sociológicas.

Entendemos que las discusiones en el campo de las ciencias sociales siempre estarán abocadas a suscitar permanentes controversias, teóricas e ideológicas, entre otras razones porque están sustentadas en supuestos ontológicos, axiológicos y éticos diferentes. Es por eso, y para retomar la inquietud con que iniciamos esta presentación, que nos parece pertinente repensar, con una perspectiva crítica pero a la vez de apertura teórica, la obra de pensadores que en el pasado fueron anatemizados como Talcott Parsons y Karl Popper, y cuyas contribuciones siguen siendo fundamentales para pensar la sociología contemporánea.

Este carácter controversial de las ciencias sociales, debe ser defendido, con mayor fuerza, en un país como el nuestro, donde el autoritarismo parece ganar cada vez más espacio.

América Latina frente a Europa. Spencer y Martí: lecturas y relecturas

¿Quién lee hoy a Spencer? Con esta lapidaria afirmación, tomada del profesor Crane Brinton, iniciaba el sociólogo norteamericano Talcott Parsons su monumental obra *la Estructura de la acción social* y agregaba enseguida: "El veredicto del profesor Brinton puede ser parafraseado como el del médico forense: 'muerto por suicidio o a manos de persona o personas desconocidas". Estamos de acuerdo con el veredicto —sentenciaba Parsons en 1937—: Spencer ha muerto.

Un rápido vistazo por el acervo bibliográfico de nuestra Universidad parecería constatar este diagnóstico: 12 libros de Spencer de los cuales 10 de ellos corresponden a ediciones anteriores a 1925, que reposan en el patrimonio documental de la biblioteca.

Setenta y cinco años después del veredicto de Parsons —en medio de un conflicto que acapara la atención del mundo, y que a la hora de escribir estas líneas llega a su decimoprimer día sin que las fuerzas invasoras logren convertir su abrumadora ventaja tecnológica y numérica en una perspectiva clara de triunfo militar—, pareciera un verdadero despropósito exhumar el cadáver de Herbert Spencer, cien años después de su muerte para presentarlo como uno de los emblemas de estas jornadas de reflexión sociológica.

Algunos se preguntarán ¿por qué este afán conmemorativo de fechas, nacimientos y muertes? Otros se plantearán con

preocupación si esta invocación a Spencer no es un síntoma más de los anacronismos temáticos que corroen la sociología colombiana y en particular nuestros departamentos de sociología? y quizás, alguien más, desde un rincón oscuro, no dejará de observar con suspicacia esta conmemoración como un sospechoso artificio de una "sociología light" o incluso "burguesa" que se siente más cómoda en el siglo xix para esquivar la toma de postura que obliga el análisis de los candentes problemas políticos y sociales de la actualidad?

Es mi propósito encarar en esta breve reflexión algunos aspectos que dejan traslucir estas interrogantes, como parte de un ejercicio académico necesario en el seno de la comunidad universitaria, que concite el intercambio crítico pero a la vez respetuoso de las ideas.

Quisiera iniciar esta presentación aclarando que el homenaje a estas dos figuras: Herbert Spencer y José Martí, constituye apenas un pretexto para invitar a la reflexión sociológica. De igual modo, podríamos haber celebrado los cien años del natalicio de Adorno (1903-1969), esa figura cimera de la Escuela de Fráncfort, o el centenario de la muerte del puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903), considerado, no sin cierta razón, "el primer sociólogo de América Latina".

Aun así, esta elección no resulta arbitraria. Spencer y Martí están presentes cada uno a su manera, en los albores mismos de la teoría sociológica. Uno desde la perspectiva europea y, concretamente, de la Inglaterra victoriana, y el otro desde las realidades latinoamericanas que empiezan a definirse en la segunda mitad del siglo xix. Este solo hecho, los hace, de por sí, acreedores de un lugar importante en nuestra disciplina.

Pero el asunto no se queda en una preocupación simplemente histórica: las facultades de Ciencias Exactas y Naturales no celebran semanas donde se debata la vigencia del pensamiento de Galileo o de Newton, pese a que estos ocupan un sitial de honor en la fundación de la ciencia moderna. Y es que en las Ciencias Naturales NO existen clásicos pues, como lo advierte un historiador de la

ciencia, "cualquier estudiante universitario de primer año sabe más física que Galileo"[352]. Y cualquier aspecto científicamente relevante que hayan formulado estos autores se encuentra verificado e incorporado a la teoría contemporánea o simplemente desechado.

En las ciencias sociales, la referencia a los autores clásicos tiene otro sentido:

> Los clásicos —nos dice el sociólogo norteamericano Jeffrey Alexander— son "productos de la investigación a los que se les concede un rango privilegiado frente a las investigaciones contemporáneas del mismo campo. El concepto de rango privilegiado significa que los científicos contemporáneos dedicados a esa disciplina creen que entendiendo dichas obras anteriores pueden aprender de su campo de investigación tanto como puedan aprender de la obra de sus propios contemporáneos"[353].

Bajo esta mirada, preguntarse por la vigencia de Spencer o Martí, nos obliga a indagar su capacidad para interrogar el presente y facilitar la comprensión de los problemas de nuestro tiempo. Y —persiste la duda—, ¿acaso Spencer todavía puede decirnos algo del presente? Empecemos por preguntarnos: ¿quién leyó a Spencer?

En las tres últimas décadas del siglo xix el pensamiento de Spencer tuvo una fuerte presencia en la escena intelectual europea, bien para exaltar sus ideas, bien para criticarlas.

En Francia, sin duda Durkheim leyó a Spencer y adaptó tres postulados a su visión funcionalista: el primero, que el desarrollo social se caracteriza por un proceso de creciente de diferenciación y especialización entre las partes; el segundo, que la sociedad se regula a sí misma y, el tercero, que es posible estudiar las partes de la morfología de la sociedad (la estructura), la interrelación entre ellas y su fisiología (las funciones).

---

352 Gillispie, citado por Alexander, p. 24.

353 *Ibid.*, p. 23.

En Estados Unidos —país que visitó Spencer en 1882—, su obra fue acogida con gran entusiasmo y se convirtió en lectura obligada en muchos centros universitarios. Allí encontró connotados discípulos, entre los hoy considerados precursores de la sociología norteamericana como Lester Ward (1841-1913) y Franklin Giddings (1855-1931).

No está de más anotar que las teorías de Spencer no convencían a todos los intelectuales norteamericanos. Las directivas de la Universidad de Yale, por ejemplo, pidieron la expulsión de William Sumner, sospechoso de ateísmo, cuando este recomendó la lectura de los estudios sociológicos de Spencer en una de sus clases. Desde otra perspectiva, las formulaciones teóricas de Spencer fueron sometidas a una acerva crítica por las corrientes pragmatistas liderada por John Dewey, Charles Peirce y William James.

En América Latina, desde 1870 y hasta el final de la Primera Guerra Mundial, el pensamiento latinoamericano transcurrió bajo el signo dominante del positivismo spenceriano. La lista parece interminable: Justo Sierra (México), José Ingenieros (Argentina), Eugenio María de Hostos (Puerto Rico), José Varona (Cuba), Gil Fortoul (Venezuela), Luis Pereira Barreto y Tobías Barreto (Brasil), Manuel González Prada (Perú), Benjamín Fernández e Ignacio Bustillo (Bolivia), Jorge y Juan Lagarrigue (Chile) y José Pedro Varela (Uruguay).

En Colombia, la sociología nace bajo el abrigo del pensamiento spenceriano. Rafael Núñez estuvo poderosamente influenciado por el sociólogo inglés a cuyos escritos tuvo acceso cuando se desempeñaba como cónsul en Liverpool. No menor fue la influencia en la mente de Salvador Camacho Roldán. Su discurso de clausura de los estudios en la Universidad Nacional, el 10 de diciembre de 1882, tiene un almizclado sabor spenceriano, cuando se refería al nacimiento de "una nueva ciencia [...] que se refiere a las leyes que por medio de las tendencias sociales del hombre preside el desarrollo histórico de los seres colectivos llamados naciones"

Así pues, Spencer, el que considera que la evolución no es más que una lucha sanguinaria donde sobrevive el más apto; Spencer,

el que defiende que el Estado no debe intervenir en la evolución natural de la sociedad, ya que esta busca por sí sola su libertad; Spencer, el que mira con cierta simpatía algunas tesis malthusianas; Spencer, el pensador europeo cuyas teorías fueron invocadas, a finales del siglo xix, para justificar la explotación del hombre por el hombre y exaltar el dominio de Occidente sobre otros pueblos considerados de naturaleza inferior como el latinoamericano. Sí. Ese Spencer fue profusamente leído a finales del siglo xix.

Y, efectivamente, ese Spencer ha muerto hoy. Aunque algunos insistan en revivirlo para legitimar teóricamente sus políticas neoliberales o para remozar enfoques sociobiológicos, que insisten en la naturaleza competitiva de la vida social.

Pero cada época y cada sociedad, hace una lectura desde un segmento particular de interés, determinado por sus propias incertidumbres y necesidades.

A finales del siglo xix, la lectura de Spencer obedecía a un creciente optimismo fincado en los desarrollos de las ciencias naturales que, se pensaba, habrían de consolidar el progreso social de la humanidad; y de otro, por la necesidad de justificar científicamente el principio del *laissez faire* predominante en el clima ideológico de aquel tiempo en Inglaterra y los Estados Unidos.

El contexto actual en que incursionamos en la obra Spencer es otro: el capitalismo de la libre empresa y la libre competencia apenas si existe ya, pues son 500 grandes empresas transnacionales las que controlan el 80 % de la producción y el comercio mundial; el avance de la ciencia y la tecnología lejos de aportarnos un mejoramiento sustancial de la calidad de vida, ha contribuido a profundizar las desigualdades sociales y, en este preciso momento, se ha convertido en un argumento más para desencadenar una "guerra preventiva" contra Irak.

Pero aquí, y pese a la simplicidad de su análisis, también tiene algo que decirnos Spencer, porque los clásicos hablan cuando logramos despojarlos de esa excesiva reverencia o sacralización.

Nadie mejor que Spencer —siquiera el mismo Weber— dibujó con brillante finura la influencia de la guerra sobre la sociedad y sobre la organización política:

> En las sociedades militares —escribe Spencer— todo se organiza según el criterio militar en forma de pirámide, con jerarquías muy marcadas, la agresión es el principio fundamental de esta sociedad ya que hay que impedir que los rangos inferiores asciendan. Toda la producción está organizada para satisfacer la milicia.

Nada más actual. La sociedad militar está avalada hoy por millares de armas destructivas: proyectiles "inteligentes" que impactan escuelas, mercados y conjuntos habitacionales de Bagdad; aviones de combate que bombardean indiscriminadamente los poblados palestinos; gases letales como los utilizados por Putin en el teatro de Moscú y que costaron la vida de más de cien rehenes; armas químicas y biológicas como las que viene probando Estados Unidos a través de programas secretos de la CIA y el Pentágono, dizque para anticiparse de manera "defensiva" a la fabricación de este tipo de armamento en otros países; redes de informantes como las que viene utilizando el presidente colombiano Álvaro Uribe y que pretenden involucrar a la población civil en el conflicto. Solicitudes presupuestales de miles de millones de dólares para sostener las fuerzas militares que asesinan niños, ancianos y mujeres en Irak. Cantidad suficiente para resolver muchos de los principales problemas del mundo.

No cabe duda que, después de los hechos del 11 de septiembre, el mundo ha priorizado, a través de una supuesta lucha contra el terrorismo, su interés en los temas de la seguridad y la defensa por encima de otros temas de vital importancia para el desarrollo de las democracias. Este objetivo que se ve reforzado cotidianamente por las imágenes mediáticas que a través de la proyección subliminal de expresiones del conflicto armado, ambientan el terreno para un respaldo consciente e inconsciente hacia los temas de seguridad.

Tal como nos lo señala Spencer, en las sociedades militares la cooperación es producto de la coerción y supone un rígido control político sobre la población. Como lo propusiera el presidente Bush, poco después de la destrucción de las Torres Gemelas, en su llamado a una alianza internacional antiterrorista: "Cada nación, cada región, tiene una decisión que tomar. O están con nosotros, o están con los terroristas". La amenaza entrañaba el final de uno de los principios más respetados del derecho internacional: el derecho a la neutralidad, y justificaba de paso el tratamiento militar a los asuntos civiles.

Cabe anotar que si bien las formulaciones hechas por Spencer sobre la sociedad militar, pretendían caracterizar un tipo de sociedad premoderna —superada en su visión por la sociedad industrial—, la conexión que establece el sociólogo inglés entre desarrollo militar y cambio social no deja de tener gran interés. De hecho, estudios recientes de autores como Michael Mann y Charles Tilly, entre otros, demuestran que Spencer abrió un campo de investigación que hoy reviste palpitante actualidad.

¿Y qué decir, entonces, de José Martí?

La presencia aquí de Martí —a diferencia de la de Spencer—, no pareciera pedir mayor justificación. Su figura nos convoca permanentemente: Martí el poeta, Martí el intelectual, Martí el humanista, Martí el periodista, Martí el ensayista, Martí el pedagogo, Martí el luchador antiimperialista, en fin, Martí el pensador y político de fines del siglo xix que reflexionó de manera profunda y apasionada sobre su país y el destino común de América Latina. Con Martí podríamos invertir la pregunta que formulara Parsons a la obra de Spencer: ¿quién no lee hoy a Martí? Y de nuevo nos invita a preguntarnos: ¿cómo leer hoy a Martí?

No se trata de volver a su obra para repetir su pensamiento, a manera de citas descontextualizadas, ni mucho menos instalarnos en ella como un depósito de ideas acabadas que deben ser custodiadas y preservadas en su pureza original y prístina. Asumir cruzadas en defensa de un conocimiento que se concibe ya culminado es la vía más expedita hacia la dogmatización y sacralización

de un ideario, es aniquilar cualquier posibilidad de desarrollo y transformación de ese pensamiento y, lo que es peor, sustraernos al trabajo de pensar porque todo ya fue dicho por una mente brillante.

Recuperar a Martí —y yo diría que a cualquier clásico en general— supone una labor de "recreación" y "creación", implica integrarlo en nuestro pensamiento como un arquetipo para la reflexión, es ver en él un sistema abierto que pueda servir de inspiración o de plataforma para la construcción de una perspectiva innovadora que posibilite pensar nuestros propios problemas por cuenta propia.

Son muchas las líneas problemáticas, presentes en la obra martiana y de las cuales podría alimentarse hoy la sociología latinoamericana.

Una primera perspectiva de interés está asociada con sus reflexiones críticas en torno al colonialismo y su defensa de la libre autodeterminación de los pueblos. En ese sentido, los diagnósticos y las intuiciones políticas formuladas por Martí a fines del siglo XIX denunciando las pretensiones de Estados Unidos sobre América Latina guardan particular vigencia. "Conozco el monstruo porque viví en sus entrañas", escribía Martí, cuya estancia en dicho país, por cerca de quince años, le permitió describir y analizar con gran agudeza los rasgos de la sociedad estadounidense de aquellos tiempos.

En su intervención en la Conferencia Monetaria Internacional (1891), advertía Martí:

> A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población

> compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores.

Al releer estas palabras, resulta inevitable pensar en el interés manifiesto de Washington por implantar su hegemonía en el continente a través del impulso al ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) y los Tratados de Libre Comercio, con todas sus implicaciones.

Ante estos hechos, la necesidad de fortalecer la unidad latinoamericana, como fórmula para hacer frente al avance expansionista de los Estados Unidos, constituye una tarea pendiente, que en su momento supo visualizar Martí:

> Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos [...] Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

Otra línea de interés para la sociología latinoamericana lo constituye la asunción de una perspectiva sociológica que intenta pensar la realidad cultural latinoamericana desde la observación atenta de su pluriculturalidad. En este nivel, Martí abre toda una perspectiva para abordar la realidad latinoamericana, sustentada en una actitud de apertura hacia el conocimiento de los otros, sin renunciar con ello a la capacidad de decantar, seleccionar y valorar lo propio. En una palabra, se trata de buscar respuestas a nuestros problemas, sin ignorar las ideas ajenas pero, al mismo tiempo, sin quedarse en ellas. Esta cualidad mental cobra particular importancia en un momento en que los fenómenos de globalización pretenden la uniformización cultural.

Habría muchos temas más para abordar, sin embargo, atendiendo a que el objetivo de mi intervención era simplemente el de hacer una presentación de esta segunda semana sociológica. Quisiera finalizar con una última reflexión realzando el sentido que tienen estas jornadas de reflexión sociológica como una respuesta

académica a los estigmas que los medios de comunicación y los servicios de inteligencia nos pretenden colocar hoy. Martí solía decir: "… trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras". Y la universidad pública es por excelencia una trinchera de ideas, y como miembro de esta comunidad académica, es un imperativo categórico defenderla de sus enemigos.

Claro que al reclamar la primacía de las ideas sobre otras modalidades de acción, no pretendo desconocer que en condiciones histórico-concretas, los pueblos han recurrido al uso de la violencia para dar respuesta a situaciones de injusticia. Y en esto de nuevo la figura de Martí aparece clara y transparente. Martí fue un defensor de la armonía entre los hombres, pero a su vez, fue un ejemplo de intelectual comprometido. En su famosa carta inconclusa, dirigida a su amigo Manuel Mercado, escribía Martí —poco antes de partir para el combate que habría de cobrar su vida: "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber […] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza, más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso…."

Nuestra invitación es, pues, a estudiar, comprender y aplicar de manera creativa el pensamiento de estos dos precursores de la sociología y esta semana sociológica es apenas un grano de arena en esta ardua tarea.

Del sofá de Carlos XII al bicentenario de la Universidad de Antioquia

Hay que utilizar los textos, sin duda. Pero todos los textos. Y no solamente
los documentos de archivo en favor de los cuales
se ha creado un privilegio:
el privilegio de extraer de ellos [...] un nombre, un lugar,
una fecha, una fecha, un nombre, un lugar, todo el saber positivo,
de un historiador despreocupado por lo real.
También un poema, un cuadro, un drama
son para nosotros documentos,
testimonios de una historia viva y humana, saturados de pensamiento.
Lucien Febvre. *Combates por la historia*

A propósito de un artículo publicado el pasado 18 de agosto en *El colombiano*, donde el periodista Alberto Aguirre reafirma que la universidad de Antioquia no cumple 200 años y critica la "farsa de celebraciones prematuras" que se han adelantado, en torno a esta fecha. El profesor Juan Guillermo Gómez replica —con su habitual agudeza— en un escrito que titula El problema del fetiche documental. En esta breve nota, evoca nuestro querido colega aquella anécdota según la cual la mayor objeción que se le había hecho a la obra de Voltaire sobre Carlos XII fue que el sofá en el cual se sentó el rey, en alguna ocasión, no era azul como lo relató el filósofo, sino rosado.

La anterior historia es traída a colación por el profesor Gómez para sustentar que

> La posibilidad y la necesidad de discutir críticamente los acontecimientos históricos, en forma creativa y racional, van más allá de preocuparse provincianamente si el sofá fue azul o rosado, o si estamos para celebrar los 200 años este año o en el 2022.

Sin duda, el argumento impresiona más por su contundencia, que por su consistencia.

Desde luego, no es este el espacio para discutir la significación sociológica de precisar el color del sofá sobre el que se sentó Carlos XII. Un estudio de la evolución histórica de los diferentes estilos y modas del inmobiliario real y sus elementos decorativos permitiría ilustrar, a un observador atento de los procesos sociales, la puesta en escena de las representaciones del poder. Viene a mi mente el trabajo del sociólogo Norbert Elías quien en su, hasta hace poco desconocido, libro sobre *La sociedad cortesana*, dedica cerca de treinta páginas al análisis de las estructuras habitacionales de la corte:

> La investigación sobre la configuración de la casa y del espacio en la sociedad cortesana —escribe Elías— suministra una primera intelección todavía limitada de la estructura de la sociedad con la cual uno se enfrenta [...] no cabe ninguna duda de que el poder del rey es con mucho superior al de los restantes aristócratas, del clero y de los altos funcionarios. Y ello se manifiesta simbólicamente en el hecho de que nadie está en situación de construir una casa que, por sus dimensiones, su magnificencia y su decoración, se parezca a la del rey menos aún que la supere, ni le es lícito tener tal osadía[354].

354 Norbert Elías: *La sociedad cortesana,* México: Fondo de Cultura Económica, p. 84.

Del color puede decirse algo similar: este no responde a una intención puramente decorativa, sino que está revestido de todo un significado simbólico y, en algunos casos, cuasireligioso. En la cultura islámica, por ejemplo, el blanco es el color de los palacios, la señal de poder y la visibilidad. El blanco refleja la luz y como todos los colores que lo hacen participan de la divinidad, porque Dios es la luz del cielo y la tierra. No se trata, entonces —como lo sugiere el profesor Juan Guillermo Gómez— de una discusión estéril y él, más que nadie —amplio conocedor de la cultura germana— sabe de las interminables discusiones que en torno al significado del hecho histórico se suscitaron en la Alemania de la segunda mitad del siglo xix.

Pero en gracia a la discusión que nos convoca, limitemos nuestro campo de reflexión y aceptemos que el color del sofá no tiene importancia y que se trata solo de un dato anecdótico, como al que nos acostumbraron nuestros viejos historiadores románticos y positivistas, salidos de nuestras academias de historia. Ciertamente, como lo expresa el profesor Juan Guillermo, las preocupaciones de la actualidad prevalecen y dan sentido último a las fuentes: "... los documentos son mudos o sordos a quien no sepa interrogarlos heurísticamente".

Esta última afirmación —sin duda inspirada en Marc Bloch— cobra pleno sentido frente a una historia que pretende reducir el quehacer del historiador a una simple tarea de recolección de hechos verificados. Para dos historiadores de principio de siglo, Langlois y Seignobos, defensores de esta concepción "fetichista" del documento: "La posibilidad de probar un hecho histórico depende del número de documentos independientes conservados acerca del mismo, y también de que los documentos se hayan conservado por el azar". Es cierto que para solaz de nuestros historiadores positivistas —obsesionados en probar si la universidad cumple o no doscientos años—, existen documentos que permiten corroborar que efectivamente la universidad debe aguardar hasta el 2022 para celebrar su bicentenario. Sin embargo, no por ello, podemos despachar la

polémica de un solo plumazo, con el manido argumento del "positivismo miope de los historiadores".

En su momento la llamada "nueva historia colombiana", surgida al margen de las academias, formuló críticas contundentes a este modo de hacer historia, iniciando así, desde los años sesenta y setenta, un proceso de renovación historiográfica, que permitió la apertura de la investigación histórica hacia otros campos de las ciencias sociales, como la economía, la sociología, la demografía, la antropología y la ciencia política. El aporte historiográfico de la "nueva historia", enriquecido por las contribuciones metodológicas de la escuela de los anales, la nueva historia económica, la teoría de la dependencia y un crítico y abierto enfoque marxista, ofreció —antes que muchos de sus promotores sucumbieran a los cantos de sirena del poder y las dinámicas del mercado editorial—, nuevas lecturas de los documentos y los hechos históricos pero, al mismo tiempo, en su justa polémica con el positivismo terminó por ignorar, en no pocos casos, el significado de las fechas históricas, las cuales quedaron relegadas a una historia cronológica, descriptiva y narrativa que, sin más, se rotuló de "tradicional".

No obstante, en una perspectiva más amplia —que paradójicamente es la que invoca el profesor Juan Guillermo Gómez—, el debate sobre la celebración del bicentenario de la universidad de Antioquia no es una polémica estéril e inocua. El hecho cobra sentido en un contexto interpretativo más amplio y que tiene que ver con la construcción de imaginarios e identidades institucionales.

Resulta entonces claro que la celebración de los doscientos años no es inocente y que, por el contrario, reviste una gran intencionalidad política. Como lo ha señalado el sociólogo y antropólogo George Balandier: "La política se hace a través de la difusión cotidiana de las imágenes"[355]. De tal modo que el poder dispone de una auténtica tecnología de las apariencias, de una capacidad de elaborar su propia representación para lo cual recurre "a dramatizaciones

355 George Balandier: *El poder en escenas*. Barcelona: Paidós, 1994, p. 126.

susceptibles de generar efectos de amplificación, en tanto que sirven para alimentar inmediatamente de imágenes eficaces los medios de comunicación de masas"[356].

Y es aquí donde el debate en torno a los doscientos años de la Universidad de Antioquia se revela en toda su complejidad. No se trata de una efeméride más, ni de una fecha sin importancia alguna. Basta imaginar el presupuesto que este año la universidad ha destinando para adelantar sus actos conmemorativos. La fiesta en las sociedades de mercado desempeña una importante función de teatralidad, constituye todo un espectáculo, cargado de dramatizaciones que venden imágenes y proyectan imaginarios. Y para nadie es un secreto que la universidad de Antioquia, desde hace algunos años, viene empeñada en esta labor de magnificar los hechos para producir emociones colectivas ("somos la primera universidad acreditada del país", "somos la universidad con el mayor número de grupos de investigación reconocidos por Colciencias"... etc, etc)[357].

Bien lo señala el historiador inglés Eric Hobsbawm:

> (…) la historia es la materia prima de la que se nutren las ideologías nacionalistas, étnicas y fundamentalistas, del mismo modo que las adormideras son el elemento que sirve de base a la adicción a la heroína. El pasado es un factor esencial —quizás el factor más esencial— de dichas ideologías. Y cuando no hay uno que resulte adecuado, siempre es posible inventarlo [...] El pasado legitima. *Cuando el presente tiene poco que celebrar, el pasado proporciona un trasfondo más glorioso*[358].

356 *Ibid*., p. 144.

357 Entre tanto los profesores y profesoras y los y las estudiantes nos enfrentamos cotidianamente a otra realidad: ausencia de presupuesto para la investigación, carencia de recursos necesarios para desarrollar nuestras actividades académicas, obstáculos para que los y las docentes puedan desarrollar adecuadamente sus comisiones de estudio; para no hablar de los niveles salariales. La vida cotidiana de la universidad es una permanente negación de las condiciones que hacen posible la excelencia académica de la que tanto se ufana la universidad.

358 Eric Hobsbawm: *Sobre la historia*. México: Grijalbo, p. 17. El destacado pertenece al autor.

La historia está llena de ejemplos: en la desaparecida URSS, la industria propagandística de Stalin se encargó de falsificar la historia fotográfica de la Unión Soviética, para glorificar su presente. El escritor e historiador fotográfico David King lo ha demostrado en un libro titulado: *El comisario desaparece,* publicado en tiempos recientes, y que desafortunadamente apenas hemos podido consultar vía internet. Destaca King una fotografía de 1919 en la que aparecía un grupo numeroso de bolcheviques reunidos en torno a Lenin y que, con el paso de los años, las purgas y los retoques técnicos, se convirtió en un retrato íntimo de Lenin y Stalin sentados juntos. En una versión posterior solo aparece la figura de Stalin.

¿No le estará pasando algo similar a la Universidad de Antioquia?

A propósito de los cincuenta años del 8 y 9 de junio: estudiantes, política y universidad[359]

La conmemoración de los cincuenta años de la masacre estudiantil del 8 y 9 de Junio a cargo de la dictadura del general Rojas Pinilla, y junto a esta histórica fecha el asesinato del estudiante Gonzalo Bravo Páez el 7 de junio de 1929, del cual se cumplen tres cuartos de siglo, constituye, más allá del formalismo con que algunos puedan mirar esta efeméride, un pretexto para el ejercicio analítico y polémico orientado a reflexionar, en forma colectiva y académica, el significado y la trascendencia del papel que ha jugado el estudiantado en estos años.

El Manifiesto de Córdoba

Fue hace ya más de nueve décadas, un 21 de junio, que los estudiantes de la Universidad argentina de Córdoba concluyeron varios meses de huelgas, luchas callejeras y paros estudiantiles con un vigoroso llamado al cambio social y cultural en el que exigían una profunda renovación estructural del Alma Máter -en ese momento aprisionada por el pensamiento clerical- para que se diera paso a la enseñanza de las nuevas ideas.

---

359 Artículo publicado en la revista *Realidades Sociológicas*, número 1.Universidad Nacional, 2004.

El documento final, titulado "La Juventud Universitaria de Córdoba, a los pueblos libres de Sudamérica", y que hoy ha pasado a la historia como el "Manifiesto de Córdoba", declaraba en sus primeras líneas: "Hombres de una República libre, acabamos de romper la única cadena que en pleno siglo xx nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a las cosas por el nombre que tienen"[360].

Para el momento en que se hacía este pronunciamiento, la población estudiantil en las tres naciones europeas más desarrolladas y con mayor cobertura educativa apenas rozaba los 150 mil universitarios, es decir, 0.1% de la población total de esos países[361]. Las cifras para América Latina eran mucho menores, en virtud de lo cual el movimiento universitario imprimía su sello personal y trascendía su contexto histórico mediante el uso de signos propios y originales que revelaban una nueva visión de la universidad cuyos contenidos fundamentales apuntaban hacia la americanidad, la crítica social y la reivindicación de la hegemonía de los sectores populares, agitando las banderas de la excelencia académica, la libertad de cátedra, la gratuidad de la educación y la democratización de los organismos universitarios.

Entre 1918 y 1930, el llamado de Córdoba se propagó rápidamente más allá de las fronteras argentinas y con expresiones específicas se hizo sentir en los movimientos estudiantiles registrados, sucesivamente, en las universidades de Lima, Santiago de Chile, México, Montevideo, La Habana, Quito, Panamá, La Paz, Asunción, Bogotá y Medellín. Al llamamiento de la juventud se unieron también muchos intelectuales de la vieja generación: José Vasconcelos, José Ingenieros, Alfredo Palacios, entre otros.

En Lima, el líder de la Federación de Estudiantes del Perú, Víctor Raúl Haya de la Torre, en abierta oposición a la política dictatorial del

360 Juan Carlos Portantiero. *Estudiantes y Política en América Latina. 1918-1938. El Proceso de la Reforma Universitaria*. México: Siglo xxi, pág. 131.

361 Eric Hobsbawm. *Historia del Siglo xx. 1914-1991*. Barcelona: Grijalbo, 1996.

presidente Leguía, movilizó a los estudiantes en defensa de las libertades constitucionales y, particularmente, en contra de la consagración del país al Corazón de Jesús. Desde la dirección de la Federación Estudiantil, Haya de la Torre hizo un vehemente llamado a "hacer del profesional un factor revolucionario y no un instrumento de la reacción, un servidor consciente y resuelto de la mayoría de la sociedad, es decir, de las clases explotadas, tender hacia la universidad social y educar al estudiante en el contacto inmediato y constante con las clases trabajadores"[362]. Estos postulados serían años más tarde incorporados en el programa de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).

En Cuba, la reforma universitaria constituye el crisol donde se conjuga el pensamiento del prócer de la independencia José Martí y un marxismo en rápido proceso de maduración, todo ello bajo el impulso de Julio Antonio Mella. Para el líder cubano, "lo que caracteriza la revolución universitaria es su afán de ser un movimiento social, de compenetrarse con el alma y necesidades de los oprimidos, de salir del lado de la reacción, pasar 'la tierra de nadie' y formar, valiente y noblemente, en las filas de la revolución social en la vanguardia del proletariado"[363].

Pocos meses después, a sus escasos 26 años, el luchador estudiantil caía en ciudad de México, víctima de las balas de la dictadura de Machado. Con la muerte de Mella se inauguraba una modalidad que se generalizaría en las décadas siguientes como estrategia de silenciamiento del movimiento estudiantil y que en nuestro país no tardaría en implementarse con el asesinato el 7 de junio de ese mismo año del estudiante Gonzalo Bravo Páez, en una fecha que marcaría por el resto de su historia el movimiento estudiantil colombiano.

Era claro que en los años veinte el continente parecía estar viviendo su gran "hora americana" con la universidad a la vanguardia

362 Víctor Raúl Haya de la Torre. "La Reforma Universitaria y la Realidad Social" en *Obras Completas*, Tomo I, Lima: Juan Mejía Baca, pág. 127.

363 Julio Antonio Mella. *Escritos Revolucionarios*. México: Siglo xxi, 1978, pág. 170.

de este nuevo cambio: "En la universidad, escribía Deodoro Roca, verdadero autor del Manifiesto de Córdoba, está el secreto de la futura transformación. [Hay que] ir a nuestras universidades a vivir, no a pasar por ellas; ir a formar allí el alma que irradie sobre la nacionalidad: esperar que de la acción recíproca entre la universidad y el pueblo surja nuestra real grandeza"[364].

Bajo esta orientación proliferaron las universidades populares en toda América Latina: González Prada en el Perú, José Martí en Cuba, Victorino Lastarria en Chile, verdaderos espacios para la alianza de trabajadores manuales e intelectuales, en los cuales se empezaba a preparar la nueva generación universitaria para comprender el fenómeno del imperialismo en nuestra América. De sus maestros y estudiantes surgirán las voces vibrantes que, en los años posteriores, darán contenido a la lucha antiimperialista.

El ascenso del fascismo

Pero los años treinta no parecían tan prometedores. El ascenso del nacionalsocialismo en Alemania significó la liquidación de cualquier forma de oposición considerada un obstáculo intolerable para la unidad monolítica del pueblo alemán. La opresión Nazi, y con ella la nueva conflagración mundial, dejó muchas universidades en ruinas. En Alemania disciplinas enteras como la sociología y la psicología fueron borradas por completo de los programas académicos universitarios, mientras que en los países ocupados numerosos científicos, escritores y artistas fueron sistemáticamente eliminados.

Con la derrota de la República española (1939) y el advenimiento del nuevo régimen falangista, implantado por la fuerza de las armas, más de 22 mil ciudadanos fueron pasados por las armas, mientras que 270 mil españoles y españolas permanecían en las cárceles (siete mil de ellos profesores y un número indeterminado de estudiantes). Los dos tercios del profesorado universitario fueron destituidos

364 Deodoro Roca. "La Nueva Generación Americana", en *La Reforma Universitaria 1918-1930*, Caracas: Ayacucho, 1988, pág. 148

y condenados al exilio, deteniendo con ello la obra educativa de la revolución española[365]. Como lo expresara un intelectual testigo de la época, Julio Caro Baroja: "era la época de los exámenes patrióticos, de los alféreces y tenientes o capitanes que iban a clase con sus estrellitas, cuando no con el uniforme de la Falange. Al entrar en cada clase se alzaba la mano, se cantaba el *Cara al sol*, se decían palabras rituales[366].

Para 1945, los efectos devastadores del conflicto armado se dejaban sentir en toda Europa: cincuenta millones de víctimas, más otros tantos heridos y mutilados; países como Polonia habían sacrificado 20% de su población mientras que en la "Gran Guerra Patria" ofrendaron su vida veinte millones de rusos, esto sin olvidar los seis millones de judíos muertos en los campos de concentración.

Paradójicamente, América Latina se vio "beneficiada" por estos acontecimientos. Numerosos pensadores perseguidos por los nazis se instalaron en el nuevo mundo y realizaron importantes contribuciones al desarrollo de sus disciplinas y de la vida intelectual del continente: Claudio Sánchez Albornoz, José María Ots Capdequí, José Medina Echavarría, José Gaos y Gino Germani son apenas algunos de los numerosos intelectuales europeos que arribaron a estas tierras. A sus nombres están asociados la traducción y difusión de los autores clásicos del pensamiento europeo.

Los años de posguerra

Sin embargo, el mundo que se abría con la posguerra ya no era el mismo de un lustro anterior. La conflagración había significado un sensible golpe para el sistema colonial: Alemania, Italia y Japón, perdedores de la guerra, tuvieron que retirarse de los territorios invadidos; las viejas potencias coloniales como Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda salieron de la confrontación sensiblemente debilitadas, a lo que se sumó el fortalecimiento de los Movimientos

365 José Antonio Bisecas y Manuel Tuñón Lara. *España bajo la dictadura Franquista (1939-1975)*. Madrid: Labor, 1983, pág. 16.

366 Ibid., pág. 451

de Liberación Nacional que empezaron a presionar por su independencia y, en algunos casos, por profundas transformaciones revolucionarias.

Entre 1953 y 1954 varios acontecimientos marcaron la conciencia de los jóvenes revolucionarios de finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta: la consolidación del proceso de independencia en Ghana, que hará de esta colonia británica la primera nación libre de África; la derrota del colonialismo francés en el fuerte de Dien Bien Fu, el 7 de mayo de 1954, que puso fin a siete años de guerra y el comienzo de la insurrección en Argelia, el 1 de noviembre de 1954. En este período los estudiantes constituirán un sustento importante de los movimientos anticolonialistas de liberación nacional, y aunque muchos de ellos fueron formados en las universidades europeas y norteamericanas, se transformarán en líderes políticos e intelectuales de sus países.

En América Latina se produjeron fenómenos similares: a las transformaciones democráticas emprendidas por el gobierno guatemalteco de Jacobo Arbenz, se sumó el triunfo de la revolución nacionalista en Bolivia (1952), mientras que en Cuba Fidel Castro, al mando de un grupo de jóvenes –en su mayor parte estudiantes de la Universidad de La Habana– asaltó el cuartel Moncada, dando vida al Movimiento 26 de Julio (M-26), en un proceso que desembocará en el triunfo revolucionario el primero de enero de 1959.

Colombia tampoco fue ajena a esta situación. Bajo la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, el 8 de junio de 1954 los estudiantes de la Universidad Nacional, quienes habían organizado un marcha en homenaje de los veinticinco años del asesinato de Gonzalo Bravo Páez, son hostilizados por la fuerza pública y en el campus universitario cayó asesinado el estudiante de medicina Uriel Gutiérrez.

Al día siguiente, el 9 de junio, un desfile de repudio a este crimen es respondido por fuego de artillería de un contingente de soldados del "Batallón Colombia", el cual recientemente había participado en la guerra de Corea. En las calles del centro de Bogotá quedaron dispersos los cadáveres de una decena de estudiantes. Desde

entonces, el 8 y 9 de junio se convertiría en una fecha conmemorativa para el movimiento estudiantil[367].

Una década de rebeldía

Pese a estos antecedentes, fueron los sesenta los años de la rebeldía, por excelencia, frente al orden establecido; la década de los retos e interrogantes, solo comparable con los lejanos años veinte. El desmoronamiento de los imperios coloniales, el accionar de los movimientos de liberación nacional en Asia y África y la lucha por los derechos civiles de los negros en el país del norte así lo presagiaban.

Pero, sin lugar a dudas, fueron los cambios revolucionarios en Cuba los que agregaron un ingrediente nuevo a todos estos procesos: en el imaginario de millones de latinoamericanos el socialismo dejó de ser una utopía para convertirse en una realidad objetiva. Cuba aparecía entonces, en el escenario continental, como la concreción en el plano de los hechos, de los anhelos de libertad e independencia. A escasas noventa millas de Estados Unidos, la isla caribeña se convertía en el horizonte de centenares de revolucionarios que, a lo largo de la década, ejercerían una crítica radical al *statu quo*.

Y nuevamente los estudiantes fueron protagonistas:

En mayo de 1968, París se transformó en el epicentro de una rebelión planetaria que inauguraba el poder de la participación juvenil. En la entrada principal de la Sorbona, cercada por un piquete de policías, los estudiantes grabaron su declaración de principios "Queremos que la revolución que comienza liquide no solo la sociedad capitalista sino también la sociedad industrial. La sociedad de consumo morirá de muerte violenta. La sociedad de

367 Cfr. Carlos Medina Gallego. 8 y 9 de Junio. *Día del Estudiante. Crónicas de Violencia*, 1924-1954. Bogotá: Alquimia, Reimpresión, 2004.

la alienación desaparecerá de la historia. Estamos inventando un mundo nuevo original. La imaginación al poder".

Medio siglo después de los sucesos de Córdoba, los estudiantes, convertidos sin proponérselo en vanguardia política, parecían desterrar a la clase obrera como sujeto histórico del cambio. Los hechos inclinaban la balanza a favor del filósofo Herbert Marcuse, quien aclamado como el gran líder ideológico del movimiento estudiantil en Estados Unidos, Alemania y Francia proclamaba que "en la oposición de la juventud, rebelión a la vez instintiva y política, está implícita la posibilidad de liberación [....] y aquella posibilidad ya [no] pertenece a la clase obrera, que en la sociedad de abundancia está confabulada con el sistema de necesidades, no con su negación"[368].

Fue así como las jornadas de protesta, cuya bandera inicial fue el rechazo a "una universidad cuyo único objetivo es el de formar los patrones de mañana y los instrumentos dóciles de la economía"[369], muy pronto se transformaron en reclamos por el cambio a fondo de "un sistema social autoritario y jerárquico". De norte a sur del planeta surgía una consigna universal: "todo lo que existe merece perecer". De este cuestionamiento no escapaban los burocratizados regímenes del socialismo real. El avance de los tanques rusos para aplastar la rebelión checoslovaca, en lo que se conoció como "la primavera de Praga", en agosto de 1968 desmoronaba las esperanzas puestas en una revolución autogestionada: "abajo el realismo socialista, viva el surrealismo" será la frase que condensará este desencanto.

En París, en Berlín, en Roma o en Turín, las barricadas y los adoquines se convirtieron en el lenguaje de una generación rebelde. "La Barricada es el orden del deseo [...] Es el orden revolucionario contra el orden burgués. La barricada es la delimitación de un lugar de la palabra, de un lugar donde el deseo puede inscribirse y llegar a ser palabra", escribía Alain Geismar, líder de la revuelta. A las barricadas siguió la ocupación de fábricas y las huelgas obreras. "Nosotros

368 Castellet. S. M. *Lectura de Marcuse*. Barcelona: Seix Barral, 1969, pág.141.

369 Daniel Cohn-Bendit. *La Imaginación al Poder*. Buenos Aires: Insurrexit, 1969, pág. 65.

ocupamos las facultades, ustedes ocupan las fábricas. ¿No combatimos unos y otros por lo mismo? [...] Vuestra lucha y nuestra lucha son convergentes. Es necesario destruir todo lo que aísla unos de otros"[370], rezaba un comunicado. Mayo del 68 se había convertido en un movimiento generalizado de protesta social.

La rebeldía juvenil forjaba nuevos símbolos, nuevos vocabularios y nuevas formas de asumir la vida. Ya desde 1962 un grupo musical que componía canciones en los suburbios de Liverpool movilizaba con sus guitarras eléctricas a millones de jóvenes del mundo; después vendrían las interpretaciones de los *Rolling Stones* y los nuevos ritmos musicales del *pop* y el *rock and roll*; el 21 de agosto de 1969, en las praderas de Woodstock, al norte del estado de Nueva York, cerca de medio millón de jóvenes se dieron cita en el "Festival de las flores". Allí el movimiento *hippie* adquiría carta de presentación bajo la consigna que luego habría de popularizarse: "Paz y Amor".

Las voces del Mayo francés se escuchaban en todo el globo y en todos los idiomas, como cristalización literaria del deseo revolucionario: "No sé lo que quiero, pero lo quiero ya", "gracias a los exámenes y a los profesores el arrivismo comienza a los seis años", "un policía duerme en cada uno de nosotros, es necesario matarlo", "abraza a tu amor sin dejar tu fusil", "desabrochen el cerebro tan a menudo como la bragueta" y, desde luego, no faltarían las referencias a los sociólogos: "cuando el último de los sociólogos haya sido colgado con las tripas del último burócrata, todavía tendremos problemas"[371].

Más allá del escenario europeo, con la consigna "la rebelión contra los reaccionarios se justifica", Mao declaraba su apoyo a los Guardias Rojos de la Universidad de Pekín y anunciaba una profunda "Revolución cultural" en nombre de la juventud y de los obreros. Millares de estudiantes universitarios y de secundaria, con el *Libro rojo* de citas debajo del brazo emprendieron brigadas por todo el país en una cruzada política y cultural en las zonas rurales y

370 Ibid.

371 Ibid.

en las fábricas, en tanto centenares de obreros y campesinos ingresaban a los centros universitarios para divulgar sus conocimientos prácticos y participar en la actividad intelectual. Muchos creyeron encontrar en esta revolución una alternativa al anquilosado socialismo soviético. Los jóvenes guardias Rojos, con Mao a la cabeza, despertaban el entusiasmo en el corazón juvenil del Tercer Mundo; a fin de cuentas la pradera china parecía más cálida que la fría estepa siberiana.

De la revolución a la contrarrevolución

Después vino la reacción. Para ser más exactos, esta vino de la mano con la revolución: Ya lo advertía con toda claridad Marcuse: "la defensa del sistema capitalista requiere la organización de la contrarrevolución, tanto en casa como afuera"[372] .

Para empezar, el símbolo de la Revolución africana, y primer presidente de la República Independiente del Congo, Patricio Lumumba, caía asesinado en 1961; por su parte, en Harlem, Nueva York, mientras impartía una conferencia, un disparo segaba la vida del dirigente radical negro Malcolm X en 1965; a esta muerte se sumarían, años después, los nombres de Martin Luther King, Fred Hampton y George Jackson; 1966 vio morir al sacerdote revolucionario Camilo Torres Restrepo, y un año después en tierras bolivianas el llamado del Che resonaba como un eco en todo el continente: "en cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria". "¡Hasta la victoria siempre, comandante Che Guevara!" era el himno que se escuchaba en las reuniones y marchas estudiantiles.

372 Herbert Marcuse. *Contrarrevolución y revuelta*. México: Joaquín Mortiz, 1973, páginas 11-12.

Otros símbolos de la revolución no parecían correr mejor suerte: bajo la transformación cultural china, y en nombre del marxismo-leninismo, Shakespeare, Beethoven, Balzac fueron denunciados como expresiones decadentes del sueño burgués y sus obras ardieron en las hogueras de las calles de Pekín, mientras que escritores, artistas y en general la vieja intelectualidad revolucionaria eran juzgados como revisionistas. Veinte años después, bajo la misma lógica autoritaria, más de un millar de estudiantes serían sacrificados en la plaza de Tiananmen

En México, los Juegos Olímpicos se inauguraron teñidos con la sangre de centenares de estudiantes caídos en la plaza de Tlatelolco cuando protestaban contra el autoritarismo gubernamental del Partido Revolucionario Institucional, en cabeza del presidente Gustavo Díaz Ordaz. El 2 de octubre de 1968 marcaría un quiebre en la política mexicana.

En mayo de 1965 los estudiantes colombianos salieron a las calles a expresar su rechazo por la intervención de Estados Unidos en Santo Domingo. Pocos días después, la Federación Universitaria Nacional (FUN) convocó un paro nacional estudiantil que concluyó en enfrentamientos con la policía, en el transcurso de los cuales fue asesinado Jorge Enrique Useche, estudiante de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Ante la creciente beligerancia que adquiere la protesta estudiantil en Colombia, los gobiernos del Frente Nacional adoptan, entre otras medidas, la implantación del estado de sitio en todo el país y el toque de queda en algunas ciudades, el cierre y militarización de las universidades públicas, la prohibición de las huelgas estudiantiles, la reglamentación del calendario académico y cancelación de semestres, la expulsión de estudiantes y profesores, el arresto y el consejo verbal de guerra a dirigentes estudiantiles, todas ellas dirigidas a desarticular la organización estudiantil e impedir su movilización.

La frustración de las esperanzas y la radicalización de los jóvenes alimentaron proyectos armados, en su mayor parte malogrados, como las Brigadas Rojas en Italia, la fracción del ejército

rojo en la República Federal Alemana y el Partido Pantera Negra en Estados Unidos. En la Universidad de Ayacucho, la juventud universitaria y un grupo de intelectuales dieron vida a Sendero Luminoso; en México, sobrevivientes de la represión del 68 abrazarán la vía armada; en Colombia a las organizaciones insurgentes ya existentes, FARC, ELN y EPL, se sumó la emergencia del M-19, que en su primera etapa actuará como guerrilla urbana.

Al cerrarse la década del sesenta, la izquierda atomizada y dividida encontró en la guerra de Vietnam un elemento movilizador y aglutinador. Días después que la prensa informara sobre la masacre cometida por soldados estadounidenses en la aldea vietnamita de My Lai, más de 250 mil personas marcharon por las calles de Washington rechazando la participación de los Estados Unidos en esta guerra fraticida; las protestas de 1970 desembocaron en la matanza de estudiantes en las universidades Ken State y Jackson State, mientras que en Harvard y Columbia crecía la agitación.

Los años setenta resultan sombríos para el Cono Sur, en donde las dictaduras causarán un verdadero genocidio, y cobrarán la vida de 35.800 personas, entre estudiantes, sindicalistas, políticos, obreros y profesionales que militaban en la oposición[373]. El "Plan Cóndor" borró las fronteras nacionales para eliminar a los adversarios de los regímenes militares: "En Argentina hubo un exterminio en masa y el lanzamiento de cadáveres en cementerios clandestinos, en el Río de la Plata o en alta mar. En Brasil, la dictadura abusó del terror psicológico y de la contra propaganda. En Chile, el general Augusto Pinochet patentó los fusilamientos colectivos, experimentó con la cremación de cuerpos en hornos de cal y fabricó el gas sarín. En Paraguay don Alfredo Stroessner se hizo famoso por los campos de concentración, los golpes con barras de hierro hasta la muerte y la corrupción generalizada. En Uruguay la táctica fue el encarcelamiento prolongado, de cinco a diez años, en diminutas mazmorras y regulares sesiones de torturas"[374]. En los años ochenta el brazo del "Plan Cóndor" llegó

373 Informe de organizaciones de Derechos Humanos.

374 Nilson Cezar Mariano. *Operación Cóndor. Terrorismo de Estado en el Cono Sur*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen, 1998.

tardíamente a nuestro país, asesinando a centenares de militantes de la Unión Patriótica y otras organizaciones políticas y sociales de oposición[375]. Y una vez más los universitarios se erigieron en los principales focos de resistencia al autoritarismo.

Perspectivas actuales

A estas alturas cabe, entonces, preguntarnos: ¿qué balance puede hacerse de los ideales y las experiencias que han alimentado las revueltas estudiantiles a lo largo del siglo xx?

A la concepción de universidad esgrimida por el movimiento de Córdoba, en la cual se convocaba a los estudiantes a conocer la realidad de sus respectivos países con una perspectiva liberadora en lo político y en lo social, se opone una visión que pretende la homogeneización cultural y política, a través del "pensamiento único" neoliberal, la creación de técnicos y especialistas de espaldas a los problemas que plantean las necesidades de un futuro humano, pero funcionales para las empresas multinacionales.

Sin embargo, a lo largo de este último siglo que ha transcurrido, las movilizaciones estudiantiles han puesto de relieve que es justo rebelarse y que es posible poner fin al autoritarismo. Así lo dejó en claro Gonzalo Bravo Páez en su lucha contra la hegemonía conservadora y así lo demostraron Uriel Gutiérrez y los estudiantes que en esa fecha luctuosa se movilizaron contra el régimen militar del general Rojas Pinilla.

En la coyuntura actual, la reconstrucción del movimiento estudiantil pasa por la recuperación de su memoria histórica, pues esta constituye un punto esencial en la definición de su identidad. Sin embargo, esta memoria no debe olvidar que en este interregno las clases dirigentes también han aprendido a cooptar sus mejores cuadros esencialmente de las universidades. Ya nos lo advertía Camilo Torres en su mensaje a los estudiantes: el inconformismo del

375 Cfr. Manuel Cepeda. "La experiencia colombiana y el Plan Cóndor" en Valentín Mashkin. *Operación Cóndor. Su rastro sangriento*. Bogotá: Colombia Nueva, 1986.

estudiante "tiende a ser emocional (por sentimentalismos o por frustración) o puramente intelectual. Esto explica también el hecho de que al término de la carrera universitaria el inconformismo desaparezca, o por lo menos se oculte, y el estudiante rebelde deje de serlo para convertirse en un profesional burgués, el cual para comprar los símbolos de prestigio de la burguesía tiene que vender su conciencia a cambio de una elevada remuneración"[376].

Sin duda, Daniel "el Rojo", líder carismático del 68, ilustra esta parábola, porque convertido en adjunto a la alcaldía de Fránkfurt y posteriormente en diputado del parlamento europeo optó por un cambio de color: el verde; aunque el cambio de color de otros haya sido mucho más significativo. Desde luego este no es un destino inexorable. Muchos estudiantes permanecen vivos en la memoria de las luchas populares inmunes a cualquier olvido, como lo sigue siendo Gonzalo Bravo Páez, y como todos aquellos que persisten en esta difícil tarea de organización estudiantil, con espíritu crítico, inventando nuevas y creativas formas de acción.

Así lo han evidenciado los estudiantes colombianos que en el último cuarto del siglo xx protagonizaron "1.700 luchas, de las cuales 58% corrió a cargo de universitarios y estudiantes de carreras intermedias profesionales y tecnológicas, 41.5% [...] por estudiantes de educación media y el porcentaje restante correspondió a protestas de escolares de primaria"[377].

Cabe concluir con las palabras del profesor Juan Guillermo Gómez, en su reciente prólogo al libro conmemorativo del Bicentenario de la Universidad de Antioquia -bicentenario sobre el cual, valga decir, pesa una gran sombra de duda histórica- "que la universidad ha sido siempre y es obra del espíritu estudiantil, esto es, de un arraigado espíritu de rebeldía e inconformismo elevado. El estado de juventud tiene aquí su más definida expresión antropológica. La justificación de una universidad no descansa en sus

376 Camilo Torres Restrepo. "Mensaje a los estudiantes" en Camilo Torres. *El cura que murió en las guerrilas*. México: Nova Terra, sf. Página 169.

377 Mauricio Archiva *et al*. *25 años de luchas sociales en Colombia (1975-2000)*. Bogotá: Cinep, 2003, página 169.

resultados materiales o pragmáticos puestos como mercancía en exhibición; descansa en la irreprimible sed de una utopía colectiva[...] el mantener viva la llama del espíritu de una universidad contestataria es el destino de esta comunidad"[378].

Este evento lo alimenta esta sed de utopía, esta necesidad de abrir la reflexión sobre temas actuales como de los que se ocupa esta tercera semana sociológica. Mi invitación es a todos los profesores, estudiantes y asistentes en general para que nos hagamos partícipes de ella, asumiendo con rigor el debate académico y respetuoso de ideas. Porque parafraseando la consigna emblemática de los movimientos antiglobalizadores: "Finalmente, otra universidad es posible".

378 Juan Guillermo Gómez. "Notas en torno a una efeméride" en Juan Guillermo Gómez y Eduardo Domínguez (ed.). *Memoria de una efeméride. 1803-2003*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2003. Página 46.

Nota biográfica

El doctor Miguel Ángel Beltrán Villegas nació en Bogotá, Colombia, en 1964. Se graduó como licenciado en Ciencias de la Educación, con especialidad en Ciencias Sociales, en la Universidad Distrital en 1987, y cursó después una segunda licenciatura, esta vez en Sociología, en la Universidad Nacional de Colombia, en donde se tituló en 1991. Más adelante realizó cursos en la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, para ser luego becario en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México, en donde obtuvo su grado de maestro en Ciencias Sociales en 1994. Posteriormente, realizó algunos cursos en el Doctorado en Historia en la Universidad Iberoamericana de México, y simultáneamente en el Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde se graduó con mención honorífica con la tesis "El Movimiento de Liberación Nacional (MLN) en México: Vicisitudes de un camino hacia la unidad (1961-1967)".

Afianzado en una sólida trayectoria académica, Miguel Ángel Beltrán trabajó como docente en la Universidad del Cauca, y más adelante en la Universidad de Antioquia para convertirse finalmente en Profesor Asociado de Tiempo Completo de la Universidad Nacional de Colombia, en donde está adscrito actualmente. Cabe señalar que en el ámbito de la enseñanza, el profesor Beltrán Villegas obtuvo la "Distinción a la Excelencia Docente" en la

Universidad de Antioquia en el año de 2002, como reconocimiento a la disciplina, el rigor, la exigencia académica y el desarrollo y reivindicación del pensamiento crítico a lo largo de su trabajo.

Actualmente se desempeña como coordinador del área de Teorías Sociológicas y del grupo de Investigación "América Latina: transformaciones, dinámicas políticas y pensamiento social", en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, habiendo antes participado en el grupo de Investigación de la Universidad de Antioquia, "Cultura, política y desarrollo social"; ambos grupos han sido avalados por Colciencias, organismo que ejecuta las políticas de Investigación en Ciencia y Tecnología.

Entre las revistas colombianas e internacionales que han publicado artículos suyos pueden destacarse: *Revista Colombiana de Sociología*, *Contrahistorias*, *Memoria y Civilización*, *Anuario Latinoamericano*, *Le Monde Diplomatique*, *Wifala* e *Historia de Colombia*, reconocidas dentro del medio académico internacional.

Recientemente ha publicado el texto "*México: revolución, hegemonía priísta* y *¿Transición?*" del año 2007, publicado por la Universidad Distrital en la compilación *¿Hacia dónde va América Latina?*, y en coautoría, como parte de la investigación de más largo aliento sobre la historia de la sociología en Colombia, *Los inicios de la Sociología en el País (1850-1950)*, editado también en 2007 en la revista *Unaula* de Medellín.

Desde junio de 2008, el doctor Beltrán Villegas realizaba una estancia posdoctoral en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, desarrollando un proyecto de Investigación sobre "La sucesión presidencial en México, en el período 1933-1934"; casi al término del periodo preestablecido de un año, durante una visita a la oficina del Instituto Nacional de Migración (INM) mexicano, en espera de respuesta a los trámites ya realizados para recibir el visado correspondiente con su situación, fue obligado a firmar un documento con información falseada y luego, sin explicaciones acerca de los motivos de su detención ni de su destino, fue apresado como un delincuente, sometido físicamente

y obligado a abordar un vehículo y luego una aeronave del propio gobierno mexicano, rumbo a Colombia, donde fue entregado a agentes del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS).

Posteriormente, el espectáculo mediático en aras de culpabilizar y relacionar a Beltrán Villegas con las FARC sirvió para justificar su encarcelamiento, sin pruebas claras y violando los procedimientos legales contemplados en el Estado de Derecho. Actualmente se encuentra recluido en el Pabellón de Alta Seguridad de la Cárcel Nacional Modelo de Bogotá, procesado por la Fiscalía colombiana bajo los cargos de concierto para delinquir con fines terroristas y concierto para delinquir con fines de financiación del terrorismo.

Índice

PRESENTACIÓN 9

INTRODUCCIÓN 13

I. ENSAYOS HISTORIOGRÁFICOS 17

Tiempo, acción y estructura.
Un debate desde la historia política 19

Breve panorama de la historiografía colombiana
En el siglo xx 45

II. EPISODIOS DE LA LUCHA ARMADA EN COLOMBIA Y EL CONTINENTE 99

América Latina en los tiempos de la guerra fría:
de la revolución guatemalteca a la revolución cubana 101

La guerrilla colombiana en perspectiva histórica 117

El partido liberal y las guerrillas del llano
(1949-1953) 129

La revolución cubana y la apertura de un horizonte
Utópico para américa latina 157

Las farc: del ataque a marquetalia a la "zona de despeje" 169

III. EXPERIENCIAS DE OPOSICIÓN EN COLOMBIA 185

Las disidencias partidistas como formas de oposición política 187

El movimiento revolucionario liberal (mrl) y la oposición al frente nacional 193

La unión patriótica y los dilemas de la "oposición Legal" en colombia 247

IV. POLÍTICOS E INTELECTUALES 259

Antonio nariño y el pensamiento político revolucionario En la América Hispánica (1789-1821) 261

Antonio garcía: un pensador latinoamericano heterodoxo 283

Alfonso López Michelsen: en sus tiempos de disidente 293

V. CENTENARIOS, BICENTENARIOS Y SESQUICENTENARIOS 309

Los cien años del nacimiento de Talcott Parsonsy el nuevo siglo 311

América Latina frente a Europa. Spencer y Martí: Lecturas y relecturas 325

Del sofá de carlos xii al bicentenario de la Universidad de Antioquia 335

A propósito de los cincuenta años del 8 y 9 de junio: Estudiantes, política y universidad 341

NOTA BIOGRÁFICA 357

Edición digital
enero 2017
Caracas, Venezuela.

El conflicto que envuelve a la sociedad colombiana no se encuentra aislado dentro de sus fronteras; no afecta solo a sus vecinos cercanos, pues se trata de uno de los escenarios más álgidos de la nueva lucha antiimperialista que hoy día cobra mayor fuerza en toda Nuestra América. Este trabajo plantea, apuntando hacia una disciplina historiadora que privilegia los movimientos sociales y las luchas populares por encima de las figuras heroicas individuales, comprender los orígenes del conflicto en el contexto de las luchas antiimperialistas latinoamericanas.

Miguel Ángel Beltrán Villegas, sociólogo colombiano (1964), es doctor en Estudios Latinoamericanos (UNAM), profesor adscrito al Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. En mayo de 2009, fue efectivamente secuestrado y deportado por el Gobierno mexicano y entregado a las autoridades colombianas; acusado mediáticamente de terrorista, guerrillero e intelectual de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC); actualmente se encuentra en poder del Gobierno colombiano.

9 789801 436713

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 - 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR